Michel Gras

EL MEDITERRÁNEO ARCAICO







Michel Gras es director de investigación en el CNRS (*Centre National de la Recherche Scientifique*), en la unidad de investigación «Arqueología del mundo griego» de las universidades París I y París X, asociadas al CNRS. Fue director de estudios en la Escuela Francesa de Roma de 1976 a 1985, y director adjunto del departamento de Ciencias del Hombre y de la Sociedad en el CNRS de 1990 a 1995. Historiador y arqueólogo, entre sus principales obras destacan: *Trafics tyrrhéniens archaïques* (Roma, 1985) y *L'Univers phénicien* (París, 1989; edición revisada en 1995 con la colaboración de P. Rouillard y J. Teixidor).

MICHEL GRAS

EL MEDITERRÁNEO ARCAICO



Colección: EL LEGADO DE LA HISTORIA Nº 21

Dirección de Historia Antigua: Federico Lara Peinado
(Profesor Titular de la Universidad Complutense de Madrid)

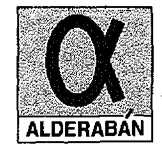
Dirección de Historia Media y Moderna: Manuel Peni Ríos

Título original: *La Méditerranée archaïque*
Traductor: José Miguel Parra Ortiz

Luna, 28 - 28004 MADRID
Tel. 91 532 9409 - Fax 91 532 5682
I.S.B.N. 84-88676-75-1
Depósito legal: M-29748-1999
Preimpresión: JMPG
Fotomecánica: A'Resti
Producción: G. D. A., S. L.
Imprime: Edigrafos, S. A.
Encuadernación: Martínez S. L.
Ilustración de Portada: Kouros de Bolomandra, Ática. Siglo VI a.C.
(Museo Nacional de Atenas.)

Impreso en España - Printed in Spain.





INTRODUCCIÓN

¿Escribir la historia de un mar consiste únicamente en situarse sobre un observatorio móvil para escrutar las orillas y las sociedades ribereñas? ¿Basta con definir los yacimientos que lo bordean para comprender a un mar? Seguramente no.

El mar es un espacio que divide y une a la vez. Frontera y lazo de unión, es un "cimiento líquido" por el que circulan hombres, productos e ideas. En un falso paralelismo con los grandes desiertos, es un espacio vacío al que su posición central hace que hacia él converjan las miradas y los pensamientos; atrae a los hombres, que siempre han sabido –por lo menos desde el Neolítico– que dominar la tierra por medio de la agricultura sólo es uno de los dos objetivos que hay que conseguir. Dominar el mar implica otra lógica y otras técnicas.

El Mediterráneo: un espacio cerrado en el centro del mundo

El Mediterráneo tenía para los antiguos dos rasgos principales. En primer lugar se trata de un mar prácticamente cerrado, que no se comunica con el océano exterior más que por el estrecho que en la actualidad llamamos de Gibraltar; pero que los griegos situaron bajo la protección de dos héroes, primero Briáreo y más tarde Heracles. Allí es donde se encuentra la montaña llamada Atlas: la «columna» que sostiene el cielo (Heródoto, IV, 184).

En segundo lugar, es un mar que se encuentra "en medio" del universo conocido, de la *oikoumene*. Igual que el ágora, la plaza pública

situada en el centro de la ciudad griega, el Mediterráneo es el lugar central que condiciona la vida social y las relaciones del mundo. Cuanto más cerca se encuentre uno del mar, más próximo estará del corazón de la civilización. El "bárbaro", aquel a quien no se entiende, es, por definición, alguien alejado (no sólo mentalmente, sino también geográficamente) del Mediterráneo; es un hombre del desierto y los márgenes, más que del mar y del centro. De modo que es fundamental evitar que se acerque a él. Las Guerras Médicas, la lucha de los griegos contra los persas, tuvieron lugar principalmente para que no se produjera el imposible acuerdo entre el bárbaro y el mar. Hasta tal punto, que el triunfo supremo de los griegos fue lograr teñir las aguas del mar con la sangre del meda, para comprobarlo no hay más que leer a Esquilo (*Persas*, 353 y ss.) y su descripción de la batalla de Salamina. Casi todas las grandes batallas arcaicas son batallas marítimas que enfrentan a los griegos contra los bárbaros, ya sean persas, fenicios o incluso etruscos. Por su parte, los griegos no cesan de helenizar la región mediterránea.

Este es, al comienzo del libro, el punto de partida ineludible. Durante los siglos VIII, VII y VI a.C. los griegos van a ir poco a poco situando el mar en el centro de su ágora mental. En ocasiones corriendo el riesgo de perderse y, a ese respecto, la derrota de los atenienses durante su expedición a Sicilia, a finales del siglo V a.C., es un punto sin retorno: los ciudadanos atenienses prisioneros en las canteras (latomias) de Siracusa son el símbolo de que para una *polis*, para una ciudad, era imposible dominar el mar y por ende el mundo. Algún tiempo después, Cartago también fracasará. Habrá que esperar a Roma para lograr que el Mediterráneo se convierta en un lago romano, el *Mare Nostrum*.

Los griegos y los demás

No obstante, y como contrapunto a lo que acaba de decirse, hay que desconfiar de una aproximación al tema que convierta en su razón de ser a uno solo de los componentes de este Mediterráneo arcaico, en este caso el componente griego.

La confrontación es desigual, por supuesto. Por un lado están los griegos, que no ocupan sino sectores muy limitados del espacio mediterráneo, pero que poseen una historia bien conocida gracias a sus historiadores (sobre todo Heródoto y Tucídides) y a sus filósofos, poetas, geómetras y médicos jonios; la base de nuestro conocimiento sobre el Mediterráneo arcaico son las fuentes escritas concernientes a la civilización griega. Por el otro, las poblaciones bárbaras, ya se trate de fenicios, etruscos, egipcios o cualquier otro de los pueblos no griegos, a los que sólo conocemos por lo que nos dicen de ellos los autores griegos o, a menudo, sólo por lo que recientemente ha empezado a contarnos la arqueología.

Nuestra información es, por tanto, muy desigual. No obstante, la primera misión de un historiador es la de intentar corregir esos desequilibrios y rectificar la perspectiva de ciertos puntos de vista limitados y, por lo mismo, parciales. De modo que desde el principio insistiremos en la riqueza que constituye la abundancia de espacios arcaicos. El Mediterráneo arcaico no es un espacio unificado bajo un único dominio político y cultural; dejando aparte Grecia y Jonia y, en menor medida, la Magna Grecia (Italia del sur), Sicilia, así como las orillas del Mar Negro, en la mayor parte de los espacios mediterráneos la cultura griega es minoritaria. No debemos olvidarlo.

Estos espacios se comunican entre sí mediante intercambios comerciales, pero también mediante la circulación de personas. La verdadera riqueza del Mediterráneo arcaico reside precisamente en ese marco de relaciones intensas que se desarrolla entonces y que tiene consecuencias en todos los campos de la vida social, religiosa y económica: matrimonios mixtos, hábitats mixtos, cultos mixtos. De modo que estudiar el Mediterráneo en tanto que espacio cultural enriquecido por aportes diversos, pero compatibles entre ellos, significa examinar lecturas transversales que escapan a las divisiones académicas. Los investigadores se definen a menudo como "helenistas", "orientalistas" o "etruscólogos", lo que implica una compartimentación del saber.

Sin embargo, sería una vana ilusión pretender conseguir un equilibrio perfecto y este libro no puede hacerlo. Siempre conoceremos menos la "mentalidad" de un fenicio que la de un griego y una historia "equilibrada" del Mediterráneo arcaico probablemente sería tan insípida y artificial como una historia que pretendiera una objetividad total.

Lo importante es penetrar en el corazón de las situaciones históricas, ya sean concretas o simbólicas, mediante una lectura crítica de las fuentes históricas y arqueológicas.

La transmisión del saber

No obstante, trabajar sobre el mundo arcaico plantea una serie de graves problemas de los que hay que hablar. Las fuentes literarias griegas son, en su mayoría, posteriores a los siglos que estudiamos; por ejemplo, Heródoto y Tucídides, los dos primeros grandes historiadores griegos, nacen en el momento en el que termina el ámbito de estudio de este libro. De sus predecesores no conocemos demasiado, todo lo más algunos fragmentos, como los del geógrafo Hecateo de Mileto, un hombre de finales del siglo VI y comienzos del V (hacia el 560-480 a.C.). También son fragmentos lo que ha llegado hasta nosotros de todos los griegos de Jonia que escribieron sobre filosofía (Anaximandro de Mileto –hacia el 610-540– y su discípulo Anaxímenes) o poesía (Safo de Mitilene). De vez en cuando citaremos a algunos otros, mas no son sino gotas de un océano de información definitivamente desaparecido. Pese a ello, tuvieron una importancia capital debido a su esfuerzo racional por comprender el universo y transmitir al mundo mediterráneo los saberes orientales, en especial los babilónicos (no hay más que acordarse de Tales de Mileto –hacia el 635-545– y de su reflexión, en el siglo VI, sobre los eclipses). En otros campos su contribución también fue decisiva; por ejemplo, Pitágoras de Samos fue, en el siglo VI, el primer griego en utilizar el término filosofía.

Nos vemos obligados, por tanto, a recurrir a escritores que en muchos casos vivieron y escribieron muchos siglos después de los acontecimientos que describen; aunque es cierto que estos autores se basaban en escritos más antiguos que eran conocidos en su época, pero que en la actualidad han desaparecido. Estrabón, en el siglo I de nuestra era, proporciona mucha información sobre el culto a Artemisa porque había consultado los escritos de un tal Artemiodoro de Éfeso, un sacerdote de esta diosa de finales del siglo II a.C., que, a su vez, tuvo acceso a los archivos conservados por los sacerdotes de Éfeso desde hacía siglos.

Es evidente que esos testimonios son tan preciosos como difíciles de utilizar. De modo que por lo general hay que contentarse con lo que tenemos.

Tanto más cuanto que, a partir de Aristóteles, el periodo helenístico y romano fue particularmente prolijo en el campo de la erudición y la compilación. Habrá que esperar a los monjes copistas de la Edad Media para volver a encontrar semejante ardor por hacer inventario de lugares y ciencias. La mayor parte de los autores arcaicos nos es conocida gracias a esa labor, y lo mismo sucede con los coetáneos de Heródoto y Tucídides; conocemos a Acusilao de Argos, Helánico de Lesbos y Ferécides de Atenas, por ejemplo, gracias a la *Biblioteca* de Apolodoro, empresa compilatoria de finales del siglo II de nuestra era.

La obligación de utilizar las fuentes posteriores a los tiempos arcaicos tiene un gran inconveniente. Es cierto que los escritores de lengua griega o latina a los que tenemos que recurrir pueden proporcionarnos informaciones exactas; no obstante, tienen su propia visión de esos tiempos lejanos y el mundo en el que vivieron era muy diferente del que nos describen. Por eso cometen, sin quererlo ni saberlo, continuos anacronismos; por ejemplo, estando acostumbrados al dominio político romano sobre todo el Mediterráneo, no siempre son capaces de advertir la naturaleza de ciertas situaciones que tienen que ver con el mundo de la *polis* griega o con el de las poblaciones indígenas, cuya relación con los griegos no tenía nada que ver con la que esas mismas poblaciones tenían con los romanos. Peor todavía, el Mediterráneo que conocían era el de la época helenística, que se caracterizaba en su zona oriental por la epopeya de Alejandro Magno y el posterior brillo de Alejandría y, en la parte occidental, por el enfrentamiento entre Roma y Cartago (las Guerras Púnicas); es decir, del Mediterráneo caracterizado por la *pax* romana, que no significa otra cosa que el control absoluto por parte de la administración imperial. Situaciones todas ellas que marcaron profundamente la vida mediterránea y que en absoluto son comparables a las arcaicas.

La historia arcaica fue escrita, casi siempre, por historiadores clásicos cuyo punto de vista era por completo "diferente". Y las pocas excepciones –como la de Hesíodo, que por otra parte es un hombre de tierra adentro y no de mar– sólo confirman la regla.

La compresión de los siglos y la modernización de conceptos

Esa diferencia acentúa considerablemente una circunstancia que todos los historiadores de la Antigüedad conocen y cuyas dos manifestaciones más conocidas son la compresión de los siglos antiguos y la modernización de los conceptos.

En cuanto a la compresión de los siglos, todos sabemos por experiencia que cuanto más nos esforzamos por recordar sucesos pasados de nuestra vida, mayor es nuestra tendencia a "amalgamar" acontecimientos muy alejados unos de otros. Sucede lo mismo en historia. Hoy día nadie pensaría en equiparar el siglo XIX con el siglo XX; pero durante mucho tiempo incluso los mejores libros tenían la costumbre de citar los siglos VII y VI conjuntamente, como si durante esos dos siglos arcaicos las sociedades y las mentalidades no hubieran evolucionado. Semejante tergiversación de los datos se debe, por supuesto, a nuestra relativa falta de información. A nosotros nos toca recordar que el único criterio para medir el paso del tiempo es hacer referencia a la duración de la vida humana y sus etapas (del nacimiento a la muerte). Los antiguos calculaban "por generaciones" (una generación equivalía aproximadamente a treinta años). Cualquier historia se basa en la memoria directa de un observador.

La modernización de conceptos también es un problema que nos atañe directamente, con palabras que hoy día no tienen porqué servir para describir y explicar realidades pasadas. Por ejemplo, la palabra "colonia", que desde el Renacimiento utilizamos para traducir la palabra griega *apoikia*, no es una expresión neutra, porque la colonización griega arcaica no tiene nada que ver con la colonización romana, la colonización británica o la colonización francesa del siglo XIX. ¿Qué podemos hacer entonces? Las palabras son herramientas y lo importante es el empleo que se hace de ellas. Somos nosotros quienes debemos definir los conceptos que se ocultan tras el vocabulario que utilizamos. A lo largo del libro veremos que hay otras palabras ambiguas.

Recordemos que, en el campo de la economía, hace poco más de un siglo que comenzó un debate que dividió a los eruditos en dos campos: los que se preocupaban por demostrar la diferencia entre la economía antigua y la economía moderna (los "primitivistas") y los que se inclinaban

más por adaptar el pasado al presente (los "modernistas"). Para los primitivistas, las ciudades griegas sólo habían realizado intercambios muy limitados; los modernistas, por el contrario, hablaban del "comercio a gran escala" de Corinto y de sus "relaciones internacionales", semejantes a las de las grandes ciudades de la Hansa, durante la Edad Media. Gracias al estudio de situaciones concretas, hoy día se pueden corregir ciertos excesos de unos y otros, sabiendo que el temperamento de cada historiador le llevará a tener tendencias más o menos modernistas. Si el principal defecto del primitivismo es terminar desvalorizando ciertos datos y, finalmente, llegar a un pesimismo cercano al fatalismo (nada de lo que estudiamos tenía demasiada importancia, así que ¿por qué esforzarse en comprenderlo?), el modernismo puede ser igual de defectuoso si lleva a banalizar cualquier aspecto de la Antigüedad haciendo de él una variante de lo que conocemos hoy día.

Entre la credulidad y el escepticismo

El escepticismo que muchos historiadores manifiestan frente al Arcaísmo revela un conjunto más amplio de fenómenos. Para algunos, los siglos arcaicos están condenados a permanecer en la antecámara de la historia por su falta de fuentes "auténticamente" históricas. Habría que dejar el estudio de esos siglos a los antropólogos, a los historiadores de la religión y a los arqueólogos. En resumen, que los mitos y los fragmentos de cerámica son por completo inadecuados para ser la base de una historia digna de ese nombre. Podemos contestar a eso, con una serenidad por completo científica, que la Época Arcaica permite al historiador poner a prueba su discernimiento al tener que basarse para sus conclusiones en un conjunto de fuentes mucho más variado (no sólo en textos e inscripciones). Lucien Febvre decía que escribir Historia podía consistir lo mismo en estudiar la difusión de una cerámica neolítica que en trazar el mapa de los postes telefónicos en el Extremo Oriente de la posguerra. En definitiva, lo que importa no es la naturaleza de la documentación que se utiliza, sino el rigor de la interpretación que se propone.

Existe otra respuesta, esta vez concreta. Los escépticos no tienen más que coger dos libros de historia arcaica que traten sobre aspectos

semejantes, pero escritos con una diferencia de algunos decenios. Un examen comparativo, aunque sea somero, les demostrará que ningún otro periodo de estudio ha conocido tantos avances en el campo del conocimiento histórico; y no precisamente porque sepamos pocas cosas o porque se pueda escribir lo primero que a uno se le ocurra. Sobre los grandes temas, como la cuestión homérica, los siglos oscuros, el nacimiento del urbanismo, y la aparición de la escritura o la moneda, los intercambios y la investigación científica han permitido realizar grandes progresos e incorporar plenamente a la Historia a muchas sociedades (los etruscos, los escitas, los iberos y tantos otros).

Nos falta hablar de la arqueología. Es cierto que, en parte gracias a ella, los progresos han sido importantes (la aportación de la antropología ha sido y continúa siendo esencial, como demuestra la obra de Jean-Pierre Vernant dedicada por entero a la Grecia Arcaica). A menudo, apenas dados sus primeros pasos en la universidad, los historiadores de mi generación tuvieron que tomar la gran decisión de elegir entre la arqueología y la epigrafía, como si fuera obligatorio optar entre las piedras inscritas y las que no lo están. Era la (desgraciada) época de las ciencias "auxiliares" de la Historia, a las que no estaba bien visto concederles un crédito acumulable. La consecuencia de esta organización académica fue la de llevar a los historiadores de la Antigüedad que eligieron las inscripciones a dedicarse a los siglos "inscritos", es decir, a aquellos en los que la práctica de la escritura estaba muy extendida (los posteriores al siglo V a.C.), realizando una investigación histórica que durante mucho tiempo estuvo demasiado alejada de las realidades arqueológicas.

Como podremos comprobar, para el estudio de los siglos arcaicos, la epigrafía es una fuente inestimable, con sus dedicatorias sobre piedra o sus cartas comerciales sobre plomo; pero la arqueología es la disciplina principal, la que permite conocer los hábitats de las ciudades y campos, de los santuarios y necrópolis, y la organización de los territorios. Durante los últimos decenios, el número de yacimientos arcaicos identificados por todo el Mediterráneo ha experimentado una progresión geométrica. Regiones enteras, prácticamente desconocidas hace cincuenta años, se han transformado en puntos de referencia básicos; es el caso de la Andalucía arcaica o de las costas del Mar Negro. Todavía no hemos terminado de descubrir el Mediterráneo arcaico.

La arqueología permite sentar las bases del avance histórico al proporcionar dataciones relativamente precisas. Más importante que cualquier interpretación, es saber datar el momento en el que apareció un yacimiento y las fases de su transformación, abandono o destrucción. La cerámica, sobre todo la griega, nos permite hacerlo gracias al conocimiento que tenemos de sus series y de sus diversos estilos.

La arqueología también proporciona un testimonio esencial sobre el dominio y el uso de cierto número de técnicas y costumbres. Gracias a ella podemos saber la manera en que se construía un navío, cómo se utilizaba la madera y cómo se tallaba la piedra; pero también de qué modo se utilizaba una vajilla de mesa o se honraba a un difunto. ¿Quién sería capaz de no ver detrás de semejante análisis los rasgos propios del ejercicio del oficio de historiador?

Como ya he mencionado, la dificultad radica en la interpretación. Enfrentado a una documentación multiforme y a menudo aislada, el historiador del Arcaísmo debe, al igual que sus colegas prehistoriadores, huir de dos excesos: la sobreinterpretación y el hipercriticismo. Sobreinterpretar significa conceder a un documento una importancia de la que carece, es decir, creer en la existencia de un asentamiento humano basándose en la presencia de un único resto de cerámica, o incluso ver en él la existencia de una corriente comercial. Una golondrina no hace verano. Por el contrario, mostrarse hipercrítico significa negarle el menor valor a un documento con el pretexto de que no entra en los esquemas ya conocidos y firmemente establecidos. De modo que hay que estar en perpetuo movimiento para escapar tanto a la credulidad como al escepticismo.

Nacimientos

El Arcaísmo fue un periodo emergente, y los griegos y sus vecinos lo vivieron como tal. Se trata de una concepción en la que el sentimiento del progresivo dominio del universo representó un papel importante. En el siglo VIII los eubeos, siguiendo los pasos de los fenicios, llegaron hasta el océano Atlántico. El Mediterráneo, en contraposición a los mares "exteriores", se humaniza convirtiéndose en el territorio de los dioses;

de Poseidón, por supuesto, pero también de otras divinidades. Es el paso «de una extensión marítima caótica a un espacio calificado y ordenado» (Vernant). El vocabulario se enriquece: a *thalassa*, el mar visible, se opone *pontos*, alta mar, que no es que sea inaccesible, pero en el que faltan puntos fijos de referencia. Este mar está recubierto de rutas, las *poroi*. Entre las estrellas y las referencias que forman los cabos, los pasos y las islas, el vasto medio líquido conturba el pensamiento humano. Los tres siglos del Arcaísmo estarán dedicados a dominarlo, a atravesarlo, a conocer sus reglas no escritas. Es la primera tentativa que se hace por dominar el espacio y las fuerzas naturales. Un esfuerzo vano y que siempre comienza de nuevo frente a las tormentas y las fuerzas irracionales. Aquí es donde la inteligencia debe adoptar esas formas tan particulares que los griegos describían con el nombre de "mestizas". Se necesita la astucia de Ulises para desbaratar las trampas del mar.

Detendremos aquí nuestra introducción sobre el Mediterráneo. Sus aguas transportan a los navíos y a los hombres pero, debido a la fuerza primordial que representa, su masa líquida podría llevarnos al corazón de los más sofisticados sistemas de representación del mundo. Los antiguos no se decidieron a pensar en el mar como en un objeto, distante y lejano. Aparecerá en los primeros mapas del mundo, que trazaban entonces los jonios.

No obstante, el mar no podía pretender ser el centro del universo mental de los griegos. En el pensamiento de Anaximandro es la tierra la que ocupa ese lugar; la tierra, fácilmente mensurable y en donde el espacio de la ciudad se convertirá en el punto de referencia, fijo y sólido, de todas las construcciones mentales y concretas. A diferencia del territorio (*chora*) de la ciudad, las llanuras marítimas se escapan a los esfuerzos de racionalización geométrica. El mar no puede tener un centro, puesto que, donde quiera que uno éste, no existe un punto fijo. No existe el *omphalos* del mar y el ombligo del mundo sólo puede encontrarse en tierra.

A esta visión del mundo se opone la de Tales de Mileto. El mar era el centro de sus preocupaciones, y en función de él observaba el cielo y las estrellas, igual que hacían los marinos fenicios. Se decía que Tales pudo definir su teorema sobre la igualdad de los ángulos de la base

de los triángulos isósceles midiendo la distancia de los navíos en el mar. Siguiendo la tradición egipcia, consideraba el agua como el principio de todas las cosas. Para Tales, la tierra flotaba sobre el agua igual que un trozo de madera, pero los griegos, desde Anaximandro hasta Aristóteles, siempre rechazaron esa visión.

I

LOS PAISAJES

Un mar es, sobre todo, un paisaje o, más exactamente, un conjunto de paisajes, un conjunto de imágenes que son percibidas por el observador desde tierra o desde un navío. El diálogo entre el sujeto y el objeto, entre el hombre y el mar, se hizo intenso por primera vez en la época arcaica, debido al aumento de viajes, emigrantes y mercaderes, así como al de hombres de ciencia.

En nuestros días tenemos la costumbre de aplicarle a la noción de paisaje una fuerte connotación subjetiva (lo que el hombre ve, influido por sus estados de ánimo, al mirar el horizonte), enfrentándolo a la noción de entorno, más neutra y por tanto más "científica". La época arcaica fue el comienzo de esta división, yuxtaponiendo el modo de ver el Mediterráneo de los filósofos y los geógrafos al de los poetas (como Homero y Píndaro, por ejemplo).

Desde hace más de un siglo, cuando aparecieron los trabajos del geógrafo Philippson (1888), el conocimiento del paisaje griego y de sus estrechas relaciones con el Mediterráneo ha avanzado mucho; pero lo cierto es que nuestro modo de ver este mar está condicionado por las descripciones homéricas, poéticamente traducidas por Victor Berard.

La representación del mundo

La invención de la cartografía en época de las Guerras Médicas, es decir, a finales del periodo arcaico (comienzos del siglo V a.C.), reunió

y utilizó siglos de observaciones, pero eso sólo fue posible gracias a una capacidad de abstracción absolutamente revolucionaria. Anaximandro fue el primer griego que concibió la idea de dibujar la tierra sobre un *pinax*, una tablilla o una plancha (aunque los babilonios ya hicieron algunos intentos en ese sentido). Era la primera vez que el estilete no se utilizaba para dibujar letras, sino para grabar una imagen que era «una evidencia muda» (Jacob) sobre un soporte fijo y duradero. El momento es importante, comparable al de la invención de la escritura. El ejemplo de Anaximandro fue seguido por Hecateo, que se dedicó a la descripción de la tierra (*periodos ges*).

Esos mapas se representaban de una manera que podemos reconstruir. Cuando a comienzos del siglo V (499) el tirano de Mileto, Aristágoras, hizo una visita al rey de Esparta, Cleómenes, le llevó como presente:

> Una tableta de bronce que traía grabado el mapa de toda la tierra con todos los mares y todos los ríos (Heródoto, V, 49).

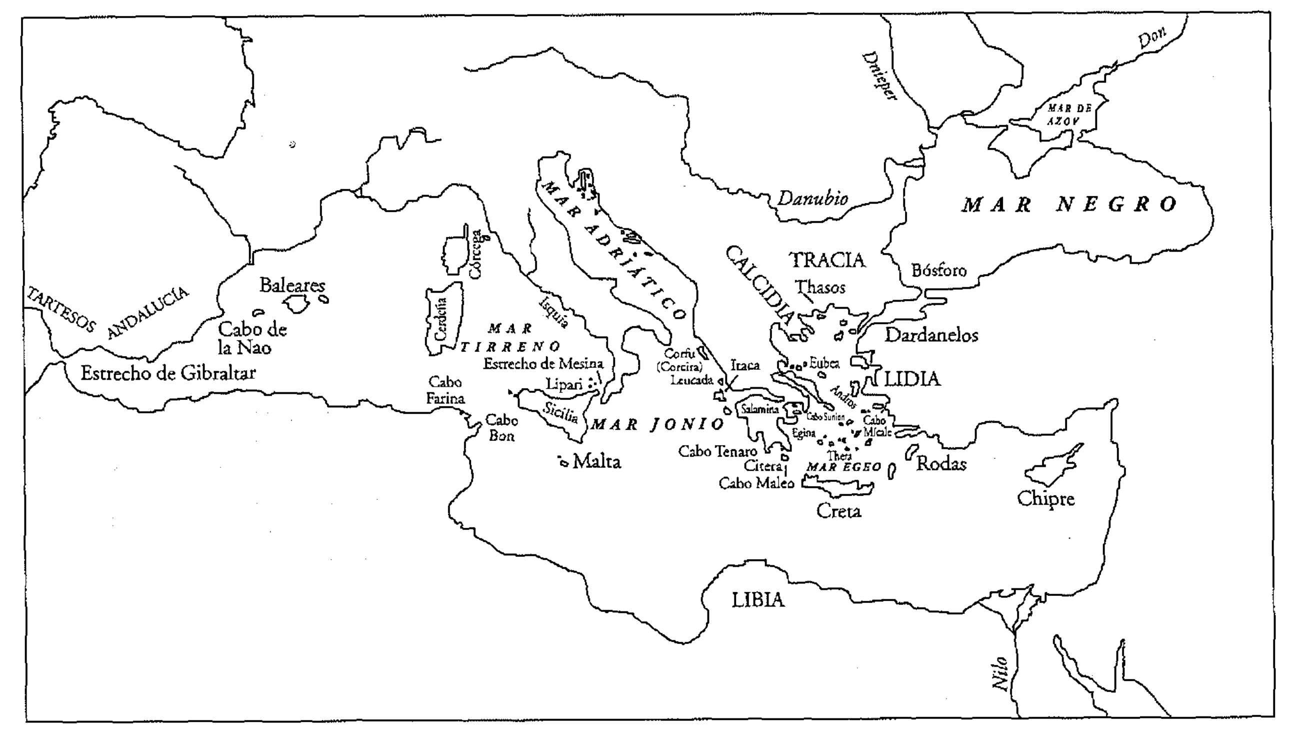
A menudo los griegos expresaron su incredulidad y escepticismo frente a esas primeras representaciones:

> Me río al ver a tantas personas ofrecernos mapas del mundo que no contienen nunca la menor explicación razonable. ¡Se nos muestra al río Océano, que rodea a una tierra perfectamente redonda, como hecha en un torno, y se le dan las mismas dimensiones a Asia y a Europa! (Heródoto, IV, 36).

Y la opinión de Estrepsíades es la del ateniense medio del siglo V:

> ¡Ah! ¡Que cosa más divertida! ¡Un invento de utilidad verdaderamente popular! (Aristófanes, *Las nubes*, 200-217).

La conceptualización de las cosas acababa de dar un gran paso. Ser capaz de ver el mundo que se extiende frente a uno significa poseerlo. Poder abarcar con un sólo golpe de vista los límites del mundo significaba percibir su esencia misma.



El Mediterráneo. Mares, islas, cabos y estrechos.
(Para los emplazamientos antiguos ver el mapa del final del libro.)

Los periplos

Sin embargo, los griegos iban a permanecer mucho tiempo anclados en una visión del mundo basada en exploraciones y descripciones más que en imágenes. Las primeras representaciones no hacían más que codificar un conjunto de experiencias y observaciones empíricas realizadas a lo largo de muchos siglos y cuyas enseñanzas se habían transmitido por tradición oral. Hoy día sabemos que los griegos (micénicos) navegaban ya por el Mediterráneo desde mediados del II milenio. Acompañaban a unos productos de los que la arqueología ha encontrado restos en todas partes, desde Oriente hasta España pasando por Chipre, Creta, la Italia del sur, Sicilia y Cerdeña.

Se dedicó un género literario específico a la descripción de las riberas del Mediterráneo, los *periploi* (periplos), cuya existencia conocemos gracias a Marciano de Heraclea, un geógrafo de finales de la Antigüedad que reunió varios de ellos.

Uno de los más interesantes para nosotros es el periplo "de Escílax", del que recientes investigaciones (Peretti) han demostrado su importancia. Durante mucho tiempo se puso en duda la tradición manuscrita que atribuía este relato a Escílax de Carianda, un explorador conocido por Heródoto (IV, 44), que había trabajado para el rey persa Darío I y que era famoso, sobre todo, por su viaje a la India a finales del siglo VI (hacia 519-513). Lo normal era atribuir a un escritor anónimo del siglo IV la redacción del periplo. Este autor habría sido un falsario que firmó sus escritos con el prestigioso nombre de Escílax. No obstante, Peretti ha demostrado, con argumentos en su mayor parte convincentes, que en el texto que se conserva existe un núcleo antiguo atribuible a Escílax; núcleo que posteriormente fue completado, en su mayor parte, por un comentarista ateniense del siglo IV, probablemente en los años 338-335 (aunque no parece posterior a la fundación de Alejandría, que nunca aparece citada). A la vista de esta rigurosa investigación filológica, es importante comparar descripciones auténticas, efectuadas mientras se recorría la costa, con compilaciones que a menudo son trabajos de biblioteca en los que se aprecia, además, un mayor interés por la tierra del interior que por la propia costa y que, en muchas ocasiones, no respetan el recorrido lógico del viaje, realizando confusos saltos atrás y adelante.

El segundo periplo del Mediterráneo arcaico también está envuelto en el misterio. A decir verdad, sólo lo conocemos por un poema de Rufo Festo Avieno, un romano del siglo IV de nuestra era (*Ora maritima*). Posiblemente Avieno trabajó teniendo frente a él un texto que se remontaba a la época helenística; pero, si creemos a Schulten (1922), la fuente de información originaria era un periplo marsellés del siglo VI, es decir, de comienzos de la existencia de la ciudad griega de Marsella (Massalia). Este periplo sólo describe las costas del Mediodía francés y de la península Ibérica. Dedica 40 versos a la región de Tartesos y más de 80 a Massalia y el Ródano; también encontramos información sobre regiones atlánticas frecuentadas por mercaderes que iban a Tartesos (Andalucía) y más allá. Probablemente fue en estas zonas de influencia fenicia donde los marselleses tuvieron noticia de esa información.

Medir las distancias y evaluar la duración del viaje

Uno de los sistemas para identificar los elementos más antiguos del periplo de Escílax es fijarse en cómo están medidas las distancias: utilizando el número de jornadas de navegación, y no el número de estadios (1 estadio = 180 metros aproximadamente), como harían los geógrafos posteriores.

Hesíodo, en la *Teogonía* (721-722), utiliza el tiempo que tarda en caer un objeto (un yunque de bronce) para calcular la distancia que separa la superficie terrestre de las profundidades del Tártaro. Eran necesarios nueve días y nueve noches para pasar de la luz del día a las tinieblas.

Con las observaciones de Escílax se pasa del mito a la historia. Estos son algunos ejemplos: para recorrer la península Ibérica se necesitaban 7 días y 7 noches; para ir desde Emporion, en Cataluña, al Ródano, se necesitaban 2 días y una noche; para costear las orillas de Esparta se necesitaban 3 días; y por último, 7 días y 7 noches eran imprescindibles para ir de Cartago a las Columnas de Heracles (Gibraltar). Resumiendo, eran necesarios 154 días de navegación para costear todas las orillas europeas del Mediterráneo, 87 días para las costas asiáticas y 74 días para las africanas.

Por su parte, Heródoto (IV, 85-86) comenta que, para atravesar el Ponto Euxino (el mar Negro), se necesitaban 9 días y 8 noches de navegación; Tucídides (VI, 1,1), que sigue a Antíoco de Siracusa, menciona que un navío mercante daba la vuelta a Sicilia en menos de 8 días, mientras que según Estrabón (VI, 2, 1), que cita a Éforo, el mismo recorrido se hacía en 5 días y 5 noches.

Gracias a estas duraciones, conseguidas mediante la experiencia de los navegantes, los antiguos se hicieron conscientes de las dimensiones de su mundo. Calcular el tiempo es el medio más seguro de evaluar las distancias; luego los geógrafos se acostumbrarán a proporcionar las distancias en estadios, sabiendo que un navío recorría 700 estadios en un día. Un simple cálculo permitía incluso hacer la conversión: 24 horas de navegación = 1.000 estadios (o 500 estadios por jornada diurna), algo que Eratóstenes criticará en el siglo III a.C.

Semejantes itinerarios eran trazados tras hacer el recorrido, y no de manera puramente teórica. Según el caso, siguen la línea de costa (cabotaje) o permiten la navegación en alta mar.

Cabos y promontorios

En este contexto, el papel desempeñado por los cabos y promontorios era esencial. Ellos serán las marcas, los puntos de referencia para la navegación.

En primer lugar, los antiguos se preocuparon de la apariencia del cabo, de su relieve puntiagudo o tabular, de su vegetación y de su color. Se ha demostrado la importancia de todos los cabos "blancos", es decir, con acantilados calizos más o menos desarrollados. La toponimia del Mediterráneo es rica en nombres que recuerdan ese color; por ejemplo, las Leuca (sur de Italia, Salento), Léucade (Adriático), Leucopetra (Calabria) o Leuce Acte (Calcidia de Tracia). A menudo estos cabos se convirtieron en importantes lugares culturales; sabemos que todos los años tenía lugar en Léucade, una isla del Adriático, una zambullida ritual que se realizaba desde uno de los cabos y que es una variante de la expulsión y lapidación del "chivo expiatorio" (*pharmakos*):

Se llama así (Leucata) a un espolón rocoso de color blanco –de donde viene su nombre– que prolonga la isla de Léucade hacia el mar abierto en dirección a

Cefalenia. Sobre la roca que acabo de mencionar se yergue el santuario de Apolo de Léucade. Allí es donde también se encuentra el lugar del salto que tradicionalmente se considera que cura el mal de amores [...]. Menandro afirma que Safo fue la primera en intentar el salto [...]. Los leucadianos también tenían la costumbre de elegir cada año, con ocasión de los sacrificios en honor de Apolo, de entre todos los que estaban acusados de algo, a un hombre al que tiraban como víctima apotropaica desde lo alto de la atalaya que había sobre el cabo. No obstante, se ataban a su cuerpo plumas variadas y pájaros capaces de ralentizar su caída batiendo las alas, al tiempo que numerosas tripulaciones sobre pequeñas barcas de pesca esperaban en círculo al pie del acantilado, dispuestas a socorrerle si podían y a llevarle sano y salvo fuera de las fronteras del territorio tras haberle recogido (Estrabón, X, 2, 8-9).

Este texto nos informa sobre otros dos aspectos del promontorio: lugar de vigilancia para la pesca del atún y, sobre todo, sede de un santuario.

De hecho, los grandes santuarios del Mediterráneo, ya fueran griegos o no, se situaban a menudo sobre promontorios semejantes. La divinidad protege así a la navegación al tiempo que la controla. Ni que decir tiene que los sacerdotes se beneficiaban también de un adecuado observatorio que ponía de manifiesto su poder a los ojos de todos.

Los ejemplos abundan. Algunos son célebres, incluso universalmente conocidos: el templo de Poseidón en el cabo Sunion, en el Ática, o en el cabo Tenaro, en Laconia; el templo de Astarté en Eryx, el extremo occidental de Sicilia; el templo de Heracles-Melkart en Gades (Cádiz); el templo de Hera en el cabo Lacinion (Capo Colona), cerca de Crotona, en la Italia meridional; el templo de Apolo cerca de Mileto; el templo de Atenea en Lindos (Rodas); y la serie de templos de Artemisa (los Artemisia): al noroeste de Ubea, cerca del cabo de la Nao en España o en la isla de Giannutri, en el archipiélago toscano. Por último, y sobre todo, el Panionion, santuario de los jonios en el cabo Mícale, frente a la isla de Samos, donde se celebraban grandes fiestas (Heródoto, I, 148).

Eran muchos los cabos considerados como fronteras. El cabo Maleo, al sur del Peloponeso, era uno de ellos: «al doblar el cabo Maleo, di adiós al país» decía un proverbio griego recogido por Estrabón (VIII, 6, 20). Otros fueron tomados como puntos de referencia en los primeros textos jurídicos que organizaban el comercio y las zonas de influencia

del Mediterráneo. El primer tratado jurado entre Roma y Cartago (en 509) señalaba que los romanos debían abstenerse de navegar más allá del promontorio Bonito (o Bueno), a menos que les obligara a ello una tempestad o una fuerza enemiga (Polibio, III, 22); las modernas investigaciones todavía no han permitido saber si se trata del cabo Bon (Desanges) o del cabo Farina (Heurgon), que son los dos cabos que se encuentran al este y al oeste del golfo de Cartago.

Por último, mencionar que grandes tumbas, míticas o históricas, era emplazadas en promontorios importantes, como la de Protesilao, tío de Filoctetes y héroe de la guerra de Troya, que se encontraba en el extremo del Quersoneso tracio, a la entrada del Helesponto (Dardanelos) y también las de Aquiles y de Patroclo:

> Una tumba grande y soberbia fue construida por el poderoso ejército de los belicosos Argios sobre un promontorio de la orilla, en el emplazamiento del largo Helesponto, de tal manera que, desde lejos en el mar, aparezca a los ojos de los hombres que viven en nuestros días y de los que vendrán después de nosotros (Homero, *Odisea*, XIV, 75).

De modo que la historia del Mediterráneo está muy marcada por esos lugares en donde el contacto entre el mar y la tierra se hacía de manera gradual y en ocasiones majestuosa. Fue la mirada de los marinos la que concedió su valor a semejantes lugares e hizo de ellos lugar de residencia de dioses y héroes. Los promontorios son los grandes observatorios del Mediterráneo.

Los islotes

El papel estructurador de los cabos y promontorios se completaba de manera natural con el de los islotes, situados en la cercanía de las costas y que también servían como indicadores. Sabemos que los fenicios sentían una especial querencia por los lugares situados frente a pequeñas islas (Tucídides, VI, 2, 6). De hecho, lo mismo en Tiro que en Gades (Cádiz), la presencia de una isla es el elemento determinante del paisaje fenicio. Los griegos hacían lo mismo: la fundación de Siracusa tuvo lugar primero en el islote de Ortigia. Más allá de la fundación de

colonias, sabemos el importante papel que representaron en la historia arcaica islas como Isquia, en el golfo de Nápoles (emplazamiento de Pitecusa, el primer asentamiento griego en Occidente) o pequeños islotes como Platea, frente a Cirene; Berezan, frente a Olbia póntica (mar Negro), y el conocido posteriormente como de la "ciudad vieja" (*palaiapolis*), frente a Emporion en España; por no hablar de la costa de Jonia, donde la relación entre las islas y el continente lo condiciona todo.

Por último, Citera. Leamos a Tucídides (IV, 53, 3):

> Citera es una isla situada en Laconia, no lejos del cabo Malea. La población está formada por lacedemonios de la clase de los periecos. Cada año se enviaba a un magistrado espartiata que ejercía las funciones de juez para Citera. En la isla siempre había de guarnición un cuerpo de hoplitas venidos del continente, y los lacedemonios velaban atentamente por su seguridad. Era allí donde tenía lugar el desembarco de los navíos de carga llegados de Egipto o Libia. Por otra parte, la posesión de esta isla facilitaba la defensa de Laconia contra las incursiones de los piratas venidos del mar. El mar es por el único sitio por el que Laconia es vulnerable.

La isla también contaba con un templo fenicio dedicado a Afrodita Urania (celeste), por lo que reunía todas las características de un gran mercado (*emporion*), en donde los intercambios tenían lugar entre comunidades diferentes, controlados por los sacerdotes y también por la ciudad más cercana (Esparta). De hecho, la isla estaba bien situada, entre el puerto laconio de Giteion, cerca de la desembocadura del Eurotas (a unos 45 kilómetros de Esparta) y el puerto cretense de Cidonia, que «mira hacia Laconia» (Estrabón, X, 4, 13). No obstante, Quilón, el más sabio de los espartiatas, decía que lo que quería Esparta de Citera es que se hundiera en el mar, pues era una base perfecta para que los enemigos de la ciudad la atacaran (Heródoto, VII, 235). Este juicio a contracorriente es un claro ejemplo de la posición de Esparta respecto al mar.

Los estrechos

Son las puertas del Mediterráneo, ya sea porque marcan sus límites extremos, como el estrecho de Gibraltar, principal frontera entre la zona

mediterránea y la zona atlántica, ya porque fueran puntos de paso de un evidente interés estratégico y comercial, como el estrecho de Mesina o el conjunto formado por el Bósforo y los Dardanelos.

Gibraltar fue considerada, probablemente ya desde el siglo VIII y las primeras singladuras de los griegos de Eubea, como un punto de referencia esencial. De hecho, la tradición griega más antigua dio a ese paso el nombre de "Columnas de Briareo", por el nombre de un héroe eubeo que recibía culto en la ciudad de Calcis. Posteriormente, quizá por asimilación con el Melkart fenicio, que tenía un templo no lejos de allí, se hizo referencia a Heracles. De modo que durante toda la Antigüedad se habló de las "Columnas de Heracles" y después de las "Columnas de Hércules". Todo en ese lugar contribuía a poner en marcha la imaginación: la entrada en el océano, «el mar inaccesible» (Píndaro), significaba condiciones de navegación por completo diferentes; el navegante que se dirigía hacia el oeste tenía a su derecha la elevada roca de Gibraltar, que en la Antigüedad era llamada Calpe, y a su izquierda una serie de altas montañas que recibían el nombre de Abila; más lejos, en la orilla europea, aparecía al fondo del golfo el asentamiento insular de Gades, donde los fenicios de Tiro habían construido un templo a su dios Melkart en el extremo opuesto de la isla en el que se encontraba su ciudad (Estrabón, III, 5, 4). Hacia el 100 a.C., se enseñaba a los visitantes unos pilares de bronce en los que estaban grabados los gastos de construcción del templo y que en ocasiones eran presentados como las "Columnas". En la misma orilla, pero todavía más lejos, se encontraba el *emporion* de Tartesos, en las proximidades de Huelva y de la desembocadura del Guadalquivir. Uno de los primeros griegos en llegar allí fue Colaios de Samos, que simplemente había querido ir desde su ciudad hasta Egipto, pero al que el viento condujo al oeste. Nunca tuvo que arrepentirse de semejante viaje, pues, de creer a Heródoto (IV, 152), consiguió importantes beneficios. Da la impresión de que, posteriormente, los asentamientos fenicios estorbaron la navegación griega a través del estrecho.

> Los cartagineses tiraban al mar a todo extranjero que hubiera podido navegar hacia Cerdeña o las Columnas (Estrabón, XVII, 1, 19).

El estrecho de Mesina, entre el sur de Italia y Sicilia, es la puerta de entrada al mar Tirreno, que parece un mar cerrado –el único en todo el

Mediterráneo junto al mar Negro–. Igual que Gibraltar, tiene una definición estricta y otra más amplia. En sentido estricto, es el lugar en el que se enfrentaban las "hermanas" calcidias, las dos colonias griegas de Regio, (la actual Reggio de Calabria) en la orilla calabresa, y de Zancla, cuyo nombre significa en griego "la hoz", y describe la forma de su puerto (la actual Mesina). «Vía natural de paso del helenismo hacia Occidente» (Vallet), el estrecho de Mesina fue en época arcaica y clásica una zona bajo control político calcidio, basado en las dos ciudades mencionadas; pero también en Naxos (en la orilla siciliana, al sur de Zancla), en Milai (Milazzo), en la costa norte de la isla, punto de contacto con el archipiélago eolio, y por último en Metauro, en la orilla calabresa al norte de Regio, que fue de Calcis antes de pasar a ser controlada por Locros. Esta organización, que aseguró a los de Calcis el control de los intercambios comerciales –sin ver en ello una visión modernista de tipo "aduanero"–, tomó a principios del siglo V (del 488 al 461) una dimensión política, con el "reino del Estrecho" creado por Anáxilas, que se convirtió en el «tirano de los reginos y los zancleos» (Diodoro, XI, 48) y reunió de manera efímera en un solo Estado las dos ciudades de Calcis en el estrecho. Se trata de un original ejemplo de unión política entre dos ciudades griegas cuya geografía condicionaba necesariamente su historia.

Los Dardanelos (Helesponto) y el Bósforo de Tracia, separados por el mar de Mármara (Propóntide), forman un punto de contacto todavía más complejo que permite el paso del mar Egeo al mar Negro. A la entrada del Bósforo, en la orilla sur de la zona del mar Negro, había un templo dedicado a Zeus Urion (el Ieron) a quien se invocaba para conseguir un viento favorable. Allí fue donde, según la leyenda, Jasón, de regreso de la Cólquide (Georgia), hizo su primer sacrificio a los doce dioses. La ciudad de Bizancio, una fundación de colonos de la Mégara de Grecia, se encontraba al otro lado del Bósforo, en la otra punta de la Propóntide y en la orilla norte; frente a la colonia megarense de Calcedonia, situada en una costa con unas rocas blancas muy visibles, fundada diecisiete años antes que Bizancio. El control de Mégara sobre el Bósforo es similar a la presencia de griegos de la Calcis de Eubea en el estrecho de Mesina. Para poder atravesar el estrecho, en el 513 el rey persa Darío hizo construir un puente de barcos obra del arquitecto Mandrocles de Samos (Heródoto, VII, 87).

El Helesponto era un segundo estrecho que unía la Propóntide con el mar Egeo y se abría hacia el Quersoneso tracio, en la orilla norte, y la Troade, en la sur. Igual que hiciera su padre en el Bósforo, Jerjes mandó construir un puente de barcos en el Helesponto para "encadenarlo"; los barcos estaban unidos, bien con cables de estopa (método fenicio), bien con cables de papiro (método egipcio), pero la distancia a cubrir era demasiado grande (7 estadios, es decir, 1,2 km), por lo que una tormenta rompió las uniones. Entonces Jerjes ordenó cortar la cabeza a los ingenieros y "castigó al mar", dándole 300 latigazos al Helesponto antes de rehacer el puente con uniones reforzadas (Heródoto, VII, 34-36). Fue así como por fin logró que su ejército atravesara al otro lado, después de haber hecho libaciones en una copa de oro que posteriormente arrojó a las aguas del estrecho. Por ese mismo lugar atravesaron los convoyes de trigo que, siempre en época de las Guerras Médicas, abastecían a Grecia y que Jerjes no quiso bloquear pensando que, ya que también él se dirigía hacia Grecia, esos víveres le serían útiles (Heródoto, VII, 147).

Istmos y trasbordos

Podríamos continuar esta disertación sobre los estrechos recordando que los navegantes antiguos se habrían preocupado, según los comentaristas posteriores, por cuestiones tales como el intercambio de hombres, productos e incluso de navíos para mejorar la circulación por el Mediterráneo.

De hecho, conviene que seamos aquí muy prudentes. Muchas interpretaciones reflejan, directa o indirectamente, lo que Victor Berard llamaba la «ley de los istmos atravesados», según la cual era preferible acortar a través de los istmos terrestres en vez de «dar un rodeo» por mar. Es cierto que los antiguos eran sensibles a la cuestión de los istmos. En la *Política* (VII, 10, 1329*b*), Aristóteles señalaba que los dos golfos que rodean el istmo calabrés estaban «separados uno de otro por media jornada de camino». Y en la *Ora maritima* de Avieno (v. 178) se habla de caminos en Andalucía que permitían pasar, en cuatro días, de la desembocadura del Tajo (en la región de la actual Lisboa) a Tartesos (Huelva) y desde allí en cinco días hasta la costa mediterránea en las cercanías de Mainake y Málaga.

Sabemos, sin embargo, que esos itinerarios de rodeo no deben interpretarse en un sentido demasiado "modernista", que intentaría hacer creer que los fenicios "bloqueaban" Gibraltar, o los calcidios el estrecho de Mesina. La teoría del transporte y las rutas terrestres desarrollada por Lenormant a finales del siglo XIX para Italia meridional se ha matizado mucho desde entonces. Los itinerarios marítimos fueron mayoritarios durante todo el periodo arcaico, aunque los caminos interiores a través de los largos valles de la Basilicata y de Calabria desempeñaran un papel esencial en los fenómenos de estructuración de las comunidades indígenas y en el desarrollo de sus relaciones con las colonias griegas instaladas en la costa.

En ese contexto, las tentativas de excavar o acondicionar los istmos son unos testimonios preciosos. El faraón Necao (609-594) comenzó la excavación de un canal entre el Mediterráneo y el mar Rojo, ancestro de nuestro canal de Suez; su longitud era igual a cuatro días de navegación y su anchura permitía el paso de dos trirremes. Un total de 120.000 egipcios habrían muerto trabajando en la obra (Heródoto, II, 158) y el faraón tuvo que abandonar su proyecto, que terminaría el rey persa Darío a finales del siglo VI. Pero Diodoro (I, 33) nos dice que Darío también lo dejó sin terminar por miedo a inundar Egipto.

También está la fallida tentativa por perforar el istmo de cinco estadios (900 m) que une la península de Cnida, en la Grecia asiática, con el continente anatolio; la Pitia no se mostró favorable al proyecto y los obreros sufrieron numeroso accidentes, en especial en los ojos (Heródoto, I, 174). Pero sobre todo destaca el intento de excavar un canal en el Atos, en la Calcidia tracia, al norte del mar Egeo, que fue llevado a cabo «a base de látigo» (Heródoto, VII, 22-23). Esta península estaba unida al continente por un istmo de 12 estadios (2 km) de largo. El rey persa Jerjes hizo que diferentes grupos de bárbaros excavaran el canal, en especial fenicios, que se distinguieron al evitar las paredes verticales y con ellas los derrumbamientos; el canal era rectilíneo y permitía el paso de dos trirremes a la vez.

Nos encantaría poseer una información igual de precisa sobre el acondicionamiento del famoso *diolkos* que permitía el transbordo de cargamentos y/o de navíos entre el golfo de Corinto, al norte, y el golfo de Mégara (golfo sarónico), al sur. El lugar era de una importancia

estratégica considerable, puesto que evitaba tener que rodear el Peloponeso. La ganancia de tiempo era significativa, y la excavación del canal de Corinto –que obsesionó a los antiguos, en especial a Periandro, Demetrio Poliorcetes, César, Calígula y Nerón–, que fue la confirmación *a posteriori* de ello, tuvo lugar a finales del siglo XIX (1881-1893). No obstante, los historiadores no se ponen de acuerdo, puesto que se ha comprobado que el primer testimonio del funcionamiento del *diolkos* data del siglo V (428). Los lacedemonios, escribe Tucídides (III, 15):

> Se pusieron a preparar carromatos para transportar los navíos desde la orilla de Corinto hasta la costa frente a Atenas.

Se trata por tanto de un camino enlosado, que las excavaciones han encontrado, y no de un canal (el significado del griego *diolkos* es "que permite tirar de través, halar"). Además, no comunicaba los dos puertos de Corinto (el Lecaion, que era el más grande y se encontraba en el lado norte, y Kencreai, en el otro lado) y eso ha llevado en ocasiones a creer que la utilización del *diolkos* fue más militar que comercial. Además, en el 480 la dimensión estratégica del istmo de Corinto quedó subrayada por el muro (Heródoto, VIII, 71) que los habitantes del Peloponeso construyeron para protegerse contra los persas de Jerjes (muro que, paradójicamente, sí unía las dos zonas portuarias).

Faros y altares

Más allá de nuestra noción moderna de "faro" –una torre que, mediante una señal luminosa, proporciona una referencia a los navegantes– hubo una relación entre los fuegos que se encendieron en la *Ilíada* para guiar a las flotas y el monumento que se construyó en la orilla. Esto es lo que dice Estrabón a propósito de Gades (Cádiz):

> No se puede dudar de que los primeros en llegar señalaron el final de su exploración con un altar (*bomos*) construido por ellos, una torre (*purgos*) o una pequeña columna (*stulos*) erigida en el lugar que fuera a la vez el más lejano que hubieran alcanzado y el más visible (III, 5, 6).

Hoy día sabemos que, mucho antes de que se construyera el faro de Alejandría (lo que tuvo lugar en el 297 a.C. en la isla de Faros, que cedió su nombre a la construcción), se habían construido faros a orillas del Mediterráneo. Muchos de ellos han sido estudiados en la isla de Tasos, al norte del mar Egeo, y se ha propuesto para ellos una datación en el siglo VI a.C. Estaban compuestos por una pequeña torre circular (algunas tenían 4,90 m de diámetro x 3,90 m de altura y otras 3,50 m x 2,50 m) construida con bloques de mármol aparejados en el exterior. En el interior había un relleno culminado con losas de gres, que eran las que estaban en contacto con el fuego (el gres es refractario y el mármol posee poca resistencia térmica).

De modo que en el Mediterráneo arcaico ya existían los faros. También había altares situados en las orillas, en "lugares de recuerdo" que señalaban momentos importantes del descubrimiento del Mediterráneo por parte de los griegos; como el altar de Apolo Arquegetes ("fundador") cerca de Naxos, en la costa oriental de Sicilia (Tucídides, VI, 3, 1). Este altar, que todavía no ha sido excavado y ni siquiera localizado, probablemente señalaba el lugar en el que los colonos griegos desembarcaron por primera vez en Sicilia. Del mismo modo, el altar de Filene se encontraba en el golfo de las Sirtes (la actual Libia) y señalaba la frontera entre los territorios de Cirene y los de Cartago; es decir, entre la zona de control púnico y la costa africana controlada por los griegos. Por último, entre Tabarka y Bizerte (Túnez) había altares de Poseidón.

Navíos, espolones y anclas

En el mundo del Mediterráno arcaico, el navío se encontraba en el centro de las imágenes mentales de los griegos. Hay una alegoría comentada por el filósofo Heráclito de Éfeso, mencionada también por los poetas Arquíloco de Faros y Teognis de Mégara, y utilizada en numerosas ocasiones posteriormente, que era muy querida por Alceo, el poeta aristócrata de Mitilene de Lesbos, coetáneo de Safo a finales del siglo VII y comienzos del VI. En ella el navío es identificado con la ciudad (la *polis*), y los flancos de su carena con su muralla. Soporta tempestades del mismo modo que la ciudad, amenazada por la tiranía, sufre crisis sociales

(las *staseis*) y políticas; el piloto controla el navío igual que el gobernante la ciudad y el marinero, frente al vendaval, se afianza como el combatiente que defiende su ciudad; los ciudadanos se exilian igual que un cargamento va a parar al fondo del mar. El poeta, que estuvo exiliado en Egipto y Tracia, nos ofrece una precisa descripción de una tempestad:

El agua de la sentina (el *antlos*) cubre la base del mástil / este andrajo de vela (el *laiphos*) es transparente / recorrido por grandes rasgaduras [...] los obenques ceden [...], el cargamento es arrasado y una parte va a la deriva (Alceo, frag., 208*a* Voigt, trad. de Gentili).

Este texto bastaría para convencer a los escépticos de la existencia, desde los tiempos arcaicos, de una navegación técnicamente evolucionada. No obstante, es en la *Ilíada*, un siglo más antigua que Alceo, donde encontramos fragmentos que describen técnicamente un navío:

Al llegar al profundo puerto, plegaron las velas y las pusieron en el negro navío; desmontaron el mástil sobre el puente, bajándolo mediante los cables anteriores, muy deprisa; llevaron el barco al fondeadero a fuerza de remos. Entonces, del navío lanzaron anclas y fijaron las amarras (Homero, *Ilíada*, I, v. 423 y ss.).

En el transcurso de los últimos años, la arqueología, gracias a sus descubrimientos de pecios, ha permitido completar los datos de la literatura. El principal de esos hallazgos concierne a la existencia de barcos "cosidos" (Capítulo VI). Esta técnica arcaica, que aparece vagamente mencionada en la *Ilíada*, II, v. 135 («la madera de nuestros navíos está podrida y las ataduras ceden»), irá dando paso progresivamente a la construcción mediante espigas encajadas en muescas, que se convertiría en habitual; pero que ya aparece en la *Odisea* cuando Ulises construye su balsa:

Calipso le dio una gran hacha de bronce (el *pelekus*), en la mano, afilada por ambos lados, y provista de un muy bello mango de olivo, bien ajustado. Le dio después una azuela (el *skeparnon*) bien pulida. A continuación se adelantó hacia el extremo de la isla, en donde habían crecido grandes árboles: alisos, álamos y pinos altos como el cielo, madera desde hacía tiempo, sin sabia, muy secos, que serían para él ligeros flotadores [...]. Después se puso a cortar planchas y terminó rápidamente su trabajo. En total derribó veinte árboles, los desbastó con el bronce, los pulió sabiendo lo que hacía y los armó con cuerdas. Entre tanto, Calipso, la

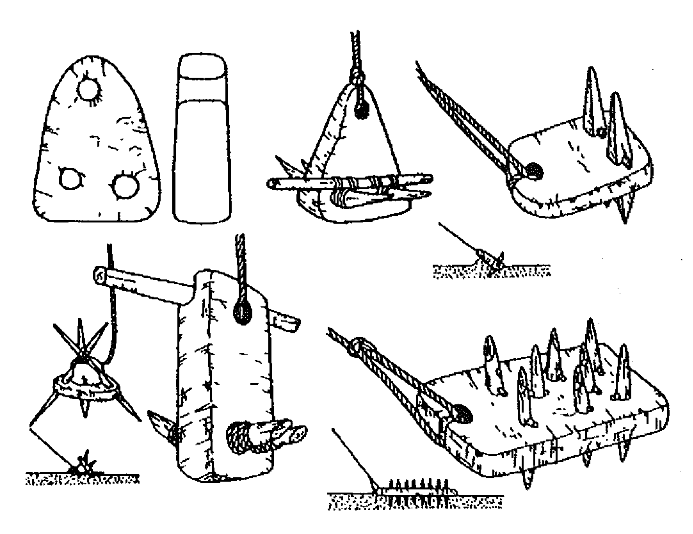
augusta diosa, le había traído taladros; agujereó por tanto todas las maderas, las ajustó unas con otras y, a golpes de martillo, unió las piezas de la construcción mediante clavijas y riostras. Con las dimensiones que un gran experto en armazones daría a la quilla de un ancho navío de carga, Ulises construyó su balsa. Construyó el alcázar, al que cubrió de planchas juntas y, para terminar, hizo un revestimiento de largas planchas. Plantó un mástil, al que se ajustaba una verga. Se hizo, además, con un remo gobernalle para dirigirse. Pertrechó toda la construcción con una borda de rejilla de mimbre, amparo contra las olas, y desparramó sobre la cubierta mucha hojarasca. Calipso, la augusta diosa, trajo telas para hacer el velamen, y Ulises las dispuso con la misma sabiduría que el resto de las cosas. Ató a la balsa, drizas, cordajes y bolinas, y pudo entonces hacerla descender sobre rodillos hasta el brillante mar (Homero, *Odisea*, V, 234-262).

Si pasamos de la técnica de construcción naval a la tipología de los navíos, nos encontramos con las primeras representaciones de barcos: en los relieves asirios de Khorsabad para los navíos fenicios y en los vasos de cerámica para los barcos griegos y etruscos (en una crátera local de Pitecusa en el siglo VIII, en la conocida Crátera de Aristonothos, fabricada en Caere, Etruria, en el siglo VII, o en un muro de la *Tomba della nave* de Tarquinia, en Etruria, en el siglo V).

Hay que recordar que en los primeros siglos del Arcaísmo no parece haber habido diferenciación entre navíos de guerra y mercantes. Los foceos, en el siglo VI, inauguraron sus expediciones lejanas, hacia el Adriático y Occidente, utilizando navíos largos de 50 remos, las pentecóntoras (Heródoto, I, 163), diferentes ya de los navíos redondos, adaptados al comercio, que encontramos en los fenicios (el *gaulos*, que dio su nombre a una isla próxima a Malta, la actual Gozo). No obstante, esos navíos de 50 remeros se inscriben en una tradición que se remonta a los comienzos del Arcaísmo y que se caracteriza por la presencia de una tripulación de cincuenta hombres. Así es el navío de Ulises en la *Odisea*, el de Alcínoo, rey de los Feacios y también el de Argos, que transporta a los argonautas. El verdadero cambio tendrá lugar con la llegada, en la época clásica, del trirreme ateniense y sus 170 remeros.

Es interesante ver el respeto que acompañó a lo largo de los siglos a los más antiguos tipos de navíos. En Atenas se conservaba un barco de 30 remos que se pensaba había sido el navío de Teseo (Plutarco, *Teseo*, 23); los atenienses lo conservaron hasta la época helenística «quitando siempre

las piezas viejas de madera, a medida que se pudrían, y poniendo piezas nuevas en su lugar». De igual modo, según Procopio (VIII, 2, 7-17), en Roma se conservaba en un hangar (*neosoikion*), instalado con ese propósito en el centro de la ciudad, un navío considerado como el "navío de Eneas"; probablemente se trate de las *navalia* del Campo de Marte. La descripción permite identificar a una pentecóntora arcaica; lo que tiene sentido, si consideramos que en el momento de la fundación de Marsella jóvenes foceos habían atracado en la desembocadura del Tíber antes de trabar amistad con los romanos (Justino, XLIII, 3, 4), y que en pleno siglo VI se construyó sobre la colina del Aventino, justo encima del *emporion* arcaico del Foro Boario, un templo para la Artemisa de Éfeso, cuya presencia a menudo está relacionada con la de los foceos.



Anclas de Piedra.
(Gianfrotta, P.A.; Pompey, P.: Archeologia subacquea, *Milán Mondadori, 1980, p. 297.)*

Los espolones y las anclas eran por entonces las dos características esenciales de los navíos arcaicos. Se ha comentado (Rebuffat), que todas las batallas navales arcaicas son batallas de espolones, lo que permitía hundir los barcos ahorrando vidas humanas y dando muchos prisioneros.

Los espolones son claramente visibles en todas las representaciones de barcos. En latín recibían el nombre de *rostras*. La tribuna de arengas que se encontraba en el foro romano recibió el nombre de *Rostra* después del 338 a.C., fecha en la que los espolones de los navíos de la ciudad latina de Anzio, rival de Roma, fueron colocados en la tribuna tras ser capturados por los romanos en el transcurso de la guerra latina.

En cuanto a las anclas, su importancia se comprende por la costumbre que tenían entonces los navegantes de dedicarlas a la divinidad para agradecerle una travesía sin problemas. Se han encontrado cepos de ancla –la parte que sirve para darle peso y lastrarla, permitiéndole así que se hunda con más facilidad– de piedra o de madera en santuarios como el del *emporion* de Gravisca (Etruria), con una inscripción griega que recordaba que se trataba de una ofrenda al Apolo de Egina realizada por Sóstrato. Éste era un famoso mercader de Egina del que Heródoto nos dice que nadie había conseguido unos beneficios tan grandes como él (IV, 152).

Territorios y fronteras marítimas

Nombrar un espacio es definirlo, pero, sobre todo, tomar posesión de él mediante la palabra. Ya hemos visto que los eubeos lo hicieron desde el siglo VIII, dándole el nombre de Briareo, uno de sus héroes, al estrecho de Gibraltar. El espacio mediterráneo arcaico ya era ese conjunto de «llanuras líquidas» del que habla Braudel, cada una con su personalidad; de modo que los navegantes bautizaron los lugares por los que pasaban.

Los nombres de los mares no se remontan muy lejos en el tiempo; son casi inexistentes en la *Ilíada* e incluso en la *Odisea* que, en comparación con el poema precedente, habla de una parte considerable del Mediterráneo entonces conocido. La preocupación del poeta de la *Odisea* es dejar que la sombra del mito caiga sobre los espacios de los que los griegos todavía no tenían el suficiente conocimiento directo. Todo lo contrario ocurre, pese a los escasos fragmentos de su obra que han llegado hasta nosotros, con Hecateo de Mileto; se trata de un claro indicio que nos lleva a confirmar la idea de que atribuir nombres a los espacios

marítimos ya formaba parte de la construcción del espacio mediterráneo que entonces tenía lugar en la mentalidad arcaica.

Para los geógrafos jonios, el Mediterráneo era un mar cerrado, o casi; por eso el océano es algo exterior. En los confines del mundo conocido todavía existen fuertes incertidumbres. Por ejemplo, el mar Adriático y el mar Negro (o el norte del mar Egeo) siempre aparecen como muy próximos entre ellos. Estrabón (VII, 5, 9) se sorprendía al encontrar en los relatos de los antiguos una indicación según la cual habría habido una comunicación submarina entre ambos mares, y todo porque se encontraba cerámica de Quíos y de Tasos en la valle del Neretva, un río de la actual Bosnia-Herzegovina. Además, otra mención, que probablemente se remonta a Hecateo y es recogida por Aristóteles, hacía creer que, desde una montaña, se veían a la vez ambos mares. En resumen, que determinados confines todavía quedaban cubiertos por espesas brumas.

Fue entonces cuando comenzaron a dibujarse ciertas dinámicas. El actual mar Adriático, entre Italia y los Balcanes, no era en época arcaica más que una parte del mar Jonio, el del sur de Italia. El nombre "Adriático" no se refería al principio más que a los alrededores del delta del Po, en donde se encontraba Adria, un *emporion* frecuentado por los griegos (principalmente de Egina). La evolución de los nombres se hizo de manera compleja, a menudo con contradicciones.

También vemos cómo se contraponen las nociones de aguas costeras y de alta mar. Así, a finales del siglo V, cuando Nicias quiso disuadir a los atenienses de que se lanzaran a la expedición de Sicilia, comentó:

> Los atenienses decidieron que había que dejar a los sicilianos disfrutar libremente de lo que tienen, y arreglar sus asuntos entre ellos protegidos por esa frontera (*horos*) que en la actualidad nos separa de ellos –me refiero al golfo jonio (*ionios kolpos*) cuando se costea o al mar de Sicilia (*sikelikon pelagos*) si se hace la travesía directamente– (Tucídides, VI, 13).

Cuando se costea la Italia meridional nos encontramos en aguas jonias; si se hace la travesía por alta mar, se trata del mar de Sicilia, es decir, el que conduce a esa isla. Los espacios marítimos son por tanto de dos clases: los que bordean la tierra y reciben su nombre en función de ésta; y alta mar, en donde es el lugar de destino el que cuenta para aquel que le da nombre (en este caso los griegos de Grecia). El mar de Creta se

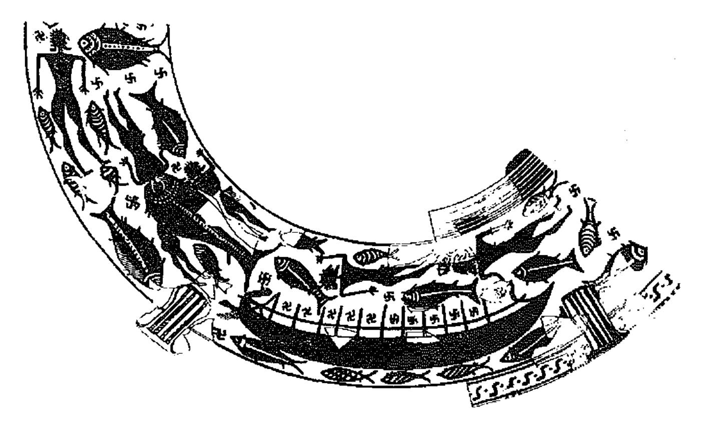
encuentra al norte de Creta y, lógicamente, lleva a los atenienses a la isla. El mar de Cerdeña es, sobre todo, el que lleva a esa isla, antes de extenderse hacia Gibraltar, lo que refleja la intensificación de las relaciones marítimas entre los púnicos de la isla y las posesiones cartaginesas del Extremo Occidente.

Peces

El Mediterráneo es una inagotable reserva de peces, y las poblaciones arcaicas lo consideraron como tal. Se trata de los delfines carnívoros, tan queridos por Apolo y Dionisos, «que gustan del sonido de la flauta» (Eurípides, *Electra*, 435), y de los atunes, también carnívoros (*sarcophagoi*) y llenos de sangre, que se pueden ofrecer en sacrificio a Poseidón y que tiñen de rojo el mar cuando se los captura, según la técnica inmutable de las almadrabas. Los antiguos apreciaron las grandes migraciones estacionales y colectivas que desplazaban a los peces (Heródoto, II, 93) igual que a las cigüeñas. Peces y crustáceos están presentes muy a menudo en las monedas griegas más antiguas. Están, por ejemplo, los delfines de las dracmas de Zancla y las estateras de Tera, pulpos en las tetradracmas de Siracusa, cangrejos en las dracmas de Hímera, atunes en las estateras de Cícico y, en las monedas de Tarento, el fundador de la ciudad aparece representado cabalgando un delfín. Como algo excepcional hay que mencionar la presencia de delfines esculpidos en una metopa de Selinonte a mediados del siglo VI y, de manera algo más frecuente, la presencia de peces en la cerámica con figuras, como los delfines de una conocida copa ática de figuras negras del 530, firmada por Exekias y encontrada en Vulcis (Museo de Munich), en la que aparece Dioniso navegando.

Es evidente que se practicaba la pesca; pero nuestra documentación sobre ella es relativamente escasa para la época arcaica, a diferencia de la época helenística y romana, periodo del que se conocen numerosas inscripciones y en el que hubo autores prolijos a ese respecto, como Ateneo y Opiano. En los estratos arqueológicos aparecen pesos de piedra o de barro cocido para las redes, restos de pescado y de conchas que, actualmente, los arqueólogos pueden identificar correctamente (estudios

de la ictiofauna). Los anzuelos curvos descritos en la *Odisea* (IV, 368 y XIII, 331) eran de cobre, después de bronce y finalmente de hierro. Las pinturas de la tumba etrusca "de la Caza y la Pesca" en Tarquinia y la construcción en Agrigento de un vivero de peces después del 480 (Diodoro, XI, 25 y XIII, 82) son testimonios directos, aunque escasos, de esta actividad. En Bizancio parece que hubo, desde el siglo VI, impuestos sobre las redes permanentes (*boloi*), sobre las almadrabas (*pelamydeia*) y sobre las cabañas de tablas o torres de madera (*skopai*) empleadas para vigilar el paso de los atunes por el Bósforo.



Naufragio sobre la crátera de Pitecusa.
(D. Ridgway, L'Alba della Magna Grecia, *Milán, 1984, fig. 10.)*

La pesca es una caza en el mar (Platón, *El sofista*, 220), y tiene sus propias armas: las nasas y las redes, los arpones y los tridentes blandidos por Poseidón, dios del mar, como nos muestra la estatua de bronce del dios, de 2,09 m de alto, encontrada cerca del cabo Artemision, al norte de la isla de Eubea, y fechada hacia el 460 (Museo Nacional de Atenas). Practicada tanto de día como de noche, con un fuego que atrae a los peces o a la luz de la luna (Heródoto, I, 62), en los estanques y lagunas, pero también en alta mar, a la orilla del mar o desde barcas de fondo plano, la pesca era una actividad cotidiana, tan cotidiana que en ocasiones termina por ser obviada por el historiador.

Como en toda caza, la presa puede convertirse en cazador, y una conocida escena pintada sobre una crátera local de estilo geométrico reciente (finales del siglo VII), encontrada en Pitecusa (Ischia), representa a unos peces, probablemente atunes, rodeando y comiendose a unos náufragos; una escena que probablemente demuestre que se conocían los relatos homéricos (*Ilíada*, XXI, 121; *Odisea*, XXIV, 290-291).

El pescado era un recurso esencial para la alimentación de todas las sociedades costeras. El atún tiene una carne especialmente alimenticia y rica en proteínas. Los griegos consumían el pescado fresco (*ichthus*) o salado (*tarichos*). En la *Odisea,* el recurso al anzuelo está relacionado con «el hambre que atormenta al estómago». En determinadas ocasiones, el pescado es, como si fuera un bien precioso, ofrecido en el marco de un ritual de donación:

> Un pescador cogió un enorme y soberbio pescado que juzgó digno de ser ofrecido a Polícrates. Se presentó entonces a las puertas de Palacio y pidió ver a Polícrates; se lo permitieron y dijo al príncipe ofreciéndole el pescado: «Señor, he cogido este pescado, pero no he querido llevarlo al mercado, aunque la pesca sea mi sustento, puesto que me parece que es digno de tu persona y tu poder. Por tanto, es a ti a quien se lo traigo, aquí está». Sus palabras gustaron a Polícrates, que respondió: «Has hecho muy bien, y te lo agradezco doblemente, por tus palabras y tu regalo. Además, te invito a comer con nosotros». El pescador regresó a su casa lleno de orgullo ya que, al abrir el pescado, los servidores encontraron en su vientre el anillo de Polícrates. (Heródoto, III, 42)

Las salinas y la sal

Conocer el mar es conocer y apreciar la sal, indispensable para conservar la carne y el pescado. Las poblaciones que desconocen la primera ignoran cómo conseguir lo segundo (*Odisea*, XI, 123-125) y, en Homero, ya se sala la carne sacando a los espetones de sus morillos (*Ilíada*, IX, 214). La sal es calificada de "divino" don del cielo.

La formación de la sal marina intrigaba a los antiguos y, por lo menos desde Demócrito de Abdera (siglo V), hubo debates al respecto. Diferenciaban, como no podía ser de otro modo, entre el agua dulce y el agua salada, pero pensaban que los peces se alimentaban de agua

dulce y que por tanto había agua dulce en el mar (Teofrasto, citado por Elieno, *De la naturaleza de los animales*, IX, 64). Tampoco confundían las salinas con las minas de sal, atestiguadas, por ejemplo, en el desierto del Sahara meridional (Heródoto, IV, 181-185) o en Turquía, en el valle del Halys (la actual Kizilirmak); el nombre de este río, que desembocaba no demasiado lejos de Sinope, pasaba por estar relacionado con la sal (*als*), pero no todos estaban de acuerdo con esa apreciación (Estrabón, XII, 3, 12 y 39).

Las salinas ya estaban presentes en los paisajes mediterráneos, a menudo detrás de estanques y en la desembocadura de los ríos: en Córcega, cerca de Alalia; en Cerdeña, cerca de Cagliari; en España, cerca de Cádiz, cuyas salazones eran conocidas en Atenas al menos desde el siglo V; en Languedoc y en Provence; en la Italia central y meridional, cerca de Tarento; en Sicilia cerca de Gela; en Agrigento y Motia, al borde del mar Adriático; y en África en Lixus y también en Útica, en donde las tumbas se excavaban en la sal (Ps. Aristóteles, *De las maravillas escuchadas*, 134). También hay testimonios de Grecia (Eubea, Ática y Mégara), de Creta, de Chipre, del delta de Nilo (cerca de Pelusa, en donde se salaba pescado) (Heródoto, II, 15) y por último del mar Negro:

> En la desembocadura del Boristeno (el Dnieper) la sal se acumula de manera espontánea en inmensos montones (Heródoto, IV, 53).

La sal tuvo un papel esencial en el desarrollo de Roma. Según el mito (Aurelio Víctor, *Los orígenes del pueblo romano*, 12), Eneas desembarcó en un territorio de la Italia central lleno de estanques salados: Lavina, en el Lacio. Para Dioniso de Halicarnaso (II, 55, 5), Rómulo, el mítico primer rey de Roma, tras haber vencido a los cercanos etruscos de Veyes, les habría obligado a ceder a Roma las salinas cercanas a la desembocadura del Tíber. Para Tito Livio (I, 33) fue uno de los primeros reyes de Roma, Anco Marcio, quien fundara Ostia en la desembocadura del Tíber e hiciera *salinae* algo al norte de allí (V, 48, 8). Esas salinas estaban unidas a Roma mediante la "vía de la sal", que se llamaba *via Campana* entre el mar y Roma (vía que venía del *Campus Salinarium*) y *via Salaria* desde Roma hacia el interior. El cambio de nombre tenía lugar al atravesar el Tíber por un vado, en Roma concretamente, en el Foro

Boario. Plinio (XXXI, 89) explica el nombre de "Salaria" dado a la vía romana diciendo que para los antiguos (*apud antiquos*) la sal gozaba de gran prestigio (*auctoritas*) y que los sabinos, población indígena del interior del Lacio, hacían venir su sal por ese camino (*cf.* también Festo, 436 L). Este viejo camino protohistórico en la orilla izquierda del Tíber, utilizado para la trashumancia del ganado, continuaba a partir de ese punto, en dirección contraria y en la otra orilla, de la costa hasta Roma, convertido en un camino de sirga utilizado por lo menos desde el siglo VI, mientras se desarrollaba el *emporion* de Roma. Una de las primeras funciones del *emporion* fue por tanto permitir la llegada de la sal, que venía del mar, para abastecer a la población y a los pastores del interior; al mismo tiempo nacía un mercado de ganado (Foro Boario significa "mercado de bueyes"), relacionado con la llegada de los rebaños trashumantes. A finales del siglo VI, justo después de la creación de la República y el juramento del primer tratado entre Roma y Cartago (509), el comercio de la sal, que había alcanzado un precio excesivo, se convirtió en Roma en un monopolio estatal (Tito Livio, II, 9, 6). La casi simultaneidad del tratado y de la medida sobre la sal confirma la voluntad romana de comenzar una política más firme respecto al mar.

Es significativo constatar que las dos divinidades presentes en el *emporion* de Roma, Heracles y Artemisa, tenían afinidades con la sal. Documentos itálicos muy posteriores confirman la existencia de un Hércules *Salarius* en Alba Fucens. La relación de Melkart –el equivalente fenicio de Heracles– con la sal es conocida. Estrabón (III, 5, 11) nos recuerda que los fenicios de Cádiz, en donde había un templo de Melkart, exportaban sal hacia las islas Casitérides (Cornualles).

Desde mediados del siglo VI, Artemisa tenía un templo en la ladera del Aventino, cerça del *emporion* y de un lugar llamado *Salinae*, probablemente relacionado con un almacén de sal. Esta misma diosa será honrada en la Kition de Chipre, cerca de un estanque salado, bajo la epiclesis de Artemisa Paralia, que significa Artemisa "de la costa" y también "próxima al agua salada", puesto que *als* significa sal y también mar en tanto que extensión salada. De modo que en época romana era una divinidad de la sal y de las salinas, pero con testimonios que se pueden remontar a la época clásica (siglos V-IV), que también ve el nacimiento de la referencia a «un hombre de las salinas» en una inscripción

fenicia de Kition. En ocasiones estos datos son preciosos para evaluar la localización de ciertos santuarios de Artemisa por el Mediterráneo.

LA PÚRPURA

Entre los mariscos, el múrex ocupa una posición importante, dado que permitía la producción de púrpura, utilizada para la realización de tintes. Las fuentes de la época helenística y romana insisten en el papel de los fenicios, cuyo nombre (Phoinikes) *habría estado relacionado con el de la púrpura (*phoinix *en Homero,* porphura *después), derivado de* phoinos, *color rojo sangre (palabra utilizada en la* Ilíada, *XVI, 159 para definir el color de las mejillas y en la* Odisea, *XI, 123 para referirse al color de los flancos de los navíos) e, indirectamente, de* phonos, *asesinato. No obstante, podría no ser más que una referencia a una piel bronceada –como los etíopes, cuyo nombre significa "de piel quemada"– y no a la púrpura. La cuestión es bastante compleja. Además, la púrpura nunca aparece mencionada entre los productos que los fenicios debían dar como tributo a los asirios durante el periodo arcaico. Sin embargo, la producción de púrpura de Tiro está atestiguada para una época más tardía. En cambio, para los griegos tenemos amplias y claras referencias.*

Basta con señalar las frecuentes referencias a la púrpura en los raros fragmentos que se conservan de la poetisa Safo de Lesbos (finales del siglo VII y comienzos del siglo VI), para darse cuenta de la importancia que tenía en los medios aristocráticos de Jonia. Eros (el Amor) está «revestido de púrpura» y Safo recuerda que, en tiempos de su madre, la moda era anudar los cabellos con una cinta púrpura. La referencia en un texto arcaico a telas de púrpura provenientes de Focea demuestra que no hay que descartar todas las referencias tardías a las suntuosas lanas de Mileto, de las que gustaban con locura los habitantes de Síbaris. Todavía a finales de la época arcaica, el filósofo Empédocles de Agrigento y el orador

Gorgias de Leontinos, que vivían en Atenas, hacían gala de sus vestidos púrpuras, igual que su contemporáneo Hippias (Elieno, Historias variadas, *XII, 32). El color púrpura era signo de prestigio. Hay una muerte negra y una muerte púrpura (Gernet).*

*Este papel de la púrpura es todavía más evidente en una anécdota que contaba el poeta Ion de Quíos (citado por Ateneo, XIII, 603 E). Ion, que se había encontrado en Quíos con Sófocles, el autor de tragedias, cuando éste se dirigía a Lesbos, en el 440, había sido testigo de una escena de banquete (*symposium*) en el transcurso de la cual, Sófocles, seducido y alegre, había definido como «del color de la púrpura» las mejillas de un adolescente que servía vino y había hecho que éste se pusiera colorado. El resultado fue un debate entre los participantes del banquete para saber si la definición de "púrpura" era el signo de la belleza. Algunos se oponían, destacando que si un pintor hubiera utilizado el color púrpura para pintar las mejillas de un chico el resultado hubiera sido estéticamente dudoso.*

Paisajes e investigación

Estudiar los paisajes del Mediterráneo supone lograr no limitarse a una visión literaria, sino introducir la dimensión histórica mediante un acercamiento verdaderamente científico. Esa es una de las grandes apuestas de la investigación futura. La fragilidad de las estructuras arcaicas, que nunca tuvieron la monumentalidad de las estructuras posteriores, implica conocer profundamente la evolución de la morfología litoral y costera, pero también tener en cuenta una visión global del «espacio litoral» (Dalongeville) para conseguir comprender las condiciones de vida de entonces. Este estudio de los ecosistemas ha sido muy propicio para las aproximaciones pluridisciplinares. Geólogos, geomorfólogos, sedimentólogos, petrógrafos (estudio de las rocas), palinólogos y malecólogos (para estudiar los moluscos) intentan conocer mejor la fauna y la flora de entonces, así como la cubierta vegetal –que a menudo

ha sufrido la acción del hombre–; pero también las razones de lo que llamamos "los movimientos del nivel del mar". En ocasiones estos movimientos se deben a fenómenos planetarios (eustatismo), otras veces a movimientos tectónicos, pero también a fenómenos de sedimentación, a menudo relacionados con aportes de los ríos e, indirectamente, con la actividad humana (desmontes y roturaciones), por lo que hay que saber diferenciar caso por caso y sector por sector. Semejantes investigaciones se han realizado, y todavía se continúa con ellas, tanto en el Mediterráneo oriental: islas Cícladas, Creta, Delos, Chipre, costa siria, mar Negro (península de Taman); como en el Mediterráneo occidental: Túnez (en especial por la zona de Útica), España meridional (Andalucía, valle del Guadalquivir), Italia meridional (Posidonia) y Mediodía francés. Se han tomado muestras para analizar y, poco a poco, se han formado colecciones de referencia de plantas y pólenes, estudiando registros magnéticos con información recogida por satélite. No es más que el comienzo de un largo camino científico por recorrer.

El envite es importante, en la medida en que un gran número de lugares arqueológicos estaban situados en la desembocadura de ríos y, debido a eso, en zonas sometidas a transformaciones particularmente profundas. Las revelaciones producidas por el aumento de los descubrimientos de semejantes yacimientos, como por ejemplo los asentamientos fenicios de Andalucía, o los yacimientos griegos del norte del mar Negro, demuestran que esa vía de investigación será prolífica en un futuro. No queda más que enseñarles a las generaciones más jóvenes las virtudes de la pluridisciplinariedad, en el marco de actuaciones colectivas, en las que cada investigador aporta la riqueza de su respectiva competencia. En concreto, esto debería permitir conciliar el punto de vista de muy larga duración de los geógrafos, que trabajan sobre el holoceno –es decir, el último periodo de la Era Cuaternaria, o sea, los últimos 30.000 años–, con el del arqueólogo y el historiador, que se ocupan de un marco cronológico muy específico.

Sólo así, mediante un mejor conocimiento de la historia de las riberas, periodo a periodo, podremos llegar a «una filosofía de las orillas» (Paskof); necesaria para saber qué es lo que nuestro mundo moderno quiere hacer de las orillas del Mediterráneo, ese inmenso patrimonio demasiadas veces amenazado.

II

LOS RECORRIDOS

Recorrer el Mediterráneo arcaico significa hacer visibles sus vacíos y sus llenos, hacer aflorar regiones dinámicas frente a otras abandonadas. Para Mazzarino (*Fra Oriente e Ocidente*, Florencia, 1947) el Arcaísmo habría consistido, básicamente, en un intenso diálogo cultural entre la vieja Grecia y Oriente, en especial el Oriente costero representado por Esmirna y Mileto, pero también el Oriente profundo y bárbaro encarnado por Anatolia y la Capadocia.

Es cierto que, al principio, los siglos arcaicos, marcados por los cantos de los aedos sobre la guerra de Troya, fueron éso; pero no es menos cierto que fue entonces cuando griegos y fenicios se dedicaron a tomar posesión mental y concreta de todo el ámbito mediterráneo. Durante el siglo VIII se lanzaron al mar para fundar, comprar y vender. En el siglo VII se instalaron en la costas en colonias griegas o ciudades fenicias. En el siglo VI chocaron y se enfrentaron en el mar, y el ritmo de las batallas navales condujo al Mediterráneo arcaico al umbral de los siglos clásicos y helenísticos.

Las ciudades fenicias y el Levante

En la costa del Oriente Próximo, tierra de antiguas culturas que, desde el Neolítico, van por delante del resto del mundo mediterráneo, el Arcaísmo ve emerger las ciudades de Fenicia del sur, en especial Tiro,

Sidón y Biblos. Villas que quieren escapar al dominio de sus vecinos del interior, los reyes asirios, que durante los siglos IX al VIII llegaban con regularidad a la zona norte de la costa, «la orilla del gran mar del país de Amurru» o el «mar superior del sol poniente», cerca de la desembocadura del Orontes, para exigir un tributo, sobre todo madera, a los «reyes de la costa», es decir, a los gobernantes fenicios, que debían recorrer toda la costa de Levante para pagar su deuda. Una presión que se acentúa cuando, en el siglo VIII, el rey de Asiria convierte la Fenicia del norte (excepto la isla de Arwad) en una provincia asiria y recibe de uno de sus subordinados un informe que comienza así:

> A mi señor el Rey, tu servidor [...]. A propósito de los tirios, de los que el rey dijo: "¡Tu informe!", se comportan verdaderamente bien con él. Todas las factorías le son favorables. Vuestros súbditos, con total libertad, entran y salen, compran y venden en las sedes de las factorías. El Líbano está a vuestra disposición. Vuestros súbditos suben y bajan con total libertad y traen vigas. Del que trae vigas recibo el impuesto mobiliario (Saggs, *The Nimrud Letters*, Irak, 1955, trad. Kestemont).

Los fenicios se lanzaron a la aventura mediterránea comenzando por aumentar el número de contactos con su vecino egipcio; a continuación, hicieron de la isla de Chipre un territorio fenicio y, por último, llegaron más allá del mar utilizando puntos de apoyo en Creta y en el mar Egeo. No obstante, sería temerario interpretar la expansión fenicia como una progresión prudente, metódica y regular; obviando los debates cronológicos, es probable que los más antiguos asentamientos fenicios fijos sean los más alejados de Fenicia. Lixus, en las costas atlánticas de Marruecos; Gades (Cádiz), pasado Gibraltar; Útica, en Túnez; y, mucho después, Cartago, son considerados por la tradición como los asentamientos más antiguos. De hecho, nada hay de ilógico en ello, y los griegos hicieron lo mismo cuando procedieron a la fundación de sus colonias en Italia.

A finales del siglo IX, en el 814 concretamente, si aceptamos la fecha tradicional de la fundación de Cartago, el escenario ya está listo: el sur del Mediterráneo, desde las costas levantinas al Magreb pasando por el Océano, es un mar fenicio; será necesaria la audacia de los colonos de Thera al fundar Cirene y la posterior iniciativa de los jonios en Naucratis, en el Delta egipcio, para que haya otros asentamientos

fijos que no fueran fenicios en la costa meridional del Mediterráneo. No olvidemos, sin embargo, que los primeros griegos que navegaron lejos de sus bases (tras los micénicos del II milenio) fueron los de la isla de Eubea, cercana a Atenas. Esos eubeos, que provenían de las ciudades de Calcis, Lefkandi y Eretria, frecuentaban el mar del sur desde el siglo VIII. Se les ha visto en los alrededores de Gibraltar. Los encontramos en las cercanías de Cartago y Tabarka (Túnez), comerciando con los fenicios de aquella ciudad. Incluso se integran parcialmente en la sociedad cartaginesa mediante matrimonios mixtos y lazos de sangre, que son los únicos que pueden explicar la presencia de vasos eubeos en los más antiguos enterramientos del tofet de Cartago; ese importante lugar en la ideología de las ciudades fenicias en el que eran incinerados los niños muertos a temprana edad.

Con la presencia de los eubeos en el territorio y en las familias de Cartago, se esboza un primer intento de diálogo norte-sur en un Mediterráneo en el que las divergencias étnicas todavía no tenían las dimensiones y características que les dieron las guerra púnicas entre Cartago y Roma en época de Aníbal.

El interés del mundo griego por el ámbito fenicio era recíproco. Fenicios, y en general todo tipo de gentes del Levante, en especial arameos, así como cartagineses, frecuentan asentamientos griegos como Pitecusa. Estas imbricaciones culturales permiten poner de relieve la importancia de los fenómenos urbanos que se desarrollan entonces. Los fenicios organizan aglomeraciones que reelaboran esquemas urbanos surgidos de unas profundas raíces orientales y cuya importancia percibimos al observar el grosor de los primeros estratos del hábitat cartaginés, que se remonta al siglo VIII, es decir, a la época en la que comenzaban las primeras experiencias griegas con el urbanismo.

El mundo fenicio se extiende entonces desde las costas del Líbano y Chipre hasta las de Andalucía. Debido a la continuidad ocupacional que caracteriza a esos asentamientos, ya que en la actualidad se levantan sobre ellos grandes ciudades, sabemos poca cosa de las antiguas ciudades fenicias de esos siglos. Concentración de casas alrededor de los templos y el puerto; presencia de algunas estructuras colectivas (almacenes), de pozos y de cisternas; presencia de fortificaciones y la cercanía de las necrópolis en las que, a partir del siglo VII, las grandes

tumbas denotan la existencia de hombres poderosos y de grandes familias; esas son las características de las primeras ciudades fenicias en torno al Mediterráneo. Las descripciones literarias que poseemos de esas ciudades se refieren muy a menudo a los siglos posteriores (por ejemplo las de Estrabón sobre las ciudades de Fenicia). De modo que hay que esperar pacientemente a que la arqueología vaya dibujando el aspecto de esas aglomeraciones, ello pese a la superposición de niveles y la sistemática presencia de las fases de época helenística y romana, caracterizadas por imponentes vestigios, en especial edificios públicos, que a menudo destruyeron las estructuras arcaicas más ligeras. Acercarse al urbanismo arcaico significa tomar conciencia, en primer lugar, de la fragilidad de las construcciones de esa época.

Detengámonos un momento en la isla de Chipre, la mayor del Mediterráneo oriental (9.251 km^2), situada a menos de 100 km de las costas de Levante. Se trata de un punto de encuentro entre el mundo oriental y el mundo griego que cuenta con los reinos de Pafos (en donde la *Odisea* VIII, 362-363 sitúa un lugar de culto a Afrodita), Amathonte (a 10 km de Limassol, con su santuario de Afrodita/Astarté sobre la acrópolis); Kition (con su puerto interior, actualmente bajo la ciudad moderna de Larnaca), Salamina en la costa sur y sureste (frente a Fenicia) y, en el interior, Idalion, con los bosques del macizo de Troodos y de Tamassos, con sus minas de cobre. Esta isla central sirvió de posta durante la fundación de Cartago: 80 vírgenes destinadas a la prostitución en un templo de Afrodita fueron raptadas para que acompañaran a los tirios que partían hacia el Oeste (Justino, XVIII, 4-6). Por las mismas fechas, la isla se convierte cada vez más en un lugar de paso para el mundo del comercio y a ella llegan desde Eubea las cerámicas griegas más arcaicas y, a partir del siglo X, también desde el Ática. Más tarde, tras verse sometida temporalmente a los asirios del rey Sargón II (a finales del siglo VIII, el 707 a.C.), vemos llegar a la isla vasos fabricados en la Grecia del este y en Corinto.

Semejante posición aproxima a Chipre a la costa del Levante, en la que hay tanto ciudades fenicias como factorías adaptadas para los intercambios comerciales, como puedan ser, de norte a sur: Al Mina, en la desembocadura del Orontes; Bassit y Tell Sukas (en Siria), o Tell Abu Hawam (cerca de Haifa, en Israel) antes de su destrucción provisional en el transcurso del siglo VIII. Son ciudades cuya categoría, todavía sin

definir, es objeto de discusión: ¿factorías griegas o asentamientos indígenas abiertos a los griegos? La noción de *emporion* (ver el Capítulo VI) será útil para precisar las cosas. También es evidente que se trata de regiones que han vivido la reanudación de los intercambios entre el mundo griego y las costa del Oriente Próximo y Chipre en un momento (el siglo X) que hasta no hace mucho era definido como uno de los siglos "oscuros", durante los cuales parecían haberse detenido en el Mediterráneo todos los contactos.

Eubea

La isla, de forma alargada (su primer nombre fue Macris, "la larga") se extiende a lo largo de Beocia y del Ática, al norte de Atenas. Sus habitantes, a los que Homero llamaba «los abantes», se repartían por numerosas ciudades, sobre todo en la costa sur de la isla, en donde se encontraba la principal llanura de la misma, llamada "lelantina", por cuya posesión tuvo lugar, a finales del siglo VIII, la guerra del mismo nombre. Se trató del primer gran desacuerdo del mundo griego. Mégara y Mileto apoyaban a Eretria –la nueva ciudad que, a partir de comienzos del siglo VIII, fue reemplazando porgresivamente a Lefkandi–, mientras que Corinto y Samos estaban del lado de Calcis. La sociedad eubea se caracterizaba por la presencia de una clase aristocrática, la de los "Criadores de caballos" (*Hippobotai*), cuyo nombre designaba la fuente de su riqueza.

Sin embargo, la precoz apertura de la isla a la vida mediterránea, a partir del siglo X, puede que se explique por la presencia en Eubea de minas de cobre y de hierro (el nombre de Calcis proviene del griego *chalchos*, "cobre"). Hay que mencionar, además, que los habitantes de esta isla sometida a temblores de tierra (Estrabón, X, I, 9) se dirigirán hacia las principales regiones volcánicas del mundo mediterráneo, Cilicia, los alrededores del Etna, el golfo de Nápoles y la región del Vesubio. Las tierras volcánicas significan, de hecho, fertilidad agrícola.

En efecto, las ciudades de Eubea dirigieron sus ambiciones mediterráneas en tres direcciones: por el norte hacia el extremo del mar Egeo, por el este hacia el Levante, y por el oeste hacia las costas italianas. Al norte, la península conocida como Calcídica de Tracia (del nombre

de Calcis) fue la primera en ser alcanzada por los navíos eubeos, y las recientes excavaciones de los yacimientos de la calcídica Torona, así como las de Mendes y Koukos, han demostrado la existencia de una fase netamente anterior al siglo VIII que ocupa los siglos "oscuros". Hacia el este, tanto la ciudad de Al Mina, como toda la costa hasta Tiro y también Chipre, mantuvieron intercambios comerciales con los eubeos a partir del siglo IX e incluso antes. Hacia el oeste, calcidios y eretrios se establecieron, antes de mediados del siglo VIII, en Pitecusa (la isla de Isquia) y después en Cumas, en el golfo de Nápoles, en el estrecho de Mesina (Zancla y Regio), y por último en la Sicilia oriental (Naxos, Leontinos y Catana), mientras que multiplicaban sus contactos con los fenicios de Cartago y de Cerdeña (Sulcis).

De modo que es perfectamente lógico leer en el *Himno homérico a Apolo* (v. 219) que Eubea es «famosa por sus navíos». Y no es nada sorprendente encontrar tanto en Eretria, cuyo nombre significa "la remera", como en Mileto, un componente marítimo en la aristocracia: los *Aeinautai* (literalmente: "los que navegan sin cesar").

Corinto

Poco después de mediados del siglo VIII, los eretrios fueron expulsados de la isla de Corcira (Corfú), en el mar Adriático, por los corintios, que estaban a punto de fundar Siracusa. Se trata, de hecho, de un traspaso de poderes; en adelante la potencia corintia irá ganándole por la mano al comercio eubeo; incluso las zonas calcidias de Sicilia conocerán la presión de las importaciones corintias. Sin embargo, el control sobre Corcira no fue inmediato, ya que todavía en el 664 una guerra naval –la primera del mundo griego según Tucídides (I, 13, 4)– la enfrentó a Corinto.

La historia arcaica de Corinto está marcada por el dominio oligárquico de la familia de los Baquíadas, al que siguió la tiranía de los Cipsélidas, con su fundador Cipselos y su hijo, Periandro (finales del siglo VII y comienzos del siglo VI).

Corinto, la ciudad del istmo, se expandió gracias a sus puertos de Lecaion y Kencreay. Las colonias corintias no fueron especialmente numerosas. Hubo algunas en el mar Adriático; además de recuperar Corcira,

fundó Epidamo con los corcirios, a la que siguieron Apolonia, Leúcade Anactarion y Ampracia. Sólo hubo una colonia corintia en Sicilia, Siracusa, que fundó luego otras ciudades, y sólo una en el norte del mar Egeo: Potidea. Prevaleció el aspecto comercial. Al reflexionar sobre Corinto, siempre sorprende la diferencia que parece haber entre una ciudad por completo modesta en la época arcaica y la inmensa cantidad de cerámica y ánforas que envió allende el mar; hacia sus propias colonias, pero también a casi todas las zonas coloniales.

La riqueza de Corinto sorprendió a los griegos, y Tucídides propuso para ella una explicación racional:

La ciudad de Corinto, situada en el istmo, siempre fue un *emporion*, dado que los griegos de antaño viajaban más por tierra que por mar y que las comunicaciones entre los pueblos del Peloponeso y los demás pasaban por su territorio. La prosperidad económica de esta ciudad era grande, como atestiguan los poetas que le aplicaban el epíteto de "opulenta". Cuando la navegación se desarrolló entre los griegos, los corintios pudieron, gracias a su flota, terminar con la piratería. Al ofrecer un lugar para los intercambios comerciales, tanto por vía terrestre como por vía marítima, Corinto se aseguró unos ingresos considerables que hicieron de ella una ciudad poderosa (I, 13).

Por su parte, Heródoto comentaba:

En Corinto es en donde el ejercicio de una labor manual encuentra menos desprecio (II, 167).

Y Estrabón dirá más tarde:

Corinto debe su calificativo de "opulenta" a su *emporion* (VIII, 20).

El corintio que mejor representa esa manera de pensar y esos logros fue el mercader Demarato, del que tenemos dos descripciones, una debida a Estrabón y la otra a Dioniso de Halicarnaso:

Demarato, miembro de la familia que había reinado en Corinto, fue expulsado por la revolución; se refugió en Tirrenia (Etruria), llevando consigo tantos tesoros provenientes de su país de origen que a título personal se hizo con el control de la ciudad que le había acogido, mientras que su hijo terminaría por convertirse en rey de los romanos (Estrabón, VIII, 6, 20).

Un corintio, de nombre Demarato y miembro de la familia de los Baquíadas, que había elegido comerciar, navegó hacia Italia con un barco de su patria y un cargamento que le pertenecía. Tras haberlos vendido en la región de las ciudades tirrenias (etruscas) que eran entonces particularmente prósperas, y de haber conseguido un gran beneficio, no quiso dirigirse a otros puertos, sino continuar trabajando en el mismo mar, llevando a los tirrenios mercancías griegas y a los griegos mercancías tirrenias, convirtiéndose así en poseedor de grandes riquezas (Dioniso, III, 46, 3).

La integración de Demarato en la ciudad etrusca de Tarquinia y el acceso de su hijo, Tarquinio Prisco, a la realeza romana, fueron unos acontecimientos que sorprendieron tanto a sus contemporáneos como a los historiadores de Roma.

LOS ESTILOS DE LA CERÁMICA DE CORINTO

El arqueólogo se da cuenta de la riqueza de Corinto gracias a su producción artesanal y artística, y a la difusión que ésta tuvo. Es sabido que el estudio de las cerámicas fabricadas en Corinto o en sus alrededores constituye la base de la cronología arqueológica para finales del siglo VIII, el siglo VII y la primera mitad del siglo VI. Primero hubo el estilo corintio Geométrico Medio (antes del 750) y luego el Reciente (750-720), al que siguieron el Protocorintio Antiguo (720-690), Medio (690-675) y Reciente (675-650), además del Protocorintio de Transición (650-620), para terminar con el Corinto Antiguo (620-600), Medio (600-575) y Reciente (575-550).

Hacia mediados del siglo VI, los talleres de Corintio entraron en decadencia, y Atenas aprovechará la circunstancia para reemplazarla. A partir de entonces la cerámica ática de figuras negras se convierte en la más abundante en las estratigrafías y las tumbas de los yacimientos mediterráneos; mientras que los objetos de estilo corintio reciente se caracterizan por su decadencia técnica y lo repetitivo de su decoración. Algunos logros, excepcionales y aislados, como pudiera ser, hacia el 530, la gran crátera de bronce descubierta

en Vix (Borgoña), cuya atribución a Corinto no es por completo segura, continúan dando brillo a la historia de los talleres de la ciudad; pero no se trata más que de una «compensación» (Croissant).

Atenas

Redactada en los años 429-425 por un exiliado «desengañado y lúcido» (Canfora) –¿puede que Critias?–, la *Constitución de los Atenienses* del pseudo-Jenofonte, proclama que es el pueblo el que hace navegar a los navíos y el que da a la ciudad su poder, que, por serlo, el ciudadano debe conocer el manejo del remo:

Gracias a sus posesiones fuera del Ática y a los cargos que ejercen fuera de su ciudad, los atenienses aprendieron gradualmente, ellos y sus servidores, a utilizar el remo. Por otra parte, es inevitable que un hombre que navegue a menudo haya manejado el remo, él y su servidor, y haya aprendido el vocabulario del arte naútico. Se convierten en buenos timoneles gracias a la experiencia de la navegación y a la práctica. Algunos se ejercitan pilotando un navío ordinario y otros un navío de carga, de donde otros más pasaron a los trirremes. La mayoría son capaces de remar en cuanto suben a un navío, porque están adiestrados para avanzar durante toda su vida.

Semejante reflexión forma parte de un largo y difícil diálogo entre Atenas y el mar, que en la época clásica, durante las Guerras Médicas (490, 480), desembocó en las grandes batallas de Maratón y Salamina, en el envío de ciudadanos (los clerucos), que también son ciudadanos-colonos, a las cleruquías, a partir del 477 en la Liga de Delos, y, por último, en la expedición a Sicilia y el confinamiento de los atenienses hechos prisioneros en las canteras (*latomias*) de Siracusa.

Atenas, que prefirió a Atenea en vez de a Poseidón, el dios del mar, para poseer el Ática, no pudo escapar al mar, que ya desempeñó un papel esencial en el momento de la partida de los griegos hacia la Grecia del este, en el marco de la "emigración jonia" del II milenio.

En el transcurso de los siglos arcaicos, las ánforas para aceite producidas en Atenas, que llevaban en el cuello la marca SOS, comenzaron a

exportarse a partir del siglo VIII y lo fueron hasta la época de Solón (hacia el 580), momento en el que probablemente se produjo una reconversión y reestructuración de ciertas prácticas del intercambio. Esta difusión, que para Atenas significó la exportación de su aceite, basta para rechazar la idea de que en el siglo VII Atenas no tenía interés por la actividad marítima, tanto más cuanto que diversos indicios arqueológicos van en esa misma dirección. No es menos cierto tampoco que, a diferencia de Corinto, Atenas no produjo entonces, de manera sistemática y con vistas a la exportación, pequeños vasos (copas o vasos de perfume).

En el siglo VI la documentación, tanto histórica como arqueológica, es más abundante. La cerámica ática de figuras negras se difunde por todo el Mediterráneo, ya sea en el mar Negro o en el Adriático, en Marsella o en España. La cuñación de moneda se desarrolla también gracias a la explotación de las minas de Laurión. Por otra parte, Pisístrato reconquista la ciudad de Segea, a la entrada del Helesponto, a los griegos de Mitilene de Lesbos (hacia el 550); Milcíades el Viejo se convierte en el señor del Quersoneso Tracio y Milcíades el Joven conquista Lemnos, cercana al estrecho de los Dardanelos. Lo que está en juego ahora es el abastecimiento de Atenas; igual que lo estará con la política ateniense hacia el Delta egipcio, hacia el delta del Po (presencia en el *emporion* de Espina) y las llanuras de Sicilia, que estuvieron en juego durante la lucha contra Siracusa a finales del siglo V.

El periodo clásico comienza, a mediados del siglo V, con las fundaciones atenienses de Naupacto, a la entrada del golfo de Corinto,y de Brea y Anfípolis en Tracia, al norte del mar Egeo. Atenas es quien dirige, en la Italia meridional, la fundación panhelénica de Turio, en el 444, en el emplazamiento de la prestigiosa Síbaris, destruida en el 510 por su rival y vecina Crotona. Equipó diez navíos a las órdenes de Lampón y Jenócrito y los heraldos fueron a comunicar a las ciudades del Peloponeso que la empresa colonial estaba abierta a todos (Diodoro, XII, 10, 6-7). El historiador Dioniso de Halicarnaso participó en la fundación de Turio, al igual que, probablemente, el arquitecto Hipódamo de Mileto. En el anverso de las primeras monedas (estateras) emitidas por la nueva colonia se ve el perfil de Atenea (símbolo de Atenas) coronada con hiedra u olivo, mientras que en el reverso aparece el toro de Síbaris.

Egina y Mégara

La pequeña isla de Egina, cuyo perímetro es de sólo 40 km, se encuentra situada en el golfo de Sarónica, frente a Atenas. Fue cantada por Píndaro en el siglo V:

Egina de largos remos (*Olímpica*, VIII, 1)
reinas sobre el mar dórico (*Peanos*, 6, III)

Poseía dos puertos (Escílax, 53) y, según Estrabón, pasaba por haber tenido en algún momento determinado el dominio de los mares –la *talasocracia*–, añadía además:

La isla se convirió en un gran *emporion*; se lo debía a la pobreza de su suelo, que obligaba a sus habitantes a conseguir sus recursos del comercio marítimo, de donde viene que se llamara artículo de Egina a la mercancía menuda (VIII, 6, 16).

En el 519 los eginetas les quitaron a los samios la ciudad cretense de Cidonia, tras haberlos vencidos en el mar y dedicar las proas de los navíos enemigos, «que tenían la forma de cabeza de jabalí» (Heródoto, III, 59), en su templo de Atenea.

Controlaban un santurario de Zeus en Naucratis, en el delta del Nilo (Heródoto, II, 178); de entre los griegos eran los únicos que no provenían de una ciudad de la Grecia de Asia, lo que nos lleva a una sugerente investigación. El personaje de Egina mejor conocido es el mercader Sóstrato, hijo de Laodamas (Heródoto, IV, 152). Gracias a la inscripción griega en alfabeto egineta, grabada sobre un fragmento de cepo de ancla de mármol descubierto en el *emporion* de Gravisca (Etruria), y que data de los años 510-500, sabemos que este personaje frecuentaba el mar Tirreno; además, encontramos a su padre Laodamas en una dedicatoria inscrita sobre una cerámica de Naucratis de la primera mitad del siglo VI. Por último, tenemos noticias de otro Sóstrato a finales del siglo VII y a comienzos del siglo siguiente, siempre gracias a inscripciones en vasos aparecidas en Naucratis; probablemente se trate (Torelli) del abuelo del Sóstratos citado por Heródoto y tendríamos entonces la evidencia de una gran familia de mercaderes eginetas que frecuentó los *emporia* del Mediterráneo, desde Naucratis a Gravisca, durante un siglo. Finalmente,

hemos de tener en cuenta ciertas dedicatorias encontradas en Adria, un *emporion* del delta del Po (Colonna), que también podrían ser testimonio de la presencia de eginetas.

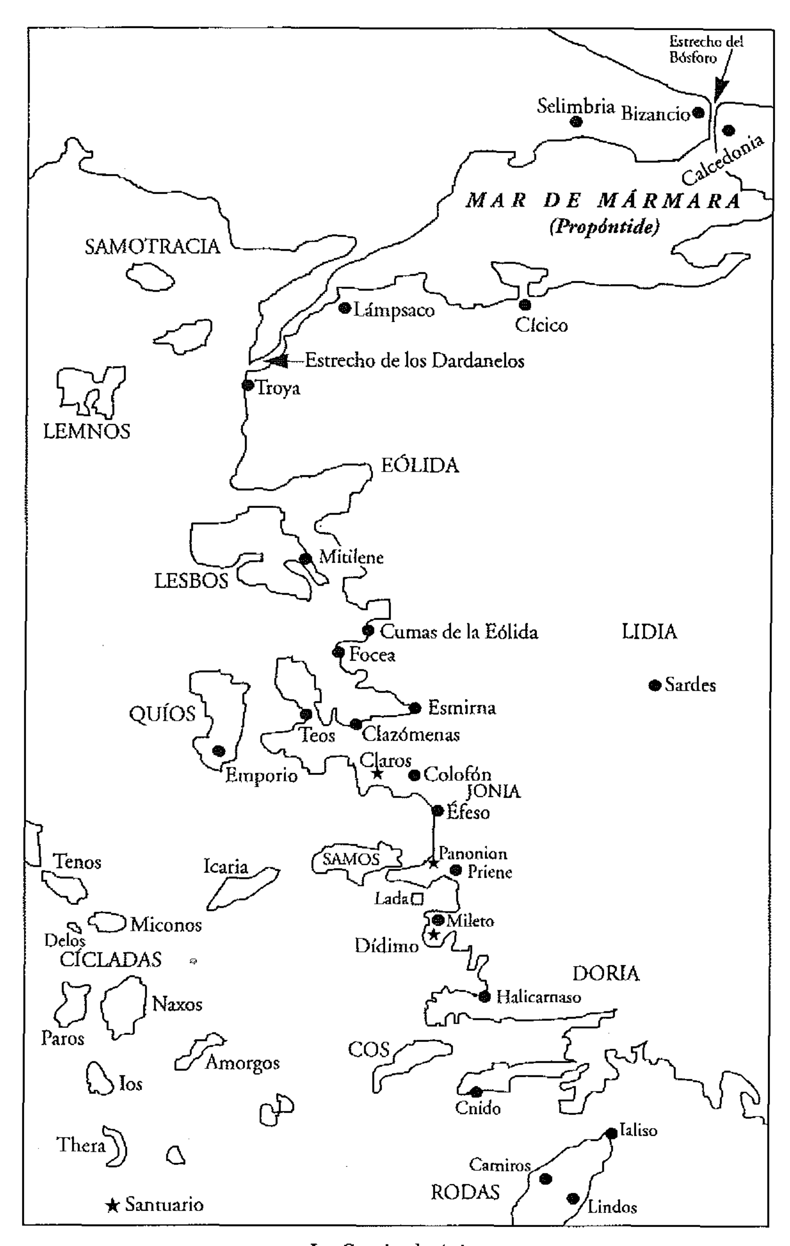
En el 480, en el transcurso de la batalla de Salamina, Egina «le disputó a los atenienses, por su valor, el primer lugar» (Estrabón, VIII, 6, 16); tras la batalla, los eginetas se ganaron una reprimenda de Delfos por no haber hecho, de manera espontánea, dedicatorias en el santuario. Terminaron por «consagrar tres estrellas de oro que se encuentran en un mástil de bronce situado en un ángulo del santuario, justo al lado de una crátera ofrecida por Creso» (Heródoto, VIII, 122). Fue un broncista de Egina, Teopropos, el autor de la gran estatua de bronce de Apolo, de casi seis metros de alto, que fuera la excepcional dedicatoria panhelénica realizada tras Salamina, como demuestra su base inscrita encontrada durante las excavaciones de Delfos.

Mégara tenía un puerto (*epineion*) que se llamaba Nisea, nombre derivado del antiguo rey Nisos. En este puerto, situado a 8 estadios (3 km) de la ciudad (Tucídides, IV, 66), había un santuario de Deméter Malaforos (Pausanias, I, 44, 3), igual que en la lejana Selinonte de Sicilia, subcolonia de Mégara. La ciudad se enfrentó a Atenas desde muy temprano, concretamente por el control de la isla de Salamania, muy próxima. En el interior de su templo del Zeus Olímpico, los megarenses conservaban un espolón de bronce perteneciente a un navío ateniense capturado (Pausanias, I, 40, 5).

Los megarenses fundaron numerosas colonias al otro lado del mar, pero en sectores muy concretos: al oeste, en la isla de Sicilia, y, al este, en la región del Bósforo.

En la segunda mitad del siglo VIII, tras numeros vagabundeos que principalmente les hicieron compartir durante algún tiempo la vida de los calcidios de Leontinos, los megarenses se instalaron en Mégara Hiblea, en Sicilia oriental, situada a veinte kilómetros de la Siracusa corintia. A su vez, a mediados del siglo VIII, Mégara Hiblea fundó Selinonte, en la costa sur de Sicilia.

Al este, ya desde comienzos del siglo VIII, los megarenses se instalaron en la orilla sur del Bósforo, en Calcedonia, y después frente a Bizancio, ciudad destinada a un gran futuro histórico, pues con el paso de los siglos se convertirá en Constantinopla y después en Estambul.



La Grecia de Asia.

Una tercera colonia –Selimbria– surgió en la orilla norte de la Propóntide (el mar de Mármara).

En el transcurso del siglo VI, Mégara también participó en la fundación en la orilla sur del mar Negro de Heraclea del Ponto, próxima al Bósforo, mientras que Calcedonia y Bizancio participaron en la fundación de Callatis y Mesembria en la orilla occidental (en la actual Bulgaria).

El mar Egeo

El mar Egeo, entre Grecia, Jonia, Tracia y Creta es, en el sentido literal de la palabra griega, una "polinesia", un mar de innumerable islas, agrupadas en algunas categorías: las Cícladas y las Espóradas en el sur, Lemnos y Tasos en el norte y, por fin, las islas próximas de la costa jonia, que en esa época eran indisociables de ellas (Lesbos, Quíos, Samos y Rodas). Esas islas, «restos de un continente desaparecido, son como las piedras de un paso que une las dos orillas habitadas por griegos» (Lévêque). Es decir, lo contrario de una frontera.

Durante los siglos "oscuros" el mar Egeo tuvo una historia que apenas comienza a vislumbrarse, situada entre las primeras floraciones de las ciudades jonias y el desarrollo de los asentamientos de Torona y Menda en la Calcídica. En el siglo IX, la ciudad de Ságora, en la isla de Andros, en las Cícladas al sur de Eubea, fue una de las primeras manifestaciones de estructuración política del Arcaísmo antiguo, junto a la ciudad eubea de Lefkandi y al primer núcleo urbano de Esmirna.

El mar Egeo tenía sus riquezas: las minas de plata de Sifnos y las canteras de mármol de Paros, así como las de Naxos y Tasos, que también tenía minas de oro. Las canteras de Paros eran de una riqueza infinita; sus galerías tenían fama de llenarse de nuevo con el tiempo (Estrabón, V, 2, 6). Estatuas y después templos de mármol de Paros se erigirán en todos los lugares elevados del mundo griego; en primer lugar en Delfos. La existencia de una escuela de escultura paria, puesta en evidencia por Furtwängler, permite, por ejemplo, atribuirle una parte de las esculturas del Tesoro de Sifnos.

Sin embargo, las Cícladas y las demás islas del Egeo son, sobre todo, roquedales dispersos por el Mediterráneo con una zona agrícola reducida

al mínimo. Según el poeta de origen pario Arquíloco (frag. 17), que la conocía bien porque vivió en ella durante el siglo VII, Paros está pelada –«como el lomo de un asno»–.

De modo que el mar es importante:

Olvida a Paros, sus tristes higos y esa vida que había que conseguir de las flotas (Arquíloco. Frag. 105).

Paros tenía dos puertos, de los que, según Escílax (58), se podía cerrar uno *(limen kleistos)*. A comienzos del siglo VII, colonos de Paros fueron a instalarse en Tasos, la maciza isla del norte, «pesado navío anclado a lo largo del continente tracio» (Pouilloux). Arquíloco formaba parte de los inmigrantes, que no tardaron en contribuir a la helenización de la costa tracia, muy próxima. Es la "perea" tasia (textualmente, *peraia ge* significa: "la tierra situada en frente"), a dos horas en barco de la isla. La ciudad de Tasos, al norte de la isla, poseía en la época arcaica un puerto importante con un muelle construido de mármol y esquisto.

A finales de la época arcaica, en el transcurso de las Guerras Médicas, Tasos sufrió el paso de los persas que se dirigían a Grecia. A comienzos del siglo V (en el 491), el rey persa Darío ordenó a los habitantes de la ciudad «derribar sus defensas y llevar sus navíos a Abdera», es decir, a Tracia (Heródoto, VI, 46). Algunos años después, los tasios se arruinaron al tener que abastecer al ejército de Jerjes, sobre todo las suntuosas comidas destinadas al rey y sus compañeros de mesa (Heródoto, VII, 118-119). Posteriormente, Tasos se enfrentó a Atenas, que la conquistó en el 463. Ese fue su final como ciudad (*polis*) independiente.

Al sur de Tasos se encuentra la isla de Samotracia, con sus cultos esotéricos (Heródoto, II, 51). Era la "Samos de Tracia" llena de árboles que cita la *Ilíada* (XIII, 12), que tenía un puerto (Escílax, 67).

Más al sur todavía, la isla de Lemnos poseía un pasado lleno de mitos, la mayor parte de los cuales fueron reelaborados, tras la conquista de la isla por los atenienses de Milcíades (500), con la intención de destacar su marginalidad. La Lemnos arcaica aparece en la *Ilíada* como una isla rica y abierta al comercio. Fue al rey de Lemnos a quien los fenicios ofrecieron una crátera de plata proveniente de Sidón (XXIII, 740);

los lemnitas vendían vino para comprar bronce y hierro (VII, 467). En los poemas homéricos también es la tierra de Hefesto, el dios del fuego. Tucídides (IV, 109, 4) llama "tirrenios" a los nativos de la isla y Heródoto (VI, 138) señala que navegaban con pentecóntoras, un tipo de navío arcaico utilizado por los foceos. A finales del siglo XIX se descubrió una inscripción de finales del siglo VI a.C. (en la estela de Kaminia) cuya lengua, que era la que se hablaba en la isla antes de la llegada de los atenienses, parece muy similar a la etrusca. La inscripción, que hace referencia a un foceo llamado Holaies (¿transcripción de Hilaios?) reanimó los debates sobre la relación que había entre esta isla, los foceos y los etruscos (que también eran llamados «tirrenios» en las fuentes antiguas).

Jonia y Rodas

El foceo de Lemnos nos lleva a pasar al continente asiático para describir las ciudades de la Grecia asiática. Este entorno griego se fue creando poco a poco durante la segunda mitad del II milenio (siglo XI), mediante la llegada de inmigrantes provenientes de todas las regiones de Grecia.

A comienzos del Arcaísmo, hacia el 800, la situación se había estabilizado. Abundan las ciudades griegas y, tradicionalmente, se las divide en tres categorías atendiendo al dialecto griego que hablaban. Al norte, se habla el dialecto eolio en Cumas de Eólide y en la isla de Lesbos, donde está la ciudad de Mitilene. En la zona central se habla el dialecto jonio en doce ciudades, que más tarde formarán una "dodecápolis", de norte a sur son: Focea, Esmirna, Clazómenas, Eretria, Colofón, Teos, Lébedos, Éfeso, Priena, Mius y Mileto, además de las ciudades de Quíos y Samos, localizadas en las islas del mismo nombre. Por último, en la parte meridional de la costa anatolia, el dialecto dorio fue, provisionalmente, el de Halicarnaso, que después adoptó el dialecto jonio y, de manera duradera, el dialecto de Cnido, en el continente, y de las islas de Cos y Rodas.

La isla de Rodas, con las ciudades de Lindos, Ialisos y Camiros, era una región griega en contacto con las costas del Levante y muy acogedora con los mercaderes fenicios que se instalaban en ella (Diodoro, V, 58),

como confirma la arqueología (Coldstream). Durante mucho tiempo se ha sobrevalorado la importancia de la producción cerámica rodia, que en la actualidad se atribuye a otras ciudades, en especial de la jonia del norte. Por otra parte, en muchos lugares del Mediterráneo numerosas tradiciones tardías hacen referencia a una colonización rodia; por ejemplo, la fundación de Rodanusia, cerca del Ródano, o de Rhode, en Cataluña; pero la arqueología no las ha confirmado. «Los rodios no tienen suerte» (Morel).

Durante el Arcaísmo, el mundo griego del Este dio muestras de una vitalidad intelectual y cultural excepcional que podría compararse, salvando las distancias, con el Renacimiento italiano. No hay más que pensar, por citar sólo algunos nombres, en el geógrafo Hecateo de Mileto, en el legislador Pítacos de Mitilene, en los poetas Alceo y Safo de Mitilene, y en los filósofos Anaximandro de Mileto, Anaxágoras de Clazómenas, Heráclito de Éfeso, Pitágoras de Samos, Tales de Mileto y Jenófanes de Colofón. En el siglo V, Heródoto de Halicarnaso, el "padre" de la historia, es el colofón de una prestigiosa línea de intelectuales (los Presocráticos) que, al repensar el espacio y el lugar del hombre en el mundo, rehicieron éste. Habrá que esperar al siglo IV, con Platón y Aristóteles, para volver a encontrar un pensamiento filosófico tan profundo y global.

Con relación a la historia del Mediterráneo, la contribución de la Grecia de Asia fue también excepcional, y los habitantes de la isla de Cumas de Eólida tenían fama de ser un poco palurdos por haber tardado 300 años en que se les ocurriera cobrar tasas portuarias (Estrabón, XIII, 3, 6).

Las demás ciudades fueron más consecuentes. Mileto, dirigida hacia el mar Negro, y Focea, sobre todo hacia Occidente, tuvieron una activa política colonial. En Mileto, los *Aeinautai* ("los que navegan sin cesar", expresión que también se da en Eretria de Eubea) debieron condicionar la política de la ciudad, en donde el tirano Trasíbulo tuvo buenas relaciones con el corintio Periandro (Heródoto, I, 20 y V, 92; Aristóteles, *Política*, 1284*a* 26-33 y 131*a* 20).

En Samos, el mercader Colaios atravesó el estrecho de Gibraltar a finales del siglo VII siguiendo la tradición de las navegaciones eubeas. En el siglo VI el tirano Polícrates dirigió una activa política mediterránea. El arquitecto Eupalinos de Mégara, que estaba a su servicio, excavó un túnel de 7 estadios de longitud (alrededor de 1,3 km) y 2,40 m

de alto y de ancho para traer agua a la ciudad, creando así el primer gran acueducto (Heródoto, III, 60). Tanto en Quíos, que «en tiempos poseía una potente marina» (Estrabón, XIV, 1, 37) y muchos esclavos (Tucídides, VIII, 40, 2), como en Clazómenas y Samos, se desarrollaron los talleres de ánforas de vino y los de cerámica, llegando su producción a todo el Mediterráneo. Por último, las ciudades también estuvieron presentes de manera organizada en el Delta egipcio, en Náucratis (Heródoto, II, 178).

La historia arcaica de la Grecia de Asia estuvo condicionada por sus relaciones con las poblaciones del interior, pues esta región fue uno de los principales puntos de contacto con el Oriente bárbaro. Los lidios terminaron por convertirse en buenos vecinos, y tuvieron reyes amigos del mundo griego: Giges, Aliates (cuya mujer era una griega de Jonia) y Creso, cuyas ricas ofrendas a Delfos fueron famosas (Heródoto, I, 50). Se vieron desbordados por los persas, pues a mediados del siglo VI la presión del rey persa Ciro sobre las ciudades griegas provocó una serie de emigraciones hacia Occidente. El resultado tangible de esta segunda "migración jonia" de Oriente hacia Occidente fue la fundación de Elea por emigrantes foceos, a donde fue a instalarse el filósofo Jenófanes de Colofón.

A comienzos del siglo V, la aventura arcaica de Jonia termina con un desastre: las ciudades griegas se rebelan contra los persas (499). Mileto, el alma de la revuelta, fue conquistada por los persas en el 494, tras la derrota de la flota griega frente a Lade, isla próxima a la ciudad. Los milesios fueron masacrados y deportados a Mesopotamia, mientras que las ofrendas del templo de Apolo (Didimes) fueron enviadas a Susa. Las riquezas de Jonia se alejaban así del Mediterráneo.

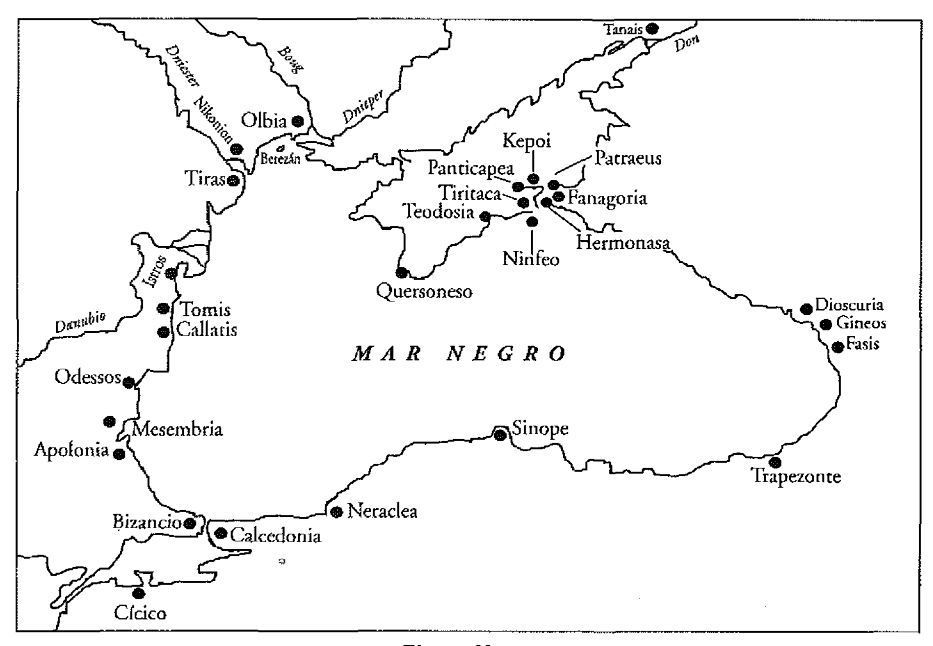
El mar Negro: el Ponto Euxino

Pasar de Jonia al mar Negro implica seguir el camino de los colonos milesios, que fundaron allí numerosas *poleis*, y de los colonos foceos, que habían emigrado a Lámpsaco, en Propóntide (mar de Mármara). De hecho, y según Estrabón (XIV, 1, 5-6), conocemos la lista de las colonias milesias en el mar Negro gracias al historiador Anaxímenes de

Lámpsaco (maestro de Alejandro Magno). En época romana, había más de 80 (Plinio, V, 112).

Se sabe que los griegos no le dieron el nombre de *euxenios pontos* –el "mar hospitalario"– más que pasado el tiempo, puesto que, en un principio, este mar fue «inhospitalario» (*axenos* según Estrabón, VII, 3, 6); en época helenística se discutía si los peligros provenían del propio mar y sus tempestades, o del salvajismo de las poblaciones bárbaras cercanas, en particular los escitas:

Que inmolaban los extranjeros a sus dioses, se alimentaban de su carne y utilizaban sus cráneos como copas (Estrabón, VII, 3, 7).



El mar Negro.

Se podría resumir la historia arcaica del Ponto diciendo que sus accesos fueron guardados por los megarenses con la fundación en el Bósforo de Calcedonia y Bizancio, y que éstos fueron violentados por los persas Darío y Jerjes durante las Guerras Médicas. En el ínterin entre esos

dos momentos claves, sus orillas estuvieron controladas por Mileto, siendo un reflejo de la realidad la expresión «lago milesio»; un lago que proporcionaba pescado y rodeado de tierras que suministraban trigo y vino, pieles y metales.

Al mismo tiempo, el mar Negro fue un formidable acceso al mundo bárbaro, pues en él desembocaban cerca de cuarenta ríos (Estrabón, VII, 3, 6). Algunos de ellos ya aparecían citados en la *Teogonía* (v. 337 y ss.) de Hesíodo hacia el año 700, mientras que Homero no los conocía (*Ilíada*, XII, 20). En primer lugar estaba el gran Istros (el Danubio) con su delta, comparable al del Po, el Ródano o el Nilo. Para apreciar la importancia de este mar hay que que tener en cuenta a los escitas, así como a los tracios, los frigios y la población de Urartu.

En la actualidad, recorrer sintéticamente las orillas del Ponto es algo difícil. Más que en otros lugares, el historiador se da cuenta de la incierta naturaleza de algunas cuestiones y, en una región en donde la actividad arqueológica está en plena expansión, no faltan los debates entre especialistas. El número de lugares ocupados en época arcaica es mucho más elevado que el que nos proporcionan las fuentes literarias más tardías y, por tanto, éstas son menos fiables *a priori* que las existentes para otras regiones del Mediterráneo. Si comparamos el mar Negro con la Italia meridional y Sicilia, lo que más nos sorprende es la ausencia, para el Ponto, de informaciones precisas proporcionadas por Tucídides.

En este contexto, es difícil crear modelos, es decir, partir de los hechos para construir esquemas explicativos; todo lo más, se pueden delimitar algunas cuestiones según se reliza un recorrido por la zona.

Durante mucho tiempo se ha querido saber en qué época los griegos franqueron los estrechos. Hoy día ya no se utilizan argumentos técnicos sobre la capacidad de los barcos para remontar la corriente. Asistimos, más bien, a un debate entre historiadores que creen en las fuentes (Graham), y aqueólogos que creen en lo que ven, es decir, en la cerámica (Boardman).

¿Qué decir entonces sobre la fecha de las primeras fundaciones griegas? La respuesta es doble. Por una parte está el ejemplo de Occidente (Italia meridional y Sicilia), que nos llevaría a confiar en las fuentes en la medida en que la investigación arqueológica va encontrando de manera progresiva una confirmación de la tradición; pero eso sería olvidar que

en Occidente son las fuentres antiguas, y por lo tanto bien informadas (sobre todo Heródoto y Tucídides), las que se han visto confirmadas, más que el Pseudo-Skymnos o Eusebio, que son quienes nos proporcionan las principales informaciones cronológicas sobre el mar Negro. Por otra parte, por más que, según se va desarrollando, la investigación arqueológica tenga tendencia a "modernizar" las dataciones, no conviene subestimar los límites de ese ejercicio. Algunos datos proporcionados por la tradición tardía, como la existencia de una colonización rodia en Occidente, nunca se han visto confirmados, pese a la intensidad de la investigación.

Trapezunte, subcolonia de Mileto y colonia de Sinope, es, según los textos, la más antigua fundación en la zona (750 según Eusebio), pero todavía no se ha realizado en ella ninguna excavación arqueológica. De vez en cuando conviene saber tranquilizarse y tener la paciencia de esperar a los hechos.

En cambio, hay otros fenómenos que comienzan a aparecer con nitidez. En primer lugar, el papel desempeñado por Mileto y la ausencia de Focea. Las dos ciudades parecen haber desarrollado la misma política en la Propóntide (el mar de Mármara). Mileto fundó Cícico, una ciudad abierta tanto hacia tierra y las minas de oro del interior, como hacia el mar y la pesca, como demuestra el atún que aparece en sus monedas. Por su parte, Focea fundó Lámpsaco. A partir de ahí sus caminos se separan; Mileto continuó hacia el mar Negro, mientras Focea dirigió sus esfuerzos hacia Occidente, como señaló el propio Heródoto (I, 163). Un reparto del espacio que ya habían observado sus contemporáneos.

Semejante división puede explicar otro momento importante, en el año 540, cuando Mileto y Teos fundan colonias en el contexto de la emigración causada por los persas. Una vez más, tenemos la impresión de que, según la ciudad de que se trate, unas van hacia Occidente (foceos, efesios, colofonianos), mientras que los milesios y otros van hacia Tracia –según Heródoto (I, 168), Abdera será fundada por habitantes de Teos– o el Ponto, más concretamente hacia la zona del estrecho de Kertch, con la fundación de Fanagoria.

Merece la pena que nos detengamos en este último punto, pues permite apreciar que, en un mar Negro en el que abundan las fundaciones griegas (en la actualidad se conocen 107 yacimientos arcaicos en el territorio

de Olbia), durante la primera mitad del siglo VI éstas se concentraron en la zona del estrecho de Kertch –el Bósforo cimerio–, entre el mar Negro y el mar de Azov, tanto en la orilla occidental (Crimea) como en la opuesta. En la actualidad algunos yacimientos se encuentran sumergidos. Hay aquí una densidad de asentamientos superior a la de otros lugares, incluidos Sicilia y la Italia meridional. La región atrajo a los navegantes a comienzos del siglo VI: el Bósforo cimerio estaba protegido por un lado por Panticapea (la más antigua), Mirmekion, Tiritaca y Ninfeo y, por el otro, por las ciudades de Hermonasa, Kepoi y Patraeus. Mileto tenía otras fundaciones importantes en la región, como Teodosia, en la costa de Crimea, y Tanais, en el extremo del mar de Azov, junto a la desembocadura del Don.

Igual que en otras regiones, los fundadores se sintieron atraídos por los estuarios de los ríos. El islote de Berezán y la ciudad de Olbia, que se encuentra frente a él, están próximos a la desembocadura del Boug (Hypanis) y del Dnieper (Boristenes); Berezán debe ser identificada con la fundación milesia de los boristenitas que cita Heródoto (IV, 17, 24 y 78). Los yacimientos de Tiras y Nikonion han sido descubiertos cerca de la desembocadura del Dniester (Tiras). La ciudad de Istros (Histria, en Rumanía) está cerca del Danubio (Istros), en un paisaje de delta extremadamente cambiante del que Polibio (IV, 41-42) hizo una larga y bella descripción «geomorfológica», que es la mejor introducción a las actuales investigaciones paleoambientales. La ciudad y el río de Istros debían ser conocidos por los griegos desde por lo menos mediados del siglo VII, puesto que por esas fechas tenemos mención de un artesano cuyo nombre, *Istrokles*, aparece pintado sobre el reborde del fragmento de una crátera descubierta en Esmirna.

Nos queda por saber si todos esos yacimientos eran ciudades (*poleis*) o si en ocasiones se trataba de barrios griegos en ciudades indígenas, más próximas por tanto el modelo del *emporion*. La cuestión se plantea en concreto para la Cólquide (Georgia), en donde, junto a tres fundaciones conocidas por la tradición y activas a mediados del siglo VI (Fasis, Gineos y Dioscuria), a finales del mismo siglo se aprecian otros restos de ocupación griega más difíciles de definir (Pichvnari, Namcheduri). De nuevo hay que tener paciencia. Fasis se llamaba igual que el río que la bordeaba, mientras que, al otro lado, cerca del mar, había un lago; Estrabón (XI, 2, 17) la llama «*emporion* de los colcídeos». Dioscuria era

calificada de *emporion* común (*koinon*) para las poblaciones del interior (Estrabón, XI, 2, 16), en una región que durante mucho tiempo fue como un istmo entre el mar Negro y el mar Caspio. Sin embargo, es difícil decir si todas las indicaciones de Estrabón, que vivió en época del emperador Augusto –a comienzos de la era cristiana–, son válidas para la época arcaica.

Los foceos se contentaron, a lo que parece, con fundar, a mediados del siglo VII, la colonia más antigua, Lámpsaco (la actual Lapseki), en la orilla asiática del Helesponto. La ciudad tenía reputación de tener unas viñas excelentes, y se dice que Jerjes se la otorgó a Temístocles para que le proporcionara vino para sus comidas (Estrabón, XIII, 1, 12). Poco antes de mediados del siglo V tuvo a un gran historiador, Caron de Lámpsaco, que quizá fuera utilizado como fuente por Heródoto y de cuya obra no poseemos más que unos fragmentos. Los títulos de sus obras son para nosotros de gran interés. Escribió cuatro libros que proporcionan un mapa de las regiones del mundo que eran importantes en la época: *Hellenika*, *Persika*, *Libyka* y *Aithiopika*, además de un periplo por las regiones situadas pasado el estrecho de Gibraltar, un tema adecuado para un historiador foceo (Mazzarino). Lámpsaco también produjo un comentarista de Homero, Metrodoro, lo que tampoco es sorprendente dada la cercanía de la ciudad de Troya, punto central de la *Ilíada*. Es interesante señalar que tradiciones literarias tardías sitúan la fundación de Lámpsaco en el 654, es decir, la misma fecha que la fundación, fenicia o cartaginesa, de Ibiza, en las Baleares, y que las dos ciudades llevaron el mismo nombre (Pitussa). Es probable que en la época helenística, en el marco de la rivalidad entre la región marsellesa y la cartaginesa, se procurara concederle la misma antigüedad a la más antigua de las fundaciones foceas y a la más antigua de las fundaciones cartaginesas (o considerada como tal).

El delta del Nilo y Náucratis

Acercarse al delta egipcio de la época arcaica significa penetrar en una región geográficamente abierta al Mediterráneo, que en ese momento se aprovecha de ello muy particularmente, tras haber escapado a mediados del siglo VII (656) del yugo asirio y antes de pasar, a finales

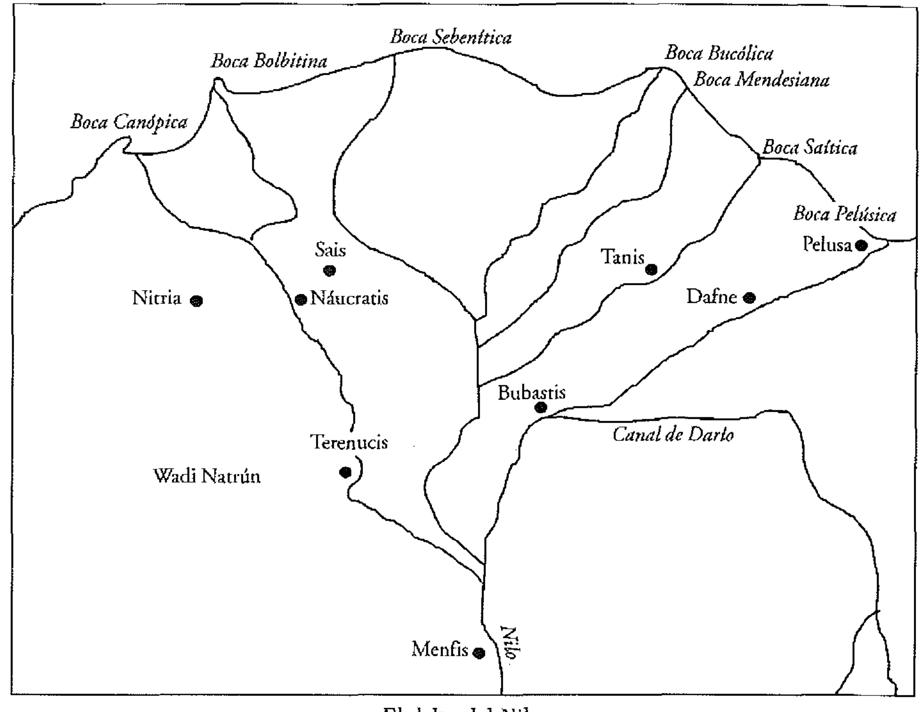
del siglo VI (525), a estar controlada por la Persia de Cambises. Entre esas dos fases orientales, la parte central del Arcaísmo es para el Delta y sus faraones un periodo mediterráneo, caracterizado por los contactos con griegos y fenicios.

Sin embargo, la intensidad de las relaciones con sus vecinos está muy condicionada por la política de los faraones. La XXVI Dinastía egipcia, que hizo de una ciudad del Delta, Sais, su capital –fue entonces cuando dio comienzo el «Renacimiento saíta» que «terminó con las jefaturas libias del Delta» (Yoyotte) y «despolitizó» a la ciudad de Tanis–, va a manifestar un doble interés respecto al Mediterráneo, derivado de su necesidad de mercenarios y de controlar los intercambios comerciales. Los faraones fueron, sucesivamente: Psamético I (664-609), Necao II (609-594), Psamético II (594-588), Apries (588-568), Amasis (568-526) y, por último, Psamético III (526-525).

El delta egipcio de entonces se conoce por el periplo de Escílax y por Heródoto, que visitó Egipto en los años 450-430 y preguntó a los sacerdotes egipcios sobre el pasado del país. Su libro II, dedicado por completo a Egipto, es una fuente documental inestimable, aunque sus informadores no fueran siempre precisos y fiables. Por más que sean tardíos, los textos de Diodoro y de Estrabón también proporcionan una información preciosa.

Comparado con las regiones vecinas, el Delta –«la parte de Egipto en la que desembarcan los navíos griegos y que es una tierra de aluvión, un don del río» (Heródoto, II, 5)– se adentra en el Mediterráneo. Para los jonios, Egipto se reducía al Delta, algo con lo que no está de acuerdo Heródoto (II, 16). Tiene la forma de un triángulo, lo que hizo que los griegos le dieran el nombre de la letra "delta" que, en mayúscula, tiene forma triangular (Estrabón, XVII, 1, 4). Un nombre que en la actualidad se da a todas las desembocaduras ramificadas. La punta del triángulo, abierto al Mediterráneo, se encuentra en la región de Menfis, cerca de la actual ciudad de El Cairo. Entonces el Nilo desembocaba en el mar por una serie de "bocas" (*stomata*) que, de este a oeste, recibían los nombres (II, 17) de: pelúsica, saítica, mendesiana, bucólica, sebenítica, bolbitina y canópica. De hecho, sólo había tres bocas principales: la pelúsica, al este, con las ciudades de Pelusa y Dafné; la sebenítica, en el centro, y la canópica al oeste, con Náucratis. Había otras dos secundarias:

la saítica y la mendesiana y, por último, dos canales artificiales, la boca bucólica y la bolbitina. El punto más elevado del Delta, a unos 30 m de altura, se encuentra en la región de la ciudad egipcia de Tanis, cerca de la rama saítica.



El delta del Nilo.

A finales del siglo VII, algunos mercaderes griegos, como Colaios de Samos (IV, 152), que hacía de él su destino habitual, debían frecuentar Egipto. Por esas fechas fue cuando los samios habrían desembarcado con 30 navíos cerca de la boca bolbitina (llamada Rosetta en la actualidad) y edificado un fortín –el *Milesion teichos*– antes de contribuir a la construcción de Náucratis (Estrabón, XVII, 1, 18). En Egipto también había mercenarios griegos (ver el Capítulo VI).

Las cerámicas griegas más antiguas descubiertas el siglo pasado en Naucratis datan del finales del siglo VII a.C. La historia de la ciudad

es narrada con detalle por Heródoto (II, 178), que la utiliza como ejemplo para describir el funcionamiento de un *emporion*. Sin embargo, su relato hace alusión a una racionalización de los contactos entre griegos y egipcios debido al deseo del faraón Amasis, cuya querencia por los griegos no se pone en duda. Se había casado con una princesa griega de Cirene a la que, pese a algunos desengaños pasajeros, se encontraba muy unido (II, 181); además, había establecido con Cirene una relación amistosa y una alianza, lo que quizá le llevara a favorecer la rama del Nilo más occidental, en la que se encontraba Náucratis, que era fácilmente accesible para los que llegaban de esa ciudad, a la que envió una estatua de Atenea forrada de oro y un retrato pintado que le representaba (II, 182).

A partir de Amasis, todos los contactos debían realizarse a través de Naucratis, lo que, por otra parte, tuvo consecuencias negativas: los egipcios se tomaron en serio la vigilancia del Delta para asegurar así el monopolio de la ciudad:

> El mercader que penetraba por cualquier otra boca del Nilo debía jurar que no lo había hecho intencionadamente y, tras confirmarse su buena fe mediante un juramento, hacerse a la vela para alcanzar la boca canópica. Si vientos contrarios se lo impedían, tenía que trasladar su cargamento (el *phortion*) a unas barcas (la *baris* egipcia) que lo llevaba a Naucratis rodeando el Delta (II, 179).

Es importante comprobar que este fragmento es la transcripción realizada por Heródoto de un reglamento escrito semejante al que, algunos decenios después, Polibio leerá en Roma y que organizó las relaciones entre Roma y Cartago:

> Si a pesar suyo un navío se ve conducido más allá de este cabo, está prohibido a la tripulación comprar nada y tomar nada más que lo que sea necesario para poner al susodicho navío en condiciones de volver a hacerse a la mar (Polibio, III, 22).

Las medidas incidían sobre todo en el emplazamiento y la organización de los cultos griegos (Heródoto, II, 178). Nueve ciudades griegas de la Grecia de Asia: cuatro jonias (Quíos, Teos, Focea, Clazómenas), cuatro dorias (Rodas, Cnide, Halicarnaso y Faselis) y la ciudad eolia de Mitilene de Lesbos, fundaron un gran santuario llamado Helenion.

Había tres santuarios distintos para los eginetas (Zeus), los samios (Hera) y los milesios (Apolo). La excavaciones arqueológicas han sacado a la luz, además, un santuario dedicado a Afrodita que, dada la cantidad de cerámica quiota, quizá estuviera relacionado con Quíos. Sin embargo, durante mucho tiempo se pensó que esta cerámica era de producción local.

El otro yacimiento importante para nosotros es el de Dafne (Tell Defenneh), en la parte oriental del Delta, que data de la segunda mitad del siglo VII. Según Heródoto (II, 30) era el emplazamiento de una guarnición. Flinders Petrie, que excavó allí a finales del siglo XIX, pensaba que se trataba de unos "campamentos" (*stratopeda*) localizados en la boca pelúsica en los que Psamético I había asentado provisionalmente a los griegos antes de conducirlos a Menfis. No obstante, Heródoto dice que, en su época, todavía se podían ver las máquinas para arrastrar los barcos (*olkoi*) y las ruinas de sus casas (II, 154); de modo que la identificación propuesta no es segura. Por otra parte, en la propia Menfis había un campamento (*stratopedon*) de fenicios de la ciudad de Tiro (II, 112).

Probablemente hubo matrimonios mixtos entre griegos y egipcios, como parecen demostrar las indicaciones que poseemos de Aristágoras de Mileto (Jacoby, 608 F9) sobre los nombres de ciertos metecos, hijos de egipcios de Menfis y de carios del sur de la Grecia asiática (los *Karomemphitai*), o los hijos de menfitas y griegos en general (los *Hellenomemphitai*). Puede que se instalaran en Egipto artesanos griegos (¿quiotas?). En época de Amasis, el hermano de la poetisa Safo de Mitilene, un tal Caraxo, mercader de vino de su estado, vivió en Egipto y se enamoró de una famosa cortesana de origen tracio llamada Rodofis, relacionada con un proxeneta samio llamado Janto, a la que manumitió «por una suma considerable» (Heródoto II, 135; Ateneo, XIII, 596; Estrabón, XVII, 1, 33).

Esparta, Creta y Cirene

Esparta (o Lacedemonia), en el centro de Laconia, se encuentra relativamente alejada del Mediterráneo (45 km), con el que está comunicada por medio del valle del Eurotas, cuya desembocadura se encuentra

cercana al puerto de Giteon, frente a Citera, en medio del golfo limitado al este por el cabo Maleo y, al oeste, por el cabo Tenara.

Al comienzo de la Guerra del Peloponeso, en el siglo V, así es como sus aliados los corintios veían a los espartiatas:

Los atenienses parten gustosos hacia países extranjeros, mientras que vosotros pretendéis, por todos los medios, quedaros en vuestra casa. Cuentan, al marchar, con incrementar sus posesiones. Vosotros teméis poner en peligro, con semejantes expediciones, incluso vuestros bienes conseguidos (Tucídides, I, 70).

Y he aquí como, los mismos corintios, intentaban llevar a sus aliados peloponesios, en particular los espartiatas, a la guerra contra Atenas:

Para aquellos que se han establecido más lejos, en el interior de las tierras, y apartados de las vías de comunicación, esto es lo que tienen que saber: si niegan su ayuda a las ciudades marítimas, les será más difícil exportar el producto de sus cosechas y, a cambio, importar las mercancías que el continente recibe del mar (Tucídides, I, 120).

La política de Esparta durante el Arcaísmo se tradujo primero en una expansión territorial por el Peloponeso. Su marina le era proporcionada por las ciudades de la costa laconia, donde vivían poblaciones relativamente autónomas, pero dependientes de Esparta en cuestiones de política exterior: los periecos. Las colonias fundadas por Esparta durante la época arcaica fueron escasas. Eran ciudades como Cnido, en la Grecia del Este, o Tarento, en la Italia del Sur, que estaban unidas por lazos de amistad (Heródoto, I, 174). La fundación de Tarento tuvo lugar a finales del siglo VIII, en el contexto de la expulsión de los bastardos espartiatas nacidos durante la guerra entre Esparta y sus vecinos mesenios, según el relato arcaico (el de Antíoco de Siracusa) mencionado por Estrabón (VI, 3, 2).

No obstante, la arqueología se sorprendió al descubrir que se había difundido por el Mediterráneo, en especial durante el siglo VI y sobre todo en Cirenaica, Sicilia, Etruria y Samos, una cerámica laconia de calidad. Se trata en su mayoría de cráteras de barniz negro, copas de figuras negras, aríbalos para perfume y también ánforas comerciales con una capacidad de alrededor de 60 litros. Es decir, indicios innegables de una actividad económica. Por otra parte, vasos laconios aparecen en pecios y depósitos submarinos arcaicos (pecio de la isla de Giglio, cerca

de Etruria; depósito de Torre Santa Sabina, cerca de Brindisi, en el Adriático) mezclados con vajillas de otras procedencias. No es menos cierto que la calidad de los vasos identificados no tiene nada que ver con la de los vasos corintios o incluso áticos; pero se ha logrado reunir un conjunto de cráteras ligeramente superior al millar de piezas. Esto demuestra que los mercaderes que circulaban por el Mediterráneo frecuentaban los puertos de Laconia. Probablemente, algunos de los talleres que fabricaban esa cerámica no se encontraban alejados de las costas laconias; debían ser de dimensiones bastante modestas.

A decir verdad, este fenómeno se integra en un movimiento general que conoció el desarrollo de un artesanado laconio a partir del siglo VII y comienzos del VI (marfiles, estatuillas y vasos de bronce). No cabe duda de que algunas series fueron producidas para la clientela local y las necesidades del culto (por ejemplo las estatuillas), pero otras, como las hidras (vasos para el agua) de bronce, se encuentran sobre todo al otro lado del mar, en especial en la Magna Grecia, aunque no necesariamente donde se encuentra la cerámica. Es decir, que se trata de una serie de fenómenos paralelos que no forman parte de un contexto económico estructurado. De modo que hubo una cierta movilidad por parte de algunos artesanos laconios y puede que incluso transferencia de talleres a Occidente.

Las relaciones entre Esparta y Samos proporcionan una explicación posible para ello. Heródoto (III, 55 por ejemplo) nos ofrece toda una serie de relatos que demuestran los estrechos lazos de amistad (*philia*) existentes entre aristócratas de Samos y de Esparta (Cartledge). El paso de las relaciones personales al comercio no es automático pero, en el caso laconio, hay lazos humanos que llevan a los samios a comercializar productos laconios de calidad y no producidos en serie. De modo que, probablemente, fueran sobre todo los mercaderes samios los que llevaran las cerámicas laconias por el Mediterráneo; aunque no es posible excluir la intervención de otros intermediarios.

Hacia el 510, a finales del siglo VI, un ambicioso y brillante príncipe de Esparta, Dorieus, hijo menor de la familia real, hizo vanos intentos por fundar colonias, primero en Libia:

> Pidió a su pueblo que le proporcionara compañeros, y se fue a fundar una colonia sin consultar al oráculo de Delfos para saber en qué país fundarla, y sin respetar las reglas habituales en tales casos (Heródoto, V, 42).

Tras este fracaso, consultó el oráculo para hacer una segunda tentativa en el extremo ocidental de Sicilia; pero fue vencido por los fenicios y los habitantes de la ciudad de Segesta, y murió.

No obstante, la tentativa de Dorieus en Libia no fue una mera casualidad. Los lazos de Esparta con viejas familias de la isla de Thera (Santorini, en las Cícladas), cuyos descendientes se habían instalado en Cirene (Libia), eran fuertes. El rey de Cirene, Arcesilas IV, vencedor en los juegos píticos de Delfos del 462, exaltaba en la oda de Píndaro (*Píticas*, V, 72 y ss.) sus orígenes espartiatas y su «gloria salida de Esparta».

En su libro IV, Heródoto narra con detenimiento los acontecimientos que condujeron a los habitantes de Thera, poco después de medidados del siglo VII, a consultar el oráculo de Delfos, y después a los cretenses, antes de arriesgarse hacia la costa africana (la actual Cirenaica, en Libia) en donde se instalaron –durante dos años– en una pequeña isla, Platea, para después pasar al continente, primero en un lugar llamado Aziris (durante seis años) y después en Cirene, a algunos kilómetros de la costa y a 600 m de altitud. Es evidente que tanto en Thera como en Cirene se conservó, y no sólo en la tradición oral, el recuerdo de esas peripecias. Una versión conservada en las crónicas locales tuvo que ser relativamente codificada, porque una inscripción en una estela de mármol del siglo IV (la "estela de los fundadores"), descubierta en Cirene, proporciona un relato bastante cercano al de Heródoto.

Creta tenía una geografía y una historia ligada al mar. La leyenda de Minos, el mítico rey, tiene mucha importancia en la historia de Creta, pero también en la historia griega en general:

> Minos es el primero que, por lo que nosotros sabemos, poseyó una flota. Extendió su dominio por la mayor parte del mar que hoy día llamamos helénico y reinó sobre la Cícladas [...]. Para asegurar más todavía sus ingresos, hizo todo lo que pudo para librar al mar de piratas (Tucídides, I, 4).

En el siglo V, la época en la que escribe Tucídides, el imperialismo ateniense ambicionaba revivir esa edad mítica. Creta fue un modelo para Atenas, y Teseo, el primer héroe de la ciudad, que era considerado como hijo del dios del mar Poseidón en según qué tradiciones, viajó a Creta, se dejó encerrar en el Laberinto, ese circuito desordenado e

irracional en los antípodas de las reglas del urbanismo de la ciudad, y mató al Minotauro, ser híbrido y monstruoso.

Creta, la isla de «las cien ciudades» de Homero, se convirtió con el discurrir de los siglos en un lugar de paso, primero entre Oriente y Occidente, y depués entre el norte y el sur del Mediterráneo.

En efecto, durante el Periodo Orientalizante, Creta continuó con su función secular, que llevaba asumiendo desde la época micénica y durante los llamados siglos "oscuros": la de una isla que contribuía a unir las dos cuencas del Mediterráneo. A finales del siglo IX y durante el siglo VIII, los fenicios la utilizaron como etapa de sus viajes, como demuestra el yacimiento de Komnos, en la costa sur. Los aportes estilísticos de Oriente fueron importantes, como prueban los escudos de bronce con decoración orientalizante descubiertos en las laderas del monte Ida. Una de las últimas manifestaciones arcaicas de este papel "transversal" de la isla se puede ver a comienzos del siglo VII, cuando los cretenses se unieron a los rodios para fundar la colonia griega de Gela, en la costa sur de Sicilia.

Tras la fundación de Cirene todo cambia. Su fundador, Battos, era presentado como el hijo de un therano y una concubina cretense. Muchos de los cirenos eran de origen cretense (Heródoto, IV, 161). Por otra parte, fue un pescador de moluscos de púrpura de la ciudad cretense de Itanos, un tal Corobios, quien, a cambio de una cantidad, guió a los theranos hasta la costa africana (Heródoto, IV, 151).

Es decir, que Creta asumió una labor de mediación esencial entre el norte y el sur del Mediterráneo. Frente a la tierra de los lacedemonios, mirando hacia Esparta y Laconia por medio del puerto de Cidonia (La Canea), en la costa norte de la isla (Escílax, 47), señala con su peso histórico y cultural los comienzos de la Cirenaica griega y de la única ciudad griega arcaica en tierras africanas.

El mar Adriático

El Adriático fue para los griegos, sobre todo, el mar que permitía acceder a las minas de plata de la Iliria meridional, que atrajeron a los corintios; ya hemos mencionado la presión corintia sobre Corcira (Corfú)

y las fundaciones coloniales relacionadas con ese interés corintio: Epidamo y Apolonia (Albania).

En segundo lugar, el Adriático fue un lugar de paso, al nivel del actual canal de Otranto, para acceder a las costas de Salento, al sur de Brindisi. Salento no sólo fue un paso en dirección a la Italia del sur y Sicilia, sino también un lugar de encuentro y contacto con las poblaciones indígenas locales.

No obstante, no se trataba de otra cosa más que de la habitual práctica de intercambios a lo largo de las costas mediterráneas. A partir del siglo VI, los foceos (según Heródoto), los eginetas y los atenienses dirigieron sus miradas mucho más lejos, hacia el delta del Po y el acceso a la rica llanura padana. Sin embargo, los griegos no se encontraron allí con una región despoblada. Hacía siglos que en ella se desarrollaban sólidas culturas indígenas. La llanura del Po y sus accesos, caracterizada por la cultura vilanoviana y más tarde etrusca, se iba a convertir en un lugar de contacto. Desde finales del II milenio, los indígenas se sentían atraídos hacia una región a la que llegaban ciertos productos del norte de la Europa céltica, como el ámbar.

En la época del contacto con el mundo micénico, aparecieron no lejos de la costa algunos asentamientos como Frattesina, en el delta del Po y, a partir del siglo IX, como Verruchio, a algunas decenas de kilómetros de la actual Rímini, con su necrópolis del siglo VII, que ha proporcionado unos espléndidos escudos de bronce y un gran trono de madera, es decir, una gran civilización que recuerda los más bellos logros de la Etruria orientalizante.

Con la aparición del asentamiento de Adria, en el siglo VI, surge en la zona, igual que en otros lugares, el mundo del *emporion*. Se trata de una población a 10 km en el interior del delta del Po, en donde los eginetas y otros pueblos están presentes desde el segundo cuarto del siglo VI. No lejos de allí, Espina fue, según Escílax (17) y Estrabón (VI, 1, 7), la «ciudad griega» del delta meridional. Espina había construido un *thesauros* ("tesoro", refugio para las ofrendas) en Delfos. A partir de finales del siglo VI, la cerámica ática está muy presente en las 4.000 tumbas de Espina que conocemos.

Por último, al sur de Ancona, en el Piceno, se ha comparado el santuario de Cupra Marittima con Pirgi. A finales del siglo VI, en el 524,

era una etapa en la «larga marcha» (Colonna) de los etruscos de la llanura del Po y de otros bárbaros del Adriático hacia la ciudad griega de Cumas, pese a que no se menciona en el relato de Dioniso de Halicarnaso (VII, 3, 1).

EL ÁMBAR

El ámbar amarillo (en griego electron*) es conocido en la actualidad con un nombre de origen mediterráneo y árabe. Esta resina vegetal fosilizada proviene sobre todo de las orillas del mar Báltico, del mundo de los hiperbóreos. Se trata por tanto de un producto del «extremo del mundo» (Heródoto, III, 15). Homero (*La Odisea*) y Hesíodo ya lo conocen. Desde el II milenio llega al Mediterráneo, en especial a través del mar Adriático, pero probablemente a través del Saona y el Ródano, así como por los valles fluviales que desembocan en el mar Negro. Es probable también que siguiera otros itinerarios: por el santuario oracular de Zeus en Dodona (Épiro) y por Eubea hasta Delos, igual que otras ofrendas hiperbóreas (Heródoto, IV, 33-34). Unas islas del extremo superior del Adriático eran conocidas como las "islas del ámbar": las Eléctridas (Escílax, 21; Pseudo-Aristóteles,* De las maravillas escuchadas, *81).*

El ámbar se encuentra en las tumbas principescas de los aristócratas griegos, etruscos e indígenas, tanto en el Mediterráneo como en el mundo céltico de Europa; en ocasiones adornando los arcos de ciertas fíbulas y a veces en colgantes esculpidos por artesanos y artistas. También hay collares de ámbar.

El ámbar está «de moda» en la actualidad, ya que la biología molecular intenta aislar moléculas de ADN pertenecientes a pequeños organismos vivos conservados en trozos de esta sustancia y que puede que se remonten a millones de años de antigüedad.

Cartago, entre Oriente y Occidente

Cartago (Túnez), situada en el fondo de un gran golfo cuya entrada vigilan el cabo Bon, al este, y el cabo Farina, al oeste, se encuentra situada en una posición a la vez central y marginal. Central porque se localiza en el punto más estrecho de ese reloj de arena que dibujan las orillas del Mediterráneo y, por ese mismo motivo, marginal, porque no forma parte ni de la cuenca oriental ni de la occidental. Por otra parte, es la entrada a los territorios africanos y los grandes espacios desérticos del sur, siguiendo una "ruta" que va desde Tiro, la madre patria, hasta el estrecho de Gibraltar, Gades y Lixus, las más antiguas fundaciones fenicias.

Cartago fue fundada a finales del siglo IX, en el 814 según unas complejas y confusas tradiciones que la arqueología va confirmando poco a poco en la actualidad. Se encuentra –y no por casualidad– a algunos kilómetros al sur de la tercera de las "viejas" fundaciones fenicias, Útica, que en esas fechas se encontraba en la desembocadura del mayor río de la región, el Medjerda, y cuyo puerto, colmatado por los aluviones de éste, se encuentra en la actualidad a más de 10 km del mar.

El hábitat arcaico estaba al borde del mar, al pie de la colina de Byrsa, mientras que las necrópolis se encontraban sobre las colinas y su tofet para los ritos funerarios destinados a los niños cerca del mar, pero en una posición marginal. El puerto arcaico todavía no ha sido localizado con precisión, al contrario que los puertos más modernos.

Cartago tuvo un desarrollo rápido. Ya desde la época arcaica se convirtió en una de las figuras importantes del Mediterráneo. Los primeros contactos los tuvo con el muy cercano mundo colonial griego de Sicilia, con la fundación fenicia de Motia, que es una importante etapa entre Cartago y Cerdeña. A partir del siglo VIII, sus contactos son estrechos con los territorios eubeos de Pitecusa. Hay eubeos viviendo en Cartago y, posiblemente, cartagineses que hagan lo mismo en Pitecusa (Isquia) y en Sulcis, al sur de Cerdeña. A finales de siglo VIII se encuentran en Cartago y Pitecusa ánforas de vino de formas similares.

Este fenómeno aumenta durante todo el siglo VII. También mantienen relaciones con la isla de Malta, en donde viven fenicios. El desarrollo del mundo fenicio de España fue importante para Cartago, aunque la

tradición de la fundación de Ibiza, en el 654, pueda deberse a una manipulación tardía que pretendiera equiparar esa supuesta fundación cartaginesa con la fecha de la primera fundación eubea, Lámpsaco. Este hecho todavía no está claro; pero el desarrollo arcaico de Ibiza, frente a la Andalucía fenicia, se ve confirmado por la arqueología.

Según el historiador Pompeyo Trogo, que sigue el relato de Justino, en el siglo VI la intervención de Cartago en Sicilia y después en Cerdeña demuestra su deseo de estar muy presente en el norte. Da la impresión de que esta progresión se estabiliza en los años 540, con la batalla de Alalia, en donde Cartago, aliada a los etruscos, resulta vencida. Se retira después a Cerdeña, donde se vuelve a hacer con los viejos asentamientos fenicios de la isla.

A finales del siglo VI, las inscripciones de Pirgi demuestran una presencia fenicia estable, y puede que también cartaginesa, en este *emporion*. Por las misma fechas, el primer tratado entre Roma y Cartago da carácter oficial al reparto de zonas de influencia. Córcega se caracteriza por la presencia etrusca en Nikaia, el antiguo emplazamiento de la focea Alalia; mientras que Cartago ocupa Cerdeña y el extremo occidental de Sicilia, donde fracasó el intento de colonización del espartiata Dorieus.

Italia meridional y Sicilia

Si dejamos a un lado el empuje inicial de los griegos de Eubea, que se instalaron en la isla de Isquia y posteriormente frente a ella, en Cumas, en la costa de Campania, todas las grandes colonias griegas del siglo VIII fueron fundadas en las costas situadas al sur del estrecho de Messina. Ya hemos visto la importancia del altar de Apolo *arquegetes* en la costa siciliana, cerca de Naxos.

Para el navegante que, viniendo de la cuenca oriental del Mediterráneo, había pasado el cabo Maelo y atravesado el canal de Otranto tras recorrer la costa de Ítaca, la patria de Ulises en los poemas homéricos, el primer contacto con las costas italianas tenía lugar a la altura de Salento, "el talón de la bota italiana", más concretamente en su cabo más meridional, el de Leuca (la "blanca"), donde se han descubierto

elementos cultuales arcaicos relacionados con la navegación. Más allá comenzaba el desfile de grandes colonias. En primer lugar, las de la Italia meridional (principalmente Tarento, Metaponte, Siris, Síbaris, Crotona y Locros); después, si se decidía no atravesar el estrecho guardado por Region y Zancla, las de la Sicilia oriental (Naxos, Catania, Mégara Hiblea y Siracusa). Por último, si se remontaba hacia el oeste la costa meridional de Sicilia, el viaje terminaba con Camarina, Gela, Agrigento y Selinunte antes de alcanzar la factoría fenicia de Motia, situada en un islote, el último punto antes de la travesía hacia Cartago, al sur, o hacia Cerdeña y después España, al oeste. Las grandes ciudades griegas que fueran por completo invisibles desde la costa eran escasas, sólo la calcidia Leontinos, que estaba situada a 20 estadios del mar (Escílax, 13), es decir, a 3,5 km en el interior de la fértiles llanuras de trigo de la Sicilia oriental, al sur de Catania; unas llanuras que posteriormente se convirtieron en uno de los más ricos "graneros" con los que Roma aseguraba su aprovisionamiento.

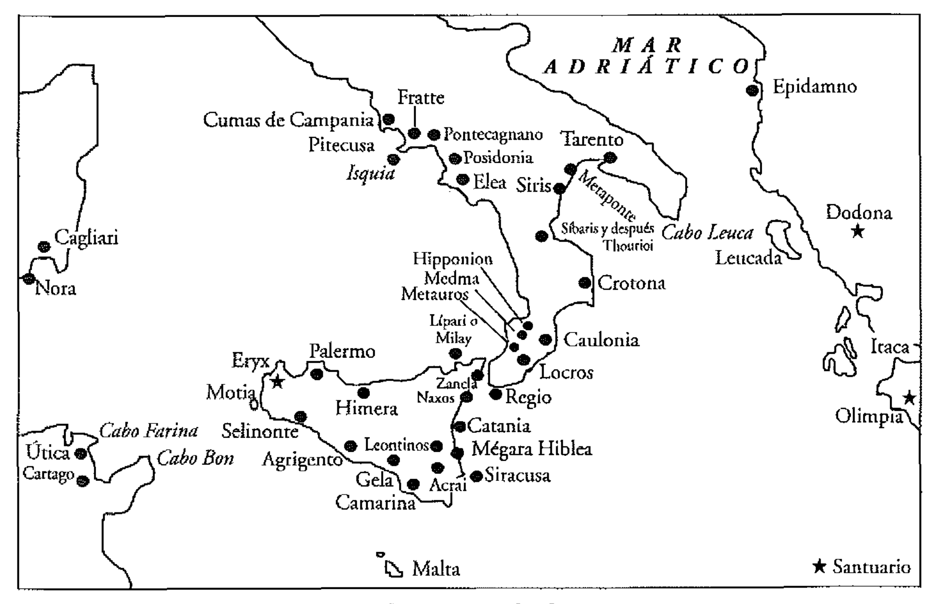
No obstante, semejante recorrido no permite apreciar cuál fue el orden cronológico de esas fundaciones, ni el origen de sus colonos. Los autores clásicos, en especial Tucídides, nos informan perfectamente sobre la proveniencia de los colonos y el nombre del fundador (*oikistes*).

La zona central, la del estrecho que se abre al mar Tirreno (un "mar del norte" para los griegos), fue donde tuvieron lugar las primeras fundaciones, obra de los calcidios de la isla de Eubea: Naxos, Zancla (Messina), Leontinos, Catania y Region. En los años centrales del siglo VIII (750-730) queda así establecido el sistema calcídio.

También hubo otros intentos dispersos. Corintios (provenientes sobre todo de la ciudad de Tenea) se instalaron en el islote de Ortigia, en Sircausa; algunos megarenses aceptaron finalmente la proposición de un reyezuelo local, Hiblon, y fundaron Mégara Hiblea; griegos de Acaya (la parte norte del Peloponeso, cercana al golfo de Corinto) se instalaron en Síbaris y en Crotona; por último, los espartiatas hicieron lo propio en Tarento. Todo ello en la segunda mitad del siglo VIII.

El siglo VII vio como continuaban las fundaciones y también el comienzo de las migraciones a partir de las primeras colonias. En Sicilia, rodios y cretenses fundan Gela, en la costa sur. En la Italia meridional, Locros (ciudad situada al norte del golfo de Corinto) funda una colonia

con el mismo nombre: Locros, llamada Epicefirea (cercana al cabo Céfiro). Poco después, griegos de la costa jonia y de la ciudad de Colofón fundaron Siris, una ciudad cuya historia arcaica es todavía muy oscura y de la que la arqueología aún no nos ha permitido conocer su organización.



Italia del Sur y Sicilia.

Las migraciones se multiplican. Hacia medidados del siglo VII los griegos de Mégara Hiblea fundan Selinonte, en la costa sur, no lejos de Motia. Al mismo tiempo, los calcidios de Zancla parten hacia la costa norte de la isla, a Milay (frente a las islas eolias y Lípari), después hacia Hímera, en contacto con el entorno fenicio de Panornos (Palermo). Los sicarusanos controlan todo el ángulo sureste de Sicilia con la fundación en la costa sur de Eloro y en el interior, hacia finales del siglo VIII y después, de Casmenai (Monte Casale) y de Acrai (Pazzo Acreide). Posteriormente, para señalar la frontera con Gela, fundan Camarina, también en la costa sur, ya en el umbral del siglo VI. Entonces Gela se interesa por el otro lado, el oeste, y funda Agrigento.

Al mismo tiempo, en los años 580, un grupo de cnidios que querían realizar una fundación colonial, se vieron envueltos en un conflicto local entre la colonia de Selinonte y la ciudad indígena de Segesta, que había provocado la muerte de su jefe, Pentathlos (Diodoro, V, 9). Los supervivientes fueron a fundar una colonia en la isla de Lípari, al norte de Sicilia.

En la Italia meridional se produjo el mismo fenómeno: Síbaris funda Metaponte a comienzos del siglo VII y después Posidonia, en la llanura de Salerno, al sur del golfo de Nápoles. Comenzaba así su control sobre gran parte de la Magna Grecia, que sólo terminará con su destrucción, a manos de su vecina Crotona, en el 510. Esta ciudad también había "marcado" su territorio en dirección a Locros, fundando en la primera mitad del siglo VII la ciudad de Caulonia. En cuanto a Locros, en la segunda mitad del siglo VII creará puntos de apoyo al otro lado de las montañas calabresas, en la vertiente tirrena: las instalaciones de Metauros (Giogia Tauro), un antiguo puesto calcidio al norte de Regio, y después Medma (Rosarno) e Hipponion (Vibo Valentia).

Más de veinte ciudades fueron creadas así en las costas del Mediterráneo. Se trata de la mayor concentración de fundaciones coloniales, junto con la del mar Negro. Las ciudades se encuentran en entornos variados; pero lo que sorprende más a menudo es la ausencia de una acrópolis bien definida en el plano topográfico. De modo que no se trata de ciudades creadas con una intención defensiva, aunque no tardaron en dotarse de fortificaciones para protegerse.

Lo esencial se encuentra fuera de ellas. Se trata de ciudades situadas entre la llanura (*pedion*) y el mar, y sus dos atributos esenciales (además de las estructuras cívicas, políticas y religiosas comunes a toda ciudad griega) son su territorio (*chora*) y su puerto (*epineion*).

Estas ciudades se hicieron para ser vistas desde el mar, y el puerto es uno de los punto básicos de la ciudad, casi siempre situado en la desembocadura de un río o aprovechándose de una particularidad topográfica, como los puertos de Siracusa, situados entre la isla y el continente. La ciudad de Zancla tenía un nombre que recordaba a aquel que los indígenas sículos daban a la hoz (Tucídides, VI, 4), debido a la forma de su puerto, que era muy abierto. Todavía falta mucho por hacer, para conseguir un conocimiento arqueológico satisfactorio de los puertos de estas colonias. El único que ha pasado a formar parte del

paisaje que lo rodea es el puerto fenicio (*cothon*) de Motia, que de hecho era el puerto de guerra. Con el paso de los siglos, fue utilizado para conseguir sal y como depósito de peces, pensando que se trataba de una construcción árabe. Tiene una forma rectangular de 51 m x 31,50 m y data de finales del siglo VI a.C. Es la más antigua estructura de ese tipo que se conserva, pues los datos de Kition, en Chipre, son del siglo IV, y los de Cartago todavía más modernos.

Los ríos tuvieron un papel importante en el nacimiento y desarrollo de estas ciudades. No hay más que pensar en el Cratis y el Anapos, que fertilizan respectivamente las llanuras de Síbaris y Siracusa, o en el Terias, cuyo valle permitía a Leontinos comunicarse con el mar.

Hay que mencionar también otras estructuras marítimas, como el dique de 12,50 m de anchura y 1.700 m de longitud que unía el puerto norte de Motia con tierra firme. Data del siglo VI, época en la que comenzó a organizarse una necrópolis en el continente (en Birgi). Hoy en día se encuentra bajo el mar. La fuente Aretusa, en Siracusa, tenía una leyenda, que data al menos del siglo V (Píndaro), en la que se decía que estaba unida, a través de los mares, con el Alfeo, el río de Olimpia, en Grecia (Estrabón, VI, 2, 4). No era más que un sistema para demostrar la proximidad "mental" existente entre Siracusa y el santuario olímpico.

El mar Tirreno

El mar Tirreno tiene una puerta de entrada –el estrecho de Messina– y su extensión ocupa un vasto espacio triangular entre la Italia continental, al este, Córcega y Cerdeña, al oeste, y Sicilia, al sur. En el extremo norte del triángulo, el archipiélago toscano diseminado alrededor de la isla de Elba deja un pasaje hacia el norte de la cuenca occidental del Mediterráneo. Entre Córcega y Cerdeña, el actual estrecho de Bonifacio representó un papel que es difícil definir con precisión antes de la época romana.

Para aquel que penetraba en él por el estrecho de Messina, el espacio tirreno es, en primer lugar, «un mar extranjero» (Vallet) con largas costas relativamente «vacías», entendiendo con eso territorios en donde no abundan las estructuras urbanas, a diferencia de la Sicilia oriental o las riberas de Italia en el mar jonio. En efecto, tanto en las playas calabresas

como en la costa septentrional de Sicilia y la costa oriental de Córcega y Cerdeña, hay muy pocas ciudades griegas o asentamientos fenicios importantes. El mar Tirreno es una pieza básica en el sistema de navegación occidental arcaico, pero a menudo las grandes ciudades que controlan los intercambios y que poseen peso político (como Cartago, Síbaris, Siracusa o las ciudades fenicias de Cerdeña) se encuentran fuera de este mar, exceptuando las ciudades etruscas y Roma, cuya emergencia –intrusión incluso– en la vida mediterránea es un fenómeno básico para comprender la historia del mar Tirreno arcaico.

La cronologia añade un elemento suplementario de reflexión. Dejando aparte a Siracusa y Cumas, en el acceso al actual golfo de Nápoles, en el mar Tirreno no hay ninguna fundación griega que date del siglo VIII. En el siglo VII las únicas fundaciones fueron las de Posidonia (la futura Paestum) e Hímera. Las demás ciudades griegas de este mar son tardías, del siglo VI, como Lípari y las instalaciones foceas de Gravisca, de comienzos de siglo, seguidas por Alalia, en la costa oriental corsa, y por último Elea, de la futura Velia, al sur de Posidonia, hacia el 450.

Del lado fenicio sólo podemos mencionar la existencia de Motia, desde finales del siglo VIII, y los comienzos cronológicamente inciertos de Panormos (Palermo) y Solunte, también citadas por Tucídides:

> También vinieron fenicios a instalarse en las costas de Sicilia. Tomaron posesión de un cierto número de promontorios e islotes situados en las cercanías para comerciar con los sículos. Pero cuando los griegos comenzaron a desembarcar en la isla en gran número, evacuaron la mayor parte de sus establecimientos y se reagruparon en Motia, Soloeis (Solunte) y Panormo, cerca de los Elimes, con cuya alianza podían contar. Por otra parte, desde allí la travesía entre Cartago y Sicilia es la más corta (VI, 2).

En la actualidad tenemos muchos problemas para explicar una de las frases de Tucídides, que deja entender que en un primer momento los fenicios habrían ocupado todas las costas de Sicilia; ningún indicio arqueológico permite atestiguar semejante situación.

No sólo Sicilia, fue toda la cuenca tirrena la que vio multiplicarse los contactos culturales y comerciales entre la población local y los emigrados, ya se tratara de griegos o de fenicios.

Las poblaciones indígenas –sículos del este de Sicilia, sicanos del centro de la isla, elimes del oeste siciliano, sardos, corsos, etruscos,

latinos y poblaciones itálicas de la Italia central; lucanos y enotres de la Italia meridional– se caracterizan por un grado de organización social que ya era muy elaborado. Sería un error pensar, como antaño, que fueron los griegos o los fenicios los que "civilizaron" a estas poblaciones, cuya historia no comenzaría más que con Pitecusa. Eso significaría borrar muchos siglos de historia que las investigaciones protohistóricas nos han permitido conocer progresivamente. Además, los relatos griegos que demuestran la disponibilidad o el activo papel desempeñado por algunos entornos indígenas durante la instalacion de los griegos –como la acogida de los megarenses en Sicilia por el rey Hiblon– proporcionan información sobre el papel motriz de algunas de esas comunidades. Lo mismo se podría decir de los sardos, de pasado multisecular, y de su civilización nurágica –nombre derivado de Nurage, las grandes "torres" que constituyen el elemento estructurador de estas sociedades pastorales–. Igual sucede con los etruscos de la Toscana, que mucho antes de la llegada de los primeros colonos sufrieron procesos de "coagulación" urbana y de organización territorial y social. No obstante, no deja de ser cierto que la colonización griega y el comercio fenicio fueron un estímulo para esas comunidades y que aceleraron ciertos procesos de cambio.

Los emigrados griegos se instalaron primero en el golfo de Nápoles, a medio camino, se ha dicho, del mundo colonial griego propiamente dicho (el de las orillas al sur del estrecho de Mesina) y de las riquezas en metal, concretamente hierro, de Etruria. La idea en sí no es completamente falsa, pero nos guardaremos muy mucho de caer en un determinismo geográfico a gran escala. Es probable que las cualidades agrícolas de la región campaniense, que se convertirán después en las de Nápoles, con sus terrenos volcánicos, influyeran mucho en ella; sin contar con que la riqueza del territorio de Cumas, la primera colonia griega (en el sentido literal del término griego *apokia*) era célebre.

Pitecusa

Detengámonos un instante en el asentamiento de Pitecusa. Ningún texto clásico dice que fuera una "colonia". Este hábitat, situado en las

laderas del monte Vico, en el ángulo noreste de la isla de Isquia, cerca de la pequeña ciudad moderna de Lacco Ameno, no parece tener los racionales principios de organización urbana que encontramos en las subsiguientes colonias griegas.

Pitecusa ocupa un lugar excepcional en nuestro conocimiento de los comienzos del Mediterráneo arcaico, porque la investigación arqueológica ha permitido el estudio en profundidad de la necrópolis del siglo VIII; se conocen un total de 493 tumbas sólo para este periodo. El estudio de estas inhumaciones, de sus ajuares, de los ritos de enterramiento utilizados en función de la clase social, la edad y el sexo de los difuntos ha permitido poner de relieve la existencia de familias mixtas de griegos y orientales (Buchner, Ridgway).

La documentación de Pitecusa ha permitido destacar el carácter "abierto" del asentamiento, en el que cohabitaban griegos y orientales. Semejante situacion no tiene que ser forzosamente única en esta época, pero raramente poseemos semejante riqueza de datos tan sutilmente utilizados. Numerosos indicios arqueológicos provenientes de los lugares de habitación –inscripciones en vasos y ánforas especialmente– confirman que, desde el comienzo, se trató de un asentamiento en el que vivían y trabajaban mercaderes arameos (del norte de Fenicia) junto a griegos llegados de la isla de Eubea.

En cuanto a su paisaje urbano, probablemente sea semejante al de las viejas ciudades de Grecia u Oriente antes de que se elaboraran los principios del urbanismo. Por definición, Pitecusa no podía beneficiarse de las enseñanzas de la colonización griega, a la que precedió en el tiempo o, mejor dicho, que inauguró en cierta medida. No es más que una pequeña ciudad de tipo tradicional trasplantada al mundo del oeste.

Las ciudades etruscas y Roma

Según la tradición, Roma fue fundada a mediados del siglo VIII, en el 753. Se trata de una ciudad arcaica que emerge entre las comunidades indígenas del Lacio en el momento en el que los griegos llegan a Occidente. Durante dos siglos va a fortalecer su organización social y a estructurar su territorio urbano, en especial en el siglo VI, durante el gobierno de los reyes provenientes de las familias griegas emigradas a Etruria.

Tarquinio Prisco, a comienzos de ese siglo, es el hijo del mercader corintio Demarato, que se había instalado en la ciudad etrusca de Tarquinia después de que se instaurase la tiranía en Corinto, hacia mediados del siglo VII.

El valle en el que se desarrollaba el núcleo político y religioso de Roma –el valle del foro romano– fue drenado, igual que en las ciudades griegas contemporáneas, gracias a la construcción de una gran alcantarilla que desaguaba en el Tíber, la *Cloaca Maxima*.

Después, de manera progresiva, Roma va ampliando sus horizontes, comenzando un proceso que con el paso de los siglos la verá conseguir el dominio del mundo mediterráneo. Sin embargo, sus primeros pasos son tímidos. La ciudad se había desarrollado en un meandro del Tíber, a una veintena de kilómetros del mar. El río era navegable y los barcos arcaicos podían remontarlo hasta el emplazamiento del *emporion* arcaico, situado cerca del mercado de los bueyes –el Foro Boario–, en una pequeña llanura que bordeaba el río y que estaba encuadrada por las colinas del Capitolio y el Aventino. Ésta no formaba parte de las famosas siete colinas, y permaneció durante mucho tiempo fuera del perímetro urbano. El puerto, igual que en las demás ciudades, se encontraba al margen de la ciudad.

Roma estaba comunicada con el mar mediante su río, pero también por los caminos de sirga que fueron importantes para el transporte de la sal (ver el Capítulo I). Es muy probable que cerca de la desembocadura del Tíber hubiera un antepuerto dotado con estructuras modestas, pero cuyo papel debía ser importante para la navegación. Se trataba del primer emplazamiento de Ostia, sobre el que todavía discuten los especialistas, dado que los indicios arqueológicos son, por el momento, extremadamente ténues.

En este contexto, Roma se comportaba como una pequeña aglomeración urbana del país latino que dejaba a las cercanas ciudades etruscas, al norte del Tíber, el control del comercio marítimo. Desde mediados del siglo VII, la más meridional de las ciudades marítimas de Etruria, Caere –la actual Cerveteri– practicaba un comercio de exportación de vino etrusco en dirección al Mediodía francés, aunque relacionado también con los mercaderes fenicios de la cuenca tirrena. La ciudad de Vulci, más al norte, haría lo mismo algunos decenios más tarde.

Las ciudades etruscas, exceptuando Populonia, no se encontraban a la orilla del mar; tampoco Roma. Durante los siglos de la Antigüedad se discutió para saber si para una ciudad era o no una ventaja encontrarse a la orilla del mar. Tucídides fue el primero en comparar, desde ese punto de vista, ciudades antiguas con ciudades modernas:

Las ciudades que fueron fundadas tardíamente, en una época en la que la navegación se había desarrollado un tanto [...] se establecieron, al abrigo de sus defensas, en la misma orilla. Tomaban posesión de los istmos, tanto por la comodidad para el comercio como para reforzar su posición en relación a los Estados vecinos. En cuanto a las ciudades antiguas, la piratería, que persistió durante mucho tiempo, les llevó a establecerse preferentemente lejos del mar, tanto en las islas como en el continente [...]. De modo que, todavía en nuestros días, estas ciudades se yerguen en el interior de las tierras (I, 7).

Platón continuó la reflexión, mencionando una cita erudita del poeta arcaico Alcmán e introduciendo una dimensión moral en ella:

Es, para un país, una buena cosa estar a diario a la orilla del mar. En verdad es «una vecindad molesta» y amarga en el fondo. El mar, en efecto, lleva mucho tráfico al país y, con la reventa de productos y asuntos comerciales, genera también en las almas una disposición a dedicarse sin cesar a ser de mala fe (*Las leyes*, 705*a*).

Muchos siglos después, Cicerón volvió a ocuparse del tema y lo aplicó a Roma:

La admirable prudencia de ese gran rey [Rómulo, el primer rey de Roma según la tradición romana] comprendió y sintió que las costas del mar no eran favorables para las ciudades fundadas con deseos de convertirse en imperios y perdurar. En primer lugar, las ciudades marítimas están expuestas a un montón de peligros, a menudo ocultos. En tierra firme la proximidad esperada o repentina de un enemigo se ve anunciada por un montón de indicios [...]. Pero, por mar, una flota enemiga puede llegar antes incluso de que se sospeche su proximidad; en su marcha nada anuncia que existe, o de dónde viene y con qué intenciones; por último, ningún indicio permite apreciar si trae amigos o enemigos (*La República*, II, 3-4).

Se trata por tanto de una visión del mar que no es la de los fenicios, casi siempre instalados en su orilla. Mentalidad de seres de tierra firme

que sólo se enfrentan al mar cuando tienen motivos, y no por instinto; de ahí es de donde viene el poder.

Una única ciudad etrusca se encontraba en el mar, la más septentrional de todas ellas: Populonia, frente a la isla de Elba, cuya posterior riqueza se deberá a la proximidad de las minas etruscas, en concreto de hierro. Su papel, en los siglos arcaicos, fue –como en el caso de su vecina Vetulonia– el de estar en contacto con los ambientes indígenas de Cerdeña y, a través de ellos, mantenerse en contacto con las comunidades fenicias de la isla.

Cerca de la ciudad etrusca de Tarquinia, a orillas del mar, se desarrolló, a comienzos del siglo VI, el *emporion* de Gravisca, cuya excavación (Torelli) ha permitido sacar a la luz muchas estructuras cultuales. El mercader de Egina, Sóstrato, citado por Heródoto debido a los grandes beneficios que consiguió (IV, 152), lo frecuentó, ya que un fragmento de un ancla dedicada al Apolo de Egina lleva una inscripción griega. Numerosas dedicatorias han permitido identificar a muchos griegos, de Jonia en su mayoría, que frecuentaban este *emporoion* (ver el Capítulo VI).

Cerca de Caere había un emplazamiento marítimo, Pirgi, al que estaba unida Caere mediante una vía construída a comienzos del siglo VI. La ciudad no sólo tenía la función de desembarcadero (*epineion*), también era un *emporion*, un lugar de intercambio que, bajo el control del poder religioso, frecuentaban las comunidades más variadas. De hecho, las excavaciones (Colonna) han permitido descubrir un santuario conocido por las obras clásicas en donde se han localizado numerosos textos. En la puerta de uno de ellos se clavaron, hacia el 500, unas hojas de oro con una inscripción en etrusco y también en fenicio; lo que prueba que Pirgi era frecuentada por fenicios que podían leerlo.

Fue a finales del siglo VI cuando Roma dio el paso que en cierto modo la transformó en una ciudad etrusca. Hasta ese momento eran las urbes etruscas y los *emporia* cercanos los que estaban en contacto con los asentamientos mediterráneos, el más importante de los cuales era Cartago. En el 509 Roma jura directamente con los cartagineses un tratado cuyo texto fue expuesto en el templo de Júpiter en el Capitolio. La inscripción estaba en latín arcaico y Polibio, que lo leyó en el siglo II a.C., lo tradujo al griego:

El hecho se sitúa veintiocho años antes de la invasión de Grecia por Jerjes. A continuación ofrecemos una traducción tan exacta como es posible de este texto, porque la lengua que utilizaban los romanos en esa época es tan diferente del latín actual que incluso las personas más competentes deben dedicarse a una labor de interpretación para comprender ciertas partes (III, 22).

El contenido del tratado establecía normas de buena conducta entre los romanos y los cartagineses. Aquellos no debían navegar por los mares próximos a Cartago; el límite era un "Bello promontorio" que era uno de los cabos cercanos a la ciudad (el cabo Bon o el cabo Farina). En Sicilia, en cambio, Roma tenía completa libertad, incluso en la zona oeste, controlada por Cartago. En Cerdeña y en la costa africana las transacciones comerciales romanas debían hacerse en presencia de funcionarios cartagineses. Por su parte, los cartagineses no debían atacar a las ciudades del Lacio cercanas a Roma y ya sometidas a ella y tampoco instalarse en el Lacio de manera independiente.

Después de éste hubo otros tratados. Sin embargo, este primer acuerdo tuvo una importancia histórica básica: por primera vez dos potencias se repartían el espacio mediterráneo y nuestra noción moderna de aguas territoriales, auque no está claramente expresada en el texto, subyace en él. El mar se convertía en un territorio como cualquier otro, en donde la libre circulacion de hombres y bienes tenía que ser reglamentada.

Entre Marsella, Cerdeña y Andalucía

Más allá del mar Tirreno comienzan los vastos espacios marítimos del oeste, en dirección hacia esas dos grandes "puertas", asimétricas sólo en apariencia, que son el delta del Ródano, vigilado por Marsella y que señala la entrada en la Europa continental bárbara y céltica, y el estrecho de Gibraltar, con su entrada al océano.

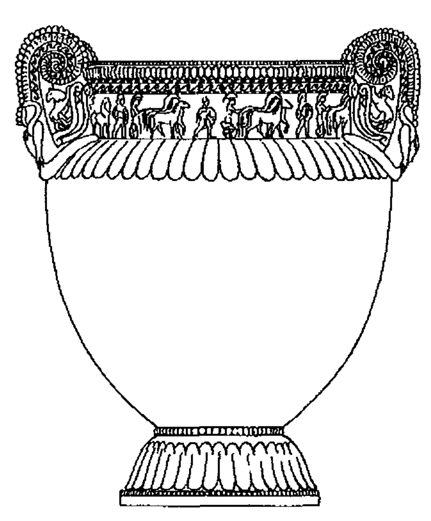
Este espacio fue descubierto en primer lugar por los fenicios y, posteriormente, por los foceos.

Al principio los fenicios lo frecuentaron sólo de manera marginal, lo bordeaban por el sur, a lo largo de la costa del Magreb, en sus largos viajes desde Tiro hasta el rico país de Tartesos, probablemente la Tarshis de la Biblia, la atual Andalucía occidental en torno a la llanura del

Guadalquivir. En ese contexto fueron fundadas Gades, Lixus y Útica en una fecha imprecisa, aunque de cualquier manera muy anterior a la de Cartago (814).

Posteriormente, tras la fundación de Cartago, la acción fenicia tomó cuerpo gracias a la aparición de dos zonas fenicias compactas, ricas en asentamientos, una en la costa occidental y meridional de Cerdeña y la otra en las orillas mediterráneas de Andalucía. Entre ambas surgió, a mediados del siglo VII, la fundación de Ibiza, en el archipiélago de las Baleares.

La posición de las ciudades fenicias de Cerdeña, desde Caralis (la actual Cagliari) hasta Tarros, pasando por Nora, Bithia y Sulcis, se debe esencialmente a la geografía de la isla, cuya gran llanura de Campidano se abre hacia el oeste y el sur y no hacia el este, y cuya riqueza minera es fácilmente explotable en el ángulo suroeste de la isla (Iglesiente). Evidentemente, esta orientación no impide a la isla mirar también hacia Italia; pero Cedeña se convirtió, casi a pesar suyo, en una gran línea de salida hacia España y la orilla andaluza.



La crátera de Vix.
Su lugar de fabricación todavía es objeto de debate: ¿Corinto, Síbaris o Locros?
(Joffroy, R., Le trésor de Vix, *París, Fayard, 1962, p. 75.)*

Al mismo tiempo, la costa andaluza al norte de Gibraltar se convirtió en un territorio fenicio en donde los asentamientos arcaicos se superponen unos a otros separados por una distancia de algunas decenas de kilómetros: Málaga, Toscanos, Morro de Mezquitilla, Trayamar, Chorreras y Almuñecar se han convertido en nombres familiares para los arqueólogos. En ocasiones son lugares de habitación y en otras necrópolis. Por todas partes aparece la imagen de una sociedad jerarquizada con familias poderosas. Esta "revelación andaluza" de la investigación arqueológica de

los últimos decenios nos demuestra el peligro que tiene basarse en la ausencia de documentación. La otra gran ribera, la de la costa africana, parece vacía y abandonada; sólo se conoce el islote de Rachgun, al oeste de la actual Orán, en Argelia. Es el único asentamiento mediterráneo arcaico frente a las costas de Andalucía; pero puede que algún día la investigación arqueológica también obtenga resultados en este sector.

El segundo impacto histórico importante es el de los foceos, los habitantes de la isla jonia de Focea. Si hemos de creer a Heródoto, también fue el atractivo de la región de Tartesos lo que hizo que los foceos descubrieran el Extremo Occidente. Esto se produjo a finales del siglo VII, cuando la organización de las comunidades fenicias llevaba algunos decenios definitivamente asentada.

La marcha de los foceos hacia Occidente puede parecer multiforme y dispersa; pero de hecho se desarrolla siguiendo una línea extremadamente coherente y sistemática. Heródoto (I, 163) señala el interés de los foceos, primero por el Adriático, y después por todo el Occidente. Los colonos de Focea buscan todas las posibles vías de acceso hacia las profundidades del mundo bárbaro: en el Adriático por el delta del Po, donde la ausencia de restos arqueológicos probablemente sólo sea temporal; en la zona de Gibraltar se establecen relaciones con el rey indígena Argantonio. En el mar Tirreno, en la desembocadura del Tíber, los foceos aparecen a comienzos del siglo VI, y sellan un pacto de amistad con los romanos (Justino, XLIII, 3, 4). Por último, y sobre todo, en una cala cercana al delta del Ródano la amistad (*philia*) con un rey indígena local desemboca en la fundación de Massalia (Marsella) hacia el 600; fecha confirmada tanto por las fuentes literarias como por las arqueológicas.

Se establecieron otros puntos de contacto con el mundo indígena: en Cataluña, en el emplazamiento de Emporion (Ampurias); en Etruria, en Pisa y Gravisca; y por último en Córcega, en Alalia (Aleria), hacia el 565. Los puntos de apoyo de los foceos en la costa sureste de España son los más inciertos, puesto que la referencia literaria de tres colonias griegas (Mainake, Hemeroskopeion y Alonis) no se ha visto confirmada por la arqueología. Sin embargo, un argumento de peso a su favor proviene de una inscripción latina (*CIL*, VI, 20674) que hace referencia a una «ribera focea» (*litore phocaico*) que debe localizarse hacia la desembocadura del Júcar, al sur de la actual Valencia (Morel):

Un acontecimiento básico e insospechado para el mundo foceo iba a tener lugar: la metrópolis de Focea perdió su libertad como ciudad griega y pasó a estar bajo control persa. Muchos fueron los foceos que huyeron entonces (Heródoto, I. 167). Como no podía ser de otra manera, iban a buscar refugio a Occidente, a los nuevos asentamientos foceos. En los años 540-520 darán un impulso a ese mundo foceo de Occidente, en concreto a Massalia, que en la segunda mitad del siglo VI se convierte en una especie de metrópolis. Su peso económico se irá haciendo sentir en todas las riberas provenzales y del Languedoc, por lo que los asentamientos indígenas de la región cada vez recibirán más vajillas y ánforas de vino fabricadas en Marsella. Esta influencia se manifiesta también en el interior de la Galia por medio de la vía del Ródano hasta alcanzar Borgoña. El descubrimiento en la tumba de una princesa celta, en Vix, de una gran crátera de bronce suntuosamente decorada podría ser una prueba de que era un puesto de Marsella, pero se trata de algo que todavía se discute. Ya haya llegado la crátera a través de Marsella o por itinerarios adriáticos y alpinos, Vix, en el corazón de la Borgoña, es uno de los extremos de los recorridos mediterráneos.

III

LA MEMORIA

La percepción del espacio no basta para comprender el Mediterráneo de los tiempos arcaicos. Los lugares, las llanuras, las montañas y las riberas de aquel tiempo son los mismos que en la actualidad; pero las personas de la época no tenían, necesariamente, la misma percepción de ellos que nosotros. El marco general no ha sufrido una gran transformación global, aunque los desmontes hayan producido aluviones y, por tanto, sedimentaciones que han modificado, localmente, un sector u otro.

No sucede lo mismo con el tiempo. "Comprimimos" la duración del mismo a medida que pasa. Nuestros recuerdos personales en ocasiones mezclan acontecimientos que datan de algunos decenios atrás, e incluso de algunos años o meses. De modo que el espesor estratigráfico del tiempo histórico es frágil, puesto que sólo existe si nuestra memoria –la memoria colectiva de la humanidad– sabe hacerle justicia y devolverle su verdadera dimensión.[43]

Según Heródoto, el «padre de la historia» –*pater historiae*, escribió Cicerón en el tratado *De las leyes* (I, 1, 5)– «que fue el primero que supo darle forma a la escritura histórica» (Lasserre), el trabajo del historiador consiste sobre todo en devolverle a los siglos pasados su consistencia histórica. Y no es una casualidad que la Historia tome forma, con Heródoto y después con Tucídides, al final de los siglos arcaicos. En ese momento se siente la imperiosa necesidad de ordenar, de darle forma, de reunir una inmensa materia, un gran conjunto de saberes y

relatos, ya sean o no míticos. Los pensadores arcaicos habían estudiado el mundo (*oikuomene*) y el lugar del hombre en él. No pretendieron describir y explicar las acciones de los hombres, contentándose con evocarlos en los poemas homéricos.

Releamos las declaraciones de intenciones que hacen Heródoto y Tucídides al comienzo de sus obras:

> Heródoto de Halicarnaso presenta aquí el resultado de su investigación, para que el tiempo no borre los logros de los hombres y que los grandes éxitos conseguidos, ya sea por los griegos ya por los bárbaros, no caigan en el olvido (I, 1).

En cuanto a Tucídides, cuya intención básica es explicar un acontecimiento contemporáneo, la llamada Guerra del Peloponeso entre Atenas y Esparta, su postura es diferente, pero no excluye el pasado:

> En cuanto a los acontecimientos que marcaron el periodo que precedió a esta época, los siglos de los que, dado el tiempo transcurrido, no podía tener un conocimiento preciso, considero que fueron, tanto desde el punto de vista militar como de cualquier otro, de escasa importancia. Baso esta seguridad en los indicios que he recogido en el transcurso de una investigación que se remonta hasta los tiempos más remotos (I, 1).

Tanto en Heródoto como en Tucídides, este interés por el tiempo esconde, de hecho, dos métodos muy diferentes uno de otro: Herótodo realiza su investigación (*historie*) y recoge relatos y tradiciones, como un etnógrafo. Tucídides pretende reconstruir los acontecimientos, su desarrollo y su lógica, como un historiador actual.

Antes de las bibliotecas. Archivos y sacerdotes

Fue el mundo oriental el primero que creó archivos en el palacio real. Las investigaciones arqueológicas que tuvieron lugar durante el siglo pasado permitieron comprender mejor ese importante fenómeno; no hay más que pensar en los archivos del III milenio de Ebla, en Siria, y en los descubrimientos de Mari, Ugarit y Nínive. En el siglo VII, los asirios eran los grandes herederos de esta tradición oriental:

Yo, Asurbanipal, rey de las regiones, rey de las naciones, a quien los dioses han dado orejas atentas y ojos abiertos, he leído todos los escritos que los príncipes, mis predecesores, habían acumulado [...]. He recogido esas tabletas, las he hecho transcribir y, habiéndolas confrontado, las he firmado con mi propio nombre para conservarlas en mi palacio.

El Mediterráneo también conoció los archivos de tabletas. En Creta, en Cnossos sobre todo, se supo gracias a los descubrimientos de Evans (1900-1904). En el continente griego, el mundo griego micénico también formaba parte de ese grupo y el estudio de los archivos de Pylos permitió en 1952 el desciframiento del Lineal B, que demostró ser una forma arcaica del griego.

En el mundo griego, la primera iniciativa de ese tipo fue la del tirano de Atenas Pisístrato que, en el siglo VI, hizo realizar una transcripción de los poemas homéricos. Después, en el siglo IV, tras la creación de la *Academia* de Platón, la biblioteca de Aristóteles se convirtió en el primer gran conjunto de saberes arcaicos:

Se sabe que Aristóteles, al dejar su escuela en manos de Teofrasto, le dejó también todos sus libros; ahora bien, había sido el primero, que nosotros sepamos, en hacer lo que se llama una colección de libros, al mismo tiempo que daba a los reyes de Egipto la idea de formar su biblioteca (Estrabón, XIII, 1, 54).

Esta biblioteca volvería a aparecer algunos siglos más tarde en Roma, en las manos de Sila. Entre tanto, el gran punto de inflexión en la organización de la memoria colectiva fue, a comienzos del siglo III, la biblioteca de Alejandría. Otras iniciativas semejantes tuvieron lugar, de manera paralela, en Pérgamo, Tiro y Cartago, por ejemplo. Timeo y Menandro, que trabajaron en Atenas en el siglo IV, puede que consultaran los archivos fenicios de Tiro:

Hay en Tiro, desde hace muchos años, crónicas públicas, redactadas y conservadas con el mayor de los cuidados por el Estado, sobre hechos dignos de ser recordados que tuvieron lugar entre ellos, y sobre sus relaciones con el extranjero (Flavio Josefo, *Contra Apión*, I, 17, 107).

Tras la conquista de Cartago por los romanos en el 146, el senado romano donó las bibliotecas cartaginesas a los reyes de África, pero

hizo traducir al latín los 28 libros del cartaginés Magón relativos a la agronomía. Pese a las inmensas lagunas de nuestro conocimiento, podemos entrever el proceso y los sistemas que permitieron sobrevivir, a través de la Antigüedad, a la literatura y las crónicas arcaicas. Periódicamente, grandes eruditos, como Apolodoro en el siglo II o Focio en el siglo IX d.C., pudieron escribir compilaciones a las que se les dio el nombre de *Biblioteca* (que en griego significa "el depósito de libros"). Se trata de libros que en sí mismos son bibliotecas, puesto que reemplazan a todas las obras de las que hablan.

Los sacerdotes de los templos tuvieron un papel esencial en la transmisión del saber, ya fuera oral, ya por escrito. Desde ese punto de vista, a los griegos siempre les impresionó la civilización egipcia y su antigüedad, y se creía que los sacerdotes egipcios conservaban un conocimiento del pasado que los griegos del siglo VI intentaban aprehender. Así, el ateniense Solón viajó a Egipto:

> Interrogando un día sobre la antigüedad a los sacerdotes más versados en la materia, descubrió que ni él ni ningún griego sabía, por así decir, nada de tales materias. Y en una ocasión, intentando hacer que hablaran sobre los tiempos antiguos, se puso a decir que en Grecia sabemos historias más antiguas [...] y para calcular a cuantos años se remontaban los acontecimientos narrados, intentaba conservar en la memoria el tiempo transcurrido desde entonces.

La reacción de los sacerdotes egipcios es interesante:

> ¡Solón, Solón, vosotros los griegos siempre os portáis como niños! Ningún griego es viejo [...]. Vuestra alma no contiene ninguna opinión antigua, ninguna tradición remota, ni ningún saber envejecido por el tiempo [...]. Es en nuestro país donde las tradiciones se conservan desde la más lejana Antigüedad [...]. Ya sea en Grecia, ya sea aquí, o en cualquier otro lugar del que hayamos oído hablar, si se produjo alguna cosa bella o notable desde cualquier punto de vista, todo se conserva por escrito, desde hace mucho, en nuestros templos, a salvo del olvido (Platón, *Timeo*, 22-23 *passim*).

También Heródoto fue a Egipto. Hace numerosas referencias a sus conversaciones con los sacerdotes sobre la antigüedad de Tiro (II, 44) o sobre la guerra de Troya (II, 118-120). Las respuestas de éstos, igual que las que recibió Solón, no siempre están garantizadas ni son muy

fiables para nosotros; es evidente que los sacerdotes hacen de su saber, real, pero también supuesto, un instrumento de poder y lo que pretendían era, sobre todo, impresionar a su interlocutor. Algunas respuestas, sin embargo, son sorprendentes –como la de los orígenes de Tiro, con una datación que se corresponde a la de los datos arqueológicos– y no es menos cierto que conservaban registros, los libros sagrados (*iera grammata*: Estrabón, XVII, 1, 5). En el siglo IV, Platón también viajó a Egipto e intentó hacer hablar a los sacerdotes de Heliópolis (Estrabón, XVII, 1, 29). Ese saber egipcio aparece en una estela cartaginesa del siglo IV, que proviene del tofet de Cartago y que recoge las 16 generaciones de ancestros del difunto, remontándose hasta un tal Mishri *el egipcio* (*CIS*, III, 3778).

Genealogías e historias locales

Además de los *Periplos*, que describían las riberas y las *Periégesis*, que eran itinerarios, a los griegos les gustaba el género literario de las *Genealogías*. Hecateo de Mileto había escrito una periégesis hacia el 510; a continuación, en el 490, se puso a escribir genealogías: tras el espacio, el tiempo.

Con las genealogías nos encontramos con la cuestión de saber a qué ancestros se remontan algunas personas o familias, regias o aristocráticas, que consideraban que su antigüedad era la base de su prestigio, e intentaban así relacionarse con ciclos míticos como el de Heracles, mediante sus descendientes, llamados Heráclidas. Los griegos aceptaban fácilmente la idea de que, en un pasado lejano, los dioses hubieran podido unirse con mujeres mortales; pasaban por tanto de las familias humanas a las familias divinas sin demasiada dificultad y se remontaban muy lejos en el tiempo porque sabían, dice Hecateo, que los egipcios habían identificado 345 generaciones humanas antes de encontrar a aquellas con las que se habían mezclado los dioses. De modo que el pasado era insondable, aunque en el caso de Grecia, Hecateo llegaba a los dioses tras solo una quincena de generaciones.

El peso de las antiguas aristocracias sobre los primeros intentos de conocer el pasado fue muy importante, tanto en el mundo griego como,

algunos siglos después, en el romano, cuando el papel de las *gentes* aparezca a plena luz. Momigliano recordó con razón que «la aristocracia griega sentía por los árboles genealógicos la pasión que es típica de toda aristocracia». Así, grandes familias como los Alcmeónidas o los Filaidas de Atenas conseguían en el siglo VI forjarse genealogías que se remontaban a través de todo el Arcaísmo hasta el siglo VIII e incluso el IX.

Evidentemente, los autores de tales escritos consideraban el pasado sólo para darle más valor a su propia ciudad. En ocasiones había una adecuación entre el primer hombre y el primer rey, mítico, de la ciudad. Un tal Acusilao de Argos lo había intentado en el siglo VI –antes que Hecateo de Mileto, Perecides de Atenas y Helánico de Lesbos en el siglo V– y había escrito su obra –de la que sólo conservamos 46 fragmentos– puede que utilizando unas tabletas de bronce que su padre habría descubierto excavando en su casa, lo que, dicho sea de paso, nos llevaría a los orígenes mismos de la lectura de inscripciones: la ciencia epigráfica (Mazzarino).

No obstante, tales autores, que se valían de tradiciones fabulosas, no eran tontos y no dejaban de hacer saber que tal o cual leyenda les parecía risible. Explorar las profundidades del tiempo les llevaba a escribir todo lo que escuchaban y, en ese sentido, son los predecesores de Heródoto, pero sin manifestar todavía el espíritu crítico que hizo de Tucídides el primer historiador en el sentido moderno de la palabra. Sin embargo, la credulidad de Heródoto tenía sus límites y se negaba a creer que el dios Dioniso hubiera nacido 1.600 años antes que él.

Pese a todo, los autores de *Genealogías* representaron un papel importante en la formación de la historiografía griega. Para escribir, Acusilao eligió el dialecto jonio, el de la epopeya, y no el dialecto dorio de su ciudad natal de Argos. Por su parte, Hecateo escribía en jonio de manera natural. Y ambos redactaban en prosa, lo que los distinguía de los poetas.

Precisamente, en el siglo VI, Solón acusaba a los poetas de mentir a menudo, lo que en parte era injusto en la medida en que, desde el siglo VII, algunos poetas –como Colaios de Éfeso, Mimnermo de Colofón o Epiménides de Creta– supieron ser hombres de su tiempo, lúcidos y decididos que reflexionaban sobre los nombres de los pueblos y los nombres de los lugares.

No parece que hubiera en Grecia desde la época arcaica crónicas locales sistemáticas que narraran año tras año los acontecimientos importantes. En cambio había historias locales que se relacionaban con la historia de la fundación de las ciudades. En efecto, no es casualidad que sepamos muchísimos nombres de fundadores de ciudades coloniales. En un contexto en el que había muy escasa información sobre los comienzos de esas ciudades, el hecho de que el nombre de los *oikistai* se haya conservado casi sistemáticamente, demuestra que la memoria colectiva consiguió los medios para conservar ese recuerdo. Al mismo tiempo, había tradiciones que conservaban el recuerdo del número de años transcurridos desde la fundación. Eso suponía un rito anual de aniversario en el que el nombre del fundador era proclamado durante un banquete, como nos informa el poeta helenístico Calímaco, erudito bibliotecario de la corte de los Ptolomeos (frag. 43 Pfeiffer). Hay que mencionar también que no se ha conservado recuerdo ni cronología alguna sobre los asentamientos que no fueran colonias. No sabemos nada de los "fundadores" históricos de Gravisca, Emporion o Pirgi.

El género de la biografía también se desarrolló, lo que explica los relatos sobre los siete sabios de Grecia.

LOS SIETE SABIOS

*Los Siete Sabios ocupan un lugar indudable en la memoria colectiva de los griegos. Se trata de un conjunto de relatos de convivencia escritos en el transcurso del siglo VI relativos a la vida de personajes arcaicos. A diferencia de las Siete Maravillas del Mundo, cuya elaboración es de época helenística, se trata de referencias ancladas en la mentalidad arcaica. Las primeras alusiones a los sabios aparecen mencionadas en Hiponax, un poeta lírico de Éfeso del siglo VI (Estrabón, XIV, 1, 12), y en Heródoto (I, 29). Sin embargo, el grupo aparece citado como tal por primera vez por Platón, en el siglo IV (*Protágoras*, 343).*

La lista de estos sabios era «fluctuante y variable» (Vernant), pero aparecen sobre todo griegos de la costa asiática,

como Tales de Mileto, Bías de Priena, Pítaco de Mitilene y Cleobulo de Lindos, así como Quilón de Esparta, el tirano Periandro de Corinto y Solón, el político y poeta de Atenas; en ocasiones formaban parte de la lista Acusilao de Argos, Epiménides de Creta o Perecides de Atenas y, más raramente, Epicarmo, el autor de comedias, y el filósofo Pitágoras.

No cabe duda de que este grupo de relatos, compuesto por narraciones y sentencias edificantes tuvo como punto de partida las biografías elaboradas en contextos locales. A ese nivel aparece ya el desequilibrio entre el Mediterráneo oriental (sobre todo jonia) y Occidente, tanto más cuanto que Epicarmo el megarense y Pitágoras el samio frecuentaban Occidente pero no eran originarios de él.

Los poemas homéricos: entre el pasado y el presente

Los 15.000 versos de la *Ilíada* y los cerca de 12.000 de la *Odisea* eran la base de la cultura literaria griega. Hasta llegar a Pisístrato, esta literatura era sobre todo oral, recitándose los poemas homéricos. Sin embargo, estos relatos calaron profundamente en la mentalidad griega. Durante el Arcaísmo, todas las figuras representadas en los vasos áticos estuvieron condicionadas por las descripciones homéricas. Platón decía que Homero fue «el fundador de Grecia» (*República*, 606*e*).

En el siglo V se tenía la pasión, o la manía, de hacer biografías de Homero. La ciudad de Esmirna reivindicaba ser su lugar de nacimiento (Estrabón, XIV, 1, 37), pero las islas de Quíos y de Chipre hacían lo mismo (Pausanias, X, 24, 3), y una leyenda que se remontaba por lo menos al siglo VI, localizaba su tumba en Ios, una pequeña isla de las Cícladas (Estrabón, X, 5, 1). Se pensaba que el poeta había escrito dos grandes epopeyas a comienzos del siglo VIII. La *Ilíada* narra una guerra de diez años entre los griegos y los habitantes de la ciudad de Troya –llamada también Ilión–, localizada en la costa al sur del Helesponto (Dardanelos), que lleva un siglo siendo excavada. La *Odisea* cuenta los viajes de uno de los guerreros griegos –Ulises, rey de Ítaca– a través del Mediterráneo antes de poder regresar a su hogar; *Odiseo* es el nombre griego de Ulises.

Los relatos homéricos son poemas y, durante mucho tiempo, se ha pretendido leerlos, equivocadamente, como si se tratara de crónicas históricas o itinerarios geográficos. Los griegos que escuchaban el relato de la guerra de Troya o las aventuras de Ulises creían en la historicidad de las historias, pero los filósofos y los historiadores debatieron sobre ella: Jenófanes de Colofón, en el siglo VI, reprochaba a Homero haber descrito a los dioses como si fueran hombres; Heródoto, que tenía razón al situar a Homero 400 años antes que él, hablaba de «fábulas» (II, 23); en el siglo V, Tucídides pensaba que Homero vivió mucho después de la guerra de Troya (I, 3) y basaba en él su conocimiento del pasado de Grecia, aunque, como historiador que era, utilizaba su espíritu crítico (I, 10); en el siglo III, Eratóstenes le criticó como geógrafo e inició un debate del que nos han llegado algunos ecos a través de Estrabón, en el siglo I:

> Baso mis afirmaciones en la comparación entre la situación actual y la que describe Homero. La reputación del poeta y el lugar que ocupa en nuestra vida desde nuestra infancia, nos obligan a esta comparación del presente y el pasado. Al tratar un tema se considera que uno está en el camino adecuado siempre que no contradiga en nada la tradición que sólidamente creó Homero sobre la cuestión. De modo que debemos describir el presente y, para explicarlo, y en la medida en que haga referencia a él, poner en paralelo el testimonio del poeta (VIII, 3, 3).

La sociedad aristocrática descrita en los poemas nació de la imaginación del autor, que mezcla aspectos pertenecientes a periodos diferentes: la época micénica del II milenio, anterior a la caída de Micenas, es decir, los siglos XI, X y IX (Finley), de los cuales es posible que Homero supiera más que nosotros, y, por último, el siglo VIII, que Homero observó directamente y que está más presente en la *Odisea*, el más moderno de los dos poemas. P. Vidal-Naquet lo dijo de manera acertada y precisa: «No hay un *mundo* homérico. Lo que hay es un *texto* homérico».

El espacio marítimo descrito en profundidad en la *Odisea* es el Mediterráneo tal y como era conocido en la época de Homero. Pese al talento de Victor Bérard (1864-1931), que dedicó una parte de su vida a intentar descifrar los paisajes descritos por Homero, sabemos que semejante ejercicio es inútil en la medida en que el autor de los poemas

homéricos utilizó sus conocimientos de manera poética. Homero poseía información sobre el Mediterráneo, directa –por más que no tengamos información sobre sus viajes–, e indirecta, mediante la consulta de los periplos griegos o fenicios, que eran anteriores a él. Sin embargo, la precisión de las descripciones lleva a pensar que, para Homero, la principal fuente de información fueron los relatos de los navegantes. Son ellos, y sólo ellos, los que permiten explicar su conocimiento de los detalles pintorescos de ciertas costas. Homero tiene en la cabeza el Mediterráneo que han visto los colonos y los mercaderes griegos de su época, que precisamente comenzaban a describir ese espacio marítimo, a franquear peligrosos estrechos, a doblar cabos con el viento en contra y a desembarcar en desconocidas orillas.

Con estas bases, Homero construyó el personaje de Ulises que, pese a todo, está en los antípodas del marino arcaico. Ulises se limita a sufrir el Mediterráneo, sus tempestades y sus peligros; tiene un *deseo* –regresar a su casa–, mientras que los marinos arcaicos tenían un *proyecto* (fundar, instalarse o comerciar) y construían sus itinerarios, de los que cada día controlaban más el recorrido y la duración. Es cierto que el Occidente griego frecuentado por los eubeos está muy presente en Homero, pero el poeta es un hombre que "ve" el Mediterráneo de su entorno, desde su *oikos*. Como los ancianos y las mujeres, que se quedan en casa, sueña con el mar, imaginando sobre todo sus peligros, con los que se angustia. Homero, igual que Penélope –la fiel esposa que espera el regreso–, tiene miedo de los encuentros de Ulises: las tempestades, los bárbaros y las mujeres.

Los poemas homéricos no son sino uno más de esos poemas sobre el regreso (*nostoi*), sólo su valor poético los salva del olvido. El mundo de la Grecia del siglo VIII también está fuertemente marcado por los recorridos griegos por el mar. En el momento en que, en todas las ciudades, grupos de hombres comienzan a partir para explorar el Mediterráneo, la vieja Grecia, como reacción a ello, produce relatos que se escuchan en las largas veladas y que narran el regreso, siempre retrasado y siempre esperado.

Esos poemas serían incomprensibles sin el contexto de las tradiciones orales, que contribuyeron a perpetuarlos hasta que fueron transcritas a finales del Arcaísmo. De modo que la *Odisea* no es un periplo,

sino una transcripción poética de los recorridos realizados por los marineros de Calcis y de Eretria por el Mediterráneo. No es casualidad que Eubea sea la única referencia que aparece cuando el rey Alcínoo propone a Ulises acompañarle hasta su hogar (Braccesi):

Te llevaremos y, para que tengas la completa seguridad, fijo tu salida para mañana. Mientras, calmado por el sueño, estés dormido, nuestras gentes te llevarán a remo, sobre el mar tranquilo, hasta que alcances tu patria y tu hogar, en el lugar que quieras, aunque esté muy alejado de Eubea, tan alejado, dice nuestra gente que la vieron [...] (*Odisea*, VII, 317-322).



La "copa de Nestor".
Cotile rodia de estilo geométrico reciente II, hacia 725-720.
La inscripción aparece sobre la otra cara.
(Ridway, D., L'Alba de la Magna Grecia, *Milán, 1984, fig. 8.)*

De hecho, una prueba arqueológica indica que los poemas homéricos eran conocidos, desde el siglo VIII, en el mundo eubeo del oeste. En 1954, el mismo año en que Finley publicaba una obra fundamental sobre la cuestión homérica (*El mundo de Odiseo*), G. Buichner descubrió en la necrópolis de Pitecusa –la zona de la isla de Isquia ocupada por los eubeos–, en la tumba de un adolescente de entre 12 y 14 años que fue incinerado como un adulto hacia el 730-720, una copa de cerámica. Se encontraba junto a otros vasos para beber y contenedores de perfume y llevaba una fina inscripción en alfabeto calcidio trazada con elegancia; se trata de tres versos en los que, por primera vez en una inscripción griega, aparece la puntuación. Es probable que la inscripción, realiza-

da tras la cocción, fuera incisa *in situ*, en Pitecusa, por un griego de origen calcidio. En ella se puede leer:

La copa de Néstor era ciertamente muy buena para beber.
Pero cualquiera que beba en esta copa será acometido
por el deseo de Afrodita la de la bella corona.

La referencia a Néstor nos lleva a la *Ilíada*. Precisamente el anciano rey de Pilos, así llamado, es el poseedor de una copa:

Una copa magnífica, que de su casa había traído el anciano, tachonada de clavos de oro. Tenía cuatro asas y dos sustentáculos, y sobre cada uno de ellos bebían dos palomas de oro; también tenía dos fondos. Cualquier otro habría sufrido para levantarla de la mesa cuando estaba llena; pero el viejo Néstor, sin problemas, la levantaba (XI, 632 y ss.).

La copa descrita en la *Ilíada* no se parece en nada a la de Pitecusa; se asemeja mucho más a la copa micénica de oro descubierta por Schliemann en Micenas y conservada en el Museo Nacional de Atenas. Probablemente ésta sea el origen del texto homérico. No obstante, el griego del siglo VIII que trazó la inscripción sobre la copa de Pitecusa conocía el verso de la *Ilíada* e hizo una copia burlesca de él, adaptada al ambiente del *symposion*, para señalar que su copa era menos bella que la de Néstor, pero que también despertaba los deseos amorosos.

«Arqueología» de los orígenes

La arqueología (en griego *archaiologhia*) es, en su sentido etimológico, una disquisición (*logos*) sobre el pasado, los tiempos pasados, los *archadia* (de donde proviene la expresión "arcaico"). Al comienzo de su relato, Tucídides hace la "arqueología" de Grecia, y el regreso al pasado del historiador del siglo V es rico en enseñanzas. Para él, el pasado era la no sedentarización de la población, la ausencia de agricultura intensiva y de comercio (I, 2), la piratería en el mar y el pillaje en tierra (I, 5). Las ciudades estaban en posiciones defensivas, retiradas respecto al mar (I, 7). En resumen:

En el mundo griego de antaño, el modo de vida era análogo al que se da hoy día entre los bárbaros (I, 6).

En el texto está muy presente una noción de cronología, es decir, de la sucesión de los acontecimientos. Hay un "antes" y un "después" de la guerra de Troya, y las referencias cronológicas se dan con respecto a ella: Beocia y el Peloponeso fueron ocupados respectivamente 60 y 80 años después de la conquista de la ciudad de Troya (I, 12).

Tras la Guerra de Troya, la civilización emergió progresivamente según un esquema que Tucídides quiso ver como lineal: regresa la seguridad, aumenta el comercio y la sociedad se organiza en una jerarquía. Sobre todo destaca que los griegos toman el camino del mar y de ultramar. Regresar al mar es un signo de civilización; es el símbolo de una Grecia arcaica que deja atrás el estadio de la piratería, es decir, la anarquía. Todo esto tuvo lugar «muchas generaciones después de la guerra de Troya» (I, 14).

Tras su investigación sobre el pasado, el historiador tenía confianza, pero era lúcidamente crítico:

> Era una época para la que es difícil dar crédito a todos los testimonios de los que podemos disponer. Los hombres, en efecto, aceptan y se transmiten sin comprobarlas, incluso cuando se trata de su propio país, las tradiciones concernientes a los acontecimientos del pasado [...]. En vez de preocuparse por investigar la verdad, prefieren adoptar ideas preconcebidas.
>
> Sin embargo, los riesgos de equivocarse son mínimos si uno se atiene a los indicios mencionados más arriba, y podemos considerar que la idea general que he dado de los siglos pasados es verídica en su conjunto. No vamos a volver a hacer caso de los poetas que, por necesidades de su arte, agrandaron los acontecimientos de esa época, ni de los logógrafos que, al escribir la historia, se preocupaban más por agradar a su público que de averiguar la verdad. Los hechos de los que nos hablan son incontrolables. Con el transcurso de los años se adornaron con el prestigio de la fábula, perdiendo así todo su carácter de autenticidad. Hay que contentarse, por tanto, en lo que respecta a ese pasado lejano, con un conocimiento basado en datos absolutamente indiscutibles (I, 20-21).

Los relatos míticos y la memoria del Mediterráneo

En el universo mental arcaico, el mito tiene bastante importancia. Gracias a los mitos conocemos a los dioses, a los que tanta atención se les presta y que son objeto de tantos comportamientos rígidamente

codificados de la vida cotidiana. La transmisión oral de los mitos, recitándolos, favoreció sin duda la fantasía, la variabilidad, la reelaboración constante y las contradicciones internas de los mismos. Muchos de los grandes relatos míticos fueron escritos, y por tanto codificados con la rigidez de la escritura, por Homero y, poco después, por el poeta Hesíodo:

¿Cuál es el origen de los dioses? ¿Existieron siempre? ¿Qué formas tenían? Eso es lo que los griegos ignoraban hasta ayer mismo, por así decir. Homero y Hesíodo vivieron, pienso, cuatrocientos años o más antes que yo; siendo sus poemas los que han dado a los griegos la genealogía de los dioses y sus apelativos, diferenciado sus funciones y los honores que corresponden a cada uno, así como describiendo su aspecto (Heródoto, II, 53).

El Arcaísmo comentará esos relatos mucho antes de las compilaciones helenísticas, en ocasiones por escrito, a menudo de manera oral y de vez en cuando mediante representaciones figuradas. No se trata de dogmas, pues no pertenecen a nadie más que a quien los escucha, a quien los entiende, que a su vez los hace suyos al dibujar su versión sobre la versión precedente; el que escucha, convertido a su vez en recitador, difunde esas cambiantes palabras. Ninguna autoridad posee el poder reconocido de controlarlos, por más que los príncipes y aristócratas sepan hacer uso de ellos para exaltar el pasado y reafirmar su prestigio.

De entre la multitud de mitos, algunos hay que impregnaron fuertemente la historia del Mediterráneo, haciéndose un sitio en los espacios en el momento en que se intensificaba la circulación de los hombres. Tomaron una forma tangible mediante la construcción de santuarios, la formación de ídolos e imágenes, procesiones, ritos y fiestas muy localizadas, en ocasiones en montañas o riberas. A lo largo de sus itinerarios, los navegantes se encontraban con ellos. Las poblaciones locales entraban en contacto con ellos y los reelaboraban. De boca a boca (Detienne) el mito se extendía y, a través de la variedad de fábulas, forjó una unidad mediterránea dando un substrato de creencias comunes a entornos geográficamente dispersos y culturalmente diversos. Griegos y fenicios, etruscos y romanos, egipcios e íberos mezclaron sus saberes y construyeron una memoria común. Nos detendremos rápidamente sobre algunos de estos mitos.

EL MELKART FENICIO, EL HERACLES GRIEGO Y EL HÉRCULES ROMANO

Para los fenicios es un dios, mientras que para los griegos es un héroe, hijo de un dios y una mortal. Después de todo ¿qué importa? Los nombres se refieren a la misma divinidad; es una referencia mediterránea. En todas partes está en su casa; señor del Mediterráneo de obsesiva presencia. Píndaro, a comienzos del siglo V, lo expresó muy bien:

> Era el hijo de Alcmena, que entró en el Olimpo tras haber explorado todas las regiones de la tierra, todos los abismos del mar de blanqueadoras olas, de orillas escarpadas, y pacificado la ruta de los navegantes (*Ístmicas*, IV, 55-57).

Según Heródoto, poseía un templo en Tiro (II, 44) y otro en el delta egipcio (II, 113); conquistó el oeste de la isla de Sicilia y la región de Erix (V, 43) y controlaba el estrecho de Gibraltar, que lleva su nombre: las columnas de Hércules. Se puede ver la huella de su pie al fondo de las orillas del mar Negro, cerca del río Tiras (IV, 82), y el primero de los reyes escitas era hijo suyo (IV, 10). Sus descendientes, los Heráclidas, poseían el poder en Lidia.

Los restos más antiguos de su culto parecen encontrarse en Chipre, en el siglo XI, y Tiro, en el siglo X. Los reyes se asimilan a él y, gracias a él, Tiro y Cartago conservan su relación. Está presente en Kition de Chipre, en el *emporion* de Roma y puede que también en el de Pirgi. Da su nombre a puertos (Estrabón, X, 2, 20: frente a la isla de Léucade a orillas del mar Adriático). Heródoto lo vio en Tasos (II, 44), pero la arqueología no lo ha encontrado.

Sus legendarias hazañas, los "trabajos" (*ponoi* o *erga*), ya eran conocidas por Hesíodo a finales del siglo VIII y encontramos evocaciones de las mismas en copas fenicias de Chipre de la misma época. A partir de finales del siglo V y comienzos del V aparecen representadas por todas partes, por ejemplo: en las metopas del templo de Zeus en Olimpia y en las del tesoro de los atenienses en Delfos, así como en Selinonte y en Egina, y en el Heraion de Selé, cerca de Posidonia. Hesíodo (*Teogonía*, 329) conocía su victoria sobre el león de Nemea, que se inscribe en la gran tradición oral del combate entre el hombre y la fiera. Se citaban otros hechos, y Píndaro mencionaba la lucha contra Anteo que,

en las costas africanas, «coronaba el templo de Poseidón con el cráneo de los extranjeros» (*Ístmicas*, III, 52-54). En resumen, que el Arcaísmo ya poseía de él la imagen de un gran pacificador, del campeón de un Mediterráneo "abierto".

El ciclo de Heracles se inscribe en un Mediterráneo arcaico con el encuentro entre fenicios y eubeos, puede que en Chipre, pero también en cualquier parte en la que estén presentes los griegos de Eubea: en el estrecho entre España y Marruecos, que fue el estrecho del héroe Briáreo antes de tomar el nombre de Heracles; en la región de Cumas, en la Campania; o de la ciudad calcidia de Hímera, patria del poeta Estesícoro, que se ocupó mucho de las hazañas de Heracles en el Oriente Medio. Haremos hincapié en la relación, por lo general poco conocida, existente entre Heracles y la isla de Eubea. En una de cuyas ciudades principales, Eretria, había, por lo menos desde comienzos del siglo V y ciertamente mucho antes, juegos locales en honor de Heracles (*IG*, XII, 9, 234).

Jasón y los Argonautas

Se trata de la gran expedición griega hacia Aia, mítico país que en el siglo V será localizado en la Cólquide (Heródoto, VII, 193), en el extremo oriental del mar Negro. Poseemos un relato extremadamente detallado de la misma en el poema de 6.000 versos de Apolonio de Rodas, del siglo III. Describamos ese recorrido mediterráneo antes de regresar a la elaboración arcaica del mito.

Cincuenta griegos conducidos por Jasón y que navegaban en el navío *Argos*, parten de un puerto de Tesália, en el norte de Grecia, pasan por Lemnos y penetran en los estrechos. Van en busca del "Toisón de Oro", pero todo se complica debido al amor de Medea, hija del rey de la Cólquide, por Jasón. Medea huye con él y los griegos regresan por el Danubio (el Istros), en la desembocadura del cual había un templo de Artemisa, y desde allí pasan directamente al Adriático (los griegos de la época pensaban que el río permitía hacer esa conexión). Posteriormente remontan el Po (el Erídano) y descienden por el Ródano hacia el Mediterráneo occidental. Una vez allí sus etapas fueron: la isla de Elba (Aethalia), Cerdeña, Sicilia, Corfú, Libia y después Creta y las islas del mar Egeo antes

de regresar al punto de partida; después Jasón consagra su navío en el templo de Poseidón de Corinto.

Este gran periplo mítico fue elaborado en fases sucesivas, de las que en la época arcaica distinguiremos muchas de ellas.

Es cierto que el mito de los Argonautas fue un antiguo «capital poético» (Will). El núcleo original pasaba por haber sido elaborado poco antes de Homero, que conocía concretamente la etapa de los Argonautas en Lemnos. En la *Teogonía,* Hesíodo confirma que a finales del siglo VIII se conocían *episodios* y no un *periplo* verdaderamente formado. El poeta insiste en los "trabajos" de Jasón, efectuados en la Cólquide a petición del padre de Medea, más que en la navegación, excepto por una rápida alusión al mar Tirreno de datación incierta (probablemente sea una interpolación del siglo VI). La misma impresión se desprende de los raros fragmentos conservados de Eumelos, un oscuro poeta corintio que escribió algunos *Korinthiaka* y que conocía a Jasón y Medea y su relación con Corinto. Al comienzo, el mito de los argonautas aparece por tanto como una serie de relatos extraídos de las historias locales.

A finales del siglo VII, la tradición se asienta. El mito aparece en la cerámica corintia y etrusca y, posteriormente, en el segundo cuarto del siglo VI, en el tesoro de Sicione en Delos; seguidamente, a comienzos del siglo V, aparece en la *IV Pítica* de Píndaro. Es una oda dedicada a la gloria del rey Arcesilas IV, rey de Cirene, y no es una casualidad que el poeta hable en ella de Jasón y Medea, pues los fundadores de Cirene eran considerados descendientes de la unión de los Argonautas con mujeres de Lemnos (Heródoto, IV, 145). Píndaro menciona la conformidad del oráculo de Delfos, y después describe con detalle el embarque y el paso de los estrechos:

Cuando esta tripulación de elite bajó a Iolcos (puerto de Tesalia), Jasón pasó revista a todos y los felicitó. El adivino que hacía sus oráculos, consultando las aves o las suertes sagradas, Mopsos, quiso ser quien presidiera el embarque. Cuando hubieron colgado las anclas por encima del espolón, tomando en su mano una copa de oro, el jefe (*archos*), en la popa, invocó al padre de los Uránidas, aquel que lanza el rayo, Zeus, y el rápido desarrollo de las mareas y los vientos, las noches y los caminos del mar, y los días propicios, y la alegría del regreso. Desde lo alto de las nubes, la voz favorable del trueno le respondió y el resplandor fulgurante del relámpago surgió con un ruido estridente. Confiados en esos

signos divinos, los héroes respiraron y su adivino les ordenó que tomaran los remos, dirigiéndoles dos palabras de esperanza. Enseguida las ágiles manos, sin cansarse jamás, pusieron en movimiento los remos. Conducidos por el viento del Notos, alcanzaron la embocadura del mar Inhospitalario (el mar Negro), allí consagraron un santuario puro al Poseidón marino (*IV Pítica*, IX, 188-205).

Este texto es, con seguridad, el que da una de las más precisas descripciones que poseemos de la partida de unos navegantes. No falta nada: la tripulación, el navío con el ancla y el espolón, el jefe, el adivino, los ritos y, sobre todo, la libación en honor de los dioses efectuada con una copa de oro. En la medida en que, poco después, Píndaro califica al navío de los Argonautas de "pentecóntora", es difícil no pensar en un relato fuertemente influenciado por el contexto de la navegación colonial arcaica, en concreto la de los foceos, caracterizados por navegar sobre este tipo de barcos (Heródoto, I, 163). Es todavía más sugestivo señalar que el mismo Heródoto (VI, 138) mencionaba que los habitantes de Lemnos –que fue una de las etapas de los Argonautas– también navegaban en pentecóntoras. Estas variadas apreciaciones no son nada sorprendentes si consideramos que Lemnos está frente a Focea y que se trata, una vez más, de restos de historias y tradiciones locales.

Así, a comienzos del siglo V, Píndaro, que siempre seguía antiguas tradiciones, no menciona el paso al Mediterráneo occidental. Sin embargo, otros indicios permiten pensar que fue durante el siglo VI cuando tuvo lugar el paso de los Argonautas hacia Occidente, al comenzar los circuitos comerciales relacionados con el metal, el ámbar y el mundo foceo, en donde encontramos las etapas preferidas: el Adriático y la desembocadura del Ródano, insistiendo en el papel de las rutas terrestres, que eran complementarias y no alternativas a los circuitos marítimos.

Eneas y la relación entre Troya y Roma

Una vez más describiremos la formación de este mito de la época arcaica, en su dimensión mediterránea. Eneas es un personaje homérico de la *Ilíada*. Príncipe troyano, sobrino del rey Príamo e hijo de Anquises y de la diosa Afrodita (V, 312), es un valeroso combatiente en el campo de los troyanos que se enfrenta a Aquiles y se jacta de sus

ancestros (XXII, 160 y ss.). Las tradiciones que se refieren a él no hablan de Occidente más que a partir de comienzos del siglo VI, en la obra del poeta Estesícoro de Hímera, que debió describir la partida de Eneas y su padre Anquises hacia Hesperia (Occidente). Por lo menos eso es lo que se ve en un relieve romano más tardío, de época imperial, la Tabla ilíaca (*Tabula iliaca*), que contiene una vívida representación de los poemas perdidos de Estesícoro.

El tema de la huida de Troya de los supervivientes de la conquista e incendio de la ciudad por parte de los griegos era conocido en la Italia meridional y en Sicilia, así como en Etruria, a finales del siglo VII; es decir, casi de manera coetánea a Estesícoro. Posteriormente, a partir de finales del siglo VI, aumentan las representaciones de la salida de Eneas de Troya en la cerámica ática de figuras negras, en una moneda (tetradracma) de la ciudad de Aineia, en el Quersoneso tracio, y en una piedra de época arcaica grabada en bajorrelieve y perteneciente a la colección del duque de Luynes, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París.

Sólo a mediados del siglo V Damasto convierte a Eneas en el fundador de Roma. Damasto era un historiador de Sigea (ciudad próxima a Troya), maestro, que no discípulo, de Helánico de Lesbos (Mazzarino); sus palabras fueron recogidas por Dioniso de Halicarnaso (I, 72, 2) mucho después. Por la misma época en que Damasto escribía, Eneas era representado guiando a su padre en una de las metopas del Partenón.

Que los griegos propusieran hacer de Eneas el fundador de Roma no significa que los indígenas, en este caso los romanos, aceptaran favorablemente la sugerencia de manera inmediata.

Roma era una ciudad del Lacio ocupada desde hacía muchos siglos. La historiografía helenística situó su fundación a finales del siglo IX (según Timeo) o a mediados del siglo VIII (según Varrón), terminando por ser adoptada como convencional la fecha del 753 a.C. Parece que en un momento dado de su historia, Roma, de hecho el entorno del patriciado, tuvo que elegir entre una opción griega y una opción troyana para la fundación de la ciudad. La opción troyana tenía la ventaja de no hacer «descender» –y por tanto depender– a Roma del mundo griego en un momento en el que el diálogo y la confrontación con las colonias griegas de Occidente hacía indeseable semejante dependencia.

La Roma de finales del Arcaísmo y de los Tarquinios siempre prefirió opciones intermedias entre lo puramente local (el Lacio) y lo puramente griego; es decir, la opción etrusca para el poder real del siglo VI, con la presencia de reyes surgidos de familias griegas de Corinto, pero pasadas por Etruria, y la opción troyana para la fundación de la ciudad.

Sin embargo, poco después de la adopción de la leyenda de Eneas por el patriciado romano, el cada vez mayor poder de la plebe de la ciudad llevó a un alejamiento temporal de esta leyenda en relación a Roma. Desde el siglo IV Eneas se encontró como en su casa en Lavinia, una ciudad del Lacio cercana a la costa, algo al sur. En cambio, en Roma cobraría más importancia el mito de Rómulo.

El mito de Eneas fue recuperado, desarrollado y "codificado" en la época de Augusto mediante la nueva epopeya "homérica" que creo Virgilio –ese "docto poeta" tan bien informado sobre el pasado– al redactar la *Eneida*, un himno político relativo al fundador de Roma, que era identificado con el primer emperador romano. Eneas apareció entonces como el fundador de Lavinia, dejando a Rómulo la fundación de Roma.

Las primeras fases de la elaboración del mito tienen por tanto el mérito de dejarnos entrever cómo se construye un relato legendario en relación con la historia y las elecciones políticas e ideológicas del momento. De todas maneras, los griegos, herederos de aquellos que, en la leyenda, vencieron a los troyanos y dejaron escapar hacia Occidente a los supervivientes, eran quienes seguían controlando los primeros balbuceos del mito. Al partir hacia Hesperia con su padre sobre los hombros, según las representaciones gráficas más frecuentes, Eneas no escapó a los griegos; fueron ellos, en el entorno de las colonias de Occidente, los que le hicieron dirigirse hacia allí; y fueron ellos también quienes se lo propusieron a los romanos como fundador mítico de la *Urbs* (Zevi). Roma aceptó ese *modus vivendi*, que le permitió escapar a la forzada atribución de una madre patria griega, viva y poderosa; Troya tenía la ventaja de haber dejado de existir.

Recuerdos individuales y memoria colectiva

La memoria del Mediterráneo arcaico se nos aparece así a través de sus tortuosos recorridos, sus dudas, sus ausencias y sus revelaciones.

Se trata en realidad de una doble memoria. En primer lugar la que sobre él mismo posee el tiempo arcaico, es decir, tres siglos de historia. En el siglo VI no se percibía el siglo VIII más que entre las brumas de un incierto saber y de una tradición oral que mezclaba el mito y la historia. Posteriormente, se construyó la memoria histórica, basada en dos pilares fundamentales, los archivos orientales y las compilaciones helenísticas, entre las cuales aparecen fragmentos de historias locales arcaicas.

Al principio, esta memoria colectiva sólo pudo formarse utilizando como base los recuerdos personales de los hombres del Mediterráneo, ya fueran mercaderes o sacerdotes, filósofos o historiadores. A comienzos del siglo V, en el 472, al final de su larga vida, el filósofo Jenófanes de Colofón, refugiado en Elea, decía acordarse de la invasión persa de Jonia que tuvo lugar en su juventud, a mediados del siglo VI:

> Sí, es en el rincón del hogar en el que hay que conversar,
> En lo más duro del invierno, tendido sobre un lecho
> Pasablemente blando, tras una buena cena,
> Bebiendo vino dulce, mordisqueando
> Garbanzos tostados. Entonces es cuando se puede decir:
> «¿Quién eres? ¿De dónde vienes? Dime ¿qué edad tienes?
> ¿qué edad tenías cuando llegó el Meda?».
>
> (citado por Ateneo, *Los deipnosofistas*, II, 54 E)

En esta larga investigación, la memoria de los hombres podía basarse en el oído, que recogía los relatos, así como en los cuentos, la historia y también los mitos. Homero, el aedo ciego, versificaba y recitaba para acordarse de ellos.

Afortunadamente, también estaba la vista, que permitía fijar los rostros, los paisajes y los monumentos, además de apreciar la forma y el color (*chroma*). Los griegos, como es bien sabido, gustaban de los colores, pintaban de color bermejo los flancos de los navíos arcaicos, y los templos y las telas eran coloridas (Genet). La vista es la base sobre la que se apoya Pausanias cuando nos guía a través de Delfos, recordando, a través de los monumentos arcaicos, las ciudades y los hombres de entonces. Mucho antes de él, era a la vista a la que, mediante sus cuadros y sus estatuas, tentaban los primeros pintores y escultores. El pintor corintio

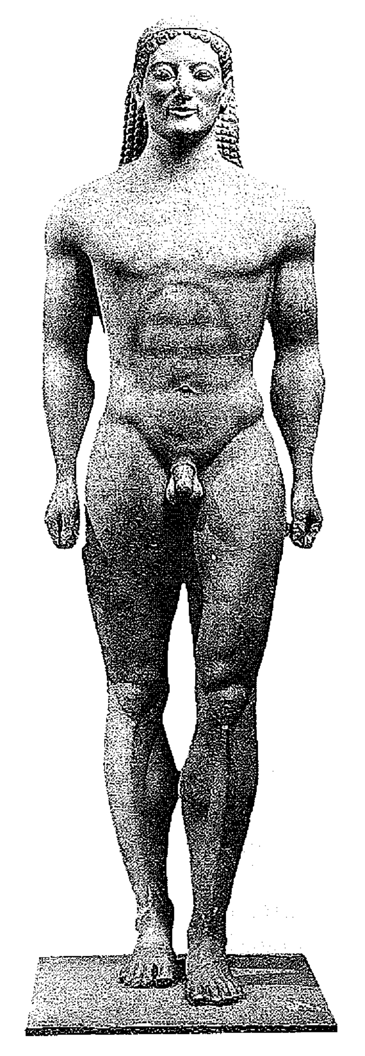
Eugrammos (literalmente: "aquel que dibuja bien"), acompañó al mercader Demarato a la ciudad etrusca de Tarquinia a mediados del siglo VII (Plinio, XXXV, 152). Nada sabemos de su obra, pero todavía hoy podemos ver la decoración pintada de las grandes tumbas de cámara etruscas de finales del siglo VI y del siglo V. Fue entonces cuando un rico habitante de Caere hizo representar en su tumba su barco, la "Tomba della Nave", para perpetuar así el recuerdo de su actividad principal. En estas obras, en ocasiones realizadas o influenciadas por los griegos emigrados de Jonia, se mezclan representaciones realistas y mensajes simbólicos: *dejar* una imagen de sí mismo y de su sociedad implica primero una elaboración mental de la misma; significa sobre todo *dar* una imagen de sí mismo. Representar hombres (y en el caso de los etruscos también mujeres aristócratas) mientras participan en el banquete y en su acto final, el *symposion*, durante el que se bebía, se cantaba y se recitaba, no es dejar una simple imagen, significa exaltar los valores de una sociedad aristocrática.

Los monumentos esculpidos ilustran esta memoria trasfigurada, igual que lo hacen las estatuas de hombres jóvenes, *kouroi*, y mujeres jóvenes, *korai*, que se encuentran en las tumbas griegas del Arcaísmo, en el exterior de las murallas. Hay una diferencia con el *kolossos*, una estatua erguida en ocasiones gigantesca –de donde viene el significado de la palabra "coloso"– de muchos metros de altura (se ha calculado que el coloso inacabado de Naxos, en las Cícladas, tenía 10,45 m de alto) que representa de manera poco cuidada a un ser de sexo indeterminado y que se inscribe en la larga tradición de las piedras erigidas. El *kolossos* es un medio de comunicación entre el hombre y las fuerzas superiores, los dioses; pero no se inscribe en el tiempo. Es frágil porque es desmesurado y estático, "plantado" sobre su base o sobre el suelo.

Por el contrario, el *kouros*, representación elaborada del hombre, comunica el mensaje de una vida lograda, "elaborada" al igual que las formas anatómicas. Existe una estilización de lo real y, una vez más, la transmisión voluntaria de una imagen de la naturaleza humana. Los *kouroi* sólo "se parecen". No hay una "reproducción" de lo real, sino una reelaboración a partir de una observación atenta de la naturaleza humana. Además, a menudo se graba sobre la estatua o la base de la misma una inscripción, ya que para que la estatua sea bella es necesario

que la palabra no sea malintencionada (Rouveret). El *kouros* es un signo a la vez que un recuerdo.

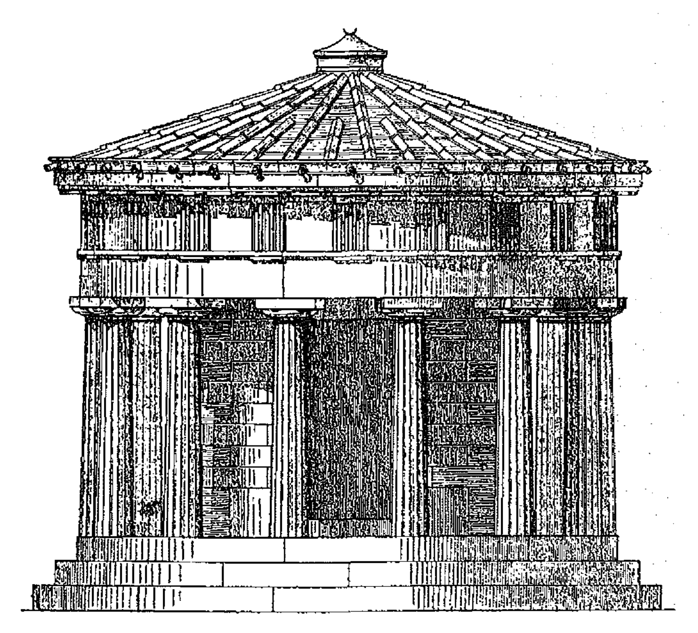
Los grandes santuarios, como Delfos y Olimpia, estaban llenos de monumentos conmemorativos que recordaban victorias individuales de atletas o las colectivas de las ciudades, así como algunos hechos memorables. Las ciudades hacían construir pequeños templos –los *thesauroi* (tesoros)– con el diezmo de sus ingresos; por ejemplo, Sifnos lo construyó gracias a sus minas. Por todas partes hay inscripciones que, en ocasiones, ponen de relieve esa dimensión simbólica que tiene la palabra. Con cada monumento, con cada dedicatoria, queda consolidado a través del tiempo un momento importante de la vida de un hombre o de una ciudad. Apreciamos la eficacia del mensaje cuando seguimos a Pausanias que, al visitar Delfos y Olimpia muchos siglos después, es capaz de hacer revivir la historia del mundo griego arcaico y clásico. Para la mayor parte de los griegos, Delfos era el ombligo (el *omphalos*) del mundo y en el santuario había un bloque de piedra que lo representaba. Era el centro del mundo y el lugar de reunión de la memoria del mundo. En el vestíbulo (*pronaos*) del templo de Apolo había máximas que se decía eran debidas a los Siete Sabios (Pausanias, X, 24, 1) y que se encontraban en el mejor sitio posible para su transmisión, frecuentado como era por numerosos visitantes.



Kouros *Croeso.*
(Museo Nacional de Atenas.)

Sólo un combate, sólo un enemigo, el Olvido. «El olvido es un agua mortífera» (Vernant). Hades es el mundo incoloro

del silencio y lo invisible. Frente a él se encuentra la memoria, que es el signo de la vida, que transmite sonidos e imágenes, la voz de los recitadores y las formas modeladas por la naturaleza, los artesanos y los artistas.



Thesauroi *de Sifnos. (Reconstrucción.)*

El cálculo del tiempo: eclipses y calendarios

Para conocer el tiempo, hay que saber controlarlo, es decir, calcularlo. Los Antiguos tomaron conciencia del paso del tiempo mediante la alternancia del día y la noche, y por eso se sorprendían tanto de esas noches imprevistas que era los eclipses de sol, algo de lo que nos informa esta cita de Arquíloco:

Zeus, padre de los olímpicos, hizo que llegara la noche en pleno día, oscureciendo el resplandor de un brillante sol, y el pálido terror se adueñó de los hombres (Arquíloco, frag. 82 Lasserre).

Muchos son los eclipses arcaicos mencionados en los textos. Por ejemplo, durante las Guerra Médicas (Tucídides, I, 23) y en el momento del paso del Helesponto por los persas de Jerjes (Heródoto, I, 37-38). Muy conocida es la indicacion de Heródoto relativa al eclipse del 28 de mayo del 585:

> Tales de Mileto había predicho este eclipse a los jonios el año en el que se produjo (I, 74).

La palabra eclipse proviene del griego *ecleipsis* ("desaparición"). Los eclipses son importantes en la medida en que su fecha puede ser determinada mediante los cálculos de los astrónomos y, por lo tanto, de manera por completo independiente de la cronología antigua. Algo que es de notable interés para establecer una cronología absoluta, es decir, para dar a un acontecimiento concreto una fecha determinada. Los eclipses son la base de las dataciones absolutas, teniendo en cuenta que el sistema que utilizamos para la Antigüedad, que consiste en prolongar la era cristiana en el pasado contando en "años antes de Cristo" sólo se generalizó a partir del siglo XVIII.

Durante la época arcaica se utilizaba una cuenta en años de reinado para los reyes y en años de ejercicio para los magistrados o los sacerdotes. Los eclipses permiten fijar esas cronologías relativas en el tiempo absoluto, ya que algunos de ellos, como el del 15 de junio del 763, observado por los astrólogos reales asirios, aparecen mencionados en los documentos asirios relacionados con el año del reinado.

Los babilonios y los asirios tenían detrás de ellos una larga tradición en este tipo de observaciones que se remontaba hasta el II milenio y que, sobre todo, era la base sobre la que se fundaban los presagios y los oráculos de los sacerdotes. En el siglo VIII, los reyes asirios hicieron un uso político de sus astrólogos, que comunicaban a palacio el resultado de sus investigaciones.

Más tarde, en el siglo II de nuestra era, Ptolomeo, que fue astrónomo y matemático antes de ser geógrafo, y que trabajaba en la biblioteca de Alejandría, escribió la lista de todos los soberanos persas y babilonios hasta el siglo IV mencionando también los eclipses. Su obra fue conocida por la ciencia árabe y persa y, en el siglo XIII, pasó al mundo bizantino y después al Occidente moderno.

Los griegos también fueron sensibles a la alternancia de las estaciones. Observaron el curso de los astros para comenzar ciertas prácticas agrícolas o para hacerse a la mar.

Son cincuenta días desde el momento en el que cambia el sol, en el corazón del pesado verano, los que, para los mortales, dura la estación de la navegación. (Hesíodo, *Los trabajos y los días*, v. 663-665).

El ritmo de los trabajos agrícolas y de la actividad humana hacía indispensable la creación de un calendario. Los griegos, siguiendo a los babilonios, utilizaban el ciclo lunar, y parece que Roma, que usó después un calendario basado en el ciclo solar, tuvo, en un momento dado, un calendario lunar, puede que en el siglo VI con los reyes venidos de Etruria.

Los calendarios de las ciudades griegas arcaicas empiezan a ser mejor conocidos gracias a los nombres de los meses que aparecen en los textos y, sobre todo, a las inscripciones. La investigación ha permitido saber que el nombre de los meses que aparecen en los documentos helenísticos se remontan a la época arcaica, y también que las colonias utilizaban los mismos nombres de meses que su metrópoli. De este modo, son consecuentes el calendario de las ciudades eubeas, establecido a partir de inscripciones relativas a los calcidios de Tracia, y el de las ciudades foceas, a partir de elementos complementarios provenientes de Focea, Lámpsaco o Marsella. Otras investigaciones han permitido conocer mejor los calendarios de las ciudades cicládicas y el de Mileto y sus colonias, así como el de Corinto y su colonia siracusana. Los nombres de los meses son una fuente de información capital, en la medida en que se refieren a un culto o una fiesta. De modo que no es sorprendente encontrar un mes Artemision en Mileto, en las Cícladas y, sobre todo, en las ciudades foceas, en donde el culto de Artemisa de Éfeso ocupaba un lugar preeminente, pero donde el calendario también destaca la importancia de Hera (el mes de Heraion).

Más tarde, a partir de la época helenística, de Eratóstenes y de Timeo, los eruditos tomaron por costumbre datar según las olimpiadas, numerándolas a partir de la primera, que comenzó en el 776, fecha en que tuvieron lugar los primeros juegos en Olimpia.

Cronología relativa y cronología absoluta

Este libro proporciona, a propósito, pocas fechas concretas para llamar así la atención sobre el hecho de que las fechas que se citan a menudo no son evidentes por sí mismas, que son el resultado de un complejo proceso de elaboración, sobre todo cuando se trata de situar con precisión en el tiempo el momento de la fundación de una ciudad colonial.

¿Cómo fueron elaboradas y cómo fueron transmitidas las fechas concretas, con una exactitud de un año, que utilizamos a menudo? Son los textos, y no la arqueología, los que nos permiten llegar a ellas. Utilizaremos como ejemplo el caso de la colonias griegas de Sicilia oriental, dado que Tucídides (VI, 3-5) nos dejó respecto a esa cuestión muchos datos que había sacado de la obra, hoy día desaparecida o casi, de uno de sus coetáneos, el historiador siracusano Antíoco.

Todo el sistema cronológico presentado por Tucídides se articula en torno a un pivote, un punto de referencia que es Siracusa, lo que confirma el papel de Antíoco. Ninguno de los dos da *fechas* (lo que llamamos una cronología "absoluta"), sino meras *distancias* (una cronología "relativa") entre la fundación de las distintas colonias. Sabemos así que Siracusa habría sido fundada un año después de Naxos y cuatro años antes que Leontinos y Catania. Las *distancias* cronológicas siempre son mencionadas en número de años.

¿Cómo es posible que un historiador siracusano del siglo V tuviera el recuerdo y la capacidad para evaluar el tiempo transcurrido tras la fundación de su ciudad, alrededor de tres siglos antes?

Los griegos de las ciudades coloniales tenían medios para conservar el recuerdo de la fundación de su ciudad; ya hemos mencionado las ceremonias en el transcurso de las cuales se recordaba el nombre del fundador, de modo que estas fiestas permitían realizar con facilidad la cuenta. Por otra parte, una cierta mentalidad pueblerina (o de "ágora") llevaba a los ciudadanos a comparar la antigüedad de su ciudad con la de las *poleis* vecinas.

Desde ese punto de vista, las *distancias* proporcionadas por Tucídides podrían ser el resultado de comparaciones (o manipulaciones) que se remontan al origen mismo de las colonias, o por lo menos que fueron introducidas en el marco de las tradiciones locales. De este modo,

Antíoco de Siracusa habría hecho prevalecer lo que siempre se había dicho en su ciudad, Siracusa.

Sin embargo, existe otra hipótesis para explicar las *distancias* expuestas por Tucídides. Antíoco de Siracusa habría realizado cálculos basándose en el número de generaciones, computable desde los orígenes de la ciudad.

¿Qué es una generación? Se trata de un periodo de 30 años que se basa en la experiencia de la vida: el tiempo que separa el nacimiento de un hombre del acontecimiento de su vida, cuando nacen sus hijos y, por tanto, cuando aparece una nueva generación. Se trata de la toma de conciencia del transcurso del tiempo. Un diálogo de la *Ilíada* nos permite convencernos de ello:

> ¿Por qué me preguntas cuál es mi generación? Como la generación de las hojas, así es la de los hombres. Hay hojas que el viento tira al suelo, pero el poderoso bosque produce otras, la primavera llega de nuevo. Así sucede con los hombres: una generación nace, la otra termina (VI, 145- 149).

La regularidad de esta sucesión, que forma parte del ciclo de la naturaleza y, al mismo tiempo, la homogeneidad de la generación, que une a individuos ligados por experiencias comunes y por tanto solidarios, podía ser utilizada para reconstruir la historia de una ciudad. Antíoco habría realizado sus cálculos dando a cada generación una duración de 35 años (Van Compernolle).

De modo que ¿recuerdo anualmente refrescado durante ciertas celebraciones o recuento de generaciones? Es difícil elegir, pues ambos sistemas pudieron funcionar paralelamente. De manera progresiva el cálculo de las generaciones debió imponerse, pero no hay que subestimar la importancia de las fiestas anuales. El cálculo de las generaciones debía basarse también en la memoria de la ciudad y de las grandes familias, con el riesgo de convertirse en algo completamente artificial; lo que por otra parte ocurrió en ocasiones, incluso a menudo, dado que la antigüedad de la ciudad era un elemento de la propaganda política.

Llegados a ese estadio, nos falta por comprender cómo se puede pasar de las distancias de Tucídides a verdaderas fechas que sitúen con precisión en el tiempo la fundación de las colonias griegas de Sicilia. Ya hemos visto que los eclipses –fechados por los astrónomos, en concreto

el del año 763, que está relacionado con las cronologías orientales y la historia asiria– permiten fijar los hechos relatados por los historiadores y su situación en el tiempo absoluto. También hemos mencionado el papel de las listas redactadas por Ptolomeo. Así se fijaron las fechas de las Guerras Médicas que, dado que enfrentaron a griegos y persas, estaban situadas con relación a las cronologías orientales. Los años entre las batallas de Maratón y Salamina pueden recibir por tanto dataciones absolutas: son los años 490-480. Sin embargo, ¿cómo pasar de esas fechas relativas a Grecia a las concernientes a Sicilia?

En realidad es bastante simple. Entre las indicaciones que proporciona, Tucídides dice que Mégara Hiblea fue destruida por Gelón, tirano de la vecina ciudad de Siracusa, tras 245 años de existencia. Ahora bien, gracias a Heródoto (VII, 156-157) sabemos que, tras esta destrucción, Gelón recibió en Siracusa a griegos que venían a buscar ayuda contra el rey persa Jerjes, que estaba a punto de invadir Grecia. Ese es el punto de contacto con la cronología de las Guerras Médicas.

De modo que podemos fechar en el año 483 la destrucción de Mégara Hiblea. Y si esta colonia tuvo una vida de 245 año, eso quiere decir que su fecha de fundación era, para Antíoco y Tucídides, el 483+245=728 a.C.

A partir de ahí llegamos a la fecha de fundación de Siracusa. En efecto, Mégara Hiblea fue fundada después que Leontinos, en donde los megarenses de Grecia vivieron con los calcidios durante seis meses (Polieno, V, 5, 2) antes de fundarla. Ahora bien, según Tucídides, Leontinos fue fundada cuatro años después de Siracusa; por lo tanto esta ciudad fue fundada cinco años antes de Mégara Hiblea, lo que nos da una fecha de 728+5=733 a.C.

Este análisis, presentado aquí de manera esquemática, sólo pretende hacer comprender cuales son los mecanismos que permiten llegar a fijar ciertas dataciones. Es una de las complejidades de la historia antigua con respecto a la historia de periodos más modernos, pero tiene la ventaja de hacernos penetrar en la mentalidad de los antiguos.

El ejemplo de las colonias de Sicilia, datadas por Antíoco y Tucídides, es uno de los más simples. Es conveniente saber que hay otras tradiciones antiguas que proporcionan referencias diferentes que permiten conseguir otras dataciones. Por ejemplo, hay una datación que sitúa la fundación de Mégara Hiblea en el 750 en vez del 728; pero no es cuestión

de complicar la demostración, es mejor indagar sobre el papel que la arqueología puede representar en estos debates.

Arqueología y cronología

Hasta el momento hemos utilizado las fuentes literarias. No obstante, la investigación arqueológica permite obtener estratigrafías o contextos funerarios o votivos que pueden ser fechados por el arqueólogo. ¿Cómo se obtienen esas fechas y cómo pueden ser confrontadas con las que proporcionan directamente los textos?

Se trata de las series formadas por la producción de vasos de cerámica que, en la época arcaica, constituyen el material arqueológico más adaptado para establecer dataciones. En efecto, en los yacimientos arcaicos del Mediterráneo aparecen sobre todo cerámicas, ya sean enteras o en fragmentos. Desde hace mucho tiempo se sabe que algunas de estas producciones cerámicas, en concreto las de Corinto y Atenas, sufrieron variaciones estilísticas bastante claras y regulares.

En los vasos de Corinto aparece primero una decoración puramente geométrica de líneas horizontales a la que sigue la progresiva aparición de pequeños animales, como pueden ser los "perros corriendo", que invaden la superficie del vaso para darle una decoración orientalizante, llena de animales reales o fabulosos, entre ellos grifos y esfinges. Los espacios que hay entre ellos se rellenan con rosetas y manchas cada vez más informes. Finalmente, se aprecia una lenta degeneración y los últimos vasos de Corinto presentan una decoración decadente y estereotipada. Así es como se ha podido establecer una sucesión de estilos que van desde el final del siglo VIII (el estilo corintio geométrico) hasta mediados del siglo IV (el estilo corintio reciente), pasando por los estilos protocorintio, de transición, corintio antiguo y corintio medio.

Se trata de la construcción de una cronología "relativa" para las cerámicas corintias. ¿Cómo pasar entonces a una cronología "absoluta" y por tanto a una datación segura?

El procedimiento más simple es el del sentido común: si excavo en una ciudad de la que conozco la fecha de fundación gracias a los textos y si en el yacimiento no encuentro ninguna cerámica del corintio antiguo

y en cambio sí muchos vasos del corintio medio, podría sacar la conclusión de que la fecha del paso del estilo corintio antiguo al estilo corintio medio es aproximadamente la misma que la de la fundación de la ciudad. "Aproximadamente" ya es bastante, y la arqueología no puede pretender, con la cerámica, dar fechas con un año de exactitud. Dataciones con una exactitud de diez años se consideran arqueológicamente precisas.

Semejante sistema supone que no utilizo la fecha así conseguida para decir que he verificado la fecha proporcionada por los textos, eso nos llevaría a un argumento circular –demostrar uno basándome en el otro, y el otro basándome en el uno–, lo que en el lenguaje corriente se conoce como un "círculo vicioso".

Estos principios generales son los utilizados por los arqueólogos que trabajan sobre la época arcaica. El erudito que estableció la principal cronología de la cerámica corintia –Payne– señaló que el paso entre el último estilo protocorintio (el protocorintio de transición) y el estilo siguiente (el corintio antiguo) correspondía a la fecha de la fundación de Selinonte, es decir, el 628.

Dos dificultades surgieron entonces. La fecha está en tela de juicio, pues se consigue mediante la distancia de 100 años que proporciona Tucídides entre la fundación de Selinonte y la de Mégara Hiblea, su metrópolis (728). Ahora bien, ya hemos visto que hay discusiones sobre la fecha de Mégara, el 750 o el 728. Payne eligió la fecha base, la de Tucídides y consideró el año 628 como el del paso entre los dos estilo de Corinto. Pero ¿por qué no el 650, se preguntarán algunos?

No entraremos en el debate, pero, debido a una gran cantidad de comprobaciones, la elección de Payne sigue pareciéndole la mejor a la mayoría de los arqueólogos. En efecto, una vez que se fija el punto de partida, las referencias cruzadas pueden multiplicarse hasta el infinito. El mejor sistema es el que supera el mayor número de verificaciones.

Sin embargo, en el sistema de Payne había otra dificultad, ésta más difícil de solventar. La tendencia natural fue la de dar a todas las fases estilísticas de Corinto la misma duración: por convención se decidió que fueran 20 o 25 años. Así se conseguía hacer "entrar" el conjunto de esos estilos en un periodo general de cerca de dos siglos. ¿Pero por qué rechazar que un estilo hubiera durado sólo 5 años y otro 30 o 35?

Nuestro conocimiento de los talleres y los sistemas de producción de esta cerámica es por completo insuficiente para responder a semejante pregunta. Continuamos utilizando duraciones convencionales sabiendo que proporcionan valores medios y que los riesgos de error son mínimos y pueden incluso anularse. Ciertos debates todavía no han quedado zanjados por ese hecho, como pasa, por ejemplo, con ciertas fechas "altas" y "bajas" para las fundaciones griegas de Sicilia.

Terminaremos con un último ejemplo. Desde el punto de vista de la cronología y de la memoria, las fechas en que se abandonan los yacimientos son tan interesantes como las de su fundación. Utilicemos la fecha de la destrucción de la ciudad griega de Esmirna. Heródoto (I, 16) indica que esta ciudad fue destruida por el rey lidio Aliates que, poco después, tuvo un conflicto con el rey persa Ciajares. Ahora bien, Heródoto también nos dice que durante el enfrentamiento se produjo un eclipse de sol (I, 74). Este eclipse es fechado por los astrónomos –lo que significa mediante cálculos por completo ajenos a la historia y la arqueología y, por tanto, sin temor a caer en un "círculo vicioso"– el 28 de mayo del 585. Admiremos de paso la precisión de nuestros colegas los astrónomos.

De modo que, si se tienen en cuenta otras peripecias, la destrucción de Esmirna tuvo lugar por tanto hacia el 595-590. En la ciudad se encuentran vasos de estilo corintio antiguo; pero no vasos del estilo siguiente, el corintio medio. Por consecuente, los años 595 deben ser los del paso del primero de esos estilos al segundo (Ducat).

IV

LOS TERRITORIOS

Mirar el Mediterráneo es mirar sus orillas. Desde hace milenios, el hombre se ha ido apropiando progresivamente de los territorios que bordean el mar, en una lucha tenaz e incesante con los bajíos (Braudel). Edifica terraplenes, construye diques, excava canales.

Insalubridad

Las costas del Mediterráneo a menudo están formadas por marismas y pantanos que invaden la parte baja de la costa, es decir, aquella que está próxima a las llanuras en donde acostan los navegantes y donde, naturalmente, el hombre quiere instalarse. La atractiva playa en donde los barcos son sacados del agua con facilidad hacia la arena, esconde a menudo los miasmas que todavía hoy no han desaparecido por completo y que encontrábamos en las llanuras del Languedoc hace apenas unos decenios. Se trata de paisajes llenos de estanques comunicados con el mar mediante canales más o menos anchos, continuación de lagos internos de aguas estancadas, rodeados de juncos y donde proliferan las cañas. El periplo de Escílax las menciona, con regularidad, en su recorrido. Bastan algunos montículos de unas decenas de metros de altura para invitar al hombre a instalarse en un medio en ocasiones insalubre, pero en el punto de encuentro entre el mar y la tierra, en un lugar ideal para los intercambios.

La insalubridad. Ella es la que, al principio de la *Ilíada*, acoge a los griegos en las playas de Troya, "peste" enviada por las rápidas flechas de Apolo. Uno de los doce trabajos de Hércules consiste en vencer a la hidra de Lerna, cuyo aliento fétido es el símbolo de las pestilencias emitidas por las marismas de la llanura de Argos, y de la que no se salvarán ni los hombres ni las bestias. Hércules la ataca antorcha en mano (Eurípides, *La locura de Heracles*, 420), igual que los hombres que intentaban purificar mediante el fuego ese lugar malsano. Trabajo interminable que hay que rehacer incesantemente, puesto que el mal regresa tan rápido como vuelven a crecer las cabezas del monstruo.

Empédocles, el filósofo de Agrigento del siglo V, pasaba por haber ayudado eficazmente a la vecina ciudad de Selinonte a eliminar las aguas estancadas:

> Dado que la pestilencia se había abatido sobre los habitantes de Selinonte a causa de las emanaciones del río cercano, haciendo languidecer a los hombres y abortar a las mujeres, Empédocles tuvo la idea de hacer confluir el agua de dos ríos de los alrededores, corriendo él con los gastos. La consecuencia de la mezcla fue la de reducir las mareas. Así fue como cesó la pestilencia y, un día que los selinontanos celebraban una fiesta sobre la ribera, apareció Empédocles; se levantaron como signo de agradecimiento y le dirigieron una oración, igual que se le haría a un dios (Diógenes Laercio, *Vidas*, VIII, 70).

Eliminar el agua que "duerme", ese es uno de los combates seculares que encontramos por todas partes. A comienzos del siglo VI se logró en Roma, en el valle del Foro romano, gracias a Tarquino Prisco, rey de origen corintio venido de la ciudad etrusca de Tarquinia, y a la construcción de una serie de cloacas que desaguaban en el río cercano (Tito Livio, I, 38, 2). A finales de ese siglo, Tarquino el Soberbio volvió a mejorar el drenaje:

> Los plebeyos encontraban menos fatigoso construir los templos de los dioses con sus manos que pasar después a otros trabajos menos grandiosos y mucho más fatigosos, como edificar las gradas del circo y un gran desagüe (*cloaca maxima*) subterráneo destinado a recibir todas las inmundicias de la ciudad (Tito Livio, I, 56, 2).

En la campiña etrusca se multiplican las fosas (*cuniculi*). En todos los deltas de los grandes ríos, del Nilo al Danubio pasando por el Po,

se excavan canales para desplazarse y también para hacer circular las aguas. En las nuevas ciudades coloniales, la cuestión del control del agua, de la evacuación de las aguas pluviales y de las aguas de albañal es una de las prioridades. Los islotes urbanos, organizados de manera racional, se dividen a todo lo largo mediante un eje central que sirve también como "línea de partición"; las pendientes permiten la salida del agua hacia la calle más cercana y desde allí la red de calles conduce las aguas hacia la fortificación, donde los dispositivos específicamente pensados permiten que pasen bajo la muralla para evacuarlas de la ciudad. Esa es la situación en Mégara Hiblea en los siglos VII y VI y en Tasos en el siglo V. En Agrigento, tras la victoria de Hímera, en el 480, los agrigentinos utilizan a los prisioneros cartagineses:

> Tallaban las piedras que debían servir para la construcción de los mayores templos de los dioses, así como para la construcción de cloacas subterráneas para conducir las aguas fuera de la ciudad, obras notables, aunque viles por su función. El arquitecto que dirigía esas trabajos se llamaba Faiax; por eso los conductos subterráneos recibieron el nombre de "faiacos" (Diodoro, XI, 25).

Como vemos, el drenaje ha existido siempre, aunque adecuándose a los medios de la época. El mundo arcaico no se olvidó de él, ya que fue un periodo en el que se ocupaban y acondicionaban las riberas.

Como contrapunto, y complementando la acción de Heracles, se sitúa el papel de Artemisa, diosa de la naturaleza sana y de los lugares en donde el agua corre y se derrama: las fuentes. Sus santuarios se encuentran a menudo en ellas, en un promontorio cercano al arroyo, para protegerlo y vigilarlo.

Los hombres sufrieron esas condiciones de vida que, por otra parte, les permitieron conseguir tantos logros. Lo sufrieron en su debilitado y gastado cuerpo, que les llevaba a la indolencia. Sin entrar en debates sobre las razones del desarrollo de las diferentes fuentes de malaria y su lugar en el mundo arcaico, es incontestable que el precio que había que pagar era alto. «Colonizar la llanura a menudo significa morir» (Braudel).

La reacción fue la acción, el acondicionamiento, el drenaje. En resumen, la ocupación del espacio entre la tierra y el mar. Como decía un proverbio toscano, el verdadero remedio contra la malaria era una «marmita bien llena», es decir, el sedentarismo, la estabilidad de la ocupación, las

plantaciones y la irrigación, la vida en resumidas cuentas. En las fases de abandono de las tierras, la malaria vuelve una y otra vez, incansablemente: el emplazamiento de un antiguo *emporion* arcaico fue bautizado "Gravisca" por los romanos, en referencia directa a la insalubridad del lugar (*gravitas coeli*).

Demografía

La ocupación de tierras implica saber cómo evaluar el peso demográfico de la población que se asienta ahora en los márgenes del mar Mediterráneo. No tenemos elementos para hacer una aceptable demografía cuantitativa de la Antigüedad, y todavía menos para la época arcaica. Sin embargo, los historiadores no están completamente inermes, pueden conseguir ciertos puntos de referencia que les permitan decir, o escribir, algo sin sentido. Desde el siglo pasado (Beloch), los estudios demográficos han conseguido unos resultados que no son despreciables.

Los métodos son más importantes que los resultados: comprobar progresivamente su validez es el único medio de conseguir algún día resultados fiables. En ese sentido, la historia antigua y la arqueología son ciencias "experimentales" que hacen intentos y los someten a la crítica histórica antes de afinarlos y volver a ellos o abandonarlos.

La arqueología permite diferentes vías de investigación, en la medida en que permite conocer las estructuras de habitación, los planos urbanos, la extensión de las tierras cultivables y la organización de los cementerios (necrópolis). Sin embargo, para lograrlo hay que tener datos completos o muestras representativas, y no siempre se da el caso. Entre un procedimiento científico y un mero cálculo "a ojo" que, de hecho, es demasiado subjetivo para ser un cálculo, existe una clara línea divisoria que es esencial.

En cuanto a las fuentes literarias, ofrecen indicaciones que son difíciles de controlar en la medida en que las cifras que poseemos no son estadísticas, sino datos parciales, muy a menudo interpretados en el marco de un contexto concreto. Se utilizan indicaciones sobre el número de barcos utilizados para una fundación, una partida, o una batalla naval que pone en juego a todas las fuerzas de la ciudad; se hacen cálculos a partir del número de hoplitas que participaron en una guerra.

A menudo, el punto de partida es el número de colonos que parten para fundar una colonia, y la referencia más común es la salida de los habitantes de Thera hacia la costa africana cuando la fundación de Cirene; tras un reconocimiento previo del lugar, los primeros colonos fueron transportados en dos barcos de 50 remeros:

> La ciudad (Thera) decidió que de cada familia partiera un hermano de cada dos, designado a suertes, y que cada uno de sus distritos –había siete– proporcionaría un cierto número de colonos, con Battos como jefe y rey. De este modo, hicieron partir hacia Platea dos pentecóntoras (Heródoto, IV, 153).

Surge entonces la cuestión de la capacidad de transporte de las pentecóntoras. Además de los remeros, ¿cuántos hombres cabían a bordo? Heródoto nos dice (VII, 184) que un navío de ese tipo, durante un combate naval, podía acoger, además de los remeros, una media de 30 hombres. De modo que podemos considerar que en total fueron unos 200 colonos de Thera los que partieron hacia África. Eran varones, jefes de familia, pues no hay referencia a mujeres; las primeras compañeras de los griegos pudieron ser mujeres indígenas. Este ejemplo proporciona un punto de referencia para la fundación de una colonia arcaica.

Se presenta no obstante una dificultad. Según los métodos utilizados, se puede alcanzar una cifra de *habitantes*, aquellos que viven en un lugar y en un momento dados, y donde se mezclan todas las categorías, o una cifra de ciudadanos varones y adultos, los *jefes de familia*, que participan en la asamblea del pueblo y votan. Ahora bien, es evidente que entre estos dos conjuntos hay toda una gama intermedia, según añadamos a los jefes de familia, las mujeres, los hijos, los extranjeros y los esclavos; esta última categoría es la más difícil de evaluar y, sin embargo, terminó por convertirse progresivamente en la más importante desde el punto de vista cuantitativo.

A continuación ofrecemos algunos ejemplos que utilizan tanto los datos literarios como los arqueológicos.

La población de una colonia griega en el siglo V: Hímera, en Sicilia

Esta colonia, que fue fundada por los calcidios de Zancla a mediados del siglo VII y, por lo tanto, es contemporánea de Cirene, se extiende a

la orilla del mar Tirreno, con una ciudad alta, con los lugares de habitación y los templos, y una ciudad baja en la llanura. Las excavaciones arqueológicas han conseguido un buen conocimiento de la organización del hábitat.

En 1972 un estudio (Asheri) cruzó los datos arqueológicos con los datos literarios, en concreto con un pasaje de Diodoro (XIII, 61, 1) que narra la evacuación de la población de la ciudad en el momento del asedio de Hímera por los cartagineses, poco antes de la célebre batalla del 480. Basándose en el número de trirremes utilizados y en el número de pasajeros que podían embarcarse en ellas, el autor llegó a la conclusión de que la población de la ciudad debía ser cercana a los 20.000 habitantes. Por otra parte, al examinar la organización del hábitat regular de la ciudad alta (el único que se conocía bien en el momento de la investigación), llega a la estimación siguiente: los 17 islotes urbanos y las 450 unidades de habitación debían de poder albergar a unas 4.000 personas aproximadamente (entre libres y esclavos). En ocasiones, a este estudio se le critica la gran diferencia que suponen los 4.000 habitantes de la ciudad alta respecto del total de 20.000 personas de la ciudad, calculada a partir del texto de Diodoro. ¿Existe una contradicción entre los textos y la arqueología? No parece ser el caso, porque los últimos estudios sobre el terreno demuestran que la ciudad baja era de hecho mucho más extensa que la ciudad alta. Por otra parte, probablemente haya que incluir en esos 20.000 habitantes a los que vivían en las granjas que, en momentos de peligro, se refugiaban inmediatamente en la ciudad.

El ejemplo de Hímera es todavía más sugestivo si se confrontan estos resultados con las cifras proporcionadas, hace ya un siglo, por los mejores especialistas: la población de Hímera se consideraba entonces como de 60.000 personas (Hom) o como de poco menos de 40.000 (Beloch). Semejante dato es esencial y demuestra que la investigación puede permitir afinar las cifras y limitar los riesgos de error.

Por último, la creíble y razonable cifra de 20.000 habitantes para Hímera confirma que hay motivos para sospechar de otra cifra proporcionada por Diodoro (XIII, 84) sobre la población de Agrigento para la misma época: 200.000 personas, de las que 20.000 serían ciudadanos. Es cierto que entonces Agrigento era notablemente más importante que Hímera, pero esa relación de 1 a 10 probablemente sea excesiva.

La población de Atenas y del Ática

Numerosos datos literarios, comenzando por Heródoto (V, 97 y VIII, 65), parecen concordar en la cifra de 30.000 ciudadanos (que no habitantes) para la Atenas del siglo V. Es posible que sea una cifra que nos ofrezca información sobre la población de la ciudad a finales del siglo VI, en el momento de la reforma de Clístenes.

No han faltado estudios sobre cuál era la capacidad de la Pnyx, el lugar de reunión de la asamblea del pueblo (*ecclesia*). En sus tres fases, la Pnyx tuvo una superficie consecutiva de 2.400 m^2, 3.200 m^2 y 5.500 m^2, lo que permite calcular el número de ciudadanos que la frecuentaba en 6.000, 8.000 y 13.750 personas (Gallo); esta cifra es muy inferior al número de ciudadanos, lo que se corresponde con lo que sabemos del absentismo que se practicaba entonces.

Ahora bien, parece que este estado de cosas se modifica en el siglo VI, cuando la asamblea es frecuentada con más rigor. A partir de ahí, es tentador intentar demostrar que la capacidad de los teatros podía contribuir a enriquecer el caso ateniense; no el teatro en tanto que lugar de espectáculo, lo que sería demasiado aleatorio dado el gran número de desconocidos (afluencia de espectadores, participación de las mujeres), sino el teatro como lugar de excepción para reuniones de la asamblea del pueblo. De hecho, sabemos que el teatro de Dionisos hizo esa labor en Atenas y que podía acoger a 17.000 personas sentadas, mientras que para ciertas votaciones el *quorum* era de 6.000 votantes. Evidentemente, sólo los ciudadanos varones adultos podían votar en la asamblea. Por lo tanto, podemos considerar que la cifra de hombres que eran ciudadanos estaba próxima a los 20.000. Habría que añadir a las mujeres, los niños, los extranjeros y los esclavos para obtener la población total.

Es notable encontrar una verificación de esos datos en un censo realizado a finales del siglo IV, que menciona a 21.000 ciudadanos varones, así como a 10.000 metecos y 400.000 esclavos (Ateneo, VI, 272c). A menudo se considera la cifra de esclavos demasiado elevada.

Hipódamo de Mileto y la población de las ciudades "ideales"

El arquitecto milesio Hipódamo vivió en el siglo V. Aparece tanto como un heredero de la filosofía jónica arcaica como un teórico de la

edad clásica, antes de Platón y Aristóteles. Según este último (*Política*, 1267*b)* Hipódamo sería el inventor de la división de las ciudades; pero la ambigüedad del texto no permite decir con certeza si Aristóteles pensaba en barrios concretos o en categorías sociales, o en ambos a la vez. De todas maneras, es un error considerar a Hipódamo como el creador del urbanismo griego, dado que la investigación arqueológica ha demostrado que en el mundo colonial griego ya había planes urbanos regulares dos siglos antes que él. En cambio, tuvo un profundo conocimiento del ámbito colonial y adquirió así experiencia para la organización de "ciudades nuevas". Su ciudad, Mileto, había fundado numerosas colonias en el mar Negro y probablemente él mismo participara directamente (según Hesiquio) en la fundación de la colonia de Turios, en la Italia meridional, a mediados del siglo V (en el 444). Concibió y realizó la organización urbana de la ciudad del Pireo, el puerto de Atenas, en donde había una plaza que llevaba su nombre (*Ippodameia agora*). Probablemente intervino en Mileto, por más que los textos no lo mencionen; en cambio, es poco probable que se ocupara de Rodas a finales del siglo V.

Hipódamo de Mileto pensaba en una ciudad compuesta por 10.000 ciudadanos varones (*Política*, 1267*b*). Seguramente esta cifra es un buen punto de referencia, dado que Hipodamos era un teórico, pero también un hombre de experiencias concretas. Desde ese punto de vista es útil recordar como comparación las ideas de Platón y Aristóteles.

Para Platón, en las *Leyes*, la cifra ideal de ciudadanos varones, propietarios de un lote urbano para su casa y de un lote de tierras en el territorio, debía ser de 5.040:

> Con vistas a fijar el número que conviene, decidamos que el número de jefes de familia será de 5.040 que, cultivando un territorio, también son sus defensores (*Leyes*, 737*e*).

Aparentemente, se trata de un cifra extraña, pero se han estudiado sus características y no lo es tanto, puesto que se trata del resultado de multiplicar los números del 1 al 7 ($1 \times 2 \times 3 \times 4 \times 5 \times 6 \times 7 = 5.040$), lo que es una clara referencia a las teorías pitagóricas; pues, como dice el mismo Platón, es divisible exactamente por 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9 y 10. Por otra parte, más allá del 10 también es divisible un gran número de veces, lo

que da un total de 59 divisores. De modo que es una cifra muy adecuada a las diversas reparticiones de los ciudadanos.

El contexto de las *Leyes* demuestra que para Platón esa cifra en absoluto debe sobrepasarse. El filósofo desconfía, por lo tanto, de las ciudades demasiado pobladas. Lo más importante para la *polis* no es el tamaño de su población, sino su capacidad para repartirla en el espacio y en diferentes subdivisiones de manera conveniente. Esta cifra de 5.040 posee un valor teórico, pero es notablemente inferior al número de ciudadanos de la Atenas que conocía Platón.

En el siglo IV, Aristóteles fue muy crítico con la proposición de Platón. Para él, la cifra de 5.000 –el filósofo se muestra ajeno a las sutilezas pitagóricas y redondea la cifra de 5.040– es demasiado elevada:

> En lo que concierne a la cifra de la población que acabamos de citar (5.000), no hay que ocultar que semejante multitud necesitaría un territorio tan vasto como Babilonia, o algún otro emplazamiento de extensión ilimitada, de donde obtendrían su alimento esos 5.000 hombres que no están obligados a trabajar, y a los cuales hay que añadir la masa mucho más numerosa de mujeres y gentes de servicio que giran a su alrededor (*Política*, 1265*a*).

Aristóteles prefería otra cantidad, mencionada por Platón en la *República*, olvidando, o haciendo como que olvidaba, que esas 1.000 personas que mencionaba no hacían referencia a una población "ideal", sino que era una cantidad ridículamente baja:

> Durante tanto tiempo como tu Estado permanezca fiel a las disposiciones que hace poco le fueron asignadas, será un gran Estado; no me refiero al renombre, aunque será muy grande en verdad, cuando incluso el ejército que lo protege no será más que de un millar de hombres (*República*, IV, 423*a*).

Al comparar a Hipódamo, Platón y Aristóteles, se aprecia la originalidad del primero. Igual que ellos, es un teórico; pero se diferencia en que tiene en cuenta la realidad, y ésta demuestra que la mayor parte de las ciudades griegas de todo el mundo mediterráneo tenía una población de por lo menos 10.000 ciudadanos, sobre todo después de los últimos decenios del Arcaísmo, que habían visto la reconstrucción de numerosos templos y fortificaciones, así como la ampliación de las necrópolis. En ese sentido, Hipódamo es un conservador (Gernet, Asheri).

Ciudad y urbanismo

¿Cómo estaban organizadas entonces las ciudades del Mediterráneo arcaico? Las viejas urbes orientales, cuyos ejemplos se encuentran en Susa y Nínive, en Ebla y Ugarit, eran frecuentes en el Oriente Medio y Próximo en el III y el II milenio. En el siglo V, Heródoto nos dejó una soberbia descripción de la ciudad oriental por excelencia, Babilonia, que visitó en su declive. La describe con amplitud (I, 178 y ss.), a un lado y otro del Éufrates, en el interior de un recinto de ladrillos cocidos precedido por un foso, con sus calles rectilíneas y sus casas de 3 y 4 pisos, con su palacio real y su santuario, en el centro del cual había una torre escalonada: el zigurat.

Al comienzo de los siglos arcaicos, las experiencias urbanas cercanas al Mediterráneo son escasas: las ciudades cretenses y después las micénicas de la Argólida habían sido destruidas y la ciudad de la epopeya –Troya– se encontraba en la orilla anatolia, allí donde algunos siglos después aparecieron las ciudades griegas. Sin embargo, las ciudades de la Grecia asiática, como Focea, Esmirna o Mileto, no están formadas por conjuntos de casas más organizados que las viejas ciudades de Grecia: Atenas, Corinto o la Tebas de Beocia. No son más que pueblos grandes, preocupados por cuestiones defensivas más que por el urbanismo. Eran cabañas apiladas en torno a un promontorio –ciudadela y acrópolis–, como Micenas, que tenía una superficie de 5 hectáreas en el interior del recinto.

En Atenas subsistió durante mucho tiempo una situación de tipo micénico, hasta que el poder político abandonó la acrópolis en favor de la llanura del ágora, en donde se encontraba la necrópolis de Dipilón, dejando a los dioses sobre la loma. En Roma, primero hubo cabañas sobre colinas –el Palatino y el Capitolio– con una necrópolis en el valle; posteriormente, la "fundación" de la ciudad, debida a Rómulo según los textos, se tradujo en la organización del hábitat del Palatino –la *Roma cuadrata* de las fuentes, rodeada por una empalizada y un foso–, mientras que los dioses guardaban el Capitolio y el valle se convertía en el lugar de habitación de la realeza (*Regia*) y en el centro de la vida política y cívica (*Forum*).

Muy a menudo, la población estaba repartida en poblados (*kata komas*) próximos, pero separados los unos de los otros. Así se presentaba

la ciudad de Esparta (Tucídides, I, 10). Las unificaciones políticas que tuvieron lugar –los "sinecismos" (el hecho de habitar juntos)– no terminaron automáticamente en la creación de un conjunto urbano, sino más bien en el dominio de la aglomeración más importante sobre los demás poblados, preludio del poder de la ciudad (*polis*) sobre su territorio (*chora*).

El urbanismo mediterráneo no existía entonces, lo creará el Arcaísmo a través de las experiencias coloniales griegas y, quizá, de las fundaciones fenicias. Éstas son muy difíciles de analizar en la actualidad. Las viejas ciudades fenicias del Oriente Próximo, como Tiro, Sidón o Biblos, se conocen mal para los siglos arcaicos y la primera estratigrafía seria en un entorno urbano fue realizada en Tiro hace apenas diez años (Bikai). En Occidente los emplazamientos fenicios muy a menudo fueron reocupados en la época helenística y romana (Cartago, Nora, Tarros) y es difícil realizar excavaciones en extensión. Sin embargo, en Motia y en España, situaciones en apariencia más simples no han dado resultados determinantes desde ese punto de vista. Las recientes excavaciones de los arqueólogos alemanes en Cartago son las que nos proporcionan las indicaciones más valiosas.

La cuestión es la siguiente: ¿esas aglomeraciones fenicias, a las que realmente no sabemos cómo llamar para no equipararlas de manera abusiva o prematura con ciudades (*poleis*) griegas, tenían ya en la época arcaica una organización urbana específica? Si la respuesta es afirmativa ¿qué principios seguían? En la actualidad, todavía es difícil responder a esa cuestión. Cartago parece presentar una organización regular del hábitat desde el siglo VIII. Sin embargo, los espacios públicos aún no revelan una disposición clara, y la planta de las primeras casas fenicias todavía es incierta, pese a las estratigrafías de Tiro y Cartago.

Poco más o menos, lo mismo sucede en las ciudades etruscas de Caere, Tarquinia, Vulci, Vetulonia y Populonia, directamente relacionadas con la vida mediterránea; pero de las que sobre todo conocemos sus necrópolis, en tanto que los lugares de habitación arcaicos todavía guardan muchos de sus secretos. No obstante, gracias a recientes investigaciones, podemos decir que a finales del Arcaísmo en Etruria aparecen a menudo plantas urbanas regulares semejantes a las de la tradición colonial griega (Marzabotto, Spina, Regisvilla).

Tenemos que referirnos entonces a las ciudades griegas. La arqueología ha conseguido resultados extremadamente precisos para las ciudades coloniales de Sicilia, de la Italia meridional y del mar Negro; sin olvidar a Marsella que, gracias a intensas y fructuosas investigaciones, ya no es esa «ciudad antigua sin antigüedades» de la que hasta no hace mucho nos lamentábamos.

Los resultados de las investigaciones francesas en Mégara Hiblea fueron seguidos por una serie de fructuosas encuestas en toda Sicilia (Siracusa, Naxos, Camarina, Gela, Agrigento, Hímera y Selinonte), pero también en la Italia del sur (Posidonia, Metaponte, Síbaris, Crotona, Locros y Elea). Al mismo tiempo, en el mar Egeo (Thassos) y el mar Negro (Olbia e Istria principalmente) también se obtuvieron resultados importantes. Otras muchas ciudades, que es imposible citar de manera exhaustiva, aportan elementos complementarios.

Fundaciones y ritos

Antes de la fundación hay que llegar a la tierra extranjera, dar los primeros pasos sobre la arena. Lo primero que hacen los hombres es dirigir su pensamiento hacia los dioses, como hicieron los griegos provenientes de la ciudad de Calcis al tocar tierra en las costas sicilianas, algo al sur del estrecho:

> Los primeros griegos que desembarcaron en la isla fueron calcidios de Eubea que, dirigidos por su *oikistes*, se instalaron en Naxos. Erigieron en honor de Apolo Arquegeta un altar que en la actualidad se encuentra fuera de la ciudad (Tucídides, VI, 3).

Apolo es el dios de Delfos. Es el Arquegeta, *arquegetes*, que significa "fundador": el dios que, en la *Ilíada*, construye las murallas de Troya. Nada se hace sin el visto bueno de Delfos, en donde se revelaba la opinión del dios por medio de un oráculo, la Pitia, una mujer de la ciudad de Delfos que pertenecía a una familia de ciudadanos y a la que Esquilo presenta al comienzo de las *Euménides*, en el 458. En todos los relatos sobre fundaciones (*ktiseis*), el dios está presente a través de las palabras del oráculo, siempre ambiguas, pero ineluctables. Las muy

abundantes sentencias oraculares conocidas por los textos son a menudo resultado de reelaboraciones posteriores: el vocabulario utilizado en ocasiones confirma su arcaísmo; pero por conservadurismo, los oráculos eran expresados, incluso redactados, por los sacerdotes de Delfos con unas expresiones muy características y tradicionales. Al igual que la epopeya, son la expresión de una literatura oral, una de cuyas características es la improvisación. Entre los textos oraculares llegados hasta nosotros, algunos son reelaboraciones tardías, mientras que otros son auténticos, en concreto los que conocemos por medio de inscripciones de fechas antiguas.

Los fundadores que ignoraban el oráculo estaban abocados al fracaso. Por tanto, lo adecuado era ir primero a Delfos para conocer la opinión del dios y, después, honrarlo nada más llegar a destino:

> Desembarcaron en la orilla del mar y, sacando de las aguas el rápido navío, lo llevaron a tierra, bien arriba en la arena; dispusieron en sus flancos una línea de gruesos calces y construyeron un altar a la orilla del mar. Encendieron un fuego y, siguiendo las órdenes del dios, dedicaron en él blanca harina, orando agrupados en torno al altar. Tomaron seguidamente su comida cerca del rápido navío negro y ofrecieron libaciones a los dioses bienhechores, señores del Olimpo (*Himno homérico a Apolo*, v. 505-512).

Una vez realizados los ritos y hechas las oraciones, la labor del jefe podía comenzar. Lo primero que había que hacer era encontrar un emplazamiento adecuado:

> ¡Cuán poderosa memoria necesitaban los hombres de ese tiempo! ¡Cuántas indicaciones les eran dadas sobre los medios para identificar los lugares propicios para su iniciativa, sobre los sacrificios que había que hacer a los dioses de ultramar, sobre los monumentos de los héroes cuyo emplazamiento era secreto y muy difíciles de encontrar en regiones tan alejadas de Grecia! [...] ¡Cuántos indicios debían considerar para poder encontrar el lugar atribuido y fijado para cada uno de ellos para fundar su colonia! (Plutarco, *Sobre los oráculos de la Pitia*, 407).

A la cabeza del grupo se encuentra el *oikistes* (textualmente: "aquel que hace habitar"), del que a menudo conocemos el nombre –si la expedición está formada por emigrantes provenientes de dos ciudades, en ocasiones son dos– y cuya misión era dirigir el viaje –representaba

el papel de jefe, de *hegemon*–. Una vez llegados al lugar, el *oikistes* debía instalar su mundo, es decir, delimitar el espacio, organizar la red de calles y los barrios y, por último, repartir los lotes de tierra a cada uno de los hombres que le acompañaban y que tenían intención de convertirse en cabezas de familia. Si para el reparto se utilizaba un sorteo, es a él a quien le tocaba organizarlo.

En el siglo VIII, Homero conocía el proceso de las fundaciones que se estaban llevando a cabo, y resumía así la actividad de una fundación mítica:

> Había edificado un muro alrededor de la ciudad, construido casas, erigido templos a los dioses y repartido tierras (*Odisea*, VI, 7-11).

Había diferentes etapas. El espacio era urbano –la propia ciudad– y rural, el territorio (en griego *chora*). El espacio urbano era delimitado desde un principio; no es nada sorprendente, y si pensamos en los relatos de la fundación de Roma, vemos a Rómulo, que es un *conditor*, un *oikistes*, rodeando el espacio de la futura urbe (de hecho de la colina del Palatino: Tito Livio, I, 7, 2) trazando un surco en el suelo que los historiadores de Roma, que escribieron en latín, llamaban el *sulcus primigenius*. Leamos al historiador de lengua griega, Dioniso:

> Como ya no había obstáculos para la fundación de la ciudad, Rómulo fijó el día en que debían comenzar las operaciones, y se puso a prever los sacrificios a los dioses. Hizo los preparativos necesarios para ello y para acoger al pueblo y, el día convenido, comenzó haciendo los sacrificios a los dioses y ordenó seguidamente a los demás que hicieran lo mismo, según sus posibilidades. Seguidamente, consultó los auspicios, que fueron favorables, antes de encender algunos fuegos delante de las tiendas y hacer saltar al pueblo por encima de la llamas, para que se purificara de sus faltas. Cuando consideró que se había hecho todo lo que satisfacía a los dioses, convocó al pueblo al completo en el lugar designado y trazó en la cima de la colina un cuadrángulo mediante un surco continuo excavado por un arado tirado por un toro y una vaca, surco sobre el que estaba destinada a alzarse la muralla. Desde entonces, los romanos tiene la costumbre de trazar un surco alrededor de los lugares en los que construyen sus ciudades. Hecho esto, y tras haber sacrificado a los dos animales, ordenó inmolar a otras muchas víctimas y puso al pueblo a trabajar (Dioniso de Halicarnaso, I, 88, 1-2).

Este texto nos da una idea precisa y concreta sobre el modo en que se realizaba una fundación urbana. Se aprecia la importancia de los gestos, aunque Rómulo se inscriba tanto en la tradición etrusca como en la tradición griega. Todo está organizado con mucho cuidado, según un código de conducta que los fundadores conocían por las autoridades religiosas de sus ciudades de origen.

El surco es el símbolo del foso que los arqueólogos descubren en ocasiones, que se encontraba en el exterior de la fortificación. El límite de la ciudad fue, por tanto, delimitado desde un principio en negativo (el foso) y en positivo, aunque la muralla no fuera al comienzo más que el amontonamiento de la tierra extraía al excavar el foso. Heródoto ya había comentado esto mismo en relación a Babilonia. La muralla estaba hecha para proteger; es una realidad visible en el paisaje y señala la presencia de la ciudad. Sin embargo, su verdadera función va más allá: separa el mundo de los vivos del mundo de los muertos. En efecto, en el interior de las ciudades se encuentran los barrios con las casas y sus habitantes, así como los espacios públicos, mientras que el exterior es, sobre todo, el territorio de las necrópolis, situadas delante de las murallas y a lo largo de las rutas y caminos que salen de la ciudad. Los dioses se encuentran por todas partes, aunque su lugar sea preferentemente el centro de la ciudad.

Evidentemente, este relato, como buena parte de la tradición sobre los orígenes de Roma, es una reelaboración tardía debida a los historiadores de la época helenística, pero realizada a partir de datos históricos sobre la fundación de las ciudades etruscas y griegas arcaicas. Los historiadores tardíos hicieron que Rómulo se comportara como los fundadores griegos. Rómulo es un personaje mítico, construido a partir de datos históricos. Lleva un nombre corriente en la onomástica romana, etrusca e itálica de los siglos arcaicos, para hacer más verosímil todavía al personaje. Además, la tradición situaba la fundación de Roma en la misma época –mediados del siglo VIII– que la de las más antiguas ciudades griegas de la Italia meridional y de Sicilia, sobre las que se tenían datos concretos. Es decir, que había un paralelismo cronológico y un paralelismo en los modos.

Esta delimitación del espacio urbano –que en Roma es el *pomerium* (*post morum*)–choca a los arqueólogos, porque en las fundaciones

coloniales griegas se delimita un espacio muy grande, muy superior a las necesidades inmediatas del grupo de fundadores. Semejante espacio permaneció inalterable durante muchos siglos. Eso demuestra que nos encontramos frente a una operación de gran calado simbólico e ideológico, y no frente a un mero esquema práctico para la instalación.

Ciertamente no debieron faltar los conflictos; no hay más que recordar el mito del enfrentamiento entre Rómulo y Remo, y la muerte de este último, culpable de haber menospreciado los ritos.

El pensamiento, la práctica de la geometría y los lotes urbanos

Junto a sus compañeros, el fundador se orienta, toma medidas y practica una ciencia que entonces representaba un papel esencial.

Se trata de la geometría que, según el pitagórico Colaios de Samos, es el «principio y origen de todas las ciencias». Su desarrollo está ligado a la expansión de la matemática jonia. Los jonios y Tales de Mileto tuvieron en ello un papel importante. Según un testimonio tardío y dudoso de Proclo, los números pasan por ser una invención fenicia; nos gustaría saber si este testimonio está relacionado con las (falsas) tradiciones sobre el origen fenicio de Tales de Mileto.

Existe una estrecha relación entre la elaboración de los conceptos teóricos y la puesta en práctica de experiencias concretas *in situ*, que exigen "saber hacer", pero también, y sobre todo, "saber pensar". Teoría y práctica se refuerzan la una a la otra. Si recordamos que el nacimiento de Tales se sitúa verosímilmente hacia el 635, en la segunda mitad del siglo VII, cuando ya habían tenido lugar todas las grandes fundaciones coloniales, tanto en Occidente como en el mar Negro, llegamos a la conclusión de que el milesio Tales –igual que el milesio Hipódamo 150 años más tarde– fue antes que nada un compilador y codificador de experiencias coloniales en materia de urbanismo. No obstante, su mérito es notable y sus propuestas, que constituyen un estudio de las propiedades matemáticas de las formas, poseen una unidad notable.

Entre los compañeros de los *oikistai* –o entre los propios *oikistai*, que puede que hubieran sido elegidos por sus capacidades– se encuentran los primeros "ingenieros", a la vez teóricos y prácticos, que

contribuyeron, junto a sus colegas astrónomos, al nacimiento de la geometría y la matemática griega. Esos pioneros debieron beneficiarse de los conocimientos del mundo oriental y egipcio en ese campo, un mundo que se enfrentó desde muy pronto a problemas topográficos, dada la acumulación de aluviones de los grandes ríos y la necesidad de agrimensar el terreno. De esa opinión era Heródoto (II, 109) y, mucho más tarde, en el siglo V de nuestra era, Proclo lo dijo claramente:

> Muchos autores señalan que la geometría fue descubierta primero por los egipcios, ya que nació como resultado de medir los campos. Debido a la crecida del Nilo, que borraba los límites de las tierras particulares, para ellos era una necesidad medir los campos [...]. De igual modo que el conocimiento exacto de los nombres nació entre los fenicios, dados los intercambios comerciales y los negocios, fue [...] inventada en Egipto la geometría. Tales fue el primero en traer de Egipto ese campo para la especulación, que enriqueció con numerosos descubrimientos (*Comentario sobre el libro primero de los Elementos de Euclides*, 65, *passim*).

En ocasiones nos sorprendemos de la precisión conseguida y, sobre todo, al constatar que, en el interior de un espacio vacío, el fundador creó un marco virtual muy completo y elaborado. Por ejemplo, esa red que no se ve sobre el terreno –si no es por las estacas y unas estructuras ligeras que no conocemos– prefigura ya los espacios de las calles, del ágora y de los islotes urbanos en el interior de los cuales se edificarán las casas. Incluso se distinguen las calles largas (*plateai*) que constituyen los grandes ejes de la ciudad y las callejas (*steponoi*). Los excavadores de Mégara Hiblea se sorprendieron al descubrir que las primeras casas construidas se encontraban perfectamente integradas en un plano urbano que no se materializó más que muchos decenios después. Elaboraciones de este tipo sólo fueron posibles gracias a un conocimiento práctico del trabajo con cordel, del que se sabe que se encuentra en la definición geométrica de la línea recta. En el siglo VIII, Homero conocía su existencia y su manejo (cf. también *Odisea*, V, 245 y XVII, 341):

> Igual que el cordel alza un mástil de navío en las manos de un hábil obrero que conoce a fondo su arte (*Ilíada*, XV, 410).

Tras el marco general, los lotes urbanos. El reparto y la distribución de los lotes, *oikopeda*, es lo primero que necesitan para instalarse los

colonos que allí se encuentran. Construirán sus casas en un emplazamiento de tierra en el interior de los islotes; se trata de edificios de una sola habitación, cuadrada o rectangular, con una superficie del orden de los 20 m². La casa no ocupa todo el espacio, también hay un patio, a menudo con un pozo excavado para conseguir agua, así como una parcela anexa *(gepedon)*, en ocasiones utilizada como pequeño jardín. Este lote urbano es la unidad básica, la verdadera célula de la ciudad. En el territorio también hay, como veremos, un lote de tierra, un *kleros*, que es la propiedad agraria del colono. El principio de base de todo es la igualdad de los lotes, la *isomoiria*. El reparto del espacio prevee la igualdad de los hombres y la igualdad de las familias.

En los espacios públicos se encuentran los edificios que se necesitan para el adecuado funcionamiento de la colectividad. El lote del fundador está cercano al ágora (Cirene, Mégara Hiblea), allí en donde debía encontrarse el "punto cero" de la estructura topográfica; tras la muerte de éste se convierte en un lugar de culto en el que se recuerda su memoria, un *heroon*. El pritaneo es el lugar en el que se acoge a los extranjeros y donde tienen lugar las comidas públicas. Los pórticos (*stoai*) rodean al ágora, y probablemente sea allí donde duermen los habitantes que viven en el territorio y que van a la ciudad con ocasión de ciertas fiestas.

Los templos de los dioses se encuentran por todas partes, en la acrópolis, cerca del ágora, repartidos por la ciudad, en la orilla del mar, en las proximidades del puerto y, por último, en el exterior de la ciudad, y en su territorio, hasta sus mismos límites.

La tierra

La tierra es escasa alrededor del mar. Las orillas del Mediterráneo no poseen suficientes de esas amplias extensiones de limo fértil que fueron el origen de la grandeza de Mesopotamia y Egipto. En el corazón del mundo mediterráneo, Grecia y las islas del mar Egeo, no hay más que colinas. Los griegos del Arcaísmo conviven con tal situación, aunque el término que se refiere a la insuficiencia de territorio (*stenochoria*) sólo aparee en el siglo IV (Platón, *Las Leyes*, 708*b*).

La tierra escasea o está mal repartida; ese es el motivo principal por el que parten los colonos. La escasez de tierra engendra miseria y provoca revueltas y luchas internas (*staseis*) en las ciudades del viejo mundo de Grecia y las islas. Es consecuencia de una realidad social más que de una realidad geográfica: la tierra es escasa porque, de manera progresiva, el patrimonio tuvo que ser repartido entre familias en las que, generación tras generación, hubo que dividir la tierra y repartirla entre los hijos. Así es como, según Ed. Will, hay que entender un verso de Hesíodo, el primero que menciona una situación semejante:

Así podrás intentar conseguir el *kleros* de los demás, y otro no podrá conseguir el tuyo (*Los Trabajos y los Días*, v. 341).

Los aristócratas aumentaban sus dominios. Por eso, para luchar tanto contra las divisiones como contra las concentraciones, la redistribución del terreno era lo primero que reivindicaba el pueblo, el *demos*, en la Grecia arcaica. Los tiranos llegaron al poder a menudo prometiendo tierras. Los ricos, los "gordos" (*pacheis*), son aquellos que poseen la tierra. La verdadera aristocracia es la aristocracia de la tierra –como los *Gamoroi* de Siracusa–. Tierra para los cultivos, pero también para el ganado.

Los griegos parten en busca de tierra hacia Oriente y Occidente, hacia las llanuras que rodean el mar Negro, hacia las de Cirenaica, hacia las fértiles tierras volcánicas cercanas al Etna y al Vesubio. Llanuras en las que se practica el culto de Deméter, la diosa de las cosechas.

La riqueza agrícola es un motivo de orgullo que se incluye en las monedas de plata. Hacia el 530, Metaponto emite estateras (una estatera = dos dracmas) que poseen en ambas caras una espiga de cebada, en ocasiones acompañada por un saltamontes o por un delfín. Hacia el 460, la ciudad calcidia de Leontinos, en la Sicilia Oriental, pudo poner en el reverso de sus tetradracmas una cabeza de león rodeada por tres o cuatro granos de cebada. Este cereal, que tiene tanto valor nutritivo como el trigo, ha sido subestimado durante mucho tiempo en los estudios modernos.

De modo que hay un lote rural (*kleros*). Raros debían ser aquellos que, como ese corintio que participó en la expedición que terminó con la fundación de Siracusa, vendieron su *kleros* a cambio de un pastel de miel (Arquíloco, frag. 216). El *kleros* es algo muy serio. La palabra griega

significa "lo que es dado por la suerte". Este lote de tierra, no es una parcela pequeña, sino una porción de territorio que permite vivir a la unidad familiar básica (*oikos*). La llanura cultivable (el *pedion*) se dividide así, mientras que las zonas más alejadas –colinas, matorrales y carrascales– forman la *eschatia*, dejada al ganado y a la explotación artesanal de una economía de bosque.

Vistas las experiencias coloniales, Platón, imaginaba así las cosas para su ciudad ideal:

> Cada uno de los lotes será dividido en dos porciones, repartidas juntas, y una de ellas estará cerca (de la ciudad) y la otra alejada: de modo que un lote único estará formado por una porción próxima a la ciudad y una porción próxima a los extremos (del territorio) (*Las Leyes*, 745*e*).

Dejemos claro que no tenemos ningún ejemplo arcaico de semejante manera de proceder: Platón, que sueña con una ciudad ideal, pretende evitar así los conflictos que verosímilmente tuvieron lugar entre los colonos que se consideraban agraviados por el emplazamiento de su lote. En la división de los campos en dos sectores se aprecia el deseo de tener un acceso rápido y cómodo desde la ciudad, pero, sobre todo, de tener en cada lote tierras fértiles en el centro del *pedion*, y no sólo porciones periféricas con suelos de calidad media. Aristóteles hacía alusión a las viejas leyes que prohibían tener lotes de tierra cercanos a la ciudad que fueran demasiado grandes:

> Para hacer del pueblo un pueblo de agricultores, existían antiguamente ciertas leyes, en vigor en numerosos Estados, de una extrema utilidad, que prohibían poseer una extensión de tierra superior a una dimensión determinada; esta prohibición era total o limitada a las tierras situadas en tal y cual punto del país y la ciudadela o la ciudad (*Política*, 1319*a*).

De modo que existía el peligro de la concentración de bienes inmuebles, que destruye el principio de la *isomoira* y trastoca el equilibrio social y político de la ciudad.

Había que medir y prever el lugar donde se situarían las granjas. La investigación en los territorios de Gela en Sicilia, de Metaponte y Posidonia en la Italia meridional, de Olbia en el mar Negro, de Agda en el Mediodía francés y de Ampurias en España, permiten hacerse a la idea de que

desde la época arcaica se utiliza una organización y un catastro que ya estaban bastante más que bosquejados. Las investigaciones arqueológicas parecen indicar que ya desde finales del Arcaísmo es posible apreciar una división de la tierra, pero los ejemplos más determinantes son posteriores al siglo V. Como siempre sucede con las fases arcaicas, la dificultad consiste en lograr percibir e interpretar a través de las fases más recientes y de los catastros romanos.

Lo más importante es identificar los módulos y luego los lotes, cuyas dimensiones eran variables según las regiones, los cultivos, y la categoría social del propietario. Una gran heredad podía tener 10 hectáreas en los pequeños territorios de la vieja Grecia, pero sobrepasar las 20 en las vastas llanuras del Metaponto o el mar Negro. Un pequeño viñedo podía tener menos de 2 hectáreas. Había lotes pequeños del orden de 5 hectáreas y lotes cercanos a las 30.

Detrás de todo esto había unos rendimientos variables. Se piensa en unos rendimientos medios de 10 hectolitros de cereal por hectárea; pero sin olvidar que en la Sicilia romana había un rendimiento el doble de alto. Ahora bien, las necesidades de la población en términos de consumo, que también son de difícil estimación, llevan, según Jardé, a pensar en seis hectolitros por habitante y año, teniendo en cuenta que la tierra permanecía sin cultivar un año de cada dos: el año de barbecho ya estaba previsto por Hesíodo. De modo que un hombre tenía necesidad, por lo menos, de una ración de algo más de un litro de trigo por día, es decir, 1 *choinix*, como dice Heródoto (VII, 187).

Sin embargo, la alimentación arcaica consumía los cereales en forma de galletas, tortas y también en forma semilíquida, dejando mucho campo a las gachas y a los purés (no hay más que pensar en el *puls* romano). Había una gran variedad de granos y legumbres secas, pero también frescas; sin mencionar las plantas silvestres, como la escila, una planta con tubérculo que ya conocía en el siglo VI el poeta jonio Hiponax y de la que habría hablado abundantemente el filósofo Pitágoras de Samos, emigrado a Crotona a finales de ese siglo. A Jenófanes de Colofón, otro filósofo jonio del siglo VI, le gustaban las lentejas tostadas de Elea, mientras que una prostituta de Gravisca del siglo V se llamaba *Kyliphake*, "lenteja envuelta". Aristóteles, al contrario que otros como Calímaco, tenía razón cuando decía que las habas eran el plato favorito de Pitágoras.

El primer reparto de la tierra mediante la distribución de lotes fue, sin duda, uno de los momentos básicos de la "humanización" del Mediterráneo, entendiendo por ésta la toma de posesión por parte del hombre de los territorios; aunque no debamos imaginar a los griegos llegando a unos parajes desérticos. El tema griego del "territorio sin ocupar" (*eremos chora*) tiene muchos resabios de propaganda. En la mayor parte de las regiones existía un mundo indígena bastante bien estructurado y que en ocasiones practicaba actividades agrícolas, pese a no haber ocupado racionalmente el espacio.

La tierra no sólo se refiere a la agrícola, sino también a la campiña en general, que se corresponde a la *eschatia*, que ya hemos definido. Los movimientos estacionales de la trashumancia, dirigidos por las estaciones, introducen un elemento dinámico en la relación entre la costa mediterránea (*paralia*) y el interior de las tierras (*mesogaia*). A menudo se trata de un factor que debe tener en cuenta las relaciones entre la población de la llanura (griegos, fenicios y etruscos, por ejemplo) y los indígenas del interior. No cabe duda de que los caminos y las cañadas, cuyo uso se remonta a la prehistoria, fueron un elemento estructurador del paisaje mediterráneo; los filósofos reconocieron la antigüedad del término latino *callis*, la pista seguida por el ganado (no hay más que compararlo con nuestra palabra *calle*). Los fortines griegos (*phrouria*) fueron parcialmente instalados, desde los tiempos arcaicos, en función de ellos. Al mencionar las vías de trashumancia hay que pensar siempre que pueden ser los primeros elementos para el establecimiento de intercambios y de vías comerciales. Pastores y vaqueros son, junto a los colonos de la llanura, elementos dinámicos: la escasez de inscripciones griegas arcaicas nos impide poseer una documentación directa, pero en el siglo V Sófocles lleva al escenario a un pastor, el que recoge a Edipo niño:

> Tres veces
> en el Citeron, él con dos rebaños
> y yo con uno, nos pasamos un semestre
> juntos, desde la primavera hasta el orto de Arturo.
> En invierno devolvía mis animales al redil
> y él los suyos a los establos de Laios.
>
> *Edipo rey*, v. 1132-1139

Se ha demostrado (Le Lannou) que toda la historia de Cerdeña estuvo condicionada por esa complementariedad entre el nómada y el sedentario, entre el habitante del centro y el de la periferia, entre el hombre de la llanura y el de las colinas o las montañas. El pastor es equiparado al pirata, pues ambos son personas nómadas con ocupaciones estacionales. Frente a ellos se necesitan puntos estables: los santuarios.

Santuarios

Existe un Mediterráneo de los santuarios igual que existe un Mediterráneo de las ciudades. A todo lo largo de las orillas, de los cabos, de los promontorios y de las cimas de las montañas, surgen templos. Sin embargo, sería infructuoso realizar una lectura geográfica de la implantación de los santuarios y de sus templos, pues no son autónomos en su implantación y funcionamiento. Están relacionados con una comunidad humana que, en la época arcaica, es básicamente la ciudad-estado griega, la *polis*.

Todavía conservamos hoy día los imponentes restos de numerosos templos griegos. Es fácil ver que se encuentran en el corazón de las ciudades, como en la acrópolis de Atenas y en el centro de Paestum o Siracusa, en los límites de la ciudad, como en Agrigento, o en pleno campo, todavía más aislados. Esas son, en efecto, las principales categorías de santuario: urbanos, periurbanos o suburbanos, y extraurbanos (Vallet). El punto de referencia siempre es la ciudad.

A comienzos del Arcaísmo se aprecia un aumento en el número de santuarios. Restos de actividad cultual aparecen a comienzos del siglo X en Olimpia y, a finales del siglo IX, en Delfos y en Delos, en donde los primeros edificios religiosos se encuentran sobre el emplazamiento de estructuras micénicas que, a menudo, son restos de poblados. Por otra parte, se trata de una situación frecuente en Grecia. Desde el siglo VIII el mapa de los lugares de donde provienen las ofrendas y los objetos votivos que demuestran la presencia de prácticas cultuales se intensifica notablemente. En esta época las construcciones no son monumentales. Un santuario es un espacio sagrado, *temenos* (en plural *temene*)

"apartado" de su entorno y separado de él por un muro períbolo o mediante mojones (*horoi*). En el interior del períbolo hay templos, altares, pórticos, pequeñas estructuras cultuales diversas y depósitos votivos de estatuillas, figuritas y ofrendas, como puedan ser trípodes de bronce del siglo VIII y los vasos con inscripciones dedicatorias del siglo VII y sobre todo el VI.

Esa construcción monumental que es el templo aparece progresivamente. Primero se construye de madera, después de piedra. Con ese fin las ciudades explotan grandes canteras en donde se realiza mucho del trabajo de desbastado de la piedra: las canteras de Selinonte en Sicilia son muy conocidas. A tenor de lo que se sabe de las canteras del Ática en el siglo IV, podemos pensar que eran propiedad de santuarios, aunque era la ciudad la que organizaba su explotación (Ampolo). Es el momento adecuado para recordar que en las ciudades había talleres especializados en el trabajo de la piedra, ya fuera para la construcción de los templos y los edificios públicos, ya fuera para la realización de las murallas, muelles, fuentes y sarcófagos de piedra.

Estos talleres fueron particularmente activos en el momento en que, debido a motivos políticos, las ciudades se empeñaron, con sus tiranos, en una política de grandes obras. Los grandes constructores de templos fueron los tiranos, que quisieron así honrar a los santuarios de Delfos y Olimpia o embellecer su ciudad: los tiranos Polícrates de Samos, Periandro de Corinto, Teágenes de Mégara, Pisístrato de Atenas, Fálaris y Terón de Agrigento y Gelón e Hierón de Siracusa fueron todos grandes constructores.

Los santuarios urbanos, situados en el corazón de la ciudad, eran espacios sagrados definidos desde el momento de la fundación, mientras que los santuarios extraurbanos, implantados en el territorio, aparecieron una generación después. Estos últimos son extremadamente preciosos para comprender las etapas de la toma de posesión, simbólica pero también concreta, del territorio por parte de los griegos.

La mayor parte de las veces, los santuarios extraurbanos de Grecia eran visibles en la acrópolis de la ciudad. En Roma y en el mundo colonial no pasaba lo mismo, pues la escala geográfica era diferente, de modo que en ocasiones estaban más alejados. La ciudad, al implantar sus santuarios en el territorio, distribuye por él una especie de monumentales

mojones sagrados; los santuarios están allí para ser vistos por el mundo indígena al que, con su presencia, recuerdan la toma de posesión colonial. No importa si la ciudad no los vuelve a ver, lo esencial es la posición estratégica de esos jalones: en vías de trashumancia, en puntos de control del territorio, o incluso sobre promontorios o a lo largo de los ríos que señalaban una frontera. En los márgenes del territorio, en la *eschatia*, el emplazamiento de los santuarios fue un aspecto de la formación del territorio de las ciudades, en concreto de las ciudades coloniales.

Fronteras

Las fronteras aparecen por todas partes en el Mediterráneo. Los hombres no cesan de trazarlas, y lo primero que ve el observador en los paisajes mediterráneos tradicionales son los muretes de piedra en seco que permiten los cultivos en terrazas, pero que también son un testimonio de la voluntad secular de dividir el espacio. Las fronteras naturales –los ríos y los arroyos, los estrechos y los estanques, los picos de las montañas y el fondo de los valles– no bastan.

Las fronteras arcaicas se materializaron de diversas maneras. En ocasiones mediante fortificaciones y murallas, con muros de perίbolo, con redes de fortines (*phrouria*) y de torres (*purgoi*), con muros medianeros en las ciudades o muretes en los campos. En el mundo griego, a menudo con mojones, los *horoi*. Si los cipos con la mención *tular* ("límite") del país etrusco son por lo general más tardíos, en cambio los *termini* de Roma se remontan al Arcaísmo y permiten situar los *fines*.

Suprimir su frontera, quitar sus mojones es, de alguna manera, hacer desaparecer la ciudad o algunos de sus componentes. El primer conflicto entre ciudades griegas fue un conflicto de fronteras, entre Calcis y Eretria, por la posesión de la llanura lelantina, en la isla de Eubea:

> Cuando se luchaba, era siempre entre ciudades que tenían una frontera común (Tucídides, I, 15).

La frontera es el mundo del margen, el lugar de los cazadores y los pastores, un sitio básico en la iniciación del efebo ateniense, del joven

que pasa a la edad adulta y que "gira alrededor" del territorio de la ciudad *(peripolos)*. Es el «cazador negro» de P. Vidal-Naquet, que frecuenta los márgenes del territorio durante el segundo año de la efebía (Aristóteles, *La Constitución de los atenienses*, 42, 4).

Estos son algunos ejemplos:

•Lemnos, isla del mar Egeo, fue para los griegos en general y para los atenienses en particular, un lugar en el "fin del mundo", una tierra de frontera. Nada es normal en los mitos que transcurren en ella. Las mujeres huelen mal y degüellan a sus maridos para, a continuación, unirse a unos extranjeros de paso, los Argonautas. El héroe de la guerra de Troya que fue abandonado en ella, Filoctetes, se convierte en un ser marginal, que sufre una enfermedad que le convierte en alguien repulsivo. Según se los imaginaban los atenienses, el salvajismo y la bestialidad era el antiguo modo de vida de Lemnos.

•El ejemplo de la Roma arcaica, que hereda algunas prácticas etruscas sobre fronteras (*Etruscus ritus*), es igual de instructivo. Había un dios, *Terminus*, el dios del mojón, que protegía los *termini*, y se le festejaba con ocasión de la fiesta de las *Terminalia* (23 de febrero):

> Los dos señores (de dos terrenos contiguos) te coronan cada uno por un lado para ofrecerte cada uno una guirnalda, y cada uno un pastel sagrado [...]. Tú marcas el límite de las naciones, de las ciudades, de los reinos inmensos. Sin ti cualquier campo será motivo de litigio (Ovidio, *Fastos*, 645-660, *passim*).

La tradición hacía remontar esas prácticas a la época de los primeros reyes. La implantación de un mojón era un acto religioso y quitarlo o desplazarlo constituía un sacrilegio (*crimen termini moti*).

La ciudad de Roma estaba rodeada por cipos que indicaban los límites del espacio urbano en tanto que espacio sagrado, el *pomerium*. Desde los siglos VIII-VI, el territorio de Roma tenía unas fronteras que estaban marcadas a lo largo de todos los caminos que se alejaban de la ciudad. En los confines se instalaron Santuarios como el de Dea Dia, en la Maglianna, para marcar los extremos del territorio romano, *ager Romanus antiquus*. Esos santuarios, que en la época arcaica eran más bien zonas que monumentos, en ocasiones tuvieron connotaciones guerreras y militares: allí donde la vía Apia atravesaba ese límite, tuvo lugar, según la tradición, el famoso combate entre los Horacios y los

Curiacios. En ocasiones las referencias eran agrarias, y en ese contexto se celebraban las fiestas de los *Robigalia* (25 de abril): Robigus era una calamidad para los cereales, la roya del trigo, «uno de los raros poderes malos que recibe culto» (Dumézil). De modo que según de qué lado se la mire, la frontera remite al territorio o a la guerra. Celebrar una plaga de la cosecha en los límites del territorio significa hacer votos para su expulsión.

Estrabón menciona otra fiesta, las *Amburalia*, cuyo nombre significa "girar alrededor de las tierras cultivables":

Entre el quinto y el sexto mojón militar, existe un lugar conocido con el nombre de Festoi que se dice que es el límite del suelo romano. En ese lugar y en otros muchos considerados hoy día como frontera de Roma, los sacerdotes celebran el mismo día sacrificios en una fiesta llamada *Ambauralia* (Estrabón, V, 3, 2).

La frontera romana es, por tanto, un lugar para realizar rituales específicos. En caso de conflicto, el sacerdote –el festial– que iba a hacer la reclamación en nombre de los romanos, se detenía sobre la frontera:

Al llegar a la frontera (*fines*) del país al que se le hace una reclamación, el enviado se cubre la cabeza con un velo de lana (*filum*) y dice: «Escucha, Júpiter; escuchad, fronteras de tal o cual pueblo –aquí las nombra– y que el Derecho Sagrado me escuche también» (Tito Livio, I, 32, 6).

•El estado de ánimo griego es el siguiente:

Debemos considerarnos colonos que, habiendo partido para fundar una ciudad en un país extranjero y poblado por gentes hostiles, deben hacerse dueños del terreno desde el primer día, o verse condenados en caso de fracaso a no encontrar a su alrededor más que enemigos.

Platón sacará conclusiones de ello y propondrá la siguiente ley:

La primera ley que hay que promulgar es la de Zeus "protector de los límites" y en los términos siguientes: «Que nadie desplace los límites de la tierra, ya sean los límites que lo separan de un vecino que es su compatriota, o que su propiedad esté delimitada por la frontera del país y que por un lado tenga a un extranjero por vecino» (*Las Leyes*, 842*e*).

En cuanto a Aristóteles, recuerda que, según se viva en el centro o la periferia del territorio, no se tendrá la misma visión de la frontera:

> Algunos pueblos prohíben a los ciudadanos que viven cerca de las fronteras tomar parte en las deliberaciones referentes a los conflictos con los pueblos vecinos, creyendo que su interés particular les hacía incapaces de deliberar con sangre fría (*Política*, 1330*a*).

Sin embargo, la frontera no es sólo una separación, también es un punto de encuentro, una encrucijada, y Hermes era tanto el dios de los mercaderes como el protector de las fronteras. Ese era uno de los aspectos de su ambigüedad. La cuestión de la frontera desemboca también en la problemática de la *frontier history* que enmarca por completo las relaciones entre colonos e indígenas, aquellos que llegan y aquellos que se quedan o quieren quedarse, la utilización de la mano de obra indígena en el mundo colonial y la cuestión de las mujeres.

La frontera es uno de los elementos claves para la comprensión de las sociedad arcaicas. Es necesaria, incluso indispensable, ya que se trata de crear una separación entre lo privado y lo público, los muertos y los vivos, los ciudadanos y los esclavos, los pastores y los campesinos, los hombres y las mujeres, los griegos y los bárbaros, los amigos y los enemigos, los dioses y los hombres.

La presencia de los dioses en el territorio

La función básica de los templos es albergar la estatua del dios o la diosa. Las divinidades son numerosas, de modo que muy a menudo no somos capaces, al carecer de textos o inscripciones, de atribuir a una divinidad concreta los restos arqueológicos de un templo, por ejemplo el de Selinonte. Sin embargo, entre las atribuciones seguras se distinguen cuatro divinidades: dos dioses y dos diosas.

Apolo, el dios arquitecto y fundador, señor de los dos grandes santuarios de Delfos y de la isla de Delos, en las Cícladas, así como el de Corinto. También tenía un oráculo en Dídimo, cerca de Mileto (Heródoto, I, 157), en un santuario controlado y servido por la poderosa familia

sacerdotal de los Bránquidas, que ya era célebre a finales del siglo VII, en el momento de la victoria del faraón Necao sobre los tirios, en el 608 (II, 159). Antes de ser destruido provisionalmente por los persas en el 494 (VI, 19), este santuario había recibido ofrendas de Creso del mismo peso que las que había enviado a Delfos (I, 92).

En honor de Apolo se construyó en Siracusa, a comienzos del siglo VI, el primer templo monumental, situado cerca del puerto. Rodeado de columnas (períptero), tiene una forma muy alargada, como todos los templos arcaicos de Sicilia (58,10 m de largo y 24,50 m de ancho) y es de estilo dórico; por encima de las columnas era de madera, una técnica desaparecida después, y en el escalón más alto había una inscripción griega que ha sido motivo de debate entre los epigrafistas, pues mencionaba –un hecho excepcional– el nombre del arquitecto que construyó las columnas de piedra, lo que chocó a sus coetáneos:

> Cleómenes hizo para Apolo (el templo), el hijo de Cnidieidas, y erigió las columnas, obra notable.

Hera, esposa de Zeus, al que acompaña en Olimpia, tiene su casa en Argos, en donde Policleto le hizo en el siglo V una soberbia estatua de oro y marfil (Pausanias, II, 17, 4) que se encontraba en el Heraion, un característico santuario extraurbano, en los límites de la llanura argiana. La riqueza de los depósitos votivos arcaicos de este heraion es excepcional, destacando los 90 espetones para asar (*obeloi*) de bronce. La diosa también tiene un santuario en Peracora, cerca de Corinto, en donde se descubrió la maqueta en tierra cocida de un templo de comienzos del siglo VIII.

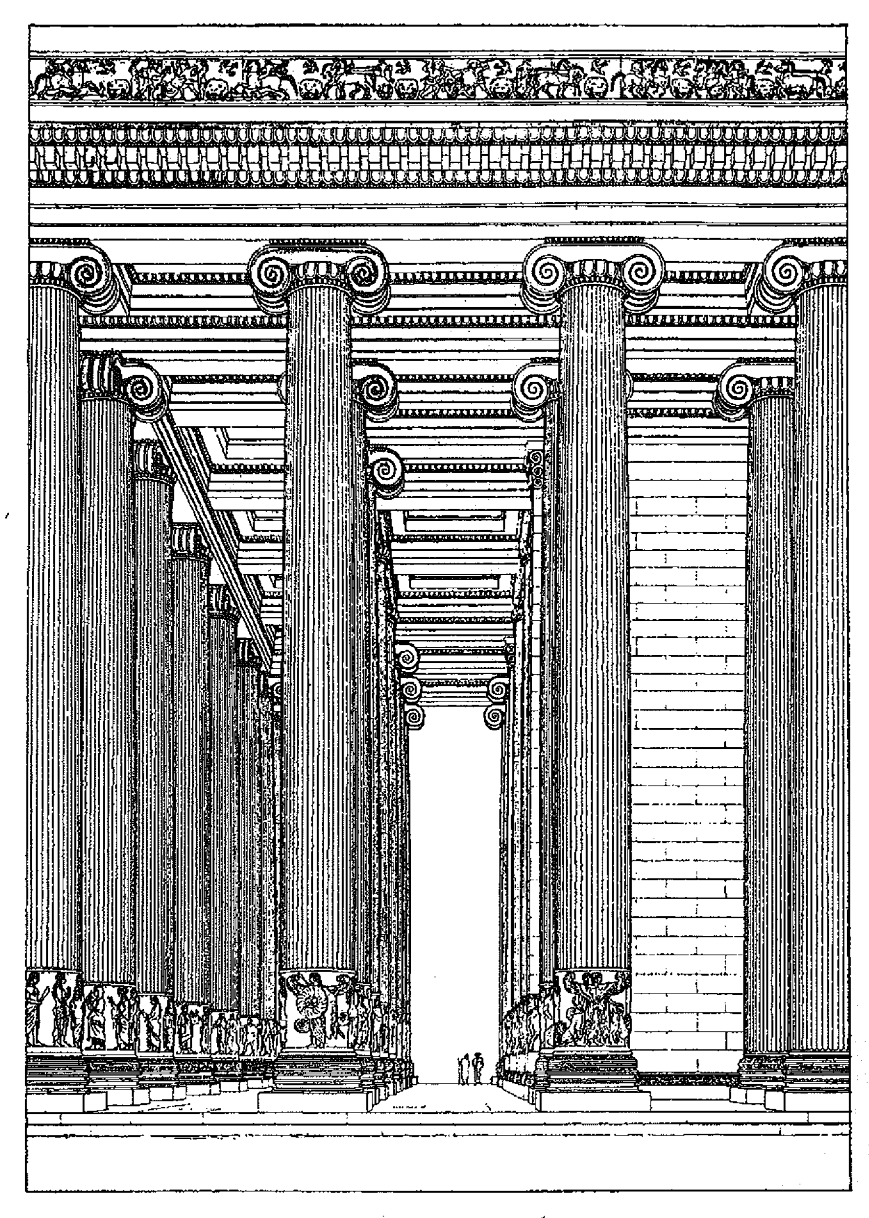
En Samos, por lo menos desde el siglo VIII, Hera tiene un templo y recibe culto. Una inundación destruyó el primer templo hacia el 670 y entonces se construyó un segundo templo, mientras que otros elementos del santuario fueron construidos, en concreto un gran pórtico (*stoa*), para acoger a los peregrinos. Un tercer templo fue construido hacia el 540. El nuevo heraion medía 105 m de largo y 52,50 m de ancho; esta vez tenía una doble columnata (díptero), igual que el templo de Artemisa en Éfeso y, como él, era de estilo jónico. Era obra de Roico y Teodoro, arquitectos pero también ingenieros y escultores. No tardó en ser destruido por un fuego, puede que en el momento del acceso del tirano

Polícrates al poder (hacia el 538). Surgió entonces un cuarto templo, ligeramente más largo incluso que el anterior (108,63 m de largo por 52,45 de ancho). Era el templo de mayores dimensiones de Grecia, pero no fue terminado.

En la Italia meridional, Hera, diosa predilecta del mundo aqueo del Peloponeso, predomina sobre todo en torno a dos ciudades: Posidonia y Crotona. En Posidonia tenía dos templos en pleno centro de la ciudad; estaban al lado uno del otro, en una misma zona sagrada, con el altar delante de la entrada, en el lado este; hoy día son conocidos como "Basílica" y "Templo de Neptuno". El primero (Hera I) fue construido hacia el 540/530, el segundo es un siglo más reciente. Son de estilo dórico y el más antiguo tiene una columnata central, que es una disposición poco frecuente. Pero Hera también era preponderante en el territorio de Posidonia, ya que era la diosa adorada en el gran santuario extraurbano cercano al río Sele, en los confines del territorio, en donde las excavaciones han sacado a la luz unas espléndidas metopas esculpidas, pertenecientes a uno o varios edificios, cuya decoración narra diversos episodios míticos (museo de Paestum). A su lado fue edificado un gran templo hacia el 500, también con metopas esculpidas. Se trata de la Hera de Argos (Estrabón, VI, 1, 1) que era venerada aquí con el nombre de Hera *Hippia*, en referencia al caballo y, a través de éste, a diferentes aspectos relacionados con la importancia del terruño.

En el territorio de Crotona, a 9 km de la ciudad, que también tenía lugares de culto a la diosa, había otro gran santuario extraurbano dedicado a Hera, que aquí era *Lactinia*, pues estaba en el cabo Lacinion, un gran punto de referencia en la costa entre el estrecho de Mesina y Tarento (Estrabón, VI, 11-12); en ese lugar, que en principio fue un bosque sagrado, está testificado el culto desde mediados del siglo VI, pero el templo data de la primera mitad del siglo V. El renombre del santuario fue grande hasta la época romana.

Atenea no sólo está presente en la acrópolis de Atenas. En Focea, en 1954, fueron sacados a la luz, sobre un promontorio que domina el mar, los restos de un templo jónico de toba dedicado a Atenea datados en los años 570-560; debió ser el que fuera quemado por los persas (Pausanias, II, 31, 6 y VII, 5, 4) en el 545. Había otro en Marsella (Estrabón, XIII, 601; Justino, XLIII, 5, 6).



El templo de Artemisa en Éfeso.
(Según H. Berve, G. Gruben, M. Hirmer, Temples et santuaires grecs, *París, Flammarion, 1965, p. 257.)*

Atenea también tenía un santuario en la isla de Rodas, en Lindos, que era célebre a mediados del siglo VI, debido a que el faraón Amasis hizo ofrendas que alcanzaron gran fama, en concreto un coselete de lino (Heródoto, II, 182 y III, 47).

La diosa también tenía un templo importante en Poseidonia, conocido en la actualidad con el nombre de "Templo de Ceres", que fue construido hacia el 500 y cuya identificación está asegurada por un depósito votivo encontrado junto a numerosas representaciones de la diosa armada.

En Sicilia, Atenea era honrada bajo numerosas advocaciones y en muchos lugares, pero especialmente después del 480, tras la victoria de Gelón de Siracusa y los griegos sobre los cartagineses en la batalla de Hímera. Al recibir a los embajadores cartagineses que llegaron para pedir la paz, Gelón puso como condición la construcción de dos templos en donde serían depositados los tratados de paz (Diodoro, XI, 26, 2), condición que fue aceptada, pero ningún texto menciona donde fueron edificados los templos. Es probable que se tratara de un templo dórico de Hímera conocido hoy como el "Templo de la victoria" y que se encuentra en la ciudad baja; el segundo templo tiene todas las posibilidades de ser el *Athenaion* de Siracusa, también dórico, y en la actualidad integrado en la catedral de la ciudad. Siempre ha llamado la atención la proximidad estilística entre los dos templos, lo que hace de ellos templos gemelos arqueológica e históricamente hablando. El hecho de que sean dos templos de Atenea, lo que ha quedado demostrado mediante la arqueología, confirma el aspecto guerrero de la diosa, que durante mucho tiempo será la diosa anticartaginesa de los griegos de Sicilia.

Artemisa es la hermana de Apolo. Se la encuentra por todo el Mediterráneo, atenta a la naturaleza, las fuentes y los puertos. Es, por ejemplo, la diosa que, desde Éfeso a Marsella pasando por Roma, parece acompañar las emigraciones jonias. Su gran templo de Éfeso se encontraba a 1,2 km de la ciudad (Heródoto, I, 26). Precedido por diferentes estructuras cultuales que las recientes excavaciones nos han permitido conocer mejor, fue construido a partir del año 560; la mayoría de sus columnas fueron ofrendadas (es decir, pagadas) por el rey lidio Creso (I, 92). Era de estilo jónico, con columnas con acanaladuras finas que reposaban sobre basas con molduras y coronadas por capiteles guarnecidos con dos volutas, en tiempos pintadas de colores abigarrados.

El tambor inferior de las columnas llevaba bajorrelieves esculpidos, mientras que en la parte alta del templo un friso de mármol rodeaba el edificio con una decoración de carros, caballos y jinetes.

Allí por donde pasaban los jonios surgían templos de Artemisa –los *Artemisisa*–. Textos a menudo tardíos, como los de Estrabón, muy bien informado por parte de Artemiodoro de Éfeso, un sacerdote de Artemisa del siglo II que había recopilado todo lo que se sabía en su tiempo del culto de la diosa efesia, nos hablan de ello. Aparecen citados el *artemision* de Marsella, el del delta del Ródano (sin localizar todavía), el de la isla de Giannutri, al sur de la isla de Elba, y el del cabo de la Nao en España. En Roma, en la colina del Aventino, es decir, justo encima del *emporion* arcaico, se construyó un templo a Artemisa durante el reinado de Servio Tulio, a mediados del siglo VI. Toda esta colección de *artemisia* hay que ponerla en relación con la llegada de fugitivos a Occidente tras la conquista de las ciudades de Jonia por los persas (Heródoto, I, 166). Entre los fugitivos se encontraba una sacerdotisa del templo de Artemisa de Éfeso, Aristarca, que guió a uno de los convoyes hasta Marsella (Estrabón, IV, 1, 4).

La presencia de un gran templo de Artemisa en Corcira (Corfú), construido poco después del 600, podría ponerse en relación con el papel de los foceos en el Adriático mencionado por Heródoto (I, 63); precisamente en el mismo momento en que los foceos llegan a Occidente para fundar Marsella. Sin embargo, el estilo dórico del templo y la decoración del frontón denotan la influencia preponderante de los talleres corintios. En cambio, la construcción de un gran *artemision* jónico en Siracusa a finales del siglo VI, de 59 m de longitud y 25 m de anchura, obra de un taller quizá samio, podría inscribirse en una corriente jonia que llega también a Sicilia, en donde se menciona un barrio (*chorion*) foceo en Leontinos y también en la Sicilia oriental (Tucídides, V, 4, 4).

Una visión general de las ciudades y los territorios

Los dioses y las diosas siempre están viendo el mundo de los hombres, sus ciudades, sus campos y sus templos. Los hombres también

tienen la necesidad de mirar al mundo en el que viven y mostrárselo a los otros hombres.

Las ciudades arcaicas, fundadas entre los siglos VIII y VI, se desarrollan, se organizan y se estructuran. La población aumenta y el hábitat se hace más denso. En un entorno de construcciones relativamente frágiles, en donde los incendios debían ser frecuentes, los barrios ofrecen a los arqueólogos la imagen de conjuntos o reconstrucciones, reestructuraciones, acondicionamientos, extensiones y redistribuciones que no hacen sino sucederse una detrás de otra. La inestabilidad de las residencias humanas, sometidas a tantos azares, refleja la inestabilidad de los grupos familiares en trance de constituirse. Las épocas helenística y romana verán aumentar el número de familias poderosas y asentadas, cuyas grandes casas son buena prueba de ello. Desde el siglo VI, en Atenas, Roma y Siracusa, por citarlas sólo a ellas, estas viejas familias son conocidas por los textos; las recientes excavaciones realizadas en las laderas del Palatino en Roma han permitido sacar a la luz algunas casas, *domus*, imponentes.

Frente a estos lugares de habitación que comienzan a emerger, las ciudades comienzan a buscar enseguida algo que las represente. En primer lugar para ellas mismas, es decir, para sus habitantes, pero también para las ciudades vecinas, amigas o rivales, para el ámbito indígena que vio implantarse a la colonia en sus tierras y con la que tiene relaciones variadas, y por último para los navegantes que frecuentan la costa para realizar intercambios comerciales. Es decir, para todo el entorno humano para el que existe la ciudad.

A menudo se tiene tendencia a creer y decir que esta "puesta en escena" de la ciudad de cara a los otros es un rasgo típico de las épocas helenística y romana. No hay más que pensar en los ejemplos de Pérgamo y Alejandría, pero también en la Roma del final de la República y de comienzos del Imperio, organizando sus foros con claras intenciones ideológicas y políticas.

El final del Arcaísmo ve cómo comienza a perfilarse el proceso. No hay más que pensar en algunas grandes realizaciones.

La vía sagrada de Delfos serpenteaba a través del santuario de Apolo y de los "tesoros" ofrecidos por las ciudades de todo el mundo griego, desde Cirene a Marsella pasando por Clazómenas y algunas ciudades

etruscas como Caere y Spina, hasta alcanzar el templo del dios, que quedó arrasado por un incendio en el 548, lo que permitió una gran reorganización del lugar. La disposición espaciada de los edificios permitía presentar otras ofrendas espectaculares, en ocasiones situadas sobre altas columnas, y en otras sobre basas. Los visitantes y los peregrinos, los *oikistai* designados y los embajadores de las ciudades –los *teores*– que iban a consultar el oráculo, debían poder ver el espectáculo de todo el mundo griego en ese lugar expuesto a todas las miradas. La visita podía prolongarse con el segundo santuario, el de Marmaria.

Por todas partes había recuerdos que eran memoria de grandes momentos de la historia: la victoria de los marselleses sobre los cartagineses en el siglo VI, las de los liparenses sobre los etruscos, la de los atenienses sobre los persas en Maratón, en el 490, la de los griegos de nuevo sobre los persas en Salamina (480). La mirada de la persona de paso podía detenerse incluso sobre las piedras de construcción, que en ocasiones habían sido importadas desde la ciudad que hacía la ofrenda: la columna y la esfinge de los naxianos, de los años 570-560, eran de mármol de Naxos, en las Cícladas; los propios muros de sostén del templo habían sido confeccionados en una aparato poligonal, de agradable visión con sus junturas curvas. Por último, grandes y bellas inscripciones grabadas en piedra o formadas con letras de bronce eran otras tantas leyendas de ese gran texto colectivo que era el helenismo expuesto a los ojos de todos. Los grandes reyes bárbaros, como el frigio Midas o los lidios Giges y Cresos, participaron con sus ofrendas en esta exposición permanente en el grandioso marco de las laderas del Parnaso.

El ejemplo de Delfos, incomparable, no es único. Podríamos citar otros grandes santuarios como Olimpia o Delos, y otros más pequeños pero importantes como Claros, cerca de Colofón; Dídimo, cerca de Mileto; el santuario de Hera Lactinia, cerca de Crotona; el de Sele, cerca de Posidonia, y otras tantas ciudades arcaicas, incluso modestas, en donde se aprecia esa preocupación.

Las acrópolis estaban destinadas a ser vistas desde lejos, colinas de los dioses que dominaban los barrios y las plazas de los hombres. La acrópolis de Atenas puede servirnos de modelo, pues vio cómo en el siglo VI se construía, gracias a los cuidados del tirano Pisístrato, su entrada, que sería posteriormente agrandada y desarrollada a partir

del año 437 por el arquitecto Mnesicles. La subida a la acrópolis, que inspiró a Renan, manejaba unos efectos cuidadosamente calculados, con el bastión sobre el que se encontraba el templo de Atenea Nike, obra de Calícrates, ligeramente posterior a los Propileos, pero situado en un emplazamiento saliente que estaba reservado a la Atenea victoriosa desde el siglo VI. Después, al salir de los Propileos, el peregrino veía el Partenón, precedido por la gran estatua de más de 9 m de alto de Atenea armada, obra de Fidias en el 454. También aquí las ofrendas que asombraban la mirada despertaban los recuerdos, como la copia de la cuádriga de bronce que conmemoraba la victoria de los atenienses sobre sus vecinos beocios y calcidios en el 506 y que los persas se llevaron consigo durante su pillaje de la Acrópolis en el año 480.

Este era el recorrido que, cada cuatro años desde el 566, efectuaba la procesión de las Grandes Panateneas para ofrecerle el velo, el *peplos*, teñido de azafrán, destinado a la diosa Atenea. El friso jónico del Partenón, que rodeaba por completo el edificio, permite comprender la organización de la procesión, que se separaba en dos cortejos tras franquear los Propileos para reunirse delante de la entrada oriental del templo. No obstante, el observador del friso tenía sobre el espectador de la fiesta la ventaja de ver representados a continuación los diferentes momentos de la fiesta: la procesión (*pompe*), la parada de los carros durante los juegos del ágora y la parada de los jinetes. Ordenado por Pericles y concebido y ejecutado por Fidias, el friso jónico es una representación del conjunto de las Grandes Panateneas, uno de los privilegiados momentos en donde, entre el Ágora y la Acrópolis, Atenas se ofrecía como espectáculo a ella misma y a sus visitantes (Beschi).

A través del mundo mediterráneo abundan los ejemplos igual de convincentes. La mayoría de las ciudades costeras fueron situadas para ser vistas desde el mar por los marineros, mercaderes o emigrados. En la orilla del mar, aprovechando las alturas del terreno, o las cimas de los acantilados, la mayoría de las ciudades instalan templos que en ocasiones podrían parecer en posiciones marginales con relación a la ciudad. Pero, de hecho, se encuentran allí para ser vistos por aquel que llega, y los periplos demuestran que a menudo la primera visión que se tenía de las ciudades arcaicas era desde el mar. Los ejemplos indican que los navegantes se orientaban con los frontones de los templos

(Ateneo, XI, 462*b*). El mercader que llegaba cerca de la orilla de la Cartago arcaica veía los lugares de habitación en una llanura coronada y rodeada por colinas, de las que puede que Byrsa hiciera las veces de acrópolis con tumbas en sus laderas meridionales. A finales del siglo VI, en Marsella, al entrar en la profunda cala que la caracteriza, el espectáculo era ligeramente diferente: a la izquierda, del lado norte, el muelle del puerto parecía coronado por barrios repartidos por las laderas de las colinas de Saint Laurent, de los Molinos y de los Carmelitas, que en la actualidad dominan el Puerto Viejo.

No obstante, el ejemplo de Agrigento es el más espectacular. Se trata de una "presentación" de la ciudad, y sobre todo de los dioses, para los navegantes. Agrigento, que se encontraba a 3 km de la costa meridional de Sicilia, en primera línea frente a los fenicios de Cartago, tenía sus motivos para hacerlo así. Tenía un «magnífico aderezo de templos y pórticos» (Polibio, IX, 8, 27). La mayoría de los templos se encuentran en una posición extraordinaria, sobre una cima rocosa, entre la ciudad y la orilla, pero en el interior de las murallas. Es decir, que desde el mar Agrigento aparecía primero como una gran línea de templos, el "escaparate" de la ciudad. Los seis templos dóricos de caliza amarilla, revestidos entonces de estuco blanco, fueron construidos entre el final del siglo VI y el final del siglo siguiente. En el centro de ese conjunto se encuentra el mayor de los templos dóricos construidos jamás: medía 112,70 m de largo y 56,30 m de ancho y nunca fue terminado. Se trataba de un templo de Zeus Olímpico que fue comenzado tras la batalla de Hímera en el 480, gracias a la mano de obra formada por los prisioneros cartagineses. La decoración recordaba indirectamente la victoria sobre Cartago con unos frontones esculpidos que mostraban la victoria de los griegos sobre los gigantes y los troyanos, símbolos de los pueblos bárbaros. Así, frente al mar y Cartago, Agrigento presentaba a sus visitantes sus dioses y sus victorias.

Olimpia, espejo del mundo mediterráneo

Hay otro elemento adaptado a la exposición y al espectáculo: el estadio de los santuarios panhelénicos en donde los atletas se enfrentaban

y donde, por intermedio suyo, las ciudades y sus tiranos se exhibían. Olimpia es uno de esos lugares privilegiados. Este gran santuario al este del Peloponeso, en la Élide, se extiende por la llanura del Alfeo y por el recinto del *Altis*, al pie de la colina de Cronos. No hay nada semejante al paisaje de Delfos, en este emplazamiento, «al que dan sombra bellos árboles» (Píndaro, *Olímpicas*, VIII, 1, 10), todo es más relajado.

El santuario revela que era frecuentado desde el siglo X, pero los concursos comenzaron a principios del siglo VIII, en el 776 si seguimos la fecha tradicional, que pudo ser definida *a posteriori*. Como las primeras cerámicas del siglo X representan ya carros, probablemente hubo concursos desde el principio, antes de que el santuario adquiriese notoriedad mediterránea (Rolley). Tenían lugar cada cuatro años. Estaban abiertos a todos los griegos (Heródoto, II, 160), quedando excluidos los bárbaros (V, 22). Los príncipes indígenas en ocasiones realizaban ofrendas al santuario, como Arimnestos, un «rey de los tirrenios» (Pausanias, V, 12, 5), puede que de la región de Riminio, en la costa adriática. Sin embargo, no siempre comprendían lo que estaba en juego, como demuestra este diálogo entre griegos de la Arcadia y persas:

> Los arcadios respondieron (a los persas) que los griegos se ocupaban de las fiestas olímpicas y asistían a los concursos gimnásticos y a las carreras de carros. El otro les preguntó cual era la recompensa de esas luchas y ellos le respondieron que el vencedor recibía una corona de olivo. Entonces, [...] al escuchar que se peleaba por una corona en vez de por dinero, no pudo contenerse y delante de todos exclamó: «¡Ah! Mardonio, contra qué gentes nos has hecho enfrentarnos, si la recompensa de su lucha no es el dinero, sino el valor» (Heródoto, VIII, 26).

De hecho, una victoria en los Juegos convertía al vencedor en una celebridad en todo el mundo griego y le permitía conseguir sus más locos deseos. Por ejemplo, un ateniense llamado Cylon, deseó la tiranía tras su victoria e intentó apoderarse de la acrópolis (V, 71); otro ateniense, Cimón, vencedor en tres ocasiones, fue enterrado delante de sus caballos (VI, 103).

Apolo era el príncipe de Delfos, Zeus el señor de Olimpia. A los tiranos les gustaba el lugar: Hipócrates hijo de Pisístrato, el tirano de Atenas en el siglo VI, ofreció allí sacrificios:

[...] y los calderos estaban allí, llenos de carne de las víctimas y de agua; ahora bien, sin que hubiera fuego, se pusieron a hervir y a desbordarse (Heródoto, I, 59).

La dimensión mediterránea de la puesta en escena olímpica es evidente si se observa la procedencia de los vencedores sin importar los concursos. En el siglo VII se producen sobre todo victorias espartiatas, que totalizan 31 concursos, los demás se ven reducidos a disponer de los restos: llegan de Atenas (696 y 692), de Esmirna (688), de Tebas (680), de Crotona (672), de Siracusa (648) y de Síbaris (616).

En el siglo VI el marco se amplía y Occidente consigue mejores resultados. Los vencedores de Crotona ganan en 19 ocasiones entre el 588 y el 488, los espartiatas sólo triunfan 16 veces, los atenienses no consiguen más que 8 victorias. También se tiene constancia de 2 victorias tarentinas (520) y una única de un sibarita sin fechar (Giangiulio).

En Olimpia, como en Delfos, las ciudades griegas –en concreto las de Occidente, como Gela, Siracusa, Selinonte, así como Metaponte y Síbaris– ofrecieron “tesoros”: son una docena, perfectamente alineados en una terraza natural con una posición ligeramente elevada con respecto al resto del santuario, en una disposición extremadamente escenográfica que, con esa forma, es única en el mundo griego. Es notable el escaso lugar ocupado por las ciudades de la vieja Grecia (Sicione y Mégara) frente al número de ofrendas proveniente de las fundaciones coloniales: de Sicilia (Gela, Siracusa y Selinonte), de la Italia del sur (Metaponte y Síbaris), así como de Cirene, Bizancio y de Epidamo. No obstante, se discute sobre algunas atribuciones, por ejemplo respecto a la presencia de otras ciudades occidentales como Siris y, sobre todo, Crotona.

Sobre la puerta del tesoro de los sibaritas debía de encontrarse una placa de bronce que llevaba, escrito en griego, un tratado de alianza entre Síbaris y los Serdaioi, a los que se identifica cada vez más con poblaciones de la Italia meridional (Greco); el acuerdo había pasado al control de Posidonia. Semejante documento –anterior al 510, fecha de la destrucción de Síbaris–, confirma que Olimpia era entonces, junto a Delfos, uno de los raros sitios en los que, directa o indirectamente, se sabía todo lo que pasaba en el Mediterráneo.

A partir del 476, Píndaro escribió una serie de odas dedicadas a las victorias olímpicas, del estilo de las que también compuso para otros

grandes concursos: píticos en Delfos, ístmicos en Istmia, cerca de Corinto, y nemeos en Nemeo, en el Peloponeso. En las 14 *Olímpicas* destaca la importancia de Sicilia, que refleja el número de victorias de los tiranos Hierón de Siracusa, Terón de Agrigento (dos odas) y de otros sicilianos de Siracusa y Camarina (dos odas). Poco sitio queda para los vencedores de Egina, de Rodas, de Locros opontino, de Orcomene y de Corinto.

En el siglo V, la dimensión mediterránea de los juegos de Olimpia se vuelve a confirmar, exhibida en los "tesoros" del santuario y en las odas de Píndaro.

V

LOS VALORES

Los objetivos de este capítulo son: explorar el campo de los valores que presiden las primeras manifestaciones de vida racional en el Mediterráneo del primer Arcaísmo y las prácticas que los expresan; amén de evocar e intentar definir un cierto número de comportamientos y fenómenos estructuralmente diferentes, como son la epopeya homérica, las circulaciones fenicias y el comienzo de la colonización griega. En el momento en el que los hombres vuelven a aprender a navegar por el Mediterráneo, lo que no habían hecho más que de manera muy limitada en el transcurso de los siglos anteriores, es esencial observar sus hechos, pero también sus gestos.

Los protagonistas del escenario mediterráneo son los griegos eubeos y corintios, así como los fenicios. Los eubeos abandonaron su isla y las ciudades de Calcis y Eretria para alcanzar los límites del mundo mediterráneo: al este, las costas del Oriente Próximo, en donde su presencia está comprobada en Al Mina, en la desembocadura del Orontes; al oeste, en la isla de Isquia, en donde se instalaron en Pitecusa y, en frente, en Cumas, la colonia griega más antigua; en los límites occidentales del mundo mediterráneo frecuentaron el estrecho de Gibraltar. En cuanto a los corintios, si bien sus fundaciones coloniales son escasas (Corcira, tomada a los eubeos, así como Siracusa y algunas otras) su papel se aprecia mejor si recordamos la abundancia de cerámica corintia que circulaba entonces por el Mediterráneo. Por último, los fenicios, desde sus bases del Oriente Próximo y de Chipre fundaron Cartago y hoyaron las costas sardas, sicilianas y andaluzas.

Los modos que se pueden observar, esencialmente gracias a la arqueología, pero también dejando abiertos los textos homéricos, dejan entrever el importante papel representado por los entornos aristocráticos griegos, que crearán, con los jefes y "príncipes" indígenas, a todo lo largo del Mediterráneo, lazos basados en las relaciones personales, intercambios característicos de las sociedades "primitivas" en las que la lógica económica todavía está condicionada por ritos y prácticas sociales complejas, que se basan en el principio de la reciprocidad. Aparecen entonces los primeros usos de la escritura alfabética, así como la circulación de objetos dotados de un peso simbólico.

La puesta a punto del alfabeto fenicio

Escribir es un acto cultural fundamental que permite dejar atrás el estadio de la memoria y la transmisión oral para producir mensajes duraderos que pueden circular en el espacio sin verse deformados, o para conservar en algún lugar –los archivos– las decisiones y las prácticas de las que se quiere conservar el recuerdo.

El nacimiento de la escritura, si nos limitamos al mundo mediterráneo, tuvo lugar en Mesopotamia* en una fecha muy antigua, alrededor de 15 siglos antes del comienzo de los trescientos años del Arcaísmo; es decir, que hay tanta distancia cronológica entre la aparición del Estado y la puesta a punto del sistema alfabético, como entre el final del Arcaísmo y la Edad Media (el año mil de nuestra era). La escritura apareció como respuesta a las necesidades administrativas y burocráticas de las primeras organizaciones proto-urbanas y proto-estatales en Mesopotamia. Se trata de sociedades que crean todo un conjunto de referencias y sistemas de valores, como la estandarización de los pesos, medidas y raciones alimenticias. La escritura no es una factor aislado que fuera "inventado" en un momento dado gracias a una "idea genial", sino un elemento más en el marco de una sociedad mesopotámica que se está "construyendo", tanto en sentido literal como figurado.

---

* En realidad el descubrimiento de la escritura fue contemporáneo en Egipto y Mesopotamia; de hecho, recientes descubrimientos permiten incluso sospechar que fue anterior en el valle del Nilo (N. del T.).

Estos preliminares son indispensables para comprender la evolución de los sistemas de escritura, su transformación y su transmisión. Se trata de toda una serie de experiencias gráficas, y utilizo esta expresión a propósito, porque para los griegos el verbo *graphein* significa tanto escribir como dibujar. En efecto, la cuestión es saber cómo, en un momento y en un contexto histórico determinado, los hombres –con el bagaje que entonces poseían– van a representar los sonidos de una lengua mediante símbolos gráficos simples que constituyen lo que nosotros llamamos un alfabeto, nombre que se refiere a las dos primeras letras griegas (*alpha* y *beta*), cuyo nombre y forma derivan de dos letras fenicias (*aleph* y *beth*).

La puesta a punto del alfabeto se debió a los fenicios. Fue un progreso gigantesco y un esfuerzo de racionalización impresionante. En efecto, en todos los sistemas de escritura anteriores, tanto en Mesopotamia como en Egipto, los signos eran muy numerosos y se referían a diversas categorías; por ejemplo, algunos signos transcribían ideas mientras que otros representaban palabras.

Con el alfabeto todo se simplifica; los signos no representan más que los sonidos emitidos por la voz. La escritura se convierte en "fonética" (del femenino griego *phone*, el sonido, la voz, el grito). Estos sonidos, los fonemas, son las unidades básicas de la lengua hablada. Así, veintidós signos reemplazan a millares de ellos. Se trata por lo tanto de una operación de simplificación extrema, que pone la escritura al alcance de todos y no la limita ya a una categoría restringida de eruditos, como eran los escribas egipcios. No cabe duda de que hubo etapas intermedias; así, por ejemplo, en los mundos cretense y micénico del II milenio hubo escrituras "silábicas" que tenían un centenar de signos y que anotaban sílabas, es decir, grupos de consonantes y vocales. Sin embargo, la puesta a punto del alfabeto representó, hacia mediados del II milenio o poco después, un salto cualitativo esencial y hay que destacar que todavía hoy utilizamos, con pocas variaciones, el sistema concebido entonces.

La dirección de la escritura fue variable durante mucho tiempo; los fenicios imponen progresivamente una dirección de derecha a izquierda, mientras que los griegos utilizan las dos direcciones, en ocasiones alternativamente o cambiándola en cada línea, es la escritura *bustrófedon*,

trazada como si fuera el recorrido que hace un buey arando un campo que, al terminar un surco, da media vuelta para comenzar el surco siguiente. En cuanto a los etruscos, utilizan la escritura de derecha a izquierda, al contrario que el latín clásico y en la actualidad.

Transmisión y difusión de la escritura alfabética

Por lo tanto, al comienzo del Arcaísmo el mundo mediterráneo conocía el alfabeto, pero sólo en las regiones del Oriente Próximo. A principios del siglo VIII se asistirá a una gran difusión geográfica de la escritura alfabética ya que los griegos, que tras la desaparición de la civilización micénica habían perdido el uso de las escrituras silábicas (Lineal B), van a conocer el alfabeto fenicio. Para Heródoto, el paso del alfabeto fenicio al griego se realizó de la manera siguiente:

> Al instalarse en el país (Beocia), los fenicios [...] aportaron a los griegos muchos conocimientos nuevos, entre otros el alfabeto, a mi entender desconocido hasta entonces en Grecia; primero fue el alfabeto que todavía utilizan todos los fenicios, después, con el tiempo, los sonidos y la forma de las letras evolucionaron. Por aquel entonces, la mayoría de sus vecinos eran griegos jonios; aprendieron de los fenicios las letras del alfabeto y las emplearon con algunos cambios. Al adoptarlas les dieron –y es de justicia porque Grecia las tenía gracias a ellos– el nombre de "caracteres fenicios" (*phoinikeia grammata*). Los rollos de papiro (*biblioi*) también conservan entre los jonios su antiguo nombre de "pieles", porque, antaño, los papiros eran escasos y se utilizaban pieles de cabra y cordero. Todavía en nuestros días hay muchos bárbaros que escriben sobre pieles de este tipo (V, 58).

Es un vano intento pretender localizar el lugar en el que los griegos habrían "aprendido" el alfabeto fenicio. En el contexto histórico de la época, citar un yacimiento antes que otro supondría olvidar que nuestros conocimientos arqueológicos son muy parciales. En cambio, es probable que el hecho tuviera lugar en el siglo IX o, como muy tarde, en la primera mitad del siglo VIII.

No obstante, la referencia a Beocia que de manera indirecta hace Heródoto, es importante, ya que menciona una región de Grecia que,

aunque profundamente replegada sobre sí misma, era vecina de Eubea y culturalmente estaba muy relacionada con ella. Ya hemos visto que el nombre de Briáreo, dado al estrecho de Gibraltar en el siglo VIII, era el de un héroe beocio honrado en Eubea. Es probable, en efecto, que el alfabeto se difundiera en Grecia en el contexto de los primeros contactos comerciales entre fenicios y eubeos. Ambos estaban en contacto por todo el Mediterráneo oriental, por todas las costas del Oriente Próximo, en Chipre, en Creta, en Eubea y, si creemos a Heródoto, también en Beocia. Tanto en Pitecusa como en Cartago sabemos que existían familias mixtas de eubeos y fenicios o arameos, vecinos de los fenicios en Siria.

Este fenómeno de difusión arcaica del alfabeto fue esencial si tenemos en cuenta que, mediante las implantaciones griegas en Occidente, el alfabeto de tipo fenicio llegó a la Italia central; de modo que la escritura alfabética fue utilizada para transcribir la lengua etrusca, pero también la latina y, por medio de esas etapas, otras lenguas itálicas dispusieron de la escritura (como los vénetos). Tenemos testimonios epigráficos de las lenguas etrusca y latina, y de su escritura, a partir del siglo VII, pero probablemente la transmisión tuvo lugar en el siglo VIII. Se conoce un alfabeto etrusco que fue encontrado en una tablilla de marfil descubierta en una tumba del segundo cuarto del siglo VII, en el yacimiento etrusco de Marsiliana Albegna, al norte de Vulci; pero hay un vaso griego de Tarquinia de estilo protocorintio, fechado en el 700, con una inscripción etrusca. El hecho de que el alfabeto de los griegos de Eubea (el alfabeto calcidio) se presente como el origen más verosímil, demuestra que la difusión del alfabeto fue cosa del mundo de los colonos y mercaderes. Es innegable que la transmisión sólo pudo hacerse a través de la Campania (Pitecusa y Cumas), que conocía la escritura desde la segunda mitad del siglo VIII, como demuestra la "copa de Nestor" mencionada en el Capítulo III.

En cuanto a Roma, pese a la escasez de documentos del primer Arcaísmo, es seguro que el alfabeto latino, igual que el etrusco, estuvo relacionado con los alfabetos griegos de las colonias eubeas. De modo que el uso del alfabeto tuvo que llegar de la misma manera en Roma y en Etruria, lo que no es nada sorprendente. Sin embargo, existe una diferencia cronológica entre los dos fenómenos de la que es difícil decidir si se debe o no a los azares de los descubrimientos. En efecto, mientras

que letras griegas escritas se conocen desde el 700 en Etruria y en el Lacio (Gabii), en la propia Roma habrá que esperar casi un siglo para encontrar una inscripción etrusca y una inscripción griega, que datan de finales del siglo VII. Además, sólo en la primera mitad del siglo VI aparecen en Roma dos textos escritos en latín arcaico: uno es un reglamento ritual y sacrificial sobre un cipo situado en el centro del Foro, conocido por la tradición como el *lapis niger* (la piedra negra), mientras que el otro contiene la firma *Duenos med feces*, forma arcaica de *Duenos me fecit*, sobre un vaso descubierto en un depósito votivo del Quirinal. No obstante, la calidad y el dominio de la escritura que denotan, demuestran que en el futuro deberían descubrirse en Roma documentos algo más antiguos.

Gracias a sus puertos, la Etruria meridional era la mejor situada y la más receptiva a los aportes griegos de Campania. De modo que Roma conoció la escritura alfabética por intermedio de los etruscos. En cualquier caso, desde la Antigüedad las tradiciones romanas recordaban que la escritura había sido "importada" del exterior, tanto en Etruria como en Roma. Durante el imperio, Tácito creía en el papel que tuvo en la introducción de la escritura en Etruria el mercader corintio Demarato (*Anales*, XI, 14), pero en la actualidad sabemos que para mediados del siglo VII Etruria sabía escribir. Uno de los mitos sobre el origen de Roma hablaba del rey griego Evandro, que, entre otras cosas, trajo la escritura cuando se instaló en el Palatino.

No obstante, hay otros mitos que destacan el retraso de Roma sobre las regiones vecinas, mencionando, por ejemplo, que Rómulo y Remo tuvieron que ir a la pequeña ciudad de Gabii, en el Lacio, para «aprender allí las letras griegas». No hay que tomar estas palabras al pie de la letra, pues evocan las letras griegas en función de una moda tardía, sólo hay que conservar la idea de la necesidad de ir al exterior para tener acceso a los textos escritos. Todavía en el siglo IV, las grandes familias romanas tenía la costumbre de enviar a sus hijos a la ciudad etrusca de Caere (Cerveteri) para que aprendieran las letras y la lengua etrusca (Tito Livio, IX, 36, 2). Evidentemente, estos mitos no permiten reconstruir las etapas del proceso que trajo la escritura a Roma, pero demuestran que, muchos siglos después, Roma no pasaba a los ojos de sus habitantes por haber estado en primera línea en ese campo.

La forma de las letras griegas derivaba de la de las letras fenicias; éstas no fueron dibujadas al azar y su forma se explica con facilidad. Por ejemplo, el *aleph*, que dio el *alpha* griega y nuestra *a*, en un principio representaba la cabeza de un buey; la *beth*, es decir, la *beta* griega y nuestra *b*, en un principio representaba una casa. Evidentemente, a medida que evolucionaban, los signos que son las letras se fueron alejando, al estandarizarse, de esas primeras representaciones realistas.

Existe un gran debate sobre el origen del conocimiento y la utilización del alfabeto en el mundo griego, y todavía estamos lejos de tener la seguridad de que fueran motivos relacionados con las prácticas comerciales los que llevaron a los griegos a adoptar el alfabeto. Es cierto que los mercaderes tuvieron un papel importante en la difusión de la escritura alfabética por todo el Mediterráneo; pero esto no significa que el alfabeto fuera puesto a punto por ellos o para ellos. No conocemos los más antiguos textos griegos porque fueron escritos sobre materiales perecederos y, por lo tanto, no podemos basarnos en las primeras inscripciones conservadas para sacar conclusiones seguras. Tampoco basta con que la poesía se beneficiara de la escritura alfabética para hacer de ella el único motor de una revolución tan considerable.

Más que lucubrar para saber por qué los griegos adoptaron el alfabeto, hay que constatar que, en el contexto del comienzo del Arcaísmo, la circulación por el Mediterráneo permitió al alfabeto fenicio expandirse por todas partes y ser adoptado por los griegos, los etruscos y los primeros romanos. La escritura alfabética, como vector de comunicación en un mundo arcaico abierto a intercambios de cualquier tipo, se impuso entonces por la facilidad de su uso, sin que se convirtiera en la propiedad de una corporación, ya fueran los mercaderes, los poetas o los sacerdotes. Se trata, de hecho, de un fenómeno de aculturación: los griegos adoptaron una práctica externa a ellos adaptándola a su sociedad.

La adopción del alfabeto por parte de los griegos es, por tanto, uno de los aspectos de la revolución intelectual que la Grecia arcaica conoció gracias a la herencia oriental, del mismo modo que lo fueran la astronomía, la geometría y la filosofía. Sin embargo, las aplicaciones prácticas que se desprendían del uso de la escritura eran tales que transformaron la vida racional del mundo mediterráneo de entonces.

La práctica de la lectura

La difusión de la escritura por la cuenca mediterránea engendra una nueva actividad humana; el hombre ya no se limita a *hablar* y *recitar* recurriendo a su memoria, acordándose de lo que ha escuchado, ve las *letras* y *lee* documentos escritos. Hoy día aprendemos a leer y después a escribir, pero fue necesario escribir antes que leer, aunque las dos operaciones intelectuales sean concomitantes: quien redacta un texto lo lee al tiempo que lo escribe.

Los griegos añadieron una innovación con respecto a los fenicios, representaron las vocales junto a las consonantes. Este grado de precisión suplementaria en la transcripción de los sonidos y su vocalización llevará a la aparición de la práctica de la escritura en voz alta, que era entonces la manera de leer, y que representa un papel importante durante todo el Arcaísmo, especialmente en el contexto de la recitación de los poemas homéricos. En efecto, éstos fueron concebidos en el siglo VIII, y el hecho de que la adopción del alfabeto y el desarrollo de la práctica de la escritura favorecieran la composición de la obra, no debe hacernos olvidar que, hasta el siglo VI con Pisístrato, no existía una redacción de conjunto de estos poemas, y que la transmisión oral fue importante. Probablemente, los poemas homéricos se recitaron gracias a un esfuerzo de memoria, pero también a las primeras transcripciones, parciales, de la epopeya.

Esta práctica de la lectura en voz alta explica también la formulación de algunas inscripciones arcaicas, griegas y etruscas, que se tiene la costumbre de llamar inscripciones "parlantes"; por ejemplo, un texto inscrito sobre un vaso o una estatua "hace hablar" al vaso o a la estatua, y una inscripción en una estela funeraria "hace hablar" a la estela ("Soy la estela de tal persona"). De este modo, leyendo en voz alta la inscripción, el lector volvía a dar vida al objeto o la estela prestándole su voz. Las otras inscripciones, con una formulación más clásica, a menudo serán situadas de manera que puedan ser leídas: en los escalones de los templos, en las basas de las estatuas, en los bordillos de las vías de los santuarios y en los mojones.

Hablar, recitar, escuchar, escribir y leer. En adelante, en el arte de la comunicación, la palabra y el gesto se prolongan en la lectura, que

reconoce las letras, trazadas o grabadas, haciendo desaparecer las distancias, los años y los siglos. Tras la lengua, el oído y la mano, le toca el turno al ojo. El lector es, antes que nada, alguien que mira. Es una fase que aumenta la acción del hombre y que, por tanto, constituye una etapa decisiva en la humanización del Mediterráneo.

La práctica del regalo

Junto a los nuevos diálogos, entre el pensamiento y el texto, entre el autor y el lector, se producen otro tipo de intercambios en las sociedades mediterráneas en formación del Arcaísmo antiguo. Intercambios entre los hombres, tanto en el marco familiar del *oikos* como en un contexto que, progresivamente, lleva a encontrarse a personas que son extranjeras las unas para las otras. Tras centenares de años, que para nosotros son "oscuros", pero que en realidad fueron siglos de repliegue, el siglo VIII ve la construcción de una vida social más y más estructurada.

Intercambiar regalos es tejer lazos de relación, fuertes y duraderos, entre individuos que fijan así su posición social y eligen como compañero a alguien del mismo rango, más allá de sus diferencias. De este modo, los griegos, que siempre destacan la oposición entre ellos y los bárbaros, cuya lengua emite sonidos incomprensibles y que piaban como los pájaros (*Ilíada*, II, 2-3; Heródoto, II, 57 y IV, 183), nunca se negaron a realizar intercambios con los jefes bárbaros, ya fueran fenicios, etruscos u otros. Este principio general de reciprocidad condicionó los sistemas de pensamiento arcaicos.

Pero ¿qué es lo que se intercambia exactamente? Lo que sea más precioso, ya por el valor que se le concede, ya por la rareza del producto. Para Homero el bien más precioso es un buey, el rey del ganado arcaico, ese animal de tiro tan útil en ese contexto de pequeñas propiedades agrarias en las cuales y gracias a las cuales vive el *oikos*, y, sobre todo, el animal del sacrificio, cuya carne place a los dioses. Junto a él, la variedad de regalos es impresionante. Por ejemplo, las cráteras y copas de oro, de plata, de bronce o de barro cocido, los calderos de bronce, telas, joyas para adornarse, fíbulas de lujo o para poner en el vestido, los cofres de hueso o marfil, los vasos y frascos de perfume, en ocasiones

incluso ánforas de aceite de oliva, por lo general más relacionadas con el comercio. Unos regalos que llevan consigo el prestigio y la marca de la deferencia que se manifiesta por aquel al que se obsequia.

La práctica del regalo, conocida en las sociedades primitivas, está bien estudiada en los trabajos del antropólogo Marcel Mauss de los años 1920. La reciprocidad supone una devolución, un contra-regalo, que es para lo que se hace el regalo; pero no hay que poner detrás de estas prácticas una mentalidad moderna, con nociones de economía y rentabilidad. Aquel que da no espera un retorno inmediato del regalo, sabe que en su momento recibirá un presente porque actúa dentro del marco de un código de conducta y comportamiento conocido y aceptado por todos.

Tales prácticas, que aparecen en el texto homérico, no son datables con precisión. Forman parte de los usos de la aristocracia mediterránea ya desde los siglos "oscuros", y todavía lo son en la Etruria del siglo VII, que por entonces conoce una fase que los historiadores llaman "orientalizante" caracterizada por la llegada de objetos orientales; pero, sobre todo, por su circulación en los ambientes de la aristocracia etrusca. Igual que continúan siéndolo en el siglo VI, cuando una "princesa" celta de Borgoña recibe la crátera de bronce que se encontró en su tumba, en Vix. No obstante, fue a principios del Arcaísmo cuando tales intercambios eran señalados como gestos significativos en las relaciones entre los hombres.

Las inscripciones de algunos objetos subrayan explícitamente que se trata de un regalo, como la fórmula etrusca: tal persona "me ha donado" (*mini muluvanice*) e incluso: "he dado" a tal persona (*mi mulu...*).

El matrimonio

Todavía está por escribir la historia de las mujeres mediterráneas de la época arcaica. El texto homérico habla a menudo de ellas. Se trata de esposas que guardan la casa y se ocupan de los hijos, como Andrómaca en la *Ilíada* y Penélope en la *Odisea*; mujeres perdidas y marginales, como Helena, cuyos amores culpables provocan la guerra de Troya, la ninfa Calipso y la maga Circe, compañeras provisionales de Ulises; mujeres subalternas como las bellas cautivas de Agamenón y Aquiles, o la masa oscura y a menudo anónima de sirvientas que van a la fuente.

El personaje de Nausícaa, la hija del rey de los feacios que acoge a Ulises, que había naufragado en la playa, es una de las pocas que tiene una posición novedosa y atípica, un papel que hay que crear, dirían los que gustan del teatro. Sin embargo, la visión homérica de las mujeres es muy dependiente de la fuerte personalidad de las omnipresentes diosas: Atenea, Hera o Afrodita.

El matrimonio homérico se inscribe en las prácticas de intercambio que ya se han mencionado. Para conseguir un matrimonio, el padre de la joven debe aceptar libremente otorgar a su hija al hombre que la solicita. El pretendiente debe ofrecer unos presentes de los cuales algunos le serán devueltos (*edna*) y otros no (*dora*). Nuestro vocabulario moderno todavía conserva restos de semejantes procedimientos ("pedir" y "dar" en matrimonio). Hesíodo insiste en el hecho de que la mujer debe de haber sido "adquirida":

> Lo primero de todo ten una casa, una mujer y un buey de labor; una mujer comprada, no desposada, que si es necesario pueda seguir a los bueyes (*Los Trabajos y los Días*, 405-406).

La colonización griega es un asunto de hombres que pondrá a los griegos frente a unas situaciones especiales, en donde esos intercambios matrimoniales serán olvidados o pervertidos. Los emigrados parten solos y toman mujer entre los indígenas. La tierra y las mujeres, eso es lo que los griegos negocian o imponen a las poblaciones indígenas. El matrimonio es indispensable para tener éxito en la implantación, para "tener descendencia", como consiguió el mercader corintio Demarato, que se casó con una princesa etrusca de Tarquinia que habría de darle como hijo a uno de los reyes de Roma (Plinio, XXXV, 152-154). Los colonos también querían lograr una implantación duradera y el aumento de sus efectivos. Sin las mujeres no hay hijos, y sin los hijos no hay porvenir para la *opoikia*.

El mito de la fundación de Marsella menciona directamente esa situación (Aristóteles, citado por Ateneo, XIII, 576*a*; Pompeyo Trogo, resumido por Justino, XLIII, 3, 9-11). Los emigrados llegan y, con su mera presencia, perturban la tradición del matrimonio indígena de la hija del rey, que se ve obligado a darla en matrimonio al *oikistes*, al jefe

del grupo. El mito refleja una realidad o, más exactamente, reelabora ésta diciendo lo que los marselleses, muchos siglos después, querían que dijera. En Marsella no hubo regalos para el padre de la hija que se casaba. Se suponía que la joven podía elegir, lo que para un griego era poco menos que impensable. Más todavía, fue ella la que le ofrece de beber al recién llegado en una copa; en este caso, el mito imita a la historia.

El mito también nos ofrece otro ejemplo, el de Roma. Se trata del relato del secuestro de las Sabinas, hijas de los vecinos, por parte de los romanos poco después de la fundación de la ciudad por Rómulo:

> En adelante, Roma era lo bastante fuerte como para combatir a cualquier Estado vecino en igualdad de condiciones. Pero la falta de mujeres limitaba a una única generación la duración de su poder, pues no tenía con qué perpetuarse, y con los pueblos vecinos no realizaban matrimonios. Entonces [...] Rómulo envió una embajada a las naciones de los alrededores proponiéndoles una alianza y matrimonios con el nuevo pueblo (Tito Livio, I, 9).

Los indígenas vecinos rechazaron los matrimonios. Rómulo organizó fiestas y ofreció hospitalidad a los vecinos extranjeros. Fue entonces cuando se produjo el rapto de las jóvenes sabinas y la violación del lazo de hospitalidad (*hospitii foedus*). En resumen, de nuevo se produjo el desconocimiento, la negación y la violación de los usos arcaicos.

La hospitalidad y la acogida al extranjero

El Mediterráneo del siglo VIII aumenta las ocasiones para el encuentro, en la orilla, entre poblaciones que no se conocen o se conocen mal. A partir de ahí, la figura del extranjero –en griego *xenos*, de donde viene la palabra "xenófobo"– a menudo se superpondrá a la del bárbaro. Pero el *xenos* puede ser un griego que no pertenezca a la familia o la ciudad. Se trata del Otro, de aquel que viene de fuera; es aquel que más tarde se convertirá en enemigo y viene a la mente la palabra latina *hostis*, que significó "extranjero" antes de tomar el conocido significado de "enemigo" (cf. "hostil" y "hostilidad").

En la época arcaica, el extranjero no era *a priori* un enemigo, ni siquiera un adversario, era un compañero. Igual que el náufrago Ulises, recogido en la playa por Nausícaa, que le lleva al palacio de su padre,

el extranjero tiene derecho a todos los miramientos. Es un protegido de Zeus, el señor de los dioses; se le acoge, se le instala, se le viste y se le sacia cuando se presenta como un suplicante:

Nausícaa, la de los blancos brazos respondió (a Ulises): «Extranjero, no pareces ni un malvado ni un insensato [...]. Ya que has venido a nuestro país y nuestra ciudad, no carecerás de vestidos ni de otros socorros que debe obtener el desgraciado que viene a nosotros. Te enseñaré la ciudad y te diré el nombre de este pueblo.

La joven llama a sus espantadas sirvientas:

¿A dónde huís a la vista de este hombre? ¿Creeis acaso que es un enemigo?[...]. No es más que un infortunado al que sus errantes recorridos han traído hasta aquí, ahora hay que proporcionarle nuestros cuidados. De Zeus vienen todos los extranjeros y mendigos, y por mínima que sea nuestra ofrenda, les es querida. Dad por tanto, servidoras, al extranjero, alimento y bebida, haced que se bañe en el río, al abrigo del viento (*Odisea*, VI, 187 y ss.).

Si la ciudad no está en guerra, se trata de leyes de hospitalidad que deben ser observadas cuando se encuentra uno a un extranjero. No comportarse según ellas significa comportarse como un marginal, como un pirata, ofender a los dioses.

Detrás de la hospitalidad (*xenia*) reaparece la noción de reciprocidad. Practicar la hospitalidad es una forma de regalo, un gesto que no exige nada a cambio pero que se asegura un efecto de retorno. Y las palabras, tanto en griego como en español, dan la imagen de esa reversibilidad: el huésped es tanto el que recibe como el que es recibido. La relación social, en el mundo griego arcaico, se construye sobre esta ambivalencia. En todas las fases de la hospitalidad los intercambios de regalos marcan ese momento especial de la comunicación entre los hombres.

Sentarse juntos a la mesa: el banquete

La acogida del extranjero y la práctica de la hospitalidad se prolongan y se transforman profundamente en la práctica del banquete. En la *Odisea* (VII, 163 y ss.), tras haber acogido a Ulises en el palacio del

rey, se sienta al extranjero y se mezcla el vino con agua en una crátera, para beber. Este acto, en apariencia banal, da comienzo a una práctica ritual conocida por los textos y, a partir de finales del siglo VII, por representaciones en las cerámicas de Corinto y después de Atenas. Desde el siglo VIII ciertos ajuares funerarios incluyen la crátera y los vasos para transportar el vino, verterlo y beberlo.

Con el banquete ya no se trata de mera hospitalidad, nos encontramos frente a un comportamiento basado en la sociabilidad. Comer y beber juntos, tras haber honrado a los dioses con una libación, es decir, con una ofrenda de vino, fue en Grecia una práctica habitual durante todo el Arcaísmo. Sobre todo porque, con las imágenes de los vasos, los griegos quisieron transmitir un momento privilegiado de la vida comunitaria de la ciudad, caracterizada por la convivencia.

El banquete se componía primero de una comida (el *dais* o el *deipnon*) que es el momento en el que se consumen cereales cocidos en forma de galleta, de puré o de gachas y, sobre todo, carne. Esta comida está relacionada con el sacrificio (*thusia*) y se confunde con él. No se come sin hacer un sacrificio a los dioses, y los dioses quieren ser honrados con carne. Nunca se ofrece pescado a los dioses salvo el atún, que es un pescado que sangra, a Poseidón, el dios del mar. Los bueyes son sacrificados con un golpe de hacha y la carne es cortada cuidadosamente, respetando las articulaciones, por el matarife (*mageiros*), que utiliza un gran cuchillo (*makhaira*); ha corrido la sangre. A continuación se escoge la carne: primero los menudillos nobles –el corazón, los pulmones, el hígado y los riñones–, destinados a ser asados atravesados por espetones (*obeloi*); a continuación, vienen las piezas destinadas a ser cocidas, cortadas en porciones y arrojadas en un caldero (*lebes*). Hay que repartir entre los dioses y los hombres. Con los dioses es fácil: no comen, se limitan a los olores. No obstante, en ocasiones hay sacerdotes que tienen derecho a pedazos escogidos, como la pata, el lomo o la lengua. El reparto entre los hombres, que era desigual en el contexto homérico referido al mundo de los guerreros, se convierte en igualitario entre los aristócratas-ciudadanos de la ciudad griega arcaica. El sorteo se ocupa de la igualdad. Se trata de un reflejo de la igualdad de derechos políticos. Se comparte la carne igual que se comparte la tierra. El mundo griego de entonces es el de los lotes y las porciones.

La comida era seguida por una larga y prolongada sesión de bebida (el *symposion*) en el transcurso de la cual se bebía, se hablaba, se recitaba poesía y se cantaba. Los hombres estaban tumbados y apoyados sobre un codo encima de unos lechos (*klinai*) dispuestos alrededor de la habitación. Sólo los etruscos se exhiben con sus esposas en los *klinai* de los banquetes, como se ve en los sarcófagos de tierra cocida que se exponen en la actualidad en el Museo del Louvre en París y en el Museo de la Villa Giulia de Roma. Uno de los hombres, el simposiarca, lo organizaba todo, haciendo que se llenaran las copas y concediendo la palabra. La poesía representaba un gran papel en los banquetes arcaicos, probablemente también la filosofía, aunque para nosotros ésta esté relacionada con Platón, que en el siglo IV tituló "El Banquete" a uno de sus diálogos filosóficos.

A la comida, centrada en la carne, le sigue el *symposion*, organizado alrededor de la palabra, la música y, sobre todo, el vino. El vino, al que vemos entonces difundirse por el Mediterráneo siguiendo los pasos de los mercaderes y los colonos, modificando profundamente las prácticas rituales de las poblaciones indígenas.

A finales del Arcaísmo, aparecen otro tipo de comidas en común, que tendrán un halagüeño futuro. Se trata de aquellas que se escapan al marco aristocrático y conciernen al conjunto de la ciudad, que es quien las organiza, y no sólo ciertas familias. Se trata en concreto de la *sitesis* de Atenas y de las *syssities* espartiatas o de las *andrias* cretenses. La ciudad, en tanto que tal, practica entonces la hospitalidad en el pritaneo, el lugar tradicional para la acogida de extranjeros en la *polis* arcaica. Pero se trata de reuniones basadas en otros principios.

El lujo: *habrosune y truphe*

Hay que reconocerlo, nuestro vocabulario a menudo se ve incapaz de reproducir ciertas nociones de la Grecia arcaica, como por ejemplo *habrosune* y *truphe*, dos términos que traduciremos, de manera burda e imprecisa, como "lujo" o "molicie", o por ambas a la vez. Tenemos que utilizar los términos griegos para aprehender todos los matices de estos dos conceptos.

La *habrosune* se refiere a la vez a una cierta manera de vivir y a la vida ideal de la aristocrática griega. Era una manera de ser y de pensar para los aristócratas de Colofón, de Éfeso, de Mileto, de Samos, de Mitilene y de otras ciudades de la Grecia oriental en los siglos VII y VI. Círculos nobiliarios amantes de los *symposia*, la música y la poesía, con la poetisa Safo y, si hemos de creer a Hiponax de Éfeso, que describe a los que comen atún, de buen apetito, amantes de perfumes y ungüentos, hombres de cabello cuidado, con largos mantos que arrastran por tierra, pero que también son reputados jinetes. Una clase que aprecia los baños y los masajes. Escuchemos al filósofo Jenófanes de Colofón que, a finales del siglo VI, tenía al respecto un punto de vista crítico, pero que lamentaba todavía más las tiranías, que habían puesto fin a ese modo de vida:

> Ellos (los colofonienses) conocieron lujos (*habrosunai*) inútiles
> Al contacto con los lidios, mientras vivían sin tener que sufrir la odiosa tiranía;
> Se les veía ir, ataviados con vestidos púrpuras,
> estar en el ágora, eran casi mil:
> Gloriosos, hacían gala de amables cabelleras
> Y exhalaban el olor de los perfumes aderezados.
> (citado por Ateneno, *Los Deipnosofistas*, XII, 526*a*)

El filósofo Heráclito, aunque miembro de una de las más grandes familias aristocráticas de Éfeso, añade:

> Ojalá que la Riqueza (*Ploutos*) no nos abandone, efesios, para que vuestra corrupción aparezca a la luz del día.
> (citado por Tzetzes, *Nota al Ploutus de Aristófanes*, 88)

El origen de tales prácticas y comportamientos se encuentra en los lidios, orientales y amigos de los griegos, unidos a ellos por la vecindad y también por matrimonios mixtos. No cabe duda de que también el desarrollo de los intercambios comerciales con el mundo fenicio tuvo algo que ver en ello, haciendo conocer a los jonios la púrpura y los productos de Oriente. No obstante, la *habrosune* es, sobre todo, una «alegría individual» (Mazzarino). Es la que hace aparecer la sonrisa en las estatuas jonias del siglo VI, con anterioridad a los rostros enfurruñados del estilo severo del siglo V.

La *truphe* es a la vez sinónimo y contrario de *habrosune*; sigue siendo esa manera de vivir, lujosa y de molicie, pero la palabra se utiliza más tardíamente, a partir de finales del siglo V. Se trata de la mirada crítica de la época clásica y helenística sobre un Arcaísmo vilipendiado, no desde el interior del mismo, como hicieran Jenófanes y Heráclito, sino de lejos, sin apreciar más que las anécdotas y los lugares comunes (*topoi*). Es Aristóteles hablando de la *truphe* de los sibaritas, es el deseo de explicar, mediante un ideal de vida incomprendido, la decadencia de ciertas realidades arcaicas; es la crítica de un mundo etrusco demasiado lleno de aportes jonios tras las emigraciones y los intercambios comerciales del siglo VI. En este último caso, la imagen de la mujer etrusca, caricaturizada entonces, queda unida a la de Safo, la poetisa de Lesbos que declaraba «amar» la *habrosune*.

De hecho, el final del Arcaísmo ve, aquí y allí, la aparición de leyes llamadas "suntuarias" (del latín *sumptuositas*, los fastos), que limitan el lujo y, sobre todo, la ostentación, el hecho de hacerlo ver, de mostrarlo. En el caso de los legisladores como Solón en Atenas, pero también en Corinto y en Roma –la ley romana llamada de las «XII Tablas» que data del siglo V fue largamente comentada por Cicerón, *Las leyes*, II, 22, 55-27, 69– aparecen como una consecuencia de la interpretación del término *truphe*. Se trata de disminuir los gastos de los funerales, de reducir las prácticas sacrificiales, de limitar o eliminar el ajuar funerario depositado en las tumbas. Se trata de contener los fastos de una aristocracia que, a menudo, había perdido poder con la llegada de regímenes tiránicos o democráticos. Detrás del paso de una palabra a la otra –de *habrosune* a *truphe*– aparece una lectura globalmente crítica de una época y, sobre todo, de ciertas diferencias sociales que de este modo son rechazadas. Hacer alarde del placer de vivir no es el objetivo del pueblo (*demos*), que tiene otras preocupaciones.

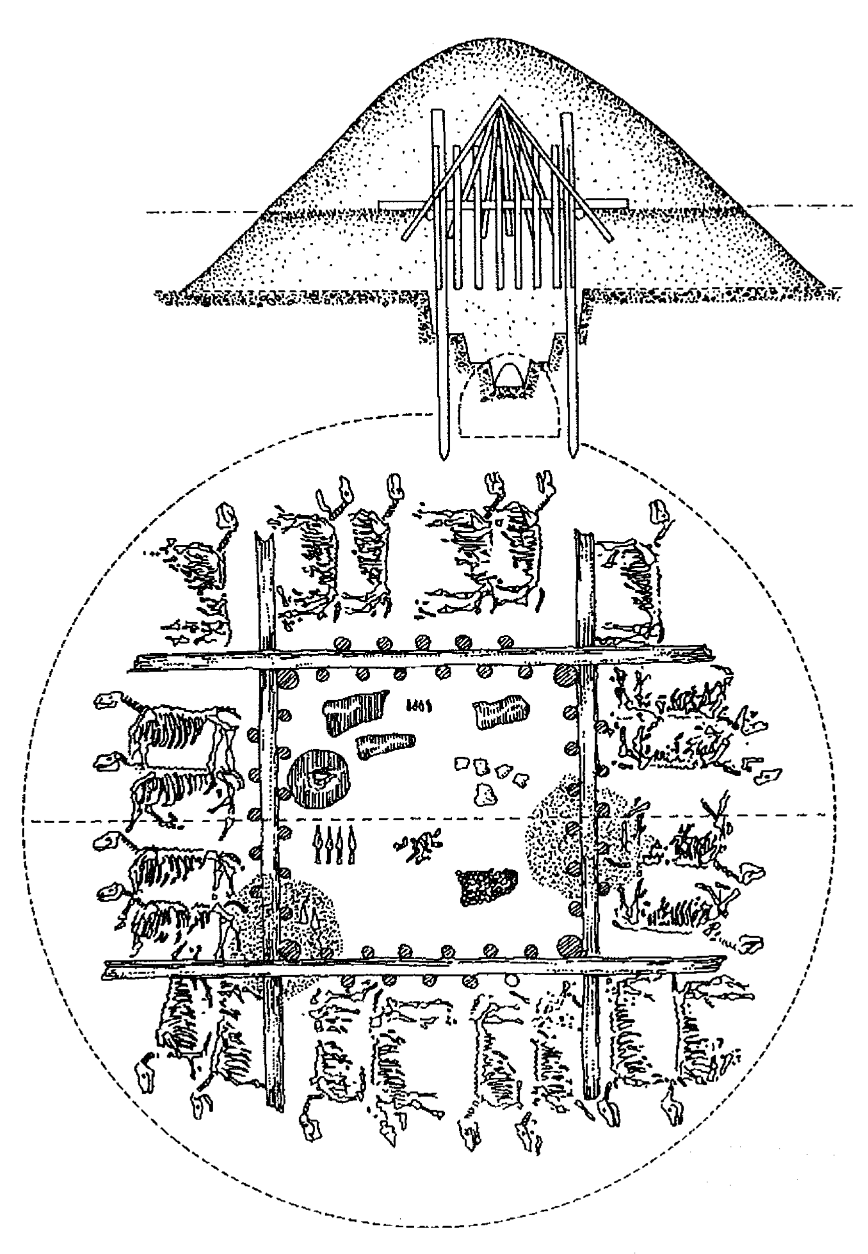
Reyes, príncipes y aristócratas del Mediterráneo

Las fuentes clásicas describen las figuras de los reyes indígenas del Mediterráneo. En esa galería de retratos aparecen: Argantonio, el rey de las minas de plata del reino de Tartesos, que vivió 120 años según

Heródoto (I, 163); Hiblón, rey del país de los sículos (Tucídides, VI, 4); Nanos, el rey enano de Marsella que citaba Aristóteles en una obra perdida sobre la constitución de los marselleses (según Ateneo, XIII, 576*a*); Mecencio, el cruel tirano de Caere (Virgilio, *Eneida*, VIII, 478 y ss.); Esciles, el rey de los Escitas (Heródoto, IV, 78-80), cuya madre era una griega de Istros (Istria), y tantos otros.

Estos reyes poseen un poder que se apoya en un grupo de compañeros elegidos que pertenecen a las grandes familias locales. El fenómeno llamado "aristocrático", "el poder de los mejores" –en griego los *aristoi*– está presente cuando las sociedades se jerarquizan. Por lo tanto, los aristócratas son los herederos directos de los jefes guerreros de la *Ilíada*, ya sean griegos como Agamenón y Aquiles, o bárbaros como el troyano Héctor. Son "príncipes", palabra que utilizamos con facilidad en nuestro vocabulario moderno cometiendo un anacronismo: *princeps*, el "primero", "aquel que ocupa el rango principal o el primer lugar", designa en latín el poder de Augusto, en el siglo I y en el momento en que nace el poder imperial romano.

Sin embargo, poco importan las palabras si los conceptos son precisos. Para la mayoría de los pueblos costeros mediterráneos, esta jerarquización social apareció en fechas muy diversas según las regiones; es evidente que se trata de un fenómeno "natural" en el proceso de estructuración de las sociedades y que, por lo tanto, puede ser muy antiguo. No obstante, desde ese punto de vista, la época arcaica constituye el momento más importante. Los escitas, los etruscos, los íberos, los sardos o los celtas, por no citar más que algunos nombres, tienen en común la existencia de reyes, de jefes y de príncipes, no importa cual fuera el carácter específico de sus sociedades. Esos hombres y sus compañeros de armas controlan pequeños territorios que se extienden a lo largo de unas decenas de kilómetros. En ocasiones, el arqueólogo encuentra residencias que destacan en comparación con las cabañas y las casas normales, como puedan ser la *regia* del foro romano; las residencias de Acquarossa y de Murlo en la Etruria interior; la de Pantálica, en territorio de los sículos, en las tierras del interior de Siracusa; las fortalezas (*nuraghes*) que se encuentran en el centro de los poblados de las comunidades sardas; o las amplias mansiones de los fenicios de Andalucía, en Morro de Mezquitilla y en Chorreras.



*Kurgán de Kostromskaja Stanica, al noreste del mar Negro, y tumba de princesa escita con caballos. (*Heródoto IV, *Fundazione Lorenzo Valla, Mondadori, 1993.)*

Pero son las necrópolis las que mejor han conservado los restos de una jerarquización de la sociedad. Las grandes tumbas "aristocráticas" o "principescas" aparecen por todo el Mediterráneo: en el país de los escitas, en las estepas al norte del mar Negro (Ucrania y Rusia); en el reino de Urartu (Armenia); en Gordión, en Frigia; en Salamina, en Chipre; en Vetulonia y otros lugares de Etruria; en Pontecagnano y Lavello en la Italia meridional; y en Trayamar y Almuñecar, en Andalucía. En ocasiones están situadas bajo grandes colinas artificiales –los *tumulus* de Etruria, los *kurganes* de los escitas– que agrupan a las familias y sacan a la luz las estructuras de parentesco, como en la ciudad etrusca de Caere, la de Palestrina en el Lacio, o en las sociedades célticas de Borgoña y Baviera. En el caso de los nómadas escitas, a orillas del mar Negro, los reyes son enterrados en los límites del territorio, y conviene que releamos, aunque sea parcialmente, la larga descripción de Heródoto:

> Tras haber depositado el cuerpo en su tumba sobre un lecho vegetal, plantan picas alrededor, fijan planchas de madera por encima y las recubren con una estera de cañas; en el espacio que queda libre entierran, después de haberlos estrangulado, a una de sus concubinas, a su copero, a un cocinero, a un jinete, a un servidor, a un mensajero y caballos, junto con las primicias tomadas de sus bienes y con sus copas de oro, pero no de plata ni de cobre; tras haber hecho esto, todos rivalizan en ardor para rellenar la fosa y recubrirla con una colina tan alta como sea posible.
>
> Transcurrido un año, realizan una nueva ceremonia: toman, en la casa del rey, a sus servidores más útiles, todos de raza escita [...]: no hay esclavos comprados en este país [...], estrangulan a 50, así como los 50 caballos más bonitos [...]. Cada uno de los jóvenes estrangulados es puesto sobre un caballo [...]. Colocan a estos jinetes en círculo alrededor de la tumba (IV, 71-72).

Cada caballo estaba situado sobre una rueda de carro, con su bocado y su brida. Sin importar las distancias, las sociedades y los decenios, es sorprendente comprobar los puntos comunes existentes en los rituales funerarios de estas aristocracias periféricas del Mediterráneo. En enero de 1953, cerca del poblado borgoñón de Vix, próximo a Châtillon-sur-Seine (Côte-d'Or), el descubrimiento de la tumba de una "princesa" céltica perteneciente a la comunidad del *oppidum* del monte Lossois, enterrada a finales del siglo VI, reveló el mundo de la "tumba de carro", que

poco a poco iría siendo reconocido por toda la Francia del este, Suiza, Baviera y Würtemberg (emplazamientos de Heuneburg y Hochdorf). La cámara funeraria de Vix era cuadrangular, y en un ángulo había una gran crátera griega de bronce que tenía 1,64 m de alto y pesaba 208 kg y sobre cuya tapa se encontraban los vasos griegos adaptados para servir vino: la fiale de plata para hacer la libación a los dioses, un cántaro (oinochoe) etrusco de bronce para servir el vino y dos copas áticas de cerámica para beberlo; cerca de allí, contra la pared, había piletas etruscas de bronce, al otro lado de la tumba se encontraban cuatro ruedas desmontadas de carro; en el centro, la caja del carro, de la que no subsistían más que los elementos metálicos, contenía el cuerpo de la difunta, de unos 35 años de edad, en posición sedente y con las piernas estiradas; llevaba brazaletes de esquisto y ámbar en las muñecas, un anillo de bronce en los tobillos, un collar de ámbar, un torques de bronce y en el pecho ocho broches (fíbulas) compuestas de oro, de coral y de ámbar, por último una diadema de oro.

Las tumbas de los jefes indican una ideología funeraria extremadamente elaborada, que en ocasiones pone en evidencia el papel de las armas y el del banquete, como pasa con los príncipes guerreros daunios de Lavello, en la Italia del sur. Los enterramientos pueden ser individuales o colectivos, y los ritos funerarios son variados: inhumaciones o incineraciones sobre una hoguera; más o menos a la manera homérica, según el relato de los funerales de Patroclo, el compañero griego de Aquiles, en el canto XXIII de la *Ilíada*, con los blancos huesos depositados en el caldero de bronce o la gran crátera del banquete.

Pese a todas las variaciones, hay que reconocer una cierta unidad cultural "mediterránea" en estos procesos y sus manifestaciones. No importa que se trate de las regiones ribereñas del Mediterráneo o de regiones más alejadas, pues las zonas aparentemente más continentales en donde han sido observados estos fenómenos estaban relacionadas directamente con el mar por medio de los ríos y los valles. Por ejemplo, las tumbas de los escitas se encuentran en los accesos del Dnieper (el Boristeno de Heródoto), las tumbas de Würtemberg cerca de las fuentes del Danubio, y la tumba de Vix, en una región directamente relacionada con el Mediterráneo mediante el "corredor" Saona-Ródano. Encontrar en ellas vasos y ritos de origen griego confirma este análisis.

El mundo aristocrático griego es el del caballo, opuesto al buey, tan querido para Homero y Hesíodo. Éste es el animal del campesino, mientras que aquel es el compañero del aristócrata. En Eubea, en Colofón, en Cumes (en la Campania), en Síbaris, en Posidonia, en Corinto, así como en las llanuras adriáticas de la Italia del sur, la presencia del caballo arcaico implica una sociedad en la que aquellos que posen uno y lo montan van a quedar caracterizados como una categoría social, a menudo bajo la protección de Atenea y de Poseidón: los ganaderos (los *hippobotai* de Calcis, en Eubea) se convierten en caballeros (*hippeis*, *equites*). Dominar, criar y domar caballos se convierte en una actividad importante (*hippotrophia*) que se logra con la ayuda de héroes míticos, como Belorofontes y Diomedes. Los bocados de los caballos encontrados en algunas tumbas aristocráticas arcaicas recuerdan la dimensión concreta de esta operación de doma.

Sin embargo, esta relación con el caballo continúa y se diferencia del uso del caballo unido al carro de guerra, presente tanto en el texto homérico como en el Oriente asirio y en la Salamina de Chipre, con los caballos enterrados en las grandes tumbas de corredor (*dromos*) de la necrópolis real, y en los principados del mundo céltico y de las estepas orientales. Los caballos de Oriente están relacionados con la guerra y las paradas militares, como demuestra el descubrimiento de anteojeras de bronce. En el mundo griego arcaico subsiste el aspecto de la parada aristocrática, pero el caballo ya no está uncido, sino que es montado directamente.

Domar al caballo significa para los griegos hacerse dueños del espacio, del territorio, de la *chora*, de igual modo que los nómadas de las estepas, como los escitas, utilizaban a este animal para sus largas cabalgadas. El uso del animal de las estepas para controlar la llanura leantina de Eubea y otros pequeños territorios fue una idea inspirada de los aristócratas griegos. En las costas mediterráneas, tanto en Andalucía como en Túnez, el paso de los mercaderes y artesanos eubeos conduce a referencias duraderas a los caballos. Durante mucho tiempo Bizerta fue conocida como Hippo Diarrhytos, y Hesíodo sabía que Pegaso, el caballo alado que fue utilizado como emblema monetario en Corinto, a partir del 640, nació a la orilla del Océano, en los límites del mundo (*Teogonía*, 281-282).

Colonizar

En el transcurso del Arcaísmo, los ámbitos aristocráticos descubren el mar y el mundo. Su encuentro con otras poblaciones ribereñas provoca una formidable mezcla de fronteras.

Traducimos por "colonizar" el verbo griego *apoikein* y como "colonia" la palabra *apoikia*. Tales definiciones son insatisfactorias; pero, a falta de nada mejor en nuestro vocabulario, tenemos que seguir utilizando estas referencias "coloniales". Sin embargo, hay que tener en cuenta que estas palabras griegas designan de hecho una partida, un desplazamiento con relación a la residencia familiar original, el *oikos*. *Apoikein* significa «habitar a distancia» (Casevitz). Desde el Renacimiento y el gran filólogo italiano Lorenzo Valla (1406-1457), las palabras griegas de esta familia se traducen por las palabras latinas de la familia de *colere*, que tenía ese mismo sentido, así como el de "cultivar"; pero el latín añadía una noción suplementaria. En el siglo V una colina cercana a Roma, que fue integrada, incorporada, incluso anexada a la ciudad, toma el nombre de *Esquilino*, palabra en la que se aprecia una relación con la familia de *colere*. Así, siguiendo etapas sucesivas, llegamos al significado de "colonizar" en el sentido en el que lo entendemos a menudo hoy día, a la luz de las experiencias coloniales de la época moderna y contemporánea. La historiografía del siglo XIX acentuó una lectura en términos modernistas.

En resumen, que las nociones de desplazamiento y trabajo de la tierra que se encontraban en la base del significado de la palabra griega y de la palabra latina originales se encuentran ocultas por una referencia a un hecho agresivo de características a la vez militares y económicas. Las ciudades (*poleis*) griegas de todo el Mediterráneo se convirtieron así en "colonias", con un sentido de dependencia que no existía en su relación con las "metrópolis" griegas y sus "colonias". La utilización de términos que dan a estos fenómenos, yuxtapuestos y por lo tanto parciales, un aspecto global ("expansión" griega) pueden llevarnos demasiado lejos, por más que en ocasiones los griegos emigrados sintieran y manifestaran una solidaridad étnica contra el bárbaro, por ejemplo en los conflictos con Cartago en la Sicilia del siglo VI. Por último, el hecho de haber creado en el siglo XX términos como «precolonización» desvía todavía más el significado primero de la palabra.

La "colonización" griega fue un conjunto complejo de salidas y asentamientos y no una operación conjunta. Aunque estemos seguros de la existencia de las consulta délficas, hay que evitar ver en el santuario délfico una "agencia" que organizaba los movimientos y las fundaciones.

De este modo, la colonización griega parece más una sucesión de emigraciones que una expedición colonial, sabiendo –volveremos a ello– que esas emigraciones no son comparables a las actuales.

Entre griegos y bárbaros: la aculturación

Todo esto no debe llevarnos a una visión idealizada de los tiempos arcaicos, vistos como una Edad de Oro, sin luchas y sin enfrentamientos políticos, sociales o étnicos. Antes al contrario, el Arcaísmo se caracteriza por crisis (*staseis*) en el seno de las ciudades griegas. Las tensiones y las guerras entre ciudades vecinas o rivales fueron frecuentes: entre Eretria y Calcis, Corinto y Corcira, Siracusa y Mégara Hiblea, Síbaris y Crotona. Los ejemplos de cohabitación entre griegos de diferentes ciudades son más escasos, más breves, y en ocasiones terminan mal, como por ejemplo entre los habitantes de Esmirna y los de Colofón (Heródoto, I, 150), o entre los de Mégara en Grecia y de Leontinos en Sicilia (Tucídides, VI, 4, 1 y Polieno, V, 5).

Pese a algunos edificantes relatos de la tradición –como las acogidas de los reyes indígenas de Sicilia o de Marsella–, las implantaciones griegas agredieron, perturbaron y traumatizaron a las sociedades locales, incluso aunque éstas, en un segundo momento, sacaran algún provecho de la aceleración de los intercambios y de la dinámica introducida por las nuevas ciudades griegas. Los matrimonios mixtos fueron una realidad, pero no siempre fueron idílicos. Las relaciones entre griegos e indígenas estuvieron constituidas por relaciones entre grupos móviles que intentaban implantarse de manera estable y poblaciones sedentarias o semi-nómadas asentadas desde hacía tiempo en su territorio. Esto lleva, en ocasiones, pero no siempre, a la vecindad y al enfrentamiento entre agricultores y comunidades unidas a formas de explotación extensiva de los terrenos de paso, en especial pastores y cazadores. En otros casos, grupos limitados de griegos cohabitan con orientales para

formar bases, los puntos de paso de naturaleza comercial situados frente o en la proximidad de indígenas bien instalados en su terruño.

Los griegos se encuentran en las orillas y las llanuras (*paralia*), los bárbaros en el interior (*mesogaia*), en espacios por lo general más amplios. De este modo se oponen dos mundos: el de los territorios delimitados y sus zonas de influencia, y el de las colinas, las montañas y los desiertos. Los bárbaros, hombres del interior, a menudo desconocen el mar, con excepción de los fenicios y, en menor grado, los etruscos; no saben nadar (Heródoto, VIII, 89) y cuando intentan hacerlo necesitan apoyarse en otros, como se ve en un relieve asirio de Nimrud (British Museum); sólo saben construir balsas (Tucídides, VI, 2, 4). Los griegos conocen bien el mar, construyen barcos y descubren... el mareo; los primeros usos de la expresión que se refiere al "mal de los barcos" (la *nautia*, de donde viene náusea) datan del siglo VI, en la obra del poeta Simónide de Ceos (*De las mujeres*, 54), antes de aparecer en Aristófanes.

Es evidente que para aprehender de manera satisfactoria la naturaleza misma de esas relaciones no sirve yuxtaponer ejemplos o hacer colaciones de anécdotas mencionadas por las tradiciones literarias, casi siempre tardías y reelaboradas. Científicamente, es preferible intentar construir modelos explicativos, sabiendo que deben tener en cuenta realidades locales bien conocidas, tanto por los textos como por la arqueología. Las culturas no son entidades abstractas, sino el resultado de la acción de grupos comprometidos –en un momento y en un lugar determinados– en una aventura humana.

Tradicionalmente, la acción de los griegos sobre los indígenas es presentada en términos de helenización. Para nosotros, helenizar es asegurar la difusión de los modos de pensamiento y comportamiento de los griegos en ambientes que no eran griegos y que no los conocían. Para los griegos "helenizar" era, sobre todo, enseñar a los bárbaros a hablar la lengua de los helenos (Tucídides, II, 68); sabemos que así era como se llamaban los griegos así mismos, la palabra que utilizamos nosotros les fue aplicada por los romanos (*Graeci*).

¿Cómo medir el grado de helenización de ciudades como Cartago o Roma en la época arcaica? Es evidente que no mediante los objetos griegos que se descubren en ellas. Una cultura no es la yuxtaposición de elementos añadidos unos a otros, sino un todo en el que cada parte

es indisociable de las demás. Las culturas no se propagan por simple "difusión". Para ello es mucho más útil descubrir la presencia de griegos viviendo en esas ciudades en un momento dado y, por lo tanto, susceptibles de poder transmitir su lengua así como sus costumbres.

Como vemos, el problema es más cualitativo que cuantitativo. Cuando dos culturas se encuentran, se producen reacciones que quedan instauradas, una serie de estímulos imprevisibles fuera de un contexto histórico dado. Se trata de fenómenos en ocasiones llamados de aculturación, por emplear un neologismo puesto de moda por la antropología norteamericana; se trata de una cuestión de interacción entre las culturas que no se desarrolla de manera inmediata y simple, se necesita tiempo. Influir en la cultura de una sociedad no es comparable a una incursión militar, aunque en ocasiones se den fases brutales.

Los ámbitos implicados en tales procesos son muy variados: la relación con el cuerpo (desnudez, cuidados, atletismo), la lengua hablada y el bilingüismo, los escritos, las tecnologías y el saber hacer, la evolución demográfica, el papel de las mujeres indígenas, los raptos y los matrimonios mixtos consentidos o a la fuerza, los fenómenos de mestizaje, la evolución de las elites locales, los cambios en las fronteras, las presiones, las agresiones, expoliaciones, deportaciones, expulsiones y la resistencia, las cohabitaciones (*sympolitera*), el control de la tierra, la mano de obra servil, los intercambios de bienes y regalos, los mitos, las creencias y los rituales, especialmente los funerarios, los comportamientos alimenticios y de vestuario; sin olvidarnos de la recepción, la imitación, la reelaboración y la reinterpretación de las imágenes representadas en los vasos, así como de las formas plásticas y de los colores. En todos estos casos, se trata de "paredes" virtuales, más o menos flexibles, que pueden ceder, resistir, desplazarse o plegarse sin romperse. Sin embargo, tras los análisis parciales es necesaria una reflexión global, puesto que la cultura es un todo.

En el siglo V, Helánico (*FGrHist* 4 F 71a), habla de los indígenas de Lemnos «convertidos en medio griegos» (*mixhellenes*), mientras que Plutarco (*Moralia*, 247*a*) define como «medio bárbaros» (*mixobarbaroi*) a los hijos de los atenienses víctimas en Brauron (en el Ática) de un rapto por parte de los habitantes de Lemnos. La "barbarización" es la respuesta a la helenización. Para los griegos, como es evidente, se

trata de una derrota, y el juicio de Tíndaro sobre su yerno Menelao es negativo:

> Durante mucho tiempo permaneciste entre los bárbaros. Ahora eres uno de ellos (Eurípides, *Orestes*, 485).

Como todos los griegos, Heródoto tenía una visión "etnocéntrica" y estaba convencido de la superioridad de los helenos:

> Desde hace ya mucho tiempo, el pueblo griego se distinguió de los bárbaros por su mayor agudeza y su menor necia credulidad (I, 60).

Sin embargo, si desde un principio pensamos que los griegos son «más civilizados» que los sículos, indígenas de Sicilia oriental, nos vemos imposibilitados para comprender que el nombre *litra* (medida de peso y capacidad que ha dado nuestro "litro") en realidad es un nombre sículo adoptado por los griegos de la época arcaica (Lejeune). La percepción de esos complejos fenómenos entre sociedades que conocemos mal supone evitar el modelo de una civilización griega cuyo progresivo adelanto habría despertado a un Mediterráneo "subdesarrollado". No olvidemos que nuestros textos son textos griegos (o latinos influidos por escritos griegos anteriores). Los indígenas, ya sean etruscos, escitas, fenicios o íberos, carecen de tradiciones literarias conservadas por ellos mismos. De modo que somos unos historiadores que trabajan con una documentación unilateral, fragmentaria y, por lo tanto, parcial. Mediante el análisis debemos recuperar la «visión de los vencidos» (Wachtel).

En el Mediterráneo arcaico los griegos aportaron mucho, pero también aprendieron mucho, en todos los campos. La presencia de ofrendas bárbaras en Delfos o un tratado de alianza expuesto en Olimpia entre una ciudad griega (Posidonia) y unos bárbaros (los serdaioi) demuestra una relación dialéctica compleja entre los griegos y los bárbaros. Las encuestas etnográficas de Hecateo de Mileto y posteriormente de Heródoto, confirman el interés griego por esas sociedades mal conocidas por ellos.

Sólo una historia cultural, una historia de las culturas, abordada sin un *a priori* permite observar el resultado de las mezclas culturales propias

del Arcaísmo mediterráneo. En un Mediterráneo en el que las sociedades y los hombres pierden sus raíces –en donde Atenas, por oposición, reivindica su carácter autóctono– se construye un mundo nuevo en donde los bárbaros no son "salvajes" –aunque ese sea el título (*Agrioi*) de una comedia de Ferécrates representada en Atenas en el 420– y en donde los griegos no son los autores de un "milagro". Ese mundo es el de la época helenística, que descubre entonces la «sabiduría de los bárbaros» (Momigliano).

El valor del metal

Los bárbaros amaron el metal, todos los metales, tanto como los griegos; evidentemente el oro y la plata, pero también el cobre, el hierro y el plomo, así como las aleaciones como el electro (oro + plata) y sobre todo el bronce (cobre + estaño). El metal significa armas y utensilios, la fuerza que permite luchar y vencer, la posibilidad de dominar a la naturaleza. El metal fue la causa de la primera agitación mediterránea. El metal, es cosa de los dioses, principalmente de Hefesto, su dios de la metalurgia; fue el osado Prometeo quien intentó robar el fuego que alimentaba la forja del dios. Los objetos de metal forman parte de los *daidala*, cuyo nombre hace relación a Dédalo, el inventor mítico del artesanado.

La armas y las herramientas

Estos utensilios significan que la guerra y el trabajo eran las dos principales actividades arcaicas.

El armamento ocupa un lugar privilegiado en los enfrentamientos de la *Ilíada*. Posteriormente, las grandes tumbas principescas exponen la panoplia individual del aristócrata y sus caballos. Más tarde, en el siglo VII, Grecia conoce un cambio en el tipo de armamento, que fue acompañado por la puesta a punto de una formación táctica nueva; se trata de la aparición de la falange y del hoplita, que lleva una coraza, un casco y polainas. Lleva un escudo en la mano izquierda y en la derecha una larga lanza. El nuevo armamento es el resultado de una prolongada serie

de evoluciones y adaptaciones que supusieron al paso desde la acción individual hasta la acción colectiva.

Es el trabajo, en lo que se refiere a la actividad humana (*ergon* o *ponos*), el que necesita el metal. Las herramientas existen: pinzas, tenazas y yunques, adecuados para fabricar armas, elementos del carro y clavos; herramientas de los artesanos que fabrican hebillas de cinturón, broches, fíbulas, alfileres; herramientas para aquellos que trabajan, siegan, cavan las viñas, esquilan las ovejas (Hesíodo, *Los Trabajos y los Días*, 151, 387, 572, 775); hachas para los matarifes y los carpinteros, pero también para matar al animal destinado al sacrificio; cuchillos para los pastores que castran carneros y cabritos, puercos, toros y «pacientes mulos» (Hesíodo, 786-792), o para los panaderos que cortan; martillos para los caldereros que fabrican recipientes para los ritos sacrificiales y las ofrendas a los dioses.

Jerarquía de los metales

Hesíodo muestra la decadencia de la humanidad desde una Edad de Oro mítica. La clasificación es evidente: primero el oro, luego la plata, seguida del bronce y, por último, el hierro. Jerarquía que ha llegado hasta nuestros días, como podemos comprobar en las medallas olímpicas. No obstante, también es sugestivo señalar que esta clasificación no responde por completo a la frecuencia de las referencias a esos metales en los poemas homéricos, que sobre todo mencionan el bronce (*chalkos*, 418 menciones) mucho más que el oro (236), la plata (102) y el hierro (49), el estaño no aparece más que 10 veces y sólo en la *Ilíada*.

Las grandes regiones mineras

Serán el destino de las primeras navegaciones durante los "siglos oscuros" y el comienzo del Arcaísmo. El metal es el motivo por el que los eubeos van a Chipre, por el que los fenicios se dirigen a Cerdeña, Andalucía y todavía más allá, a las orillas atlánticas de Europa. El metal sigue siendo el motivo por el que los griegos y los orientales se interesan por Etruria, por Populonia y por la isla de Elba.

•Las principales minas de oro (*chrusos*) se encuentran en Tracia (monte Pangeo) y en Thasos (Heródoto, VI, 46-47), pero también en Anatolia. En muchas ocasiones el oro es aluvionario y se recoge mediante el lavado de la arena aurífera. Heródoto habla (V, 101) de las pepitas de oro arrastradas por el Pactolo, el río que atravesaba la ciudad de Sardes, capital del rey lidio Creso, cuya riqueza era legendaria por tal motivo.

•Las minas de plata (*argouros*) se presentan sobre todo en filones. Antes de ser explotadas en el Ática, en las minas de Laurión, se encontraban en Anatolia –en donde probablemente Homero localizaba su Álibe, «fuente de plata» (*Ilíada*, II, 857)–, en Chipre, en Cerdeña, en Tracia (monte Pangeo), en el Adriático (Iliria), en las Cícladas (Sifnos) y sobre todo en Andalucía:

> Los primeros fenicios que llegaron a Tartesos, a cambio de sus aceites y sus drogas recibieron tanta plata que, no pudiéndola poner en sus barcos, se sirvieron de ese metal para hacer todos sus utensilios e incluso sus anclas (Ps. Aristóteles, *De las maravillas escuchadas*, 135, cf. también Diodoro, V, 35 y Avieno, *Ora maritima*, 291: «*Mons Argonauticus*»).

Argantonio, rey de Tartesos, dio a los foceos plata de España para pagar la construcción de las murallas de Focea, amenazada por los persas en el siglo VI (Heródoto, I, 163).

•Las minas de cobre (cuyo nombre griego es el mismo que para el bronce, *chalkos*) de Eubea se encontraban, cosa rara, unidas a las de hierro (Estrabón, X, 1, 9). El nombre de la ciudad de Calcis –y por tanto el de los calcidios y su zona de colonización en el mar Egeo, la Calcidia– se encuentra directamente relacionado con el nombre del cobre (lo que ha dado nuestro "calcolítico" o Edad del Cobre y "calcografía" o grabado en cobre). También en Chipre había este metal; de hecho, el nombre de la isla es el origen de la palabra "cobre" por intermedio del latín *cuprum*; otras minas se encontraban en Cerdeña y en España.

•Las minas de estaño (*cassiteros*, palabra que no aparece en la *Ilíada*) se encontraban en Oriente, en Etruria, en España y cerca de las costas atlánticas. La localización de las islas Casitérides todavía se discute (¿Cornualles?); su nombre proviene del metal, y no a la inversa.

No conozco las islas "Casitérides" de donde nos llega el estaño [...] Todo lo que puedo decir es que el estaño nos llega desde el extremo del mundo (Heródoto, III, 115).

Es cierto que el uso del estaño oriental es anterior al proveniente de las minas occidentales, como demuestra la presencia de lingotes de estaño en el pecio de Kǎs, cerca de Chipre, en el siglo XIV.

•Las minas de hierro (*sideros*, de donde viene siderurgia) se encontraban en la tierra de los calibeos (Esquilo y Ps. Aristóteles, *De las maravillas escuchadas*, 48), población que habría que localizar cerca del mar Negro, puede que en la Cólquide (Caúcaso); otras minas arcaicas habría que localizarlas en Cerdeña, España y en Etruria, hacia la zona de Populonia y sobre todo en la isla de Elba, cuyo nombre en griego (*Aithaleia*), conocido por Hecateo de Mileto, significa "el hollín", "el humo", lo que muy probablemente tenga relación con la actividad de los hornos metalúrgicos.

•Las minas de plomo (*molubdos*), en ocasiones argentífero, se encontraban en Chipre, en Etruria, en Cerdeña y en España.

El arcaísmo utilizó la tecnología de los metales

Los arqueólogos tradicionalmente utilizan referencias a los metales para definir las grandes etapas culturales del Mediterráneo y Europa: Edad del Bronce seguida de Edad del Hierro, con subdivisiones cronológicas. Sin embargo, el paso del Bronce final a la primera Edad del Hierro (Hallstat Antiguo) no aparece por todas partes al mismo tiempo. En el Mediterráneo oriental la tecnología del hierro aparece ya en los siglos "oscuros", mientras que en ciertas regiones del Occidente bárbaro sólo lo hace en los siglos arcaicos. De modo que es peligroso basarse únicamente en la difusión de una tecnología para definir y datar culturas regionales. Un acercamiento global parece cada vez más y más preferible en un Mediterráneo que nunca tuvo unidad cultural.

El trabajo del oro consiguió logros artísticos de gran categoría, tanto entre los escitas, como los etruscos y los iberos, con el trabajo del hilo de oro (filigrana) y los granos (granulado).

Con bronce se fabrican armas, objetos y herramientas. Primero hachas, broches, calderos con tres patas o sobre trípodes, calderos con cabeza

y cuello (*protomes*) de animales reales o fantásticos, elementos para el asedio y para los carros, cascos, escudos, espadas y lanzas, bocados y anteojeras de caballo; después, vasos (copas, fiales, cráteras, oinochoes, hídrias y piletas), estatuillas de estilo geométrico y después orientalizante, y de pequeños animales, objetos que serán ofrendas para los santuarios. A partir de mediados del siglo VI, con el uso de la fundición en hueco, se realizaron grandes estatuas –como el auriga de Delfos, el Poseidón del cabo Artemision, o los dos bronces del siglo V encontrados recientemente en aguas calabresas, cerca de Riace–. Junto a la producción griega, omnipresente, pero también la etrusca, fenicia y siria, algunas poblaciones indígenas demuestran que dominan la técnica y elaboran producciones originales, como las poblaciones de Urartu, que fabrican calderos y estatuillas, o como los sardos, que fabrican barcos en miniatura (barquillas) o pequeños bronces, lo que también hacen numerosos talleres itálicos.

El hierro es particularmente difícil de trabajar. Su fusión se realiza a una muy alta temperatura (1.540 grados). La fundición necesita mucho combustible, de modo que los metalúrgicos del hierro fueron grandes taladores de bosques. Darle forma supone dominar la técnica del martilleo y poseer instrumentos adecuados para ello. Los artesanos del metal, herreros, carreteros y ajustadores, forman parte de la gran tradición mítica del trabajo de los Cíclopes, que forjaron el rayo para Zeus. Glaucos de Quíos fue el primero en soldar el hierro a comienzos del siglo VI (Heródoto, I, 25).

Las ofrendas de metal

Ocupan un lugar importante en las ofrendas de los santuarios, especialmente en los más célebres de ellos, Olimpia y Delfos.

En el siglo VI, el rey bárbaro Creso de Lidia hizo ofrendas excepcionales en Delfos (Heródoto, I, 50-51): mandó quemar sobre un escudo lechos (*klinai*) forrados de oro y plata y fiales (copas sin pie para las libaciones a los dioses) de oro; fundió una inmensa cantidad de oro que fue transformada en 117 lingotes («medios-ladrillos»), 4 de oro puro y los demás de oro blanco (mezclado con plata); ofreció un león de oro que pesaba diez talentos (alrededor de 260 kilos) y cuyo pedestal estaba

formado por los lingotes; también envió dos grandes cráteras, una de oro y la otra de plata, ésta con una capacidad igual a la de 600 ánforas, así como cuatro jarras (*pithoi*) de plata y dos vasos para las aspersiones y las abluciones rituales (*perirrhanteria*), uno de oro y el otro de plata; también lingotes (*cheumata*, «colados») de plata de forma redonda y una estatua de mujer de oro; por último, los collares y cinturones de su mujer.

La tesaurización

Con el paso de los siglos, en todas las sociedades, el hombre se ha visto obligado a practicar diversas formas para acumular bienes, materias, objetos o monedas, ya fuera por razones ligadas a las prácticas religiosas, a realidades económicas o, simplemente, a la inseguridad, como en la época de las grandes invasiones de finales de la Antigüedad. La tesaurización es lo contrario a la circulación: las riquezas, individuales o colectivas, se inmovilizan. El arqueólogo descubre entonces "conjuntos cerrados" –escondites, depósitos de tesoros– en los lugares más diversos. Algunos depósitos, excepcionales, se formaron por simple azar o por accidente, como puede ser la pérdida de un cargamento en el mar.

El Arcaísmo hereda una larga tradición protohistórica que se dedicó a crear depósitos de bronce, en bruto (trozos de mineral) o trabajado, con lingotes y objetos diversos. En este caso se trata sobre todo de hachas, espadas, puñales, cuchillos, puntas de lanza, armas, herramientas agrícolas, o utensilios como las navajas metálicas de afeitar, que en ocasiones son nuevas y otras están sin terminar, o han sido reparadas o retrabajadas o fueron rotas intencionadamente; a veces se trata de objetos que no sirven para nada, como esas hachas con un orificio (el cañón) tan pequeño que no se puede introducir en él un mango. Es tentador datar tales acumulaciones en los decenios anteriores a la fecha de su enterramiento, fácilmente obtenible por el material más reciente.

A veces se ha llamado a esos depósitos "protomonetarios", intentando sacar a la luz valores ponderales. Es cierto que algunos de ellos tuvieron un papel en los intercambios, sin embargo, en ocasiones se pueden dar otras definiciones, sobre todo cuando la naturaleza de los objetos hace pensar en conjuntos preparados para ser fundidos con el fin de conseguir el metal en bruto. Los "escondites de fundidor" estaban destinados

a la refundición; por ejemplo, el depósito de Launac (Hérault) dio su nombre a una facies cultural (el "launaciano"), cuyo mayor depósito está formado por una masa de muchos quintales de bronce descubiertos bajo el mar en Rochelongue, en la costa de Agde. Hay lingotes de cobre, placas de estaño y de plomo, así como hachas, fragmentos de lanzas, espadas y puñales, brazaletes, fíbulas, alfileres y broches. Este depósito es un elemento muy importante para la comprensión del funcionamiento de las sociedades indígenas en el momento de las primeras incursiones griegas y etruscas en el Mediodía de Francia a finales del siglo VII.

El valor de la moneda

La moneda hace su aparición durante el Arcaísmo, cuando se atestiguan numerosas acuñaciones, sobre todo en la segunda mitad del siglo VI y a comienzos del V. En Lidia aparecen primero monedas de electro, seguidas por monedas de oro y plata, mientras que en el mundo griego son monedas de plata.

¿Cómo y por qué se pasó en un momento dado a la moneda, es decir, a un metal de peso conocido, marcado y adoptado oficialmente por una autoridad constituida? ¿Por qué ese cambio del metal a la moneda? ¿Para mejorar el sistema de trueque, de intercambio de bienes? ¿Por iniciativa privada o pública? Si es así ¿de dónde provino la iniciativa, de Oriente (Lidia) o de Grecia?

El salto cualitativo y la decisión política que condujeron a la acuñación de moneda se produjeron a comienzos del siglo VI. Se coloca un trozo de metal, el cospel, entre dos "cuños": el cuño inferior está fijo sobre el yunque, es el cuño "dormido" que graba el verso (nuestra "cara"); el otro, el cuño "móvil", permite acuñar el reverso (nuestra "cruz").

El papel de Lidia

Este reino bárbaro de Anatolia, vecino de las ciudades griegas, representó un papel importante en la aparición de la moneda a partir del siglo VI, como destacaron Jenófanes de Colofón (citado por Pollux, IX, 83) y también Heródoto:

(Los lidios) Fueron los primeros, que sepamos, que acuñaron moneda (*nomisma*) de oro y de plata y, también los primeros que se convirtieron en revendedores al por menor (*Kapeloi*) (I, 94).

La riqueza en oro y plata de Lidia era bien conocida por el mismo Heródoto (V, 49). Las excavaciones de Sardos, su capital, han demostrado que los lidios del siglo VI obtenían electro en sus minas y que refinándolo conseguían oro y plata. De este modo pudieron pasar de una acuñación en electro, insatisfactoria debido a que la aleación tenía unas cantidades inconstantes de oro y plata, a las acuñaciones de oro y de plata.

En 1904 se descubrieron 93 monedas de electro y 7 "gotas" de metal argentífero en un depósito de fundación del templo de Artemisa en Éfeso, la ciudad jonia. Se trata de las más antiguas atestaciones monetarias que conocemos, pero la fecha del depósito todavía es objeto de controversia. Las diversas piezas no muestran señales de uso, de modo que no circularon, o por lo menos no durante mucho tiempo, antes de ser enterradas en el depósito, que parece que fue cerrado hacia el 600-590. Una datación reafirmada por la ausencia de moneda en la ciudad vecina de Esmirna, que fue destruida hacia el 595-590.

Por esas fechas, el filósofo Heráclito de Éfeso escribía:

Todas las cosas se pueden convertir en fuego
Y el fuego en todas las cosas
Igual que las mercancías (*chremata*) en oro (*chrusos*)
Y el oro en mercancías.

(Frag. B 90)

Es un texto difícil, objeto de discusiones, que demuestra la fluidez y la reciprocidad de los intercambios entre metal y mercancías. Podemos ver en él una oposición entre la tesaurización (acumulación de oro o de monedas) y el desarrollo de los intercambios (aumento de las mercancías). La referencia al fuego y los paralelismos también pueden hacer pensar en la fusión, en sentido literal, de las monedas (puede que *chremata* tuviera ese significado en el siglo VI) para obtener oro. Este metal se transforma en monedas, pero éstas, con la ayuda del fuego, pueden convertirse en oro de nuevo (Musti).

Lo esencial, no obstante, es darse cuenta de que la aparición de la moneda es percibida por Heráclito como formando parte de un proceso

intelectual; se trata de un elemento más en la visión del mundo renovada por lo jonios.

El papel de la ciudad griega

De hecho, la moneda nació en el marco político y mental de la *polis* griega. A partir del momento en que el Estado quiso retribuir los servicios que pedía (a artesanos o a mercenarios, por ejemplo) y hacer pagar impuestos a aquellos a los que ayudaba, tuvo necesidad de una unidad de medida precisa y conocida. Durante mucho tiempo el valor era medido en bueyes, en pedazos de metal en forma de piel de buey, en calderos, en broches, en trípodes o en lingotes de forma irregular. Es decir, con metal, que es precioso en sí mismo, pero que en ocasiones no había sido pesado y marcado con precisión.

La ciudad griega intervino entonces y, en un momento dado, acuñó monedas de plata. En el verso aparecía el emblema de la ciudad: el atún en Cícico, la foca en Focea, la lechuza en Atenas, el caballo Pegaso en Corinto, la tortuga en Egina, la espiga de cebada en Metaponte, el toro en Síbaris, el trípode en Crotona, el león en Leontinos, el cangrejo en Agrigento y la hoja de apio en Selinonte. La mayoría de las ciudades griegas arcaicas, a diferencia de otras poblaciones ribereñas del Mediterráneo, utilizaron monedas.

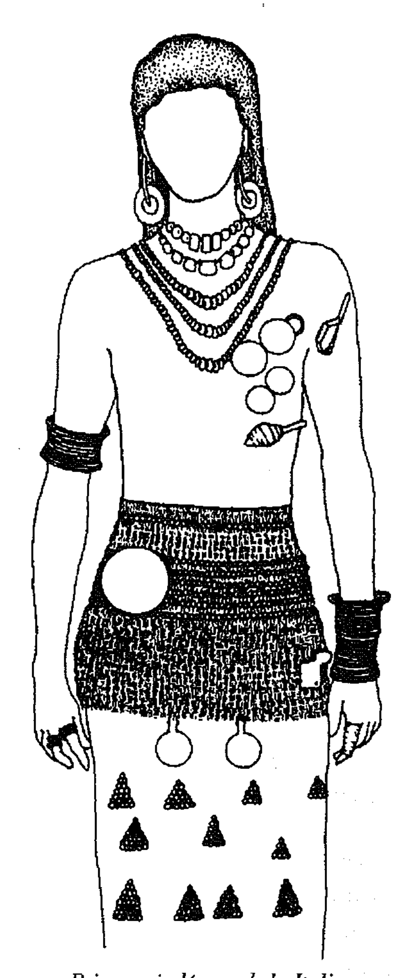
Los sistemas ponderales y monetarios

Al principio la moneda tenía un valor "real", es decir, que correspondía a su peso en metal. De modo que hay una estrecha relación, en ese momento dado, entre los sistemas monetarios y los sistemas de peso. Sin embargo, a partir de las reforma de Solón, estos dos sistemas evolucionaron de manera independiente.

Cada vez que se trataba de medir el oro, el texto homérico sólo utiliza una referencia, el talento (*Ilíada*, I, 122, 264; XVIII, 507, XXIII, 269, 614, 751; XXIV, 274; *Odisea*, IV, 129, 526; VIII, 393; IX, 202; XXIV, 274). Sin embargo, no es seguro que se tratara de un peso preciso, puede que sólo se tratara de una manera de contar.

Hubo dos grandes sistemas monetarios diferentes que reunían las acuñaciones monetarias de las ciudades cuando estaban lo bastante

próximas la una de la otra: los llamados "eubeo-ático" y"eginético". Ambos se basaban en las unidades siguientes: el talento, la mina, la estatera, la dracma y el óbolo, según la relación siguiente: 1 talento = 60 minas = 6.000 dracmas = 36.000 óbolos. El nombre dracma (*drachme*) deriva de la palabra griega (*dragme*), "puñado", lo que se puede coger con ambas manos; seis eran los espetones (*obeloi*) que se podían coger con la manos, de donde viene el nombre de "óbolo" dado a la división de la dracma (Pollux, IX, 77). La estatera es una doble dracma en el sistema "eubeo-ático" y una triple dracma en Corinto. En el siglo VI, en Atenas un buey valía 5 dracmas y una oveja 1 dracma.



Princesa indígena de la Italia meridional (siglo VII). Pendientes de bronce con discos de ámbar, collares de ámbar, fíbulas de bronce y hierro, anillo de hueso y ámbar, cinturón de cuero y colgantes de bronce.
(Magna Grecia, *Milán, Electa, 1985, p. 197.)*

En cada patrón había una unidad de base a partir de la cual se fijaba el peso de las monedas, como la estatera de Egina y la de Focea o la dracma de Atenas. Por otra parte, el peso teórico no siempre era mantenido y sufría oscilaciones, por ejemplo de 0,5 gramos o menos.

El sistema "eubeo-ático" fue adoptado por Atenas a partir de Solón, a comienzos del siglo VI, después por Corinto y más tarde por Eubea. La unidad de base era una dracma de 4,36 gr.

El patrón "eginético" fue seguido por Egina, por Atenas durante un tiempo, hasta Solón, por las islas del mar Egeo y Creta, así como por Focea. La unidad de base era la estatera de 12,57 gr, por lo que una dracma pesaba 6,28 gr, más que la del otro sistema.

Junto a estos dos sistemas principales hubo otros muchos. Sin entrar en detalles citaremos, en Italia meridional y en Sicilia, los sistemas "calcidio" (Naxos, Regio, Zancla e Hímera: dracma de 5,82 gr); "aqueo" (Metaponto, Síbaris y Crotona: estatera de 8,06 gr), y el formado por Posidonia, Elea, así como por Marsella (estatera de 7,76 gr en Posidonia y dracma de 3,88 gr en Elea). Los sistemas tenían posibilidades de ajustarse entre ellos para permitir los intercambios, así tres estateras de Posidonia (7,76 x 3 = 23,28 gr) correspondían a cuatro dracmas de las ciudades que utilizaban el sistema calcidio (5,82 x 4 = 23,28 gr).

MONEDAS E INTERCAMBIOS

Una interpretación de tipo económico es insuficiente para explicar la aparición de la acuñación monetaria. La moneda no fue creada para el comercio, sino para medir el valor de una manera estable y reafirmar el poder de la *polis* (al contrario de lo que parece decir Aristóteles, *Política*, 1257*a-b*). La ausencia de "moneda fraccionaria" en la época arcaica demuestra que las monedas servían por entonces para grandes compras decididas por la ciudad y no para el comercio al detalle, que era el habitual de la época, o para la iniciativa privada. Sin embargo, a partir de entonces fue utilizado de manera progresiva para el comercio, cuando aparecieron las unidades más pequeñas en bronce. El móvil comercial, que no fue el origen de la acuñación monetaria, apareció así marginalmente.

La difusión restringida de las monedas confirma también la diferencia con las redes comerciales de cada ciudad. Una ciudad arcaica como Mégara Hiblea, activa desde el punto de vista comercial, nunca acuñó moneda antes de su destrucción en el 483, mientras que su vecina y rival, Siracusa, lo hizo desde los años 525/520. Respecto a la abundante aparición de diversas monedas griegas en Egipto, entre ellas las de Atenas, se debe a que el dinero (en tanto que metal) interesaba a los egipcios, que no tenían.

Se hace indispensable una interpretación de tipo antropológico (Gernet, Will, Parise). En especial debemos evitar ver esta aparición en términos de evolución lineal y de desarrollo del «progreso», porque sería una concepción moderna y anacrónica. La moneda no es un objeto que se afirmara y perfeccionara a partir de algunos signos premonetarios, se

trata de una institución social, es decir, de una categoría que está condicionada por una situación económica y social determinada.

La moneda no es un perfeccionamiento, es una respuesta. Una respuesta a las necesidades de la ciudad, pero sobre todo a las exigencias de la ciudad con respecto a ella misma. En efecto, la *polis* quiere controlar el peso de las emisiones y la calidad del metal, así contribuye a definir una noción abstracta del valor. No se trata de un perfeccionamiento técnico, sino de una racionalización intelectual, comparable a la que los geómetras habían realizado más de un siglo antes al concebir las nuevas ciudades.

La repartición de los sistemas ponderales adoptados por las ciudades y sus divisiones monetarias subrayan las discrepancias de tipo político más que la existencia de las redes económicas; por ejemplo, en Occidente, la separación existente entre el sistema calcidio y el sistema aqueo, mientras que las ciudades calcidias y aqueas recibían las mismas ánforas y las mismas cerámicas importadas. La adopción de un mismo sistema ponderal por parte de Posidonia y Elea es la consecuencia lógica de la ayuda de Posidonia a la instalación de los foceos de Elea (Heródoto, I, 167); la presencia de Marsella en este sistema se explica también por el común origen foceo de Marsella y Elea antes que por la existencia de un "comercio" entre las dos ciudades.

Esta dimensión política, que no económica, de las primeras emisiones monetarias es todavía más visible con el fenómeno de las "monedas de imperio", como las de Síbaris, que circulan ampliamente en el interior de la Italia meridional en entornos indígenas bajo tutela sibarita, de los que se menciona su etnia. También hay "monedas de alianza", como las de Marsella en relación con las monedas de las ciudades griegas de Sicilia (Siracusa, Gela y Agrigento) en el siglo V.

VI

LOS DESPLAZAMIENTOS

El Mediterráneo arcaico es un lugar donde la movilidad es la norma. Las poblaciones arcaicas sintieron fascinación por los desplazamientos, esos fenómenos migratorios que tenían sus propios ritmos naturales y que se asemejaban a las migraciones de las cigüeñas y los atunes, dos especies que aparecen mucho en las fuentes griegas. Todavía en el siglo IV, Platón es el depositario de tal fascinación:

> Tras esta cuestión viene la de la acogida que hay que hacerle a los extranjeros que llegan hasta nosotros. Hay cuatro clases de extranjeros, sobre los cuales tenemos algunas cosas que decir. Aquella de la que hay que hablar primero y de una vez por todas está formada por los extranjeros cuya visita periódica generalmente tiene lugar en verano, semejante a la de los pájaros migratorios; cuando llega la temporada, es como si se limitaran a volar sobre el mar para llegar a las demás ciudades para ganar dinero con su negocio. Deben ser acogidos en la plaza del mercado, en el puerto y en ciertos edificios públicos que se encuentran fuera de la ciudad, pero adyacentes a ésta, por los magistrados que han sido encargados de esos lugares (*Las Leyes*, XII, 952).

Hubo un tiempo en el que se creía en un Mediterráneo propenso a las invasiones, desde Oriente hacia Occidente, con una fuerte tendencia "difusionista"; pero la investigación ha matizado mucho semejante visión. Es cierto que, a comienzos del I milenio, Oriente va por delante de Occidente, pero los movimientos mediterráneos no deben ser identificados con las consecuencias de un "progreso" de la civilización, que

llegó primero a Grecia y después a Occidente. En cuanto a las invasiones, afortunadamente se ha sustituido el concepto por el de migraciones; ahora ya no se piensa que algunos pueblos se desplazaban en bloque, como las hordas bárbaras que fueron a chocar contra el mundo romano de la Antigüedad tardía. Se trata de innumerables aventuras, individuales o de pequeños grupos, consecuencia de la situación política, económica y social del mundo mediterráneo de entonces. Los hombres se desplazan, las materias, los productos y los objetos son transportados. Sería imposible cartografiar con precisión todos esos pequeños movimientos, que utilizaban múltiples itinerarios, sin limitarse a grandes "rutas" comerciales, que fueron el origen de la rica vida de relaciones del Arcaísmo.

Ese Mediterráneo es el de los comerciantes, así como el de los exiliados, los piratas y los mercenarios. El de los intérpretes que permiten a los pueblos entenderse y comprenderse; el de aquellos que se mueven por razones diversas, ya sean poetas o médicos, filósofos o artesanos.

Sumergirse en la percepción de esas agitaciones, múltiples en sus manifestaciones, pero que responden a motivos históricos coherentes, supone no temer una aproximación arqueológica, puesto que la arqueología, en este caso, es la mejor guía para el historiador. Permite aprehender de manera concreta ciertas situaciones. Pone al hombre frente a la realidad, cómo transportar su vino, cómo hacer negocio.

Corrientes comerciales

El concepto es ineludible, aunque también peligroso, para el Arcaísmo. En efecto, no debemos presentar el Mediterráneo arcaico como meramente atravesado por algunas grandes "corrientes" comerciales que serían otras tantas olas de fondo. Las corrientes son innumerables y están animadas por innumerables intermediarios. Se tata de intercambios, de redistribuciones.

Sin embargo, el interés que presenta el periodo arcaico es precisamente el de ver emerger algunos movimientos comerciales de una clase nueva que, por su estructura y su organización, en cierta manera anuncian un paisaje comercial moderno, o por lo menos característico de la época clásica, helenística y romana.

Las corrientes eubeas y fenicias, a lo largo de todo el siglo VIII, están estrechamente unidas y son prácticamente indisociables. Los puntos fuertes son, además de Eubea y Fenicia: Chipre, Rodas y Creta, así como Cartago, Pitecusa y el mundo eubeo (calcidio) de Sicilia, además de algunos lugares de Cerdeña y España. De modo que se aprecian producciones de ánforas claramente definidas, pero los circuitos comerciales son comunes.

La corriente corintia, aparentemente, parece simple. Las cerámicas y ánforas fabricadas en Corinto, en su territorio, o en las ciudades controladas por ella (Corcira), se encuentran presentes de manera masiva en todo el mundo mediterráneo, en especial en las colonias griegas, ya sean o no corintias. Algunos personajes como Demarato, simbolizan este comercio y, sin embargo, nos gustaría tener la seguridad de que fueron los propios corintios los que se encargaron de todo ese transporte, lo que parece, no obstante, la solución más simple.

Las corrientes jonia y cicládica son todavía más complejas y diversificadas. En la segunda mitad del siglo VII son perceptibles a través de las exportaciones de ánforas de la Grecia del este hacia Occidente y el mar Negro y, posteriormente, a través de las famosas copas jonias, que fueron copiadas en casi todas las colonias que, a su vez, las exportaron durante todo el siglo VI. La variedad de las ciudades es pareja a nuestra incapacidad para reconocer adecuadamente la producción de cada una de ellas, por más que comencemos a lograrlo con las ánforas y a conseguir algunos avances en el campo de la cerámica gracias a los análisis de arcilla efectuados por métodos físicos y químicos.

Los estudios ceramológicos actuales tienden a quitarle a Rodas cierta cantidad de producciones cerámicas; por otra parte, nociones como la de "colonización rodia" e incluso "comercio rodio", empleadas hasta hace poco, ya no tienen apenas aceptación hoy día, excepto en el caso de la participación rodia en la difusión de los productos laconios.

El estilo foceo, descubierto gracias a los trabajos de Langlotz, fue definido con más precisión con el estudio de las máscaras de barro cocido (protomas), mientras que los talleres siguen siendo mal conocidos. El papel desempeñado por los foceos, igual que el de los samios, parece haber sido sobre todo de redistribución, difundiendo, por ejemplo, los productos laconios.

En resumen, que no hay llegadas masivas de material jonio a Occidente. A partir de mediados del siglo VI, la presión persa sobre las ciudades de Jonia provoca una cierta reestructuración de las fuentes jonias, en especial en Occidente, alrededor de Marsella. El papel específico de las Cícladas es más evidente en el control del mármol, con la localización por todo el Mediterráneo de estatuas del mármol fino de la isla de Paros o del mármol de grano más grueso de la isla de Naxos. Faltan por distinguir las exportaciones de mármol bruto de las de estatuas desbastadas y de las de estatuas terminadas.

La corriente etrusca. Por otra parte, es posible reconocer un comercio etrusco a partir de las cerámicas y ánforas etruscas descubiertas en el Mediodía de la Galia, en los pecios, en el yacimiento griego de Marsella y, sobre todo, en los *oppida* indígenas provenientes de la Provenza y del Languedoc. Se trata de un transporte muy centrado en las ánforas de vino que, tras algunos intentos en el marco de las relaciones con Cartago y el mundo fenicio de Cerdeña en la segunda mitad del siglo VII, se continuarán hasta mediados del siglo VI; se concentra en dirección al mercado galo. A partir de mediados del siglo VI ese comercio no tiene más materialización que las ánforas de vino, ya que las tradicionales cerámicas etruscas de color negro (llamadas de *buccero nero*) dejaron de exportarse.

La corriente ática es tardía y la presencia regular de cerámicas fabricadas en Atenas no data más que del siglo VI, sobre todo en Etruria, Marsella y el delta del Po. A este respecto, en dirección a Etruria, el Mediodía de la Galia y España así como el mar Negro, los siglos importantes serán el V y el IV.

El comercio arcaico

Siempre se duda antes de utilizar el término "comercio", dado que en la actualidad la palabra se refiere a un conjunto de transacciones económicas que no se corresponden a lo que eran los sistemas arcaicos de intercambio. Ya hemos visto la importancia de las prácticas, sociales más que económicas, que caracterizan al Mediterráneo de entonces: la donación y los intercambios de regalos en un Mediterráneo en el que la moneda todavía no poseía una función económica garantizada.

Para los antiguos, el comercio es, sobre todo, un trabajo que se sale del ámbito de las relaciones y del intercambio de dones. Esta actividad, individual o colectiva, se sitúa en el exterior del marco del *oikos*, es impersonal en la medida en que el compañero puede ser cualquiera, si está dispuesto a comprar. La palabra latina que significa "comercio" es la más explícita: *negotium* (de donde viene "negocio"), que deriva de *nec otium*, ausencia de ocio (*otium*, cf. ocioso). "Negociar" significa, todavía hoy, "hacer negocio".

Sin embargo, es el vocabulario griego el que permite estudiar las dos nociones arcaicas esenciales para facilitar la comprensión de los «comercios» arcaicos: la *praxis* y *el emporia*.

La praxis (prexis en Homero, *cf. con «práctica»)*

Consiste en el comercio definido como una simple actividad entre otras. Se trata no obstante, de una actividad ventajosa y "provechosa" que es realizada por un grupo cuyo origen es común que exporta esclavos y ganado, vino y cereales e importa, sobre todo, metales y otros objetos preciosos. Es un tipo de comercio que está ausente en la *Ilíada* (sólo una vez aparece *prexis*) y presente en la *Odisea* con palabras nuevas, basadas sobre todo en la actividad de artesanos que fabrican objetos y que, progresivamente, va a diferenciarse de las prácticas sociales del intercambio aristocrático de regalos. Aparece entonces una «ética antiheroica» (Mele).

Al comienzo del Arcaísmo, y en la línea de continuidad con relación a los siglos precedentes, la navegación y la movilidad todavía son limitadas. Los que van al sur del mar son, sobre todo, aristócratas que tienen una tripulación formada por sus compañeros, así como por asalariados, esclavos y, sobre todo, por el piloto, cuya personalidad queda a parte. Se arriesgan a navegar de manera ocasional –con un barco que no forzosamente ha de pertenecerles, sino que puede ser de un *naukraros* (palabra arcaica que será reemplazada por *naukleros* en griego clásico)– interrumpiendo temporalmente sus actividades agrícolas:

> Extranjeros ¿quiénes sois? ¿De dónde venís por los húmedos caminos? ¿Hacéis algo de comercio (*prexis*) o simplemente habéis errado en busca de aventuras,

como los piratas que arriesgan sus vidas en el mar y llevan la desgracia a las gentes de otros países? (Homero, *Odisea*, IX, 253 y ss.; cf. también III, 72).

El elemento más característico de esta actividad es su cercanía a la piratería. Navegar no es algo habitual, lo que lo convierte en algo marginal. Aquellos que pueden navegar tienen la posibilidad de liberarse de toda coacción social; la piratería no es algo vergonzoso (Tucídides, I, 5, 2), por más que sea temida. En el centro de esta ambivalencia y de esta ambigüedad entre comercio y piratería, se encuentra el comercio de esclavos, que a menudo es el resultado de raptos y razzias más cercanas a la piratería que al comercio. En ese caso, la piratería proporciona mercancía humana al comercio; el que vende esclavos no siempre los ha comprado de manera regular. Todavía en el siglo VIII, algunos testimonios de piratería sucedidos durante la fundación de las más antiguas colonias griegas de Sicilia evocan esta fase antigua; probablemente sea la misma tradición que señalaba que la colonia sicilana de Zancla había sido fundada por piratas de Cumas, en la Campania (Tucídides, VI, I, 4), y que los colonos griegos de Sicilia temían por entonces a los piratas etruscos (según el historiador Efoto de Cumas, en Eólide, citado por Estrabón, VI, 2, 2).

La EMPORIA *(con la forma* EMPORIE *en Hesíodo)*

Se trata del comercio marítimo en tanto que actividad a tiempo completo, practicada de manera regular y continua. Aparece entonces la figura del mercader; es el *emporos* (aquel que está de travesía, *poros*) que, en el comercio-*prexis* era un viajero aislado en un navío que no era suyo y que ahora se ha convertido en el personaje principal de un barco que, en Hesíodo, es ya un velero y no sólo una embarcación con remos, como pasa a menudo en Homero, aunque el propietario, el *naukraros*, sea otra persona. La actividad del *emporos* recibe el nombre de *emporia*.

Este tipo de comercio hace su aparición como resultado de la importación de cereales y de aceite, en relación con la creciente población urbana y la cuestión del abastecimiento de las jóvenes *apoikai*. Pasó al transporte de cerámica y poco a poco va separándose del calendario agrícola, incluso si para Hesíodo, a finales del siglo VIII y comienzos

del VII, todavía es un medio para luchar contra la pobreza cuando la agricultura no basta. La agricultura y el comercio, en un tiempo complementarios, se separan poco a poco. Se produce una separación entre agricultura y tierra, por una parte, y comercio y navegación, por la otra. Comerciar significa "echarse al agua", salir del marco de la vida terrestre para realizar sus negocios. El movimiento, el desplazamiento y la expatriación son unas condiciones previas indispensables.

La noción nace a finales del siglo VIII, en el contexto del fenómeno colonial y de las navegaciones eubeas y corintias. Hesíodo es el testigo de tales transformaciones de la actividad mediterránea y tiene muchos problemas para aceptar esa especialización comercial. El comercio se desgaja de la agricultura y participa en la misma aventura que el fenómeno comercial. En efecto, no hay, como se dice a menudo, oposición entre el "comercio" y la "colonización"; se trata de dos aspectos de la misma realidad, económica y social, que lleva a las poblaciones a navegar para buscar fuera lo que no encuentra en su lugar de origen, como escribe el poeta Teognis:

> Hay que pretender [...] tanto en la tierra como en la amplia superficie del mar, desterrar los penosos lazos de la necesidad (*Poemas elegíacos*, I, 179-180).

Los foceos, milesios, samios y eginetas son mercaderes. Hay familias que se dedican de padres a hijos a la navegación; como la familia egineta de Sóstrato, cuyos pasos creemos poder seguir durante tres generaciones gracias a Heródoto y a las dedicatorias de Náucratis y Gravisca; como una familia identificada en Náucratis en donde el padre, que recibió el evocador nombre de Nausitelaios (cf. *naus*: el navío), le pone a su propio hijo el de Hermófanes, en referencia a Hermes, el dios del comercio. Se trata de aristócratas que, igual que los foceos de finales del siglo VII (Heródoto, I, 163), navegan sobre pentecóntoras (navíos de 50 remos); es decir, sobre navíos de guerra. Estas actividades comerciales no se oponen a la colonización, pues las implantaciones milesias y foceas no tardan nada en reivindicar, si es que no lo hicieron ya desde el principio mismo de su existencia, su condición de colonia, de *apoikia*.

A este comercio marítimo se le opone, o mejor se le añade, el comercio al por menor (la *kapeleia*), que define a la figura del chamarilero (el

kapelos). Los fenicios lo practican cuando venden su variada pacotilla; también los griegos, sin necesidad de abandonar obligatoriamente su país. Por oposición al *emporia*, la *kapeleia* es un comercio de corto radio de acción.

No obstante, el nuevo comercio-*emporia*, típico del Arcaísmo, conserva durante todo el siglo VII los logros culturales de la fase homérica e integra los grandes valores del Arcaísmo. Conoce la hospitalidad y el regalo, así como la amistad (*philia*) respecto a los extranjeros. Existe una estratificación cultural que no abandona nada, ni siquiera la piratería que los griegos continúan practicando, pero que los autores clásicos, en una hábil labor de propaganda, van a superponer a la imagen de los no-griegos que navegan, es decir, de etruscos y cartagineses. Sólo con la llegada del siglo VI desaparecen en gran medida los viejos modelos aristocráticos y homéricos. Se produce entonces la crisis de la aristocracia, del mundo del regalo y de la hospitalidad, la crisis de los "mejores" (*aristoi*) o de los "buenos" (*agathoi*) y el aumento de poder de los "malos" (*kakoi*), por emplear el vocabulario de Teognis, que se lamenta con estas palabras:

> Esta ciudad todavía es una ciudad, pero sus habitantes han cambiado, aquellos que antaño no conocían ni derechos ni leyes, que sólo servían para usar las pieles de las cabras sobre su espalda y pastorear fuera de los muros como los ciervos, son los buenos en la actualidad, y las gentes de bien de antaño son gentes humildes (I, 53-62).

Este Mediterráneo, de crisis sociales y luchas, se convierte en el mundo del comercio-*emporia*, que se basa en unos lugares de transacción que son los *emporia* (plural neutro de *emporion*, acentuado en griego sobre la o, que no hay que confundir con la *emporia*, femenino singular acentuado en griego sobre la *i*).

Los lugares para comerciar: los *emporia*

En toda esta compleja investigación sólo destaca una cosa con claridad: no se puede pensar en la época arcaica imaginando "puertos" en el sentido moderno de la palabra. Se descubren muelles (como

recientemente ha sucedido en Marsella), se observan diversos acondicionamientos, se escucha el ruido de las diversas actividades y la mezcolanza de lenguas; sin embargo, las transacciones comerciales no están tan separadas como en la actualidad de las realidades sociales, sino «encastradas» (Polanyi) en el interior de ellas. Debemos partir de las sociedades arcaicas para comprender el funcionamiento de los lugares de intercambio y no limitarse a atribuirles una imagen modernista.

El comercio tiene lugar en todas partes y en todo momento en el Mediterráneo arcaico, lo que no quiere decir que se hiciera sin importar cómo, muy al contrario. La circulación de los navíos y los mercaderes dependía mucho más que en la actualidad de los contratiempos técnicos y climáticos, los barcos se detenían a menudo y, evidentemente, no se puede pensar en unos marineros de Samos atravesando el Mediterráneo de parte a parte sin escalas para alcanzar Etruria o España. Había muchas paradas, que eran otras tantas ocasiones para efectuar transacciones. Estas etapas se efectuan en los lugares más diversos, en playas en las que es fácil sacar a los navíos fuera del agua, y también en la desembocadura de los ríos y en cualquier parte en donde haya una población, tanto las grandes ciudades como las pequeñas aglomeraciones.

No obstante, esto no podía continuar así, por lo que irán "construyéndose", tanto en el sentido literal como figurado del término, lugares para el intercambio. Todas las ciudades costeras, ya sean fenicias o griegas, tienen un barrio portuario que, junto al ágora, es uno de los centros más activos de la ciudad griega. Desde el punto de vista arqueológico, los conocemos todavía bastante mal, sobre todo los de la época arcaica, pues existen muchas posibilidades de estar describiendo estructuras de época helenística y romana, que son más monumentales y están mejor conservadas. No lo haremos aquí.

Sin embargo, los ambientes indígenas del Mediterráneo, que ocupan la mayoría de las costas, por lo general sienten gran repugnancia a establecerse cerca del mar. Se trata de un acto reflejo para su seguridad y de un temor a la insalubridad que a menudo hacen que prefieran las alturas cercanas, situadas a algunos kilómetros del mar; ya vimos que los etruscos tenían la misma actitud. De hecho, es un acto reflejo de todo el Mediterráneo, mencionado sucesivamente por Tucídides, Platón y Cicerón. La implantación, voluntariamente marítima, de las ciudades griegas de

Grecia, de Jonia, de Italia y del mar Negro no debe hacernos olvidar la posición retirada, escogida de manera consciente, que era geográficamente predominante en el Mediterráneo. Por tanto, se dispondrán lugares de intercambio situados fuera de las aglomeraciones indígenas, creando así un binomio entre el "poder" del interior y un lugar especializado en la costa.

Este lugar, reconocible en muchas sociedades de todo el mundo en todas las épocas, es llamado en ocasiones *port of trade* (puerto de comercio) según la expresión y el modelo elaborados por el antropólogo húngaro Karl Polanyi (1885-1964). Un modelo muy esclarecedor y que tuvo el mérito de poner de relieve el papel determinante del poder indígena en el control del puerto. Sin embargo, se trata de un modelo construido a partir del análisis de las sociedades primitivas africanas y orientales; de modo que no se adapta por completo a las sociedades mediterráneas del Arcaísmo.

Nosotros emplearemos otro término, más adaptado a ellas, puesto que se trata de una palabra griega atestiguada en la obra de Heródoto: el *emporion* (plural, los *emporia*), uno de los derivados de *emporos*, palabra analizada anteriormente. Evitaremos, sobre todo, utilizar términos modernos o tan variados como: caravanserail, centro de redistribución, centro de paso, factoría, comunidad, desembarcadero, almacén, escala, establecimiento, factoría, *fanduk*, fondeadero, lugar de comercio, punto de encuentro, puerto franco, o estructura abierta, que aparecen en la bibliografía especializada, pero que por lo general no se encuentran muy relacionados con contextos históricos concretos y, por lo tanto, corren el riesgo de crear falsas categorías.

Recordaremos que, esencialmente, tenemos cuatro palabras griegas a nuestra disposición: primero *limen*, palabra muy utilizada en los periplos (como en Escílax) y que ha dado la palabra francesa "liman", de origen ruso, que designa un estuario de lagunas en el mar Negro; después tenemos *hormos*, atestiguada en Homero y que encontramos en el nombre griego de Palermo (Panormos); a continuación está *epineion*, utilizada por Heródoto y Tucídides. Las tres pueden traducirse por la palabra "puerto", una (*limen*) hace más referencia a un paisaje portuario, y las otras dos (*hormos* y *epineion*) están más referidas a la acogida de navíos (y su anclaje, en el caso de *hormos*).

Por ultimo tenemos *emporion*, imposible de traducir fácilmente (aunque las expresiones "lugar de comercio" o "mercado" acuden a la mente al leerla) y que vamos a intentar describir pretendiendo no depender demasiado de Estrabón, el geógrafo de época de Augusto, que es quien más utiliza la palabra; es cierto que estaba bien informado de ciertas realidades arcaicas relativas al mundo jonio gracias a Artemiodoro de Éfeso, sacerdote del siglo II de nuestra era, pero sólo en raras ocasiones sabemos a qué periodo se refiere en sus comentarios sobre tal o cual *emporion*.

Al centrar el análisis sobre el *emporion* no quiero decir que sólo hubiera un tipo de lugar de intercambio, en cierta forma estandarizado, antes al contrario. Lo que sucede es que la única categoría que las fuentes literarias y la arqueología nos permiten actualmente aprehender en su organización y funcionamiento es el *emporion* y a él hay que, humildemente y con firmeza, ceñirse.

La propia palabra fue utilizada desde la época arcaica para designar ciertos lugares. Puede que fuera el caso de Emporio, en la isla de Quíos, en Jonia. No poseemos ninguna prueba formal de que el nombre, atestiguado desde la Edad Media, se remonte a la época griega; pero sabemos que los quiotas del siglo VI tenían una organización empórica, pues rechazaron a los fugitivos foceos por miedo a la competencia que podía suponer un *emporion* situado en las pequeñas islas Enusas, controladas por Quíos (Heródoto, I, 165). Con toda seguridad sí fue el caso de Emporion, en Cataluña, cuyo nombre actual –Ampurias– todavía conserva el recuerdo del nombre griego. Los foceos están presentes en Emporion (con E mayúscula) desde el comienzo del siglo VI, no se trata por tanto de una colonia (*apoikia*), sino de una presencia griega (focea) en un lugar que no es griego, pero que conocemos gracias a las fuentes griegas, lo que no es exactamente lo mismo. El lugar será griego después, bajo la influencia y el control de Marsella, pero su nombre conservará siempre el recuerdo de las condiciones en las que los griegos tomaron contacto con él.

El *emporion* puede ser un lugar aislado, situado en los confines de un territorio, cerca de la desembocadura de un río, como Metauros, *emporion* calcidio y después locrio que se encuentra en el límite norte de la *chora* de Region; igual que Mestro, *emporion* situado en la desembocadura del Irmino, en la frontera entre los territorios de Siracusa y Camarina;

e igual que Citerón, en los límites del territorio de Sinope, en el mar Negro (Estrabón, XII, 3, 10). Desde este punto de vista, sería importante conocer mejor los lazos y las superposiciones de ciertos *emporia* y de ciertos santuarios localizados en los confines de los territorios. También puede tratarse de un barrio en una ciudad, en los márgenes de la misma o, por el contrario, de un lugar de intercambio situado en el interior. Así, ciertos *emporia* se encuentran bastante lejos hacia el interior, como sucede con los ilirios, cerca del Adriático, en la actualidad zona de conflicto entre Croacia y Bosnia-Herzegovina:

> Tras el país de los Nestaioi se encuentra el río Naron (el actual Narenta) cuya desembocadura no es estrecha, tanto que un trirreme puede navegar por ella, y los navíos de los mercaderes (*ploia*) pueden alcanzar el *emporion* de más arriba, a 80 estadios del mar (cerca de 14,5 km). Un pueblo (*ethnos*) ilirio, los Manioi, vive en la zona. Hay una gran laguna (*limne*) con un *emporion* en el interior y la laguna llega hasta el país de los Autariatai, también un pueblo ilirio. En el interior de la laguna hay una isla de 120 estadios, muy adaptada a los cultivos. En esta ancha laguna nace el río Naron (Escílax, 24).

El *emporion* siempre se caracteriza por una población mixta. El nivel de su organización está relacionado con el nivel de desarrollo de las sociedades indígenas de la región en donde se encuentra. Conocemos a algunos funcionarios: los dueños del puerto (*prostatai*, literalmente los "presidentes", en el sentido etimológico de la palabra) de Náucratis (Heródoto, II, 178) eran designados por sus ciudades; un magistrado espartiata, el "juez de Citera" (*kutherodikes*) era enviado cada año con una guarnición de hoplitas a esa isla griega (Tucídides, IV, 53, 3), poblada por gentes de la periferia de laconia y donde hay un templo fundado por fenicios (Heródoto, I, 105); Polibio (III, 22) menciona, en el primer tratado entre Roma y Cartago a finales del siglo VI, a un pregonero (*kerux*) y un escribano (*grammateus*); las transacciones debían realizarse en su presencia, lo que supone que todos los *emporia* contaban con los mismos cargos. Otros funcionarios quedan atestiguados más tarde: los magistrados mencionados por Platón en *Las Leyes* (ya citado), así como los inspectores (*epimeletes*) del *emporion* de Atenas (Aristóteles, *Constitución de los atenienses*, 51, 4).

El *emporion* es un lugar de paso, pero también una residencia fija, en la que diferentes comunidades poseen su parcela de terreno, en la

que construyen sus santuarios, igual que en Náucratis y Gravisca, y puede que en Al Mina, Bassit, Adria, Espina y Tartesos (Huelva, cf. Heródoto, IV, 152); en el caso de estos últimos emplazamientos, por ahora no poseemos más que indicios de asentamientos continuados por parte de los griegos y no atribuciones de terreno o edificación de santuarios. Continúan los debates (especialmente sobre los tres yacimientos del Oriente Próximo) por saber si hay que hablar de *emporia* o simplemente de asentamientos indígenas frecuentados por los griegos. La respuesta no tiene por qué ser uniforme durante todo el Arcaísmo y en ocasiones un *emporion* pudo incorporarse a un asentamiento indígena costero, como pasó en Sukas, en donde la presencia de tejas de tipo corintio en un edificio religioso presupone la intervención directa de los griegos en la reparación de un santuario en el último cuarto del siglo VI. En cuanto a la definición de Pitecusa, o la de Berezan, la falta de seguridad es todavía mayor; la presencia de comunidades de gentes orientales y de griegos en Pitecusa no basta para hacer de ella un *emporion*, definición que se ajustaría mejor a los yacimientos campanienses de Pompeya, Fratte y Pontecagnano. En cuanto a los asentamientos de la Cólquide, los datos culturales que se conocen en la actualidad son insuficientes.

De modo que en los *emporia* hay barrios divididos por comunidades. Se trata de una organización más elaborada que la que los considera un mero grupo de extranjeros o mercenarios instalados en un campamento, un *teichos*, como el que construyeron los navegantes milesios en el delta egipcio antes de instalarse en Náucratis (Estrabón, XVII, 1, 18, comete un error al hablar de la «fundación» de Náucratis como si se tratara de una ciudad), o por los sibaritas en el golfo de Posidonia antes de la fundación de esta colonia (Estrabón, V, 4, 13); e incluso un *stratopedon* construido por los fenicios de Tiro en la Menfis egipcia (Heródoto, II, 12), y por los jonios y los carios en el delta egipcio, cerca de Bubastis (Herodoto, II, 154).

El *emporion* también puede ser controlado a distancia, como el de Citera, frente a Laconia (Tucídides, IV, 53, 3, ya citado en el capítulo I), o como los *emporia* de Tracia frente a Tasos (Escílax, 67; Tucídides, I, 100), que eran importantes en el marco de la explotación de las minas del interior.

El *emporion* se caracteriza en ocasiones por la presencia de santuarios, como demuestra el ejemplo de Náucratis (Heródoto, II, 178), y las

excavaciones de Gravisca y Pirgi, puesto que las transacciones económicas se efectúan bajo el control de los dioses... y sus sacerdotes. Los mercaderes no residentes tenían la posibilidad, que les era concedida por el poder indígena local, de fundar altares y santuarios. Esto perfila una verdadera garantía jurídica, un contrato firmado que implica al mundo de los dioses. Se explica así el gran número de dedicatorias inscritas en los vasos ofrecidos a los santuarios, con los que los mercaderes manifiestan su devoción o su reconocimiento de un dios. En Náucratis se conservan 90 nombres completos de dedicantes. En Gravisca se han descubierto más de 70 dedicatorias griegas, casi todas en alfabeto jonio. La mayor parte para Hera, pero también para Afrodita, Apolo, Deméter y Zeus. En ocasiones permiten identificar a unos cuarenta dedicantes, de los que algunos de ellos llevan nombres que también han aparecido en Náucratis: Sóstrato, ya mencionado (en alfabeto egineta sobre un ancla de piedra dedicada a Apolo hacia el 510-500), o Hiblesio (típico de Samos, en donde ha aparecido 16 veces) o Zoilo (nombre atestiguado por 47 dedicatorias a la Afrodita de Náucratis); también aparece el nombre de Paktues (dedicatoria a Hera hacia el 550-530), tesorero de Creso (Heródoto, I, 153), y no sería imposible que se tratara del mismo personaje que hubiera emigrado a Occidente.

Se obtiene así la impresión de que existía una red de comunicación entre diversos *emporia* mediterráneos de los que, en la actualidad, sólo Náucratis y Gravisca, son bien conocidos. Por otra parte, la existencia de tradiciones familiares parece comprobada, como la del egineta Sóstratos. El mundo griego del este tiene importancia en las circulaciones empóricas, a imagen de Caraxo, mercader de vinos de Lesbos, hermano de la poetisa Safo, y compañero en Náucratis de una cortesana llamada Dorica por Safo y Rodofis por Heródoto (II, 135).

La posición de los santuarios en los *emporia* es esencial y en ocasiones va acompañada por una función de acogida y refugio de personas que intentan escapar de algún poder. De modo que los *emporia* fueron también lugares de refugio, de asilo (*asulia* en griego, *asylum* en latín). El templo de Artemisa cerca de Éfeso disfrutaba de esa inviolabilidad (Heródoto, I, 26). El *emporion* de Roma, situado en el Tíber (Foro Boario), estaba adosado a dos colinas que tuvieron lugares de asilo: el Capitolio, con un *asylum* situado entre dos bosques sagrados *(lucus)* y fundado,

según la tradición romana, por Rómulo (Tito Livio, I, 8); y el Aventino, donde también desempeñaba esa función un templo dedicado a la Artemisa efesia construido a mediados del siglo VI (Dioniso de Halicarnaso, IV, 26, 3). Otro ejemplo de asilo es el santuario de Poseidón, que se alzaba en la isla de Calauria, frente a la costa oriental del Peloponeso y al puerto de la ciudad de Treceno (Estrabón, VIII, 6, 14).

La presencia de tales santuarios en los *emporia* y los barrios portuarios permite recordar el papel de las prostitutas sagradas en el Mediterráneo arcaico. Esta antigua costumbre oriental, que sorprendió a Heródoto (I, 199) al visitar Babilonia, está atestiguada en todas partes, especialmente en Chipre (Justino, XVIII, 5, 4), en donde en Pafos había un "viejo" santuario de Afrodita (Pausanias, IX, 41, 2); en Corinto (Píndaro, *frag.*, *Elogios* 3; Estrabón, VIII, 6, 20 y XII, 3, 36); en Argos (Pausanias, II, 20, 6); en Locros (Píndaro, *II Pítica*, 13-20 y Justino, XXI, 3, 2-5), y en Pirgi, en Gravisca y en Erix en Siclia (Diodoro, IV, 83, y Estrabón, VI, 2, 6). Este último santuario, que dominaba el extremo occidental de la isla, controlaba desde allí los *emporia* de la región.

La arqueología ha hecho su contribución al debate al excavar, en Locros (fuera de las murallas y cerca del mar) y en Pirgi, una serie de 20 habitaciones que debían estar destinadas a las actividades de las cortesanas, las hetarias consagradas al dios (hieródulas). Se trataría entonces de *porneia* (lugares para la prostitución), pero algunos ven en ellas salas de banquete. Es evidente que la diosa fenicia Astarté y la griega Afrodita –en ocasiones descritas y representadas "en la ventana"– eran las más honradas en tales santuarios, en donde son frecuentes las dedicatorias. El Afrodision de Náucratis, que no menciona Heródoto, pero que sí ha sido descubierto por las excavaciones, parece haber sido el primer santuario de la ciudad, a finales del siglo VII, mucho antes por lo tanto de la organización general del *emporion* durante el reinado del faraón Amasis. Queda reforzado entonces el papel del culto a Afrodita en el origen mismo de la instalación de los griegos en Naucratis.

Hay que tener en cuenta que la documentación griega sólo nos permite ver uno de los aspectos del *emporion*. Esto tiene la ventaja de que permite elaborar para todo el Mediterráneo un modelo de análisis, pero probablemente también hace desaparecer los elementos que caracterizaban a cada *emporion*, relacionados con las tradiciones políticas,

culturales y religiosas del elemento indígena, es decir, los egipcios, los etruscos y todas las demás poblaciones costeras del Mediterráneo.

Pecios, bosques y cargamentos

La arqueología submarina, mediante la identificación y en ocasiones la excavación de pecios, ha renovado profundamente nuestra visión de la circulación marítima de la antigüedad, sobre todo la romana, pero también las más antiguas. Dos pecios del Mediterráneo oriental han permitido comprender el comercio de finales del II milenio. El pecio del cabo Gelindonya, al suroeste de Turquía, fue identificado en 1960, mientras que el de Ulu Burun, cerca de Kăs, 70 km más al oeste, fue descubierto en 1982.

Los descubrimientos arcaicos se han multiplicado progresivamente desde 1955, fecha en que se localizó el pecio del cabo Antibes. En la actualidad, en el Mediterráneo occidental conocemos catorce pecios arcaicos mejor o peor conservados, sin contar con los innumerables puntos de recuperación de ánforas "aisladas".

Hay nueve pecios en las costas francesas de Provenza y la Costa Azul, de este a oeste son: cabo Antibes; bahía de Bon Porté y punta du Dattier (al sur de Saint-Tropez); isla de Porquerolles, frente a Hyères (dos pecios en la punta Lenquin); arrecife du Miet, al este de Marsella; la propia Marsella (dos pecios) y Sausset-les-Pins (cerca de Martigues).

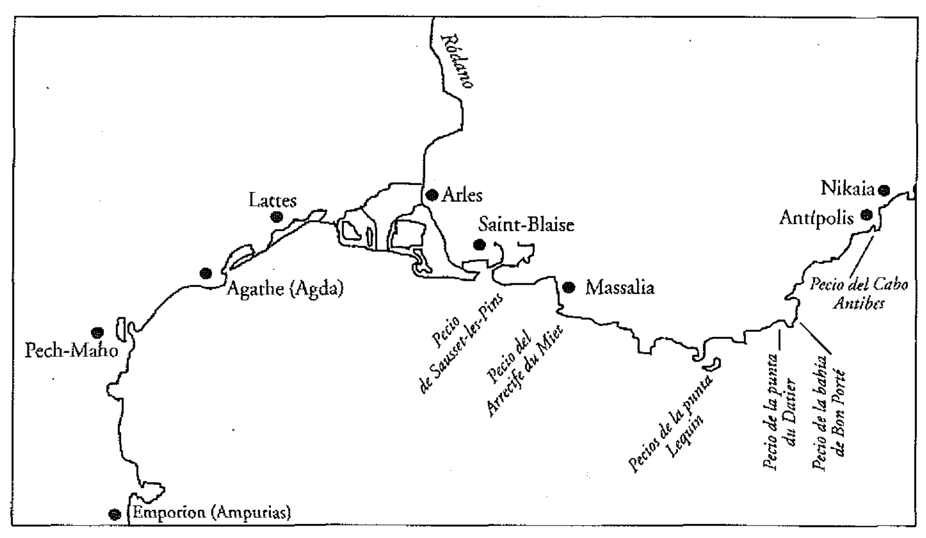
Hay otros tres en las costas italianas de Etruria (isla de Giglio), del Lacio (promontorio de Circeo), y de Sicilia (Gela), y dos pecios recientemente localizados en las costa españolas, en las aguas de Mazarrón, en la región de Murcia*. Hay que mencionar que no se ha localizado el navío que transportaba los grandes bronces de Riace, descubiertos en 1972 en Calabria, ni aquellos que contenían los depósitos de bronce de Rochelongue, cerca de Agde, y de Huelva, ni aquellos que posiblemente estuvieran relacionados con el depósito submarino de torre Santa Sabina, cerca de Brindisi.

Todos estos pecios son del siglo VI, excepto los de España, que parecen de finales del siglo VII, y los de Punta Lenquin 1B y Sausset,

---

* En el original, al autor localiza Mazarrón en la región de Valencia (N. del T.).

que son de la primera mitad del siglo V. Se observa la ausencia, por el momento, de pecios contemporáneos de la primera oleada de fundaciones coloniales, es decir, de finales del siglo VIII y de la primera mitad del siglo VII.



El Mediodía de Francia y sus pecios.

Arquitectura y construcción naval

En algunos casos, estos pecios han permitido un estudio en profundidad del propio barco. El navío de Bon Porté, descubierto en 1971, los de Giglio y Gela y, sobre todo, los dos navíos de Marsella, descubiertos bajo la plaza Julio Verne, cerca del viejo puerto, en 1993, permitieron demostrar la importancia en la época arcaica de la técnica conocida como de barcos "cosidos", siguiendo una vieja tradición mediterránea (Egipto) que utiliza ligaduras vegetales para unir las planchas de la tablazón; otra técnica, más clásica y destinada a un halagüeño provenir, consistía en asegurar la unión mediante espigas y muescas; fue la utilizada en el mayor de los barcos de Marsella, recurriendo, no obstante, a la técnica del "cosido" para las reparaciones parciales. Estos navíos tienen unas

dimensiones variables que van desde los 5 m a los 14 m de largo (Marsella 1 y 2), y 10 m de largo (Bon Porté).

La madera y el lino fueron indispensables para la construcción naval, y una información, que puede que se remonte a Hecateo de Mileto, mostraba la importancia de estos dos productos, junto a otros, en la construcción de barcos:

(El territorio de Fasis, *emporion* de los colcidios) responde a todas las necesidades de la confección de navíos. En efecto, produce mucha madera, ofrece los cursos de agua necesarios para transportarla, proporciona lino (el *linon*) en abundancia, el cáñamo (la *kannabis*), la cera (el *keros*) y la pez (la *pitta*). Las telas de lino que tejen no son menos reputadas que sus barcos, ya que antaño eran exportadas al extranjero (Estrabón, XI, 2, 17, cf también Heródoto, II, 105 en donde se hacen comparaciones, en el caso del lino, con los egipcios).

Un fragmento como este permite preguntarse si la referencia al lino para el propio navío, independientemente de las velas, no hace alusión a las uniones de los barcos «cosidos», recientemente atestiguados por la arqueología.

LA MADERA

Su utilización arcaica es variada: el maderamen y las vigas de los palacios asirios y los templos fenicios, griegos y etruscos, la fabricación de estatuas e ídolos de madera (xoana) *como el de ébano de Artemisa de estilo egineta (Pausanias, VIII, 53, 11) o la realización de los techos que Safo pedía a los carpinteros que elevaran.*

Sin embargo, uno de sus principales cometidos era la construcción de barcos. Así describe Heródoto los barcos egipcios:

Sus barcos de transporte están fabricados de madera de acacia, un árbol que se parece mucho al loto de Cirene y cuya sabia da una goma. Lo cortan en planchas de dos codos de largo (0,88 m) que unen como si fueran ladrillos y así es como le dan a un barco la forma

deseada: fijan esas planchas mediante largas clavijas muy cercanas; construido así el casco, colocan una plancha encima; no emplean varengas, sino que calafatean las juntas internas con papiro. Hacen un único timón que atraviesa la quilla; el mástil es de acacia y las velas de papiro (II, 96).

Más tarde, Platón escribió el diálogo siguiente relativo a un proyecto de fundación en Creta de una colonia de Cnosos, situada a 9 km del mar:

¿Qué tal se comporta el lugar en lo referente a la madera adecuada para construir navíos? –No hay pinos que tengan algún valor, ni pino marítimo, tampoco cipreses; en cambio se encontrarán algunas piceas y plátanos, que los constructores de barcos siempre utilizan para la construcción de las partes inferiores de sus navíos (Platón, *Las leyes*, IV, 705).

Sólo una historia de los bosques mediterráneos de la Antigüedad (Meiggs) podría proporcionar la información necesaria; pero el estudio de los bosques sólo recientemente ha comenzado a ser objeto de investigación.

Los bosques espesos son numerosos: en Tracia; en Grecia, en donde se encuentran los arcadios "comedores de bellotas" (Heródoto, I, 66); en el territorio de Sinope, a orillas del mar Negro, en donde ciertas especies eran utilizadas para los barcos y otras, como el arce y el nogal, para la confección de tablas (Estrabón, XII, 3, 12); en Chipre, en donde las costas de las islas estaban invadidas por los árboles pese a la construcción naval (Estrabón, XIV, 6, 5) y en donde se alentaron los desmontes; en el Oriente Próximo, en donde «nadie sabía cortar los árboles como los sidonios» (Biblia, I Reyes, *V, 20) y en donde las especies mencionadas por Platón aparecían junto al cedro que, todavía hoy, está unido a la imagen del Líbano. Parece que el ciprés, cuya madera tenía un olor agradable, es originario de Persia del norte y que su difusión por el Mediterráneo tuvo lugar durante el II milenio, comenzando en la Creta minoica. Los barcos fenicios tenían un mástil de*

madera de cedro, mientras que la borda y el habitáculo eran de madera de ciprés (Biblia, Ezequiel, *27, 5-6).*

Los asirios, que no tenían bosques cerca de sus capitales, siempre estuvieron interesados en la gestión de los bosques en sus relaciones con las ciudades fenicias, como demuestra el transporte de madera mediante barcas representado en unos relieves asirios del siglo VIII descubiertos en el palacio del rey Sargón II en Khorsabad y conservados en el museo del Louvre.

Los etruscos tenían la misma sensibilidad. La ciudad de Pisa era célebre por sus bosques y sus astilleros (Estrabón, V, 2, 5). La toponimia más antigua de la Roma arcaica, definida por el gran filósofo Giorgio Pasquali como «un puerto para la madera», pone de relieve denominaciones topográficas relacionadas con el roble (el Querquetual en el Calio, cf. quercus*) y el haya (el Fagutal en el Esquilino, cf.* fagus*). Los primeros romanos que fueron a Córcega, probablemente a finales de la época arcaica, encontraron las costas invadidas por los árboles:*

Los árboles son muy grandes y muy abundantes, se dice, en la isla de Córcega. Los árboles del Lacio son excesivamente bellos, pinos y abetos sobre todo, y son más grandes y de más bello porte que en el resto de Italia, pero no son nada comparados con los de Córcega. Un día los romanos equiparon una flota de 25 navíos para fundar una colonia en la isla; tal era la talla de los árboles que, al penetrar en golfos y calas, rompieron sus mástiles y su verga. De modo que los romanos renunciaron a fundar una ciudad. Algunos de ellos desembarcaron y cortaron una enorme cantidad de árboles en una superficie reducida para construir una balsa con la que transportar 50 mástiles, pero ésta se desarmó en alta mar (Teofrasto, *Historia de las plantas*, V, 8).

En la Italia del sur se ha reconocido la importancia de los bosques lucanos para la construcción de los barcos de la focea Elea. Alcibíades, en el contexto de la expedición a Sicilia, pensó en aprovecharse:

> [...] de la abundancia de madera que hay en Italia para hacer construir un gran número de trirremes que aumentarían nuestra flota (Tucídides, VI, 90, 3).

De hecho, los siracusanos se vieron obligados a incendiar un depósito de madera destinada a la construcción de navíos para Atenas que se encontraba en el territorio de la ciudad griega de Caulonia, en la Italia del sur (Tucídides, VII, 25, 2). En esta región se encontraban los grandes bosques de Sila y, en el mar Tirreno, la ciudad de Hiponion no debió de tardar en aprovecharse de ello, igual que las demás ciudades costeras.

Las talas y el transporte por vía fluvial de los troncos hasta la cercanía de Posidonia, atestiguadas posteriormente, por ejemplo, en el Sela, debieron comenzar muy pronto, y fue un elemento importante de una economía forestal esencial para las poblaciones arcaicas.

Los cargamentos

Los cargamentos de ciertos pecios han podido ser estudiados con detalle, sobre todo en la cabo Antibes, en Bon Porté, en la punta Lequin, en la isla de Giglio y en Gela. En los pecios conviene distinguir el material de a bordo, perteneciente a la tripulación y formado casi siempre por elementos aislados, del cargamento propiamente dicho, con series de ánforas o de vasos más o menos importantes.

El navío de Antibes, que se hundió hacia el 540-530, contenía 180 ánforas etruscas de vino, la mayoría con una capacidad de 7 litros, aunque también las hay de 21 litros; estas ánforas estaban acompañadas por cerámicas etruscas, entre ellas unos cuarenta cántaros y una veintena de vasos (oinochoes). También había algunas cerámicas de tipo griego y una lámpara púnica. Se piensa que el barco venía de la Etruria meridional, probablemente de Pirgi. El pecio del arrecife de Miet tenía un cargamento parecido y contemporáneo al anterior, pero más pequeño, actualmente evaluado en un centenar de ánforas etruscas.

Los pecios de Bon Porté y du Dattier tienen la particularidad de poseer a la vez material etrusco y ánforas de Marsella, habiendo zozobrado

hacia el 530-525 entre Etruria y Marsella. Además, en Bon Porté hay ánforas de Corinto y de la Grecia del este (Clazómenas).

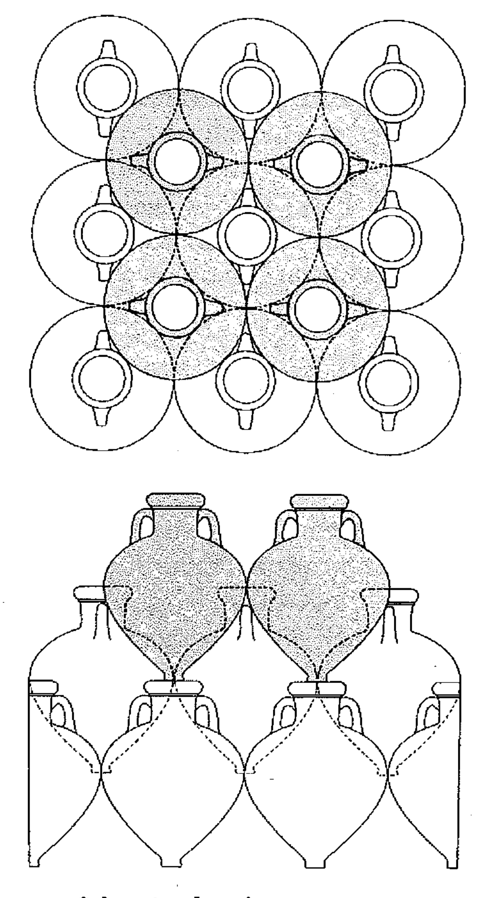
En el primer pecio de la punta Lequin (1A), descubierto en 1985, el peso del cargamento, hundido hacia el 515, se calcula en unas 5 toneladas. Es el mayor de los actualmente conocidos. Incluye material de Grecia del este (20 ánforas de Mileto y ejemplares de Lesbos, Quíos, Clazómenas y Samos) asociado a cerámica ática, estatuillas de bronce y figuritas de terracota, un hecho excepcional en el marco de nuestros conocimientos actuales; también hay muchas copas de tipo jonio (cerca de 1.600 ejemplares), para las que no está excluida una fabricación en el Mediterráneo occidental. Algunas de esas copas parecen haber sido amontonadas en el interior de grandes jarras (*pithoi*) o en ánforas cuyo cuello había sido cortado, lo que demuestra una organización y un esfuerzo de racionalización relativamente activos. Por último, hay algunas ánforas corintias, etruscas y puede que marsellesas.

El navío de la isla de Giglio (bahía de Campese), descubierto en 1961, pero excavado sólo a partir de 1982, naufragó hacia el 600 o poco después, es decir, en el momento de la fundación de Marsella y de la organización de Gravisca, muy próxima. Comprendía una gran variedad de ánforas (etruscas, púnicas y de la Grecia del este) y de cerámica (corintia, jonia, laconia y etrusca), así como lingotes de cobre y plomo y objetos diversos (un casco corintio, una escribanía y estiletes de madera, flautas de madera, lámparas de aceite, 2 trozos de ámbar, 20 puntas de flecha de bronce, 49 plomos para pescar y anclas de piedra). La presencia de por lo menos 800 huesos de aceituna en un ánfora etrusca de base plana demuestra que también había un cargamento de éstas, además de un cargamento de pez. La pez es una sustancia resinosa obtenida por la carbonización de la madera que era útil para la construcción de barcos y para revestir el interior de las ánforas; en el siglo V Atenas prohibió su exportación (Aristófanes, *Las ranas*, 362; *Los caballeros*, 278).

El navío de Gela, cerca de la costa sur de Sicilia, fue descubierto en 1989. Estaba cubierto por unas 7 u 8 toneladas de piedras de lastre y pudo ser fechado hacia el 500. En él se encontró una gran variedad de ánforas (de la Grecia del este, pero también de tipo corintio, ático, marsellés y púnico), cerámica ática de figuras negras y de figuras rojas, vasos sin decoración, así como un trípode de bronce, pequeños altares de

terracota, platos y marmitas para cocinar, un estilete de hueso para escribir, pesos, clavos, anzuelos y cestos.

Esta relativa heterogeneidad de los cargamentos arcaicos, mucho más pronunciada que la que se aprecia en la época romana, refleja un comercio de redistribución típicamente arcaico. El navío de Bon Porté venía de Marsella y redistribuía, junto al vino marsellés, productos etruscos que habían llegado a la ciudad con anterioridad.



Colocación de ánforas en un navío.
(A. Nickels en Études massaliètes, *2, 1990, pág. 106.)*

Las ánforas, el vino y las copas

Esta esencial documentación submarina debe ser comparada con los datos proporcionados por las excavaciones terrestres de los yacimientos relacionados con el comercio, ya se trate de *emporia*, de ciudades griegas, poblados fenicios o etruscos, o incluso de emplazamientos indígenas, llamados a menudo *oppida* (plural *oppidum*) por los arqueólogos que utilizan un nombre latino empleado por lo general mucho después, en la época de Cicerón y de César (especialmente en la *Guerra de las Galias*, I, 5, a propósito de los helvecios).

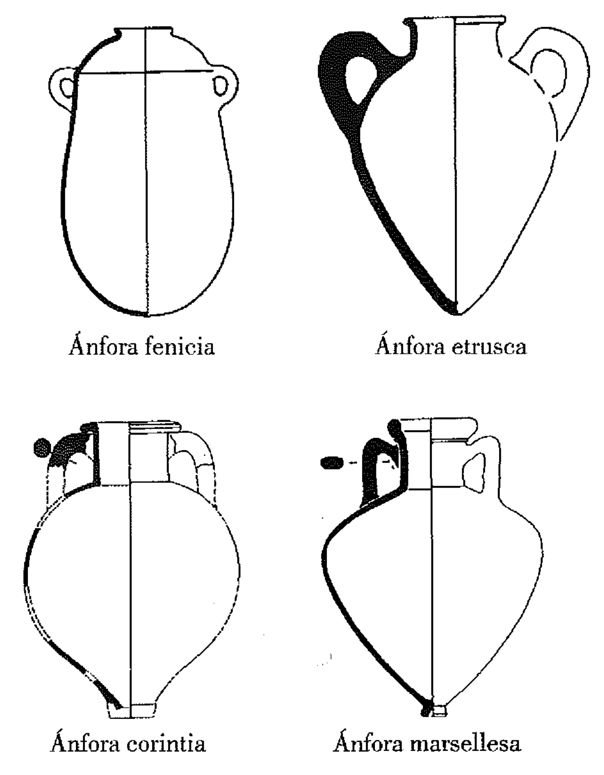
De la extrema variedad de formas cerámicas y productos destacan dos categorías: las ánforas y las copas. Al centrar el análisis sobre ellas no olvidamos ni las grandes jarras contenedoras (*pithoi*), ni el vaso destinado a mezclar el vino y el agua durante el banquete (crátera), ni los vasos para servir el vino (olpes y oinochoes), ni los vasos de perfume (aríbalos y alabastros), ni otras tantas formas. Sólo se pretende no perder de vista lo esencial en términos de transporte marítimo y, por lo tanto, de transporte mediterráneo.

LAS ÁNFORAS

Las ánforas eran embalajes destinados a transportar principalmente líquidos, vino o aceite, que a menudo fueron reutilizados en las necrópolis para inhumar niños, lo que ha permitido encontrar muchas de ellas intactas en las excavaciones terrestres. En el II milenio las sociedades del Oriente Próximo y de Grecia ya sabían fabricarlas (ánforas llamadas "cananeas" y ánforas micénicas). Sin embargo, fue al comienzo del Arcaísmo cuando se multiplicó y diversificó la producción, con una tendencia general a regularizar las formas, a estandarizarlas, para transformarlas progresivamente en lo que serán en la época romana, es decir, recipientes adaptados a ser apilados racionalmente en los navíos.

La abundancia de formas durante el Arcaísmo denota un gran número de talleres. No obstante, esta diversidad no es anárquica y, tras el aparente desorden de las clasificaciones topológicas, se observan las grandes tradiciones tecnológicas relacionadas con las grandes redes culturales. Un griego no fabrica un ánfora como lo haría un fenicio o como un etrusco.

Un mercader arcaico sabía reconocer al primer golpe de vista, si no el lugar de donde provenía, por lo menos sí el ámbito de origen de un ánfora.



Tipos de ánforas.

Las diferencias son muchas, en efecto: un ánfora griega siempre tiene un cuello tubular con asas que se unen a él por la parte superior y por el comienzo de la curva de la panza (el hombro). Mientras, la tradición fenicia, retomada en Occidente por los cartagineses y los etruscos, prefiere una panza sin cuello, con una abertura de forma de orificio rodeada por un rodete, con asas que se unen a la propia panza ("orejas"). La base de un ánfora es un elemento funcional importante. Al comienzo es ancha, pero se va haciendo cada vez más pequeña, incluso apuntada;

este afilamiento es a la vez funcional, para poder "clavarlas" en el suelo arenoso y mantenarlas verticales, y también un elemento del proceso racional para el apilamiento. Semejante descripción es, evidentemente, muy esquemática, pero hay que recordarla ya que, en ocasiones, los especialistas, atentos a todos los detalles, tienen tendencia a perder de vista los esquemas de conjunto.

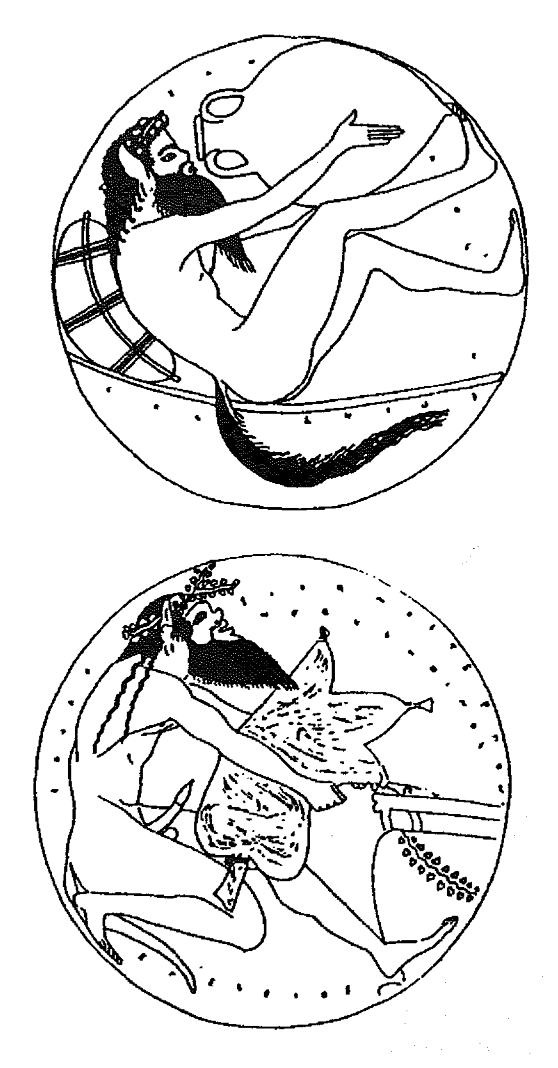
No es nada sorprendente por lo tanto que, en ocasiones, sea difícil distinguir algunas cerámicas de otras. La elección de una forma anfórica era voluntaria y tenía un motivo. Si Corinto y Corcira fabricaban formas anfóricas casi idénticas no era una casualidad, y lo mismo sucede con las ciudades etruscas de Caere y Vulci. Por último, más allá de sus diferencias, las ánforas de la Grecia del este presentan unas características comunes que las distinguen de las eubeas, áticas o corintias. Es cierto que, de tanto en tanto, se producen interferencias y que éstas no son neutras. Es decir, que el estudio de las ánforas es inseparable de una visión global de la historia de las sociedades que las fabrican. Son un documento arqueológico y también histórico.

En efecto, las grandes ciudades griegas y las principales ciudades fenicias, cartaginesas y etruscas fabrican ánforas cuando tienen la posibilidad de almacenar líquidos como el aceite y el vino. Los demás usos siempre fueron secundarios: transporte de aceitunas, de salmuera de pescado, de trozos de carne, de miel... La noción de almacenamiento es indisociable de la noción de transporte marítimo. No se fabrican ánforas en gran escala para transportar vino al interior de un territorio, las jarras con grandes bases planas bastan para ello e incluso están mejor adaptadas a ese cometido. Por el contrario, desde el momento en que el territorio produce un excedente destinado a la exportación por mar, el ánfora es indispensable.

Las ánforas fueron fabricadas en abundancia y utilizadas para el transporte de vino en grandes cantidades, mientras que los odres de piel eran utilizados en la vida diaria.

*El vino (*WONO *en micénico,* OINOS *en griego y* VINUM *en latín)*

Su producción y su circulación por el Mediterráneo es muy antigua. Toma una importancia concreta en el transcurso del Arcaísmo. El texto



Los sátiros y el vino a finales del Arcaísmo. Arriba: *una copa ática de figuras rojas conservada en Baltimore, un sátiro, confortablemente apoyado sobre un cojín, bebe vino puro directamente del ánfora.* Abajo: *en otra copa ática de figuras rojas conservada en Munich, un sátiro en erección vierte el vino contenido en un odre de piel en el interior de una crátera. Hacia el 510. (Fr. Lisarrague,* Un flot d'images. Une esthétique du banquet grec, *París, 1987, fig. 3 y 25.)*

homérico contiene numerosas referencias al vino, con el que se apagan las llamas de la hoguera de Héctor y de Patroclo (*Ilíada*, XXIII, 230 y XXIV, 791). Igual que en las sociedades orientales, la bebida es el resultado de la fermentación de las uvas, fruto de la viña, y es básica en los rituales griegos, etruscos o romanos.

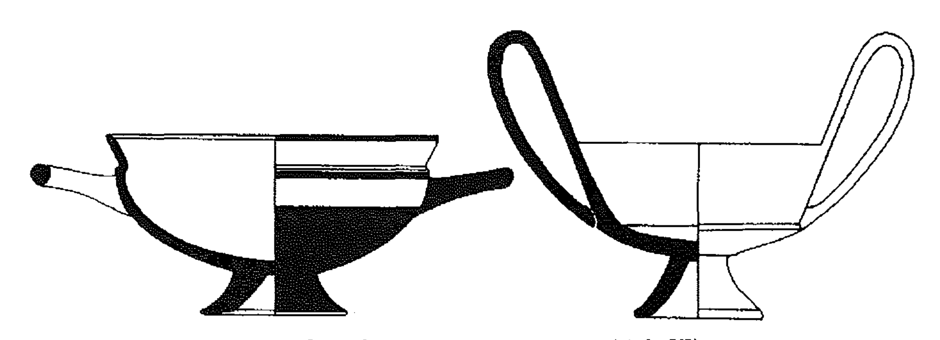
El vino no es indispensable para la vida; pero en las sociedades arcaicas es indispensable para el espíritu. Nacido de un proceso de vinificación, es un rasgo cultural y no natural. Es una droga (*pharmakon*) que permite la comunicación directa con el mundo de los dioses provocando el "entusiasmo" (en sentido etimológico, la posesión divina: ser *entheos* es ser inspirado por el dios). Dioniso es el dios de la viña y del vino, mientras que no existe una divinidad del aceite, sólo una diosa del olivar (Atenea). A menudo lleva con él un vaso para beber, un cántaro o un cuerno (*rhyton*).

En la Antigüedad se bebía el vino mezclado con agua y la mezcla se hacía en la crátera (cf. *krasi*, nombre del vino en griego moderno) antes del banquete. Beber vino puro era un signo de barbarie y de incultura, en el sentido principal del término. Los escitas y los demás bárbaros que gustan del vino (el amor por el vino –*philoinia*– de los galos será célebre), así como los sátiros, se colocan fuera del mundo civilizado al no realizar la mezcla en la crátera.

Del mismo modo, la cuestión del transporte de las copas en los navíos no está reglada. ¿Por qué esos cargamentos llenos de copas apiladas, ya sean etruscas (los cántaros y los cálices son copas específicas de los etruscos, que también saben copiar las copas griegas), o griegas: jonias y áticas en concreto? En cambio, y el dato puede ser importante, Corinto, tras los primeros intentos del siglo VIII, durante los siglos VII y VI dio más importancia, en el contexto de un comercio centrado en el aceite, a la exportación de tazas (*skyphoi*, *kotulai*) y no de copas de vino. Los fenicios y los etruscos tampoco renunciaron a la atracción de la copa.

La respuesta a la cuestión no es simple, pero hay que buscarla en la coherencia de las exportaciones de ánforas de vino; una impresión que se refuerza por la presencia de vasos para servir el vino. No obstante, hay que evitar caer en una banal interpretación modernista que vería en ello un fenómeno de *marketing* que unía el vino con los vasos para beber. Semejante explicación es inadmisible. La explicación hay que

buscarla más bien en la percepción que los antiguos tenían del vino y se da la circunstancia de que entonces el vino no era un líquido cualquiera: la copa y el vino forman un conjunto.



Copa de estilo jonio y cántaro etrusco (siglo VI).

En un comercio destinado a los hombres, la copa es indispensable; en las figuras de la cerámica ática, los que no utilizan las copas son los sátiros, que beben directamente del ánfora. Hacer mención de las copas en los cargamentos, junto a las ánforas, es hacer referencia a los rituales fundamentales de la sociedad arcaica, sobre todo al *symposion*, en donde la circulación de las copas, que se pasan de izquierda a derecha, es uno de los gestos importantes de la convivencia. Con sus asas desmesuradas, el cántaro etrusco destaca la importancia de esa circulación entre los invitados, en comparación con el cáliz, una copa sin asas, como la fiale, destinada a las ofrendas a los dioses.

Esta explicación aumenta y matiza la clásica distinción entre el «vaso-mercancía» y el «vaso-recipiente» (Vallet-Villard); cuando esta distinción tuvo lugar, los verdaderos «vasos-recipiente» –las ánforas– apenas eran conocidas y su importancia apenas era perceptible. Antes de ser una mercancía, la copa es un testimonio residual del comercio-*prexis* del Arcaísmo antiguo, que acompaña a las ánforas del nuevo comercio-*emporia*. Así se explica, a partir del siglo VI y en el marco del comercio etrusco, la desaparición del cántaro y la continuación de la exportación de ánforas etruscas hacia la Galia.

Atenas será la única, o casi, que continuará entonces exportando copas, con figuras o no, fabricadas en talleres especializados, simples mercancías que anunciaban el comercio helenístico que, sin embargo, continúa poniendo copas en los navíos, aunque habiendo olvidado el verdadero motivo de ese gesto.

Del abastecimiento al comercio: el aceite

No hay que relacionar exclusivamente la circulación de las ánforas con el transporte del vino. Probablemente, el aceite fue uno de los primeros productos difundidos de este modo por el Mediterráneo arcaico, debido quizá a una simple razón relacionada con el funcionamiento de las primeras ciudades coloniales griegas y las primeras instalaciones fenicias permanentes lejos de Fenicia. En efecto, cuando un grupo de muchos centenares de hombres se instala lejos de sus bases, la primera cuestión que se plantea es la de la subsistencia cotidiana. Si los cultivos pueden bastar para satisfacer las necesidades cotidianas de alimentación de la población emigrada bastante rápidamente, no pasa lo mismo con el aceite. Aunque supieran injertar un olivo cultivado en un árbol salvaje (oleastro: *Odisea*, V, 480), no se recogían aceitunas de manera inmediata. Es conocido el comentario de Hesíodo:

Hesíodo, que pensaba que la agricultura era lo más útil para el hombre, dijo que nadie ha recogido nunca fruto de un olivo plantado con sus propias manos, tanto tarda este árbol en dar fruto (Plinio, XV, 1, 3).

A menudo se piensa que se trata de una exageración, olvidando que un olivo plantado a partir de un hueso de aceituna sólo da sus primeros frutos tras 12 años y una verdadera cosecha tras 25 o 30, lo que corresponde a una generación arcaica. Precisamente ese es el sentido que le da Plinio a las palabras de Hesíodo. Un proverbio del Languedoc decía, todavía en el siglo XIX, que se disfruta de la morera de uno, del castaño del padre y del olivo del abuelo...

LA COPA

Las primeras copas arcaicas en realidad son vasos utilizados también para comer gachas y purés semilíquidos; se

trata de los skyphoi *y los* kotulai, *que de hecho son tazas con dos asas que formaron parte del ajuar de los primeros griegos. A comienzos del siglo VII las formas se especializan y se diferencia entre la comida y la bebida. La verdadera copa para beber es entonces el* kylix.

Todas las sociedades arcaicas tuvieron necesidad de tales vasos, indispensables para la vida diaria. Son copas que indican siempre la presencia de los primeros griegos en un yacimiento; no hay más que pensar en las copas eubeas llamadas "de semicírculos colgantes" (finales del siglo IX y comienzos del siglo siguiente) de Grecia, el Oriente Próximo y Chipre, en las copas corintias geométricas llamadas "de Thapsos" (finales del siglo VIII) en la Italia del sur y en Sicilia, en las copas protocorintias de Agde, el más antiguo resto material griego presente en Francia, del tercer cuarto del siglo VII.

No obstante, la dimensión utilitaria de tales vasos no debe hacernos olvidar que también eran indispensables para señalar todos los momentos en los que el individuo entraba en contacto con la divinidad. La religión griega nos muestra que cualquier relación con el dios, así como cualquier sacrifico, comienzan con una libación que se realiza con una copa concreta, sin pie ni asa, la fiale. Todos los reencuentros (como durante la fundación de Marsella), todos los concursos durante los Juegos, todos los juramentos (en la región de los escitas: Heródoto, IV, 70, o cuando Lisístrata hace prometer a sus compatriotas que serían castos: Aristófanes, Lisístrata, *v. 193 y ss.), todas las prácticas de la hospitalidad, del regalo y de la reciprocidad están marcadas por el papel de la copa. De ahí viene también la presencia de copas en los santuarios, con dedicatorias a los dioses, o en las tumbas. Algunos ejemplares, de oro, plata o bronce, e incluso de marfil, subrayan, mediante la calidad del material, el valor del objeto, últimas referencias de la importancia que tuvieron las copas preciosas en las sociedades del Oriente Próximo, en donde se controlaba su peso y su capacidad.*

Otra copas exaltan, mediante sus grandes dimensiones, el prestigio y el deseo de sociabilidad.

ÁNFORAS DE ACEITE

El papel del aceite –y de la aceituna– en la alimentación arcaica, y griega en particular, era básico, y es probable que se tomaran disposiciones para transportar ánforas de aceite y aceitunas. La costumbre de poner aceite en un ánfora es antigua, y Homero la conoce: Aquiles pone ánforas de aceite y de miel en la hoguera funeraria de su amigo Patroclo (*Ilíada*, XXIII, 170).

La arqueología no desmiente semejante análisis, antes al contrario. En el II milenio hay ánforas micenias tanto de aceite como de vino, y las primeras ánforas griegas arcaicas conocidas, de fabricación eubea, se encontraron en Pitecusa y parece que contenían aceite.

Sin embargo, fueron Atenas y el Ática los que estuvieron marcados por el olivo y el aceite. Había un olivo, que es un árbol que nunca pierde sus hojas, en el templo del Erecteo, en la acrópolis, desde los orígenes y la época del conflicto mítico entre Atenea y Poseidón. Quemado por los persas en el 480, la tradición le atribuye un crecimiento de un codo (0,45 m) al día siguiente (Heródoto, VIII, 55).

Las conocidas ánforas áticas con la marca SOS (u OSO) en el cuello circulan por el Mediterráneo desde finales del siglo VIII hasta el comienzo del VI, fecha en la que –quizá relacionada con las medidas económicas de Solón– fueron reemplazadas por otras ánforas de forma parecida pero sin la marca tradicional (las "ánforas al cepillo" de los arqueólogos). Las ánforas más antiguas descubiertas en Marsella, fechadas en el primer cuarto del siglo VI, son de este último tipo; aunque su lugar de procedencia es incierto, parecen haber transportado aceite, igual que otras ánforas provenientes de Laconia. Por otra parte, el transporte de aceitunas en ánforas en la misma época está atestiguado en la actualidad gracias al pecio de la isla de Giglio.

Aristóteles narra una anécdota instructiva respecto a Tales de Mileto:

Como se le hacían (a Tales) reproches sobre su pobreza, que se consideraba como una prueba de la inutilidad de la filosofía, la historia cuenta que con la ayuda

de observaciones astronómicas, y cuando todavía duraba el invierno, previó una abundante cosecha de aceitunas. Disponiendo de una pequeña suma de dinero, dio señales para utilizar todas las prensas de aceite de Mileto y de Quíos, cuyo alquiler le fue cedido a bajo precio, pues nadie investigó sus razones. Cuando el momento favorable llegó, se produjo una demanda repentina y en masa de muchas prensas, y las subarrendó en las condiciones que quiso (Aristóteles, *Política*, I, 11, 1259*a* 6).

Este texto, que Karl Marx interpretaba como la más antigua prueba de un monopolio, relaciona la época de Tales (finales del siglo VII y comienzos del siguiente) con un aumento importante de la producción de aceite. De hecho era el resultado, no de la observación de las estrellas, sino de una doble previsión por completo racional: previsión de la producción de aceituna a partir de los árboles plantados y, sobre todo, previsión de la demanda de aceite por parte de los griegos de Asia, que por esas fechas emigraban al mar Negro o a Occidente.

La cuestión del origen de ese abastecimiento es un problema. Pensar en envíos provenientes exclusivamente de las metrópolis correspondientes sería caer en una interpretación modernista de la cuestión, aunque en ocasiones ese fuera el caso. Por lo tanto, no hay que buscar forzosamente el aceite de focea para resolver los problemas de Marsella.

Aceite y cereales: el biotos

El ejemplo corintio es muy revelador: la difusión masiva a finales de los siglos VIII y VII de las gruesas ánforas corintias (llamadas "corintias A" por los arqueólogos) demuestra que Corinto, que tenía pocas fundaciones coloniales exportó mucho aceite. ¿Se trata sólo de un "comercio"? No al principio, si nos fijamos en que las ánforas corintias más antiguas vienen acompañadas por grandes jarras, también corintias, con asas decoradas con un motivo que imitaba una cuerda (*pithoi* con asas de cuerda). Esos grandes vasos por lo general estaban destinados al almacenamiento de cereales y representan una mejora notable en las prácticas de almacenaje en relación a los hábitos indígenas de conservación del grano en silos, grandes cavidades excavadas en el suelo que había que llenar y vaciar de una sola vez. Es cierto que se conocen ejemplos del transporte marítimo de *pithoi* (y en la época romana de *dolia*), pero nada comparable con la circulación de ánforas.

Esos *pithoi* corintios, que desaparecen con bastante rapidez en el transcurso del siglo VII, estaban destinados a transportar cereales y son las señales más evidentes de la importancia de este abastecimiento. Sin embargo, mientras la circulación de ánforas continuará en el marco de un comercio que permite a la ciudad colonial importar aceite para completar la producción local, todavía insuficiente, los *pithoi* corintios ya no llegan a las ciudades que tienen suficiente grano y lo conservan en jarras fabricadas localmente. En un segundo momento, son las ciudades coloniales, especialmente las del mar Negro, las que venderán su grano para abastecer a la población urbana de Atenas (el *demos*), que también podrá contar con Egipto y Sicilia para ello. Toda la política de Atenas respecto a los estrechos (Bósforo y Dardanelos) y Sicilia está condicionada por la cuestión de los cereales. De la Cirenaica provenía un tubérculo concreto, el silfion (Heródoto, IV, 169 y Escílax, 1089), hoy desaparecido, del que se ve su pesaje antes de embarcarlo en una conocida copa laconia datada hacia el 565 y descubierta en Vulci (*Cabinet des Medailles*, París). Las ciudades coloniales, fundadas a propio intento en territorios extensos y fértiles, se convierten entonces en exportadoras y no en importadoras de *pithoi* y de grano.

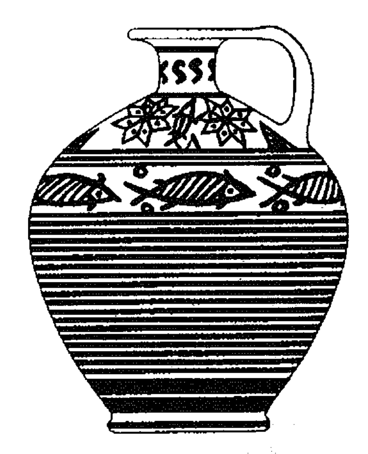
Esta necesidad de alimentarse y el permanente temor a la carestía se traducen en la búsqueda incesante de cereales y de aceite, conjunto que los griegos, desde Homero, llamaban *biotos*, literalmente: lo que es necesario para la vida.

Más allá de las necesidades manifestadas por las nuevas ciudades hacia el aceite y los cereales, hay que señalar que el desarrollo de la circulación mediterránea significó una apertura de las sociedades indígenas hacia los aceites griegos, así como al vino. En el transcurso del siglo VII, en la Italia central se percibe bien el paso de las importaciones de aceite al desarrollo de los olivares locales. El vocabulario etrusco refleja ese conocimiento del aceite. Una antigua tradición romana recogida por Plinio (XV, 1), que indicaba que en el 580 (año 173 de Roma) no había olivos ni en Italia, ni en España, ni en África, probablemente sea una consecuencia de la toma de posición de Roma frente a las medidas de Solón en Atenas, hacia el 590, intentando prohibir todas las exportaciones, excepto las de aceite (Plutarco, *Vida de Solón*, 24). Medidas que, junto a otras, darán comienzo en Atenas a un debate económico

y social que durará hasta aproximadamente el 580 (Aristóteles, *Constitución de los Atenienses*, XIII). Es evidente que los años 580 fueron importantes para la organización del comercio mediterráneo del aceite.

Aceites perfumados

La utilización del aceite iba mucho más allá de la alimentación. Homero menciona las fricciones y los masajes tras el baño (*Ilíada*, X, 577; *Odisea*, III, 466, VI, 96 y VIII, 454). Los atletas también lo utilizaban con frecuencia. Para recompensar a un atleta vencedor en la carrera de carros se le daban 140 ánforas panatenaicas, cada una con una capacidad de un metreto (alrededor de 39 litros). Estas ánforas contenían un aceite proveniente de la cosecha de los olivos sagrados de Atenea (Aristóteles, *Constitución de los Atenienses*, LX). Es poco probable que este aceite fuera exportado de manera comercial, pero dado que se han localizado algunas ánforas panatenaicas en Etruria, hay que pensar en un intercambio de tipo particular. Vacías, estas ánforas tenían escaso valor (de 2 a 4 óbolos) y eran dedicadas en los templos.



Aríbalos para perfume, de forma globular y estilo corintio, fabricado en Pitecusa (siglo VIII). Es posible que la arcilla de este vaso fuera importada desde Corintio hasta Pitecusa. (C. W. Neeft, Protocorinthian Subgeometric Aryballoi, *Amsterdam, 1987, pág. 60.)*

El aceite servía de base para la realización de ungüentos y perfumes. Probablemente esta práctica se difundió por el Mediterráneo desde Oriente por intermedio de la Grecia de Asia, mundo del *habrosune*. Fue una difusión paralela a la de los ricos vestidos de lana de Mileto, de los que se burlará la historiografía helenística, como demuestra el ejemplo del manto de lana, teñida de púrpura, del sibarita Alquístenes (Ps. Aristóteles, *De las maravillas escuchadas*, 96) o la del foceo Pitermos (Heródoto, I, 152). De creer a Arquíloco, en el siglo VII las mujeres utilizaban mucho los perfumes:

¡Con los cabellos y los senos inundados de perfume, habrían despertado el deseo de un anciano! (Frag. 38).

Estos aceites perfumados se guardaban en pequeños recipientes, el aríbalos, de forma globular, y el alabastrón, de forma alargada, que poseían un reborde plano para facilitar la aplicación del producto sobre la piel. Arqueológicamente, estos vasos están documentados por numerosos ejemplares de cerámica, pero está confirmado que tenían equivalentes de cuero. Corinto fue conocida por la producción de tales vasos, que se difundieron masivamente por el Mediterráneo y que se encuentran sobre todo en las tumbas y los depósitos votivos. Los etruscos los imitaron en el siglo VI. Algunas sepulturas arcaicas griegas de la Italia del sur y de Sicilia contienen muchas decenas de ellos. Se perfumaban los cadáveres y el de Héctor fue ungido con aceite de rosa (*Ilíada*, XXIII, 184).

USO DEL ACEITE Y DESARROLLO DE LA MEDICINA

Los aceites también fueron muy exportados para ser utilizados en medicina, y la proliferación de un comercio de aríbalos y alabastrones corintios, así como laconios y etruscos imitando el estilo corintio, hay que relacionarla con el desarrollo de las prácticas médicas, que es una de las características importantes del mundo arcaico.

En general se piensa que, una familia ciudadana de cuatro personas con tres esclavos, podía consumir hasta 200 litros de aceite por año (Amouretti), es decir, el contenido de algunas ánforas, teniendo en cuenta sus usos principales (alimentarios y corporales) así como los secundarios (alumbrado con el empleo de lámparas de aceite). Ahora bien, un olivo no da más que 3 litros de aceite cada dos años si no se le poda cada año; de modo que se necesitaba un vergel de más de 130 árboles para satisfacer las necesidades de esta familia, lo que significaba un olivar de más de 1,5 hectáreas en el que también se realizaban otros cultivos. A primera vista, estas cifras son desalentadoras, pero no hacen sino demostrar más a las claras cuál era la importancia de los olivos, protegidos desde el Arcaísmo por reglamentos que prohibían que fueran arrancados, y la importancia de la circulación del aceite de oliva en el Mediterráneo.

MÉDICOS ARCAICOS

*La medicina es muy anterior a Hipócrates, que nació en el siglo V (en el 460), y era hijo y nieto de médicos, por lo que pertenecía a una familia que había contribuido al desarrollo de la medicina en Cos, y también en Cnido y Rodas. Homero conoce y estima a los médicos que «valen por muchos hombres» (*Ilíada, *XI, 514).*

El culto del Apolo "médico" está atestiguado en el mar Negro relacionado con los fundadores milesios de las colonias, y existe una referencia a un médico en una inscripción de Berezan de los años 540-530 en un oráculo, aparentemente oscuro, que quizá haga alusión al desarrollo de la instalación de los griegos en la zona, con diferentes fases: reconocimiento, fundación, organización del territorio y acción marítima:

7: el lobo se ve impotente; 70: el león es terrible; 700: el arquero es amigable, donación por la fuerza del médico; 7.000: el delfín es razonable, paz a la *polis* de Olbia, (os) bendigo allí, ojalá sea bendecido por Leto (Traduc. Vingradov).

Los médicos arcaicos fueron grandes personajes; en ocasiones también eran filósofos, a menudo originarios de la Grecia de Asia, de Cirene (Heródoto, III, 131) o de las ciudades coloniales de Occidente, como por ejemplo Alcmeón de Crotona, que fue el primero en practicar una disección; Democedes de Crotona (Heródoto, III, 129-135); Heródico de Leontinos, hermano del orador Gorgias; Acron de Agrigento y su rival Empédocles.

Desde mediados del siglo VI, el médico Sombrotides de Mégara Hiblea ya tenía una estatua, en mármol de las Cícladas, sobre su tumba, con una inscripción sobre el muslo derecho que recordaba el nombre de su padre, Mandrocles (museo de Siracusa). Esos nombres son evocadores. El del padre parece cercano a los nombres anatolios; hay una divinidad llamada Mandros y el rey indígena que acoge a los foceos que fundan

Lámpsaco se llama Mandron. De modo que parece probable que esta familia de médicos sea originaria de la Grecia de Asia. El nombre del hijo recuerda directamente la vocación médica de la familia: el descendiente de Sombrotos ("salvador de mortales").

Esta tradición médica occidental es posible que fuera muy antigua, remontándose a la época de Hesíodo; es decir, al periodo de las primeras fundaciones coloniales, si creemos a Galeno:

Un gran enfrentamiento por la supremacía opuso a los médicos de Cos y a los de Cnido: se trataba de saber quien vencería a los otros por la cantidad de sus descubrimientos, pues tras el eclipse de la escuela de Rodas, todavía había dos familias entre los Asclepiades de Asia. Después apareció esta sana emulación –de la que Hesíodo hace elogios– entre ellos y los médicos de Italia, Filiston, Empédocles, Pausanias y sus compañeros (Galeno, *Sobre la manera de cuidar*, X, 5).

Transacciones, testimonios e intérpretes

La circulación de productos por el Mediterráneo da lugar a transacciones de las que comenzamos a entrever algunos de sus mecanismos gracias a los descubrimientos recientes.

En efecto, para la época arcaica, la documentación literaria se muestra bastante mezquina en detalles sobre los procedimientos, exceptuando los relativos al intercambio de regalos. Heródoto (IV, 196) y Escílax (112) describían con detalle los procedimientos comerciales utilizados por los fenicios en las costas atlánticas de áfrica. Según Escílax, llegaban con sus navíos redondos (*gauloi*), levantaban sus tiendas (*skenai*) en una isla cercana al continente, ponían su cargamento en pequeñas embarcaciones con las que llegaban a tierra firme, distribuían las mercancías sobre la playa, regresaban a su navíos y advertían a los indígenas con una humareda; éstos llegaban a continuación, depositaban su oro y se retiraban sin llevarse nada, dejando que regresaran los fenicios para ver si la cantidad de metal era bastante. Si era así, lo cogían y los indígenas regresaban

para coger sus mercancías. Este "ballet" ritual en la playa ha originado comentarios de los antropólogos desde Marcel Mauss para explicar ese «intercambio mudo», ese «comercio silencioso». Nos limitaremos aquí a recordar que en los textos no aparece ninguna mención a estructuras fijas ni a la presencia de santuarios. El lugar del intercambio es una playa aparentemente desierta, a diferencia de otro famoso relato de Heródoto (I, 1) en donde las transacciones se sitúan cerca del navío, pero en el puerto de Argos.

En este contexto, el descubrimiento de numerosas inscripciones griegas permite penetrar en los detalles del procedimiento. Estos textos están inscritos en pequeñas placas de plomo que estaban enrolladas y que fueron descubiertas en el mar Negro (Berezan), en el mar Adriático (Corcira) y en el golfo de León (Emporion, Pech-Maho). Hay que añadir un papiro proveniente de Egipto (Elefantina). Todos estos textos datan de finales del siglo VI (Emporion), de alrededor del 500 (Berezan y Corcira) y del segundo cuarto del siglo V (Elefantina y Pech-Maho).

Berezan

La inscripción fue descubierta en 1971. Se trata de una carta particular de 13 líneas escrita en dialecto jonio de Mileto. En la otra cara de la lámina de plomo se menciona el nombre del remitente (Acolodoro) y el de los destinatarios (su hijo y un tal Anaxágoras); una disposición que puede que se encuentre también en el texto de Pech-Maho, del que hablaremos un poco más adelante. El padre se queja amargamente de haber sido víctima de un individuo que le privó del *phortegesios* (diminutivo de *phortegos*), es decir, del esclavo que transportaba el cargamento (el *phortos* o el *phortion*) por cuenta de este aristócrata, tanto al embarcar como al desembarcar. Esta referencia al *phortegos* permite citar algunos versos de Teognis:

Velas blancas arriadas, derivamos fuera del mar de Melos, en la noche sombría, no queremos vaciar el agua de la sentina y cuando el mar pasa de lado a lado por encima de la borda es el ¡Sálvese quien pueda! Otros están activos: han eliminado al experto piloto que hacía guardia; se apoderan de las mercancías por la fuerza, el orden ha desaparecido, no hay reparto equitativo. Son los mozos de cuerda (*phortegoi*) quienes mandan; los malvados (*kakoi*) ganan a los buenos (*agathoi*). Temo que la marea (el *kuma*) engulla al navío (la *naus*) (Teognis, v. 671 y ss.).

CORCIRA

Un grupo de ocho inscripciones en alfabeto corintio, una en el British Museum y siete en el Museo de Corfú, provenientes de la zona del puerto de Corcira, hace referencia a deudas en dracmas y, por lo tanto, a préstamos marítimos.

EMPORION

El descubrimiento de una inscripción en una hoja de plomo tuvo lugar en 1985, en una habitación del yacimiento de Ampurias, en Cataluña. El texto está parcialmente mutilado. Se trata de una carta particular, en alfabeto jonio y dialecto de la Jonia del norte (Focea y Quíos), de un mercader que debe ser originario de Focea y que reside en Occidente (¿en Marsella?). Da instrucciones a su representante local, que tiene que ponerse en contacto con un notable íbero de Saiganthe (Sagunto) que tiene por nombre (incompleto) Baspedas, para asegurar que se remolque un navío, o el remolque a partir de un navío. Para ello ambos personajes deben crear una asociación a partes iguales. Si el íbero no está de acuerdo, debe proponer un precio. Hay referencias a los habitantes de Emporion (*Emporitai*) y a numerosas escalas: Sagunto y puede que Narbona.

PECH-MAHO

El plomo fue descubierto en 1950, pero sólo fue desenrollado en 1987; proviene del *oppidum* indígena de Pech-Maho (Aude), en el sur de Narbona, en una zona de lagunas de la costa del Languedoc, a medio camino entre Agde y Ampurias (Emporion). Contiene dos textos, uno en etrusco y el otro en griego.

El texto etrusco, muy mutilado, permite leer dos nombres, Venel y Utavu (*cf.* el latino *Octavius*, Octavio) y, sobre todo, la primera mención en etrusco del nombre de Marsella, *Matalia* (*cf.* con el griego *Massalia*). El estudio de la inscripción lleva a pensar que estos etruscos provienen de Tarquinia, Vulci o Populonia, o todavía mejor, de Nikaia, un establecimiento etrusco en Córcega que, tras el 540, ocupó el mismo emplazamiento que había tenido la ciudad focea de Alalia. Probablemente estuvieran

instalados en el Languedoc, lo que se ve confirmado por los datos del yacimiento de Lattes, cerca de Montpellier, con sus grafitos y sus ánforas etruscos.

El texto griego está en alfabeto jonio, igual que el de Emporion. Su traducción todavía es objeto de difíciles debates entre especialistas y lo que decimos a continuación es parcialmente hipotético. Se trata de un minucioso informe que relaciona una operación de compra de una embarcación (*akation*) y puede que de una barca (*lembos*, palabra reconstruida) a unos emporitanos realizada por un mercader griego de nombre (reconstruido) Kuprios (literalmente: "el chipriota"). El negocio dio lugar a la formación de una asociación, a partes iguales, con un socio griego jonio, Heronoiios (o Herón de Íos), que describe los diferentes aportes de dinero que hizo, detallándolos con precisión, y que tuvieron lugar en la periferia del *oppidum* de Pech-Maho, o quizá de Emporion. Primero dejó una señal (*arrhabones*), delante de cuatro testigos y en el lugar en donde estaban amarradas las embarcaciones; después realizó el pago directo de una garantía sobre el río y, por último, la liquidación del saldo delante de otros dos testigos. La operación está calculada: Heronoiios tuvo que pagar una cifra de dos "octavos" (*octania*) y medio, lo que representa la mitad del coste total; da como señal dos "sextos" (*hectania*) y medio. Se hace referencia a una unidad de cuenta que no conocemos, pero la manera de contar (dos y medio) está atestiguada en Heródoto (I, 50).

Tanto sus editores como quienes lo han comentado, han considerado que el texto etrusco era más antiguo, dado que el nombre de Heronoiios aparece en el borde de la cara que lleva la inscripción etrusca. Es posible que sea así, pero no necesariamente. La placa de Berezan demuestra que se tenía la costumbre de poner sobre la otra cara el nombre del redactor y el del destinatario, es decir, que la firma y la dirección aparecían juntas. No es imposible, por tanto, que suceda lo mismo con el texto griego de Pech-Maho, expedido por Heronoiios. En cualquier caso, los datos paleográficos (la forma de las letras) no permiten decidir qué texto es más antiguo. Cualquiera que sea el sentido de la reutilización, el intervalo entre los dos empleos de la placa de plomo seguramente no es mayor que unos pocos años.

De modo que no es una casualidad que los dos textos, el etrusco y el griego, aparezcan en la misma cara de un mismo soporte. El reutilizador

sabía cual era la naturaleza de la primera inscripción, aunque no supiera leerla. Los dos textos no son bilingües: no se trata de la misma historia narrada en dos idiomas diferentes, sino de dos relatos paralelos que, en ambos casos, hablan de personajes que obtienen beneficios. La referencia en ambos textos a la noción de "tercer" (*trite* en griego, *kisne* en etrusco) es turbadora, sobre todo porque el contexto de la inscripción griega puede hacer pensar en una indicación de tiempo (el "tercer" día).

También tenemos la referencia griega más antigua a la práctica de dejar una señal como pago; la palabra parece de origen semítico y Aristóteles remontaba su uso por parte de los griegos a Tales de Mileto, en un pasaje que ya citamos anteriormente. La señal no implica necesariamente el pago de una cantidad de dinero, un objeto, como un anillo, puede bastar.

Sobre todo tenemos el descubrimiento de un lenguaje jurídico preciso, con términos técnicos. El ambiente de los mercaderes utiliza mucho la escritura a finales del Arcaísmo. La presencia de un estilete y de una tableta para escribir en el pecio de la isla de Giglio, y de un estilete en el de Gela, confirman este hecho.

Los nombres de seis testigos, de los que tres nos han llegado parcialmente, demuestran que la mitad de ellos (Basigerros, Bolo-biur y Nalbe.n) son indígenas íberos, probablemente notables locales; el origen de los otros tres (Sedegon, Bleuras y ...auruas) es más incierto. La presencia de íberos recuerda el control indígena que caracteriza las transacciones efectuadas en un *emporion*. Es difícil pensar que los griegos utilizaran testigos indígenas sólo porque no había griegos cerca.

Elefantina

De aquí proviene otro documento excepcional: un largo texto arameo de comienzos del siglo V, borrado por su exposición a los rayos solares, pero todavía parcialmente legible, que aparece en un papiro reutilizado en la segunda mitad del siglo V y cuyos fragmentos se conservan en los museos de Berlín y El Cairo. Fue descubierto en Elefantina (Asuán), límite de la navegación sobre el Nilo, a 20 días de navegación del Delta (Heródoto, II, 175). Para Heródoto (II, 29), que llegó hasta allí, era el límite entre el país de los egipcios y el de los etíopes, así como una ciudad

con guarnición (II, 30). El texto más moderno del papiro fue publicado en 1911, pero el texto subyacente, descubierto entonces, sólo pudo ser descifrado en 1993.

Se trata del registro de la aduana de un puerto egipcio desconocido. Los derechos de aduana fueron cobrados a barcos fenicios y jonios y transmitidos al tesoro real. El texto proporciona las llegadas y salidas de 42 barcos durante un año de navegación de diez meses –el año 475–, mencionando en cada ocasión el día y el mes; también se indica el tipo de navío, el contenido del cargamento y el nombre del propietario del barco (*naukleros*). Se trata, por tanto, de unos datos de una precisión extraordinaria para comienzos del siglo V*. La fecha del 475 fue obtenida por referencia al 11° año de un reinado que ciertamente es el del rey persa Jerjes, puesto que Egipto se encontraba entonces bajo el dominio persa, tras su conquista por Cambises en el 525. El arameo era entonces la lengua oficial del imperio persa.

La información conseguida es amplia: la larga duración de la temporada de navegación, que sólo era interrumpida durante dos meses (alrededor de enero y febrero); la existencia de cuatro tipos de barcos, dos fenicios y dos jonios (grandes y pequeños); que los barcos jonios pagaban el 20% del total del valor del cargamento y los fenicios el 10%; que los jonios realizaban el pago de los derechos de aduana en oro o plata; la existencia, además de los derechos de aduana, de una tasa portuaria diferente según el navío de que se trate y de una tasa especial para el aceite.

Los productos importados por Egipto son: vino de Sidón, aceite (50 ánforas por navío), dos tipos de madera de cedro, otros tipos de madera, cobre, dos tipos de hierro, estaño, lana, arcilla (50 kg) y remos. La madera y los remos se cuentan por unidades, el vino por el número de ánforas, lo que permite recordar un texto de Heródoto (III, 6) sobre la llegada a Egipto «de un extremo al otro del año» de ánforas de vino de Grecia y de Fenicia.

En cuanto a las exportaciones, sólo se conocen por los barcos jonios y se limitan a un único producto: el natrón.

---

* También en Egipto, se conservan parte de los papiros administrativos del templo funerario de Neferirkare Kakai que son igual de precisos y mucho más antiguos, pues datan de la V dinastía (c. 2467-2345 a.C.) (N. del T.).

Queda la incertidumbre sobre el puerto egipcio concernido por el inventario aduanero del papiro de Elefantina. No cabe duda de que se trata de un puerto especializado en la exportación de natrón. La región de Nitria (en la actualidad El-Barnujdi), justo al oeste de Náucratis, producía natrón. De modo que Náucratis podría estar directamente concernida; sin embargo, el volumen general de las transacciones parece demasiado limitado y los cargamentos demasiado especializados para ser el gran *emporion* del Delta, por más que en la actualidad sea evidente que el natrón fue una de las razones del emplazamiento de la ciudad. De hecho, un poco más al sur se encontraban los lagos salobres del wadi el-Natrun, que proporcionaban ya fuera sal, ya natrón. Caravanas de asnos y dromedarios unían este oasis con el Nilo, río arriba de Náucratis, en la antigua región de Terenuthis. Es posible que el papiro de Elefantina conserve el recuerdo de un año fiscal en esta ciudad o en un puerto de ese sector, a medio camino entre Náucratis y Menfis.

Al finalizar esta exposición analítica de algunos documentos, recordemos la visión concreta de los intercambios que éstos nos proporcionan. La referencia a un transporte de arcilla en un marco comercial es de gran interés en la medida en que, desde hace algún tiempo, los arqueólogos tenían la impresión de que sólo tales transportes permitían comprender las condiciones de fabricación de ciertas cerámicas, por eso se ha pensado en la llegada a Pitecusa de arcilla corintia y de arcilla jonia a Caere, en Etruria. El papiro de Elefantina confirma, en el plano metodológico, tales hipótesis. No obstante, todavía hay que demostrarlas.

Se aprecia también la existencia de barcos adaptados al desembarco de mercancías o a su transporte en distancias cortas: los *akatia* de Pech-Maho recuerdan a las embarcaciones (*barides*) de Náucratis que surcaban las bocas del Delta (Heródoto, II, 179) o aquellas (*mikra ploia*) que comunicaban la isla con el continente en la costa africana (Escílax, 112).

El papel de los testigos y, de manera general, el de los intermediarios, también es importante. Está directamente relacionado con prácticas de ruptura de las cargas y con trasbordos, pero también con dificultades de comunicación que no hay que olvidar. Los antiguos tenían frecuentes problemas de traducción y un griego como Polibio recuerda que, en sus tiempos, incluso las gentes cultivadas comprendían mal el

latín arcaico del primer tratado entre Roma y Cartago (III, 22). El mundo de los mercaderes y los navegantes también es el de los intérpretes, que no sólo frecuentan los ámbitos del poder y de la diplomacia (Heródoto, I, 86 y III, 140), sino también los lugares de comercio, como el delta del Nilo:

A los jonios y a los carios, que los habían secundado, (el faraón) Psamético les dio tierras para establecerse, situadas una frente a otra a cada lado del Nilo; se llama a ese lugar los Campos (*Stratopeda*) [...]. También les confió jóvenes egipcios a los que enseñar la lengua griega; esos jóvenes que aprendieron nuestra lengua son los ancestros de los intérpretes (*hermenees*, cf. hemenéutica, ciencia de la interpretación) que encontramos hoy día en Egipto (II, 154).

Por otra parte, los intérpretes eran una de las siete clases de la sociedad egipcia (Heródoto, II, 164). Posteriormente, durante su periplo africano, el cartaginés Hannón también se rodeó de intérpretes. La práctica del comercio silencioso (IV, 196) hay que incluirla asimismo en este contexto multilingüe, en donde los gestos ritualizados son más comprensibles que las innumerables lenguas y dialectos.

EL NATRÓN

*El natrón (*nitron *en griego,* nitrun *en latín, cf. con nuestro "nitrato") es carbonato cálcico de sosa natural. Dadas sus características deshidratantes, los egipcios lo utilizaban para recubrir los cuerpos embalsamados durante 70 días, una cifra exagerada (Heródoto, II, 86). Plinio hace una larga descripción en la que habla de las muchas virtudes medicinales del natrón. Algunos pasajes pueden explicar el favor que sentían los jonios por este producto:*

Puesto en montones, se conserva mucho tiempo [...]. Se necesita el natrón impuro para algunos usos; por ejemplo, para teñir de púrpura, así como para toda clase de tinturas; también se utiliza mucho para la fabricación de cristal [...]. Antaño no había en Egipto más yacimientos de natrón (*nitrariae*) que los de los alrededores de Náucratis y de Menfis. Los menos buenos eran los de Menfis

[...]. Con él se hacen vasos [...]. También se utiliza este natrón para todo aquello que se quiere conservar mucho tiempo [...]. El natrón de Egipto se transporta en vasos enlucidos con pez, para que no se funda (XXXI, 106).

La fuerte presencia del natrón en los intercambios permite recordar que muchos productos importantes no están documentados por la arqueología y que, en ocasiones, sólo son recordados por su mención en los textos literarios. Por ejemplo el alumbre –un sulfato de potasio y aluminio–, que es similar al natrón para ciertos usos (en tinturas) y que parece haber sido importante en Egipto (oasis de Dakhla y de Kharga, al oeste de Tebas), y en Focea, en donde su explotación está bien atestiguada en la Edad Media; también era utilizado en medicina, así como para el trabajo de las pieles y el tratamiento de la madera contra el fuego. No es una casualidad que el faraón Amasis enviara a Delfos una cantidad considerable tras el incendio del templo en el 548 (Heródoto, II, 180).

Expulsiones, exclusiones, emigraciones y exilios

La cuenca mediterránea, que aparece como un mundo de intercambio y encuentro entre diversas poblaciones, se caracteriza más por las partidas. A orillas del Mediterráneo se parte sin cesar, la mayoría de las veces en un contexto de rupturas y heridas. Los problemas sociales, las luchas y las tensiones políticas, las fuertes presiones externas de las poblaciones del interior, como la de los asirios sobre las ciudades fenicias o lidias y, posteriormente, la de los persas sobre las ciudades jonias, son la causa de esos violentos desgarros de la ciudad de origen.

En el mundo griego arcaico existía un ritual que subrayaba la necesidad de las partidas. Frente a las dificultades, las ciudades griegas tenían la costumbre de designar a un "chivo expiatorio", es decir, a un individuo pobre y marginal al que se expulsaba de la ciudad para que se llevara con él las calamidades, lo que más tarde el cristianismo llamará "todos los pecados del mundo". Este personaje (el *pharmakos*) era acompañado en medio de procesiones fuera de la ciudad, al exterior de la muralla.

Allí se le arrojaban piedras y, en ocasiones, incluso se le mataba. El ritual de la lapidación subrayaba el rechazo social. Las ciudades jonias, foceas en concreto, nos proporcionan ejemplos de tales expulsiones en Focea y Marsella. Otras ciudades practicaban un ritual parecido que consistía en precipitar al *pharmakos* por un barranco. Con todas estas prácticas se conseguía la purificación (*catharsis*) de la comunidad.

Muchos tiranos fueron expulsados y lapidados: en Mitilene de Lesbos (Heródoto, V, 38), en Cumas de la Eólida (Nicolás de Damasco, frag. 51), en Elea en Italia meridional (Diógenes Laercio, IX,26), en Agrigento en Sicilia (Valerio Maximo, III, I, 2). También se lapidaba a los que obligaban a los demás a partir. En efecto, durante todo el Arcaísmo, las emigraciones y los exilios a menudo eran consecuencia de la llegada de tiranos que ponían fin a los regímenes oligárquicos fundados sobre el predominio de los aristócratas. El ejemplo más conocido es el del mercader corintio Demarato, que se instaló definitivamente en Tarquinia cuando Corinto vio la llegada al poder del tirano Cipselos y el final del régimen oligárquico de los Baquíadas. De este modo, una familia corintia echa raíces en Etruria y el hijo de Demarato, Lucumón, daría comienzo en Roma, con el nombre de Tarquinio Prisco, a una dinastía de reyes «corintios» (Zevi) y no «etruscos», como se dice generalmente. Otro caso, no menos célebre, es el del filósofo Pitágoras, que abandonó su ciudad de Samos cuando llegó al poder el tirano Polícrates, en el 532, para dirigirse a Egipto y después a Crotona, en la Italia del sur, antes de morir en Metaponte.

De modo que el fenómeno de las emigraciones en el Mediterráneo hay que situarlo en un contexto político, económico y social concreto. Se ha convertido en costumbre no hablar más que de "colonización" griega o de "expansión" fenicia, insistiéndose más en la llegada que en la partida de la ciudad de origen. La fundación de nuevas ciudades y el aumento de los intercambios en los *emporia* son, sobre todo, consecuencia de partidas múltiples y forzosas.

Se trata más bien de colectivos que de personas individuales. Nuestras fuentes literarias deforman esa visión y, a menudo, tienen tendencia a privilegiar la figura de un personaje. Sabemos así que la poetisa Safo de Mitilene de Lesbos sufrió un exilio temporal en Siracusa a comienzos del siglo VI; que Mnesarca, padre de Pitágoras y de origen tirreno, abandonó

Lemnos en favor de Samos, en donde tuvo derecho de ciudadanía y pudo ejercer su oficio de cincelador de anillos; que el músico Arion de Lesbos fue a Corinto y después a Italia y Sicilia antes de volver a Corinto vía Tarento (Heródoto, I, 23-24); que el filósofo Jenófanes de Colofón partió de Jonia a mediados del siglo VI para instalarse en Elea, la nueva ciudad focea de Occidente; y que el médico Democedes de Crotona abandonó su ciudad por un desacuerdo familiar (Heródoto, III, 131) antes de regresar (III, 136-137) como «esclavo fugitivo»; que Georgias de Leontinos, orador y sofista, «no se estableció nunca en ninguna ciudad» (Isócrates, *Sobre el intercambio*, 155-156).

Sin embargo, con estos ejemplo se aprecia claramente que hay que distinguir varias categorías. Hay aventuras por completo individuales, como la del médico Democedes, y hay casos dudosos; nos gustaría conocer las verdaderas razones de la partida de Safo hacia Occidente, en el momento en que los jonios salían hacia Marsella, Emporion y Gravisca; pero, sobre todo, hay situaciones que demuestran que, detrás de un personaje, se puede entrever una aventura colectiva.

En primer lugar, hablemos de la circulación de artistas y artesanos. Demarato llega a Tarquinia con todo un taller de artesanos corintios. Esos *fictores* (Plinio, XXXV, 15) tienen nombres «transparentes» (Torelli): Euchier, "aquel cuya mano es diestra", es decir, un modelador o un artista plástico; Eugrammos, "aquel que dibuja y pinta bien"; en cuanto al tercer nombre, Diopos, tal como aparece inscrito sobre un antefijo de Camarina a comienzos del siglo VI, su definición es más compleja: de manera general es el "dirigente", el contramaestre y aquel que asegura la puesta en marcha, en especial en el terreno de las terracotas arquitectónicas. Con este ejemplo vemos perfilarse la circulación de los saberes técnicos y artísticos; de hecho, desde hace algunos años la investigación arqueológica se esfuerza por seguir, paso a paso, los itinerarios de los artesanos y artistas de los que se encuentran rastros desde Grecia hasta Sicilia y desde Jonia hasta Etruria.

Estos desplazamientos se inscriben en concreto en el contexto del gran trauma que afectó a Jonia a mediados del siglo VI, con la presión persa y la conquista de algunas ciudades griegas como Focea. Es cierto que tenemos tendencia a agrandar la importancia de ese fenómeno porque Heródoto (I, 163 y ss.), en un célebre texto que hay que volver

a leer, narra con detalle la toma de Focea y la partida hacia Occidente de los fugitivos. Otros muchos episodios, tan perturbadores como éste para el mundo griego, tuvieron lugar sin que conservemos recuerdo de ellos. La partida de Jenófanes de Colofón tiene que verse en ese contexto: al leer su obra se perciben las consecuencias personales de tal emigración forzada, lo que no pasa con Heródoto.

La arqueología proporciona un tercer punto de vista, diferente, sobre las consecuencias del mismo acontecimiento, al mostrar la instalación en Etruria de artesanos jonios que fabrican localmente vasos de estilo jonio, como las hidras de Caere, en donde incluso aparece representada una foca, el animal por excelencia de Focea. Los años 540-520 ven la aparición general de una moda jonia en el Mediterráneo, originada por la llegada de emigrantes a Etruria, pero también a Atenas, Roma, Italia del sur, Sicilia, Marsella, Tracia, frente a Tasos (Abdera: Estrabón, XIV, 1, 30), y a lo más profundo del mar Negro, con la fundación de la ciudad de Fanagoria, a la entrada del mar de Azov por gentes que huían de los persas (Arriano, citado por Eustaquio, *FgrHist* II F 71).

Vemos, por tanto, que la movilidad mediterránea no se debe sólo a grandes migraciones que afectan a todo un pueblo, como se ha creído durante mucho tiempo. Las poblaciones arcaicas no se desplazaban a través del Mediterráneo del mismo modo en que lo hicieron las poblaciones bárbaras a través de Europa a finales de la Antigüedad, o por lo menos según la imagen que se ha dado a su "descenso" hacia el Mediterráneo. Se trata de desplazamientos constantes provocados por las incesantes crisis que afectan a las ciudades.

Mercenarios

El mercenario (*epikouros*) es un soldado de fortuna que se pone, dinero por medio, al servicio de un poder. Para hacerlo debe necesariamente abandonar su ciudad para dirigirse allí a donde se quiere que vaya. Por lo tanto, estos soldados, allí donde estén, son extranjeros (*xenoi*).

Esta costumbre, cuya importancia fue grande en la época helenística, ya aparece durante el Arcaísmo; de hecho, los movimientos de los mercenarios son instructivos. Estos soldados no son más que una categoría

especial de emigrados. Cuando se es griego, se puede ser mercenario para otros griegos, en concreto donde hay tiranos, para convertirse en su guardia personal, o para los grandes poderes indígenas, ya sean faraones de Egipto, reyes o sátrapas de Oriente.

En Egipto los faraones de la dinastía Saíta utilizaron con regularidad mercenarios griegos; fue así desde Psamético, que se hizo con el poder a mediados del siglo VII. Los mercenarios, tracios, jonios y carios, sobre todo, son utilizados para expediciones a Cirenaica o Nubia, hasta la 4ª Catarata. Son los «hombres de bronce» (*chalceoi andres*) de los que habla Heródoto (II, 152), que el faraón instala en los Campos (*Stratopeda*) y a los que concede tierras (II, 154). Evidentemente, sus jefes eran egipcios y el nombre de algunos de ellos ha llegado hasta nosotros. En la época de la campaña Nubia de Psamético II (591) se observa su paso por Abu Simbel, donde realizaron grafitos en las piernas de los colosos de Ramsés II que se mezclan con inscripciones que permiten identificar algunos nombres de mercenarios griegos, entre ellos dos de Ialisos (Rodas), uno de Teos y otro de Colofón. Esos nombres aparecen junto a los de los griegos establecidos definitivamente en Egipto, descendientes de mercenarios, y que ya no mencionan una ciudad de origen. El fenómeno durará hasta la conquista de Egipto por parte de los persas, en el 525. Los mercenarios griegos que defendieron entonces el poder faraónico fueron masacrados.

Un excepcional documento, recientemente estudiado, permite seguir el destino de un mercenario griego en Egipto. Se trata de una inscripción en jonio arcaico de nueve líneas proveniente de los alrededores de la ciudad de Priene (Grecia asiática), publicado en 1987 y comentado muchas veces desde entonces. La inscripción está grabada sobre la parte anterior de una estatua egipcia de basalto que representa a un personaje sentado, y que probablemente fuera esculpida en el Delta. Un mercenario griego llamado Pedon fue a servir a Egipto durante el reinado de Psamético (¿I o II?). La datación concreta todavía se discute, pero nos encontramos ya sea a finales del reinado de Psamético I (antes del 609) ya al comienzo del reinado de Psamético II (a partir del 594). Al regresar a su hogar, Priene, llevó consigo una estatua egipcia sobre la que hizo grabar una inscripción que hace hablar a la estatua e incluso decir el elogio del dedicante:

Pedon, hijo de Anfinneos, me dedicó tras haberme traído de Egipto; y el rey de los egipcios Psamético le dio un brazalete de oro como premio por su valentía y una ciudad por (su) valor.

Esta referencia a la valentía y al valor (*aristeia*, *arete*) nos lleva a las aristocracias arcaicas griegas, jonias en concreto. Las fórmulas griegas utilizadas parecen presentar reminiscencias homéricas, pero también egipcias, lo que denota el nivel cultural de Pedon. No se trata de la donación de una ciudad, sino más bien de la concesión de la administración de una ciudad, costumbre conocida en Egipto y que implica una buena integración del mercenario en la realidad egipcia. Sin embargo, no excluiremos que esta referencia a la donación de una ciudad sea simplemente un acto de vanagloria por parte de un soldado que quería sorprender a los habitantes de su ciudad, malos conocedores de la realidad egipcia.

Esta referencia concreta a un mercenario puede completarse con indicios de otros dos soldados griegos: un tal Pabis de Colofón y un tal Esmirdes de Rodas (inscripción sobre una estatuilla). En Oriente, el mercenariado también prosperó, y el hermano del poeta Alceo fue uno de ellos, al servicio de Nabucodonosor, rey de Babilonia.

El Mediterráneo de los enfrentamientos

El Arcaísmo vivió con el recuerdo de una guerra mítica, la de Troya, cuya presencia es obsesiva, tanto en la literatura como en las figuras de los vasos.

La historia de los conflictos en el Mediterráneo arcaico comienza con la lucha por la posesión de la llanura lelantina, en Eubea, entre Eretria y Calcis, y con la guerra marítima entre Corinto y Corcira. Guerra por la tierra, guerra por el mar. Siempre se pelea por espacios, para instalarse, para cultivar, para circular o para intercambiar. Primero se pelea con los vecinos, los de al lado o los de enfrente, los que se encuentran al otro lado del río; la palabra "rivalidad" conserva el recuerdo de esos conflictos a propósito del *rivus*, es decir, del arroyo cuyo lecho se desplaza por la llanura. Antes que nada, los rivales son ribereños.

El Arcaísmo termina en medio de grandes conflictos mediterráneos. Las Guerras Médicas enfrentan a griegos y persas. Las victorias griegas de Maratón, en el 490, y Salamina, en el 480, señalan el final del Arcaísmo, en el mismo momento en que los griegos de Occidente vencen a los cartagineses en Hímera (480) y a los etruscos en Cumas (474).

Entre estas dos series de puntos de referencia, de la llanura lelantina a las aguas de Cumas, se produjeron innumerables conflictos, innumerables mediaciones con o sin intérpretes, innumerables acusaciones de colusión y de colaboración con el enemigo; "denigrar", hacerse culpable de "maledicencia" es, en el sentido etimológico del término, hablar, lo que significa pactar con el meda, es decir, con el persa (Heródoto, IV, 165; VI, 64; VIII, 30 y 92). Cuántas negociaciones tuvo que realizar Delfos y también los proxenas (que hoy día llamaríamos agentes consulares), que comienzan a ser atestiguados a finales del siglo VII con Menécrates de Oianteia, que desapareció en el mar entre Grecia y Corcira y fue honrado con un cenotafio.

A lo largo de esos años, las correrías y las razzias de los piratas son mencionadas a menudo. Durante el Arcaísmo antiguo, la piratería es una actividad que suponía una alternativa al comercio-*prexis*. En ambos casos se trata de una acción fuera de las fronteras de la comunidad, muy lejos del *oikos*. Hasta tal punto que, ante la llegada de navegantes se tenía la duda de si eran piratas o comerciantes. Progresivamente, la noción de piratería evoluciona en dos direcciones frente al comercio-*emporia*. Por un lado, los griegos calificarán sistemáticamente de piratas a los no-griegos que comercian, como los etruscos. Por el otro, las acciones de piratería conllevan reacciones defensivas por parte de sus víctimas. Es el signo de las ciudades que se desarrollan y se organizan, que tienen aliados y saben defenderse. Por ejemplo, la batalla de Alalia o la de Lípari son reacciones contra actos de piratería. Hasta tal punto, que los autores tardíos como Diodoro (V, 9, 4-5) darán de la ciudad griega de Lípari la imagen de una sociedad estructuralmente organizada para luchar contra la piratería: una parte de la *polis* trabaja el suelo mientras que la otra protege a los griegos contra los piratas etruscos. El poder político se encargó después, progresivamente, de reprimir la piratería; en la tradición mítica, Minos, rey de Creta (Tucídides, I, 4), lo hace mediante incursiones, siguiendo la costumbre pirata. Por ejemplo,

en el 453 los siracusanos enviaron una expedición contra la isla de Elba y Córcega (Diodoro, XI, 88, 4-5) para reprimir la piratería etrusca.

Entonces comenzaron a aparecer tratados para organizar los movimientos por el Mediterráneo. Todavía se está lejos de la noción moderna de aguas territoriales, pero se dio un primer paso en ese sentido. El primer tratado entre Roma y Cartago definía territorios y reglamentaba las transacciones (Polibio, III, 22). Por lo general se cita un pasaje de Aristóteles (*Política*, 1280*a*) que habla de la existencia de tratados de comercio (*symbola*) entre etruscos y cartagineses, es decir, entre dos poblaciones que, desde el siglo VII, mantuvieron estrechos contactos económicos. Las inscripciones en etrusco y púnico en hojas de oro descubiertas en el *emporion* de la ciudad de Pirgi demuestran que, hacia el 500, se colocaba sobre la puerta de los templos de Pirgi textos en ambas lenguas, lo que prueba que los cartagineses frecuentaban asiduamente el *emporion*.

El propio mar es a menudo el lugar de las batallas más importantes. Se trata de una novedad del Arcaísmo. Si Maratón, Hímera y el cabo Micala son combates en llanuras litorales, los otros grandes conflictos tienen lugar en el mar, lo que demuestra la existencia de una marina poderosa, adecuada para representar a la ciudad. En adelante se combate en el mar tanto como por el mar, para controlar la circulación marítima.

Recordemos los principales conflictos:

•En el siglo VIII, cerca de Fenicia, los tirios se enfrentan a navíos fenicios al servicio del rey asirio (Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, IX, 14).

•En el 660, enfrentamiento entre corintios y corcirios (Tucídides, I, 13). Primera batalla naval de la que los historiadores griegos guardaron recuerdo.

•Hacia el 540, en el mar de Cerdeña, no lejos de la isla, etruscos y cartagineses se enfrentan a los foceos en la batalla que los modernos llaman de Alalia: Heródoto, I, 166; así como Tucídides, I, 13, 6, Antíoco citado por Estrabón, VI, 1, 1; Justino, XVIII, 7, 1 y XLIII, 5, 2. Pese a que la participación de Marsella en la batalla fue silenciada por Heródoto, parece asegurada, pues, una generación más tarde, los marselleses harán dedicatorias en Delfos para recordar el acontecimiento (Pausanias, X, 8, 6-7 y X, 18, 7). En cada campo hubo un vencedor (Marsella, los etruscos) y un vencido (los cartagineses, los foceos de Córcega),

de donde viene la ambigua expresión de «victoria a la cadmea» empleada por Heródoto.

•En el 494 la batalla de Lade, en las costas jonias frente a Mileto (Heródoto, VI, 8-17), enfrenta a la flota persa, ayudada por los fenicios, los chipriotas, los cilios y los egipcios, contra la flota de las ciudades jonias coaligadas.

•En el 490, los atenienses dirigidos por Milcíades, y ayudados por los habitantes de Platea, vencen a los persas en la llanura de Maratón, en el Ática (Heródoto, VI, 102-119). Pese a que el mensajero Filípides realizó corriendo, en 24 horas, el trayecto Atenas-Esparta (cerca de 200 km), los espartiatas no enviaron tropas; relatos tardíos (Plutarco) narrarán su hazaña de manera diferente.

El 480 es el año de todas las batallas:

•Batalla del cabo Artemision, al norte de Eubea (Heródoto, VIII, 16-18) entre los griegos y la flota persa de Jerjes.

•Batalla de Salamina (Heródoto, VIII, 84 y ss.); los persas son muertos en el agua como atunes (Esquilo, *Los persas*, 353-432).

•Batalla de Hímera, en la costa norte de Sicilia (Diodoro, XI, 20-24), entre el cartaginés Amílcar y los griegos de Sicilia, en especial Gelón de Siracusa y Terón de Agrigento. Victoria de los griegos.

•En el 479, en Platea, al norte de Atenas, victoria de los griegos sobre los persas, cuya retirada se precipitará tras la muerte de su comandante en jefe, Mardonios.

•En 479, cerca del cabo Micala, frente a Mileto, victoria de la flota griega sobre la flota persa que señala el final de las Guerras Médicas.

•Por los mismos años, alrededor de la isla de Lípari, se enfrentan los griegos y los etruscos (Diodoro, V, 9, 4-5; Estrabón, VI, 2, 10; Pausanias, X, 11, 3-4 y X, 16, 7).

•En el 474, victoria de la flota siracusana sobre los etruscos delante de Cumas:

> ¡Que el fenicio esté tranquilo en su casa, y que se acalle el grito de guerra (*alalatos*) de los tirrenos, desde que vieron, delante de Cumas, su insolencia llorar la pérdida de su flota!
>
> Saben lo que han sufrido cuando el jefe de los siracusanos los domó y que, desde lo alto de sus rápidos navíos, echó al mar a la flor de su juventud, arrancando así a Grecia de la dura servidumbre (Píndaro, *I Pítica*, IV, 73 y ss.).

Estas batallas, cuando son marítimas, son enfrentamientos en donde los navíos se lanzan los unos contra los otros con sus espolones de bronce por delante, en la proa. Los espolones torcidos cuestan a los foceos una victoria incontestada durante la batalla de Alalia. Se trata de batallas de navíos de cincuenta remos –pentecóntoras– en Fenicia, y después cerca de Alalia; y de batallas de trirremes, navíos con 170 remeros, en Lípari, en el cabo Artemision y en Salamina, con algunas escasas pentecóntoras.

Junto al Mediterráneo del silencio, como lo describía Heródoto a propósito del comercio en las costas africanas, aparece progresivamente, en el transcurso del Arcaísmo, un Mediterráneo de gritos de guerra que resuenan cada vez más a menudo. Se trata del grito (*alale*) que da su nombre a la ciudad focea de Alalia, signo de un nombre forjado tras un golpe, cuando los foceos abandonan Córcega, en el mismo momento en que los etruscos dan el nombre de "la victoria" (Nikaia) a ese lugar corso en el que se instalan ocupando la plaza de los foceos partidos hacia Elea (Diodoro, V, 12). Habrá que comprobar si no es en ese contexto cuando dos ciudades de la Galia meridional, fundadas por los marselleses, reciben su nombre: Antibes, que es Antinópolis (literalmente "la ciudad de enfrente", frente a Córcega) y Niza (Nikaia). Si tal fuera el caso, podríamos, a través de la propia denominación de las ciudades y los asentamientos, leer el "boletín de victorias" de unos y otros.

CONCLUSIÓN

Si nos ajustamos a la cronología, nos vemos obligados a terminar esta síntesis sobre el Mediterráneo arcaico con el relato de las batallas. No es menos cierto que el Arcaísmo, época de crisis sociales, tras las primeras grandes batallas fue sobre todo un lugar donde se mezclaron etnias, donde hubo movimientos individuales o colectivos, y emigraciones obligadas más que elegidas. Una época de dinámicas intelectuales, económicas y técnicas favorecidas por los encuentros, la competencia, el vecinazgo y las emulaciones.

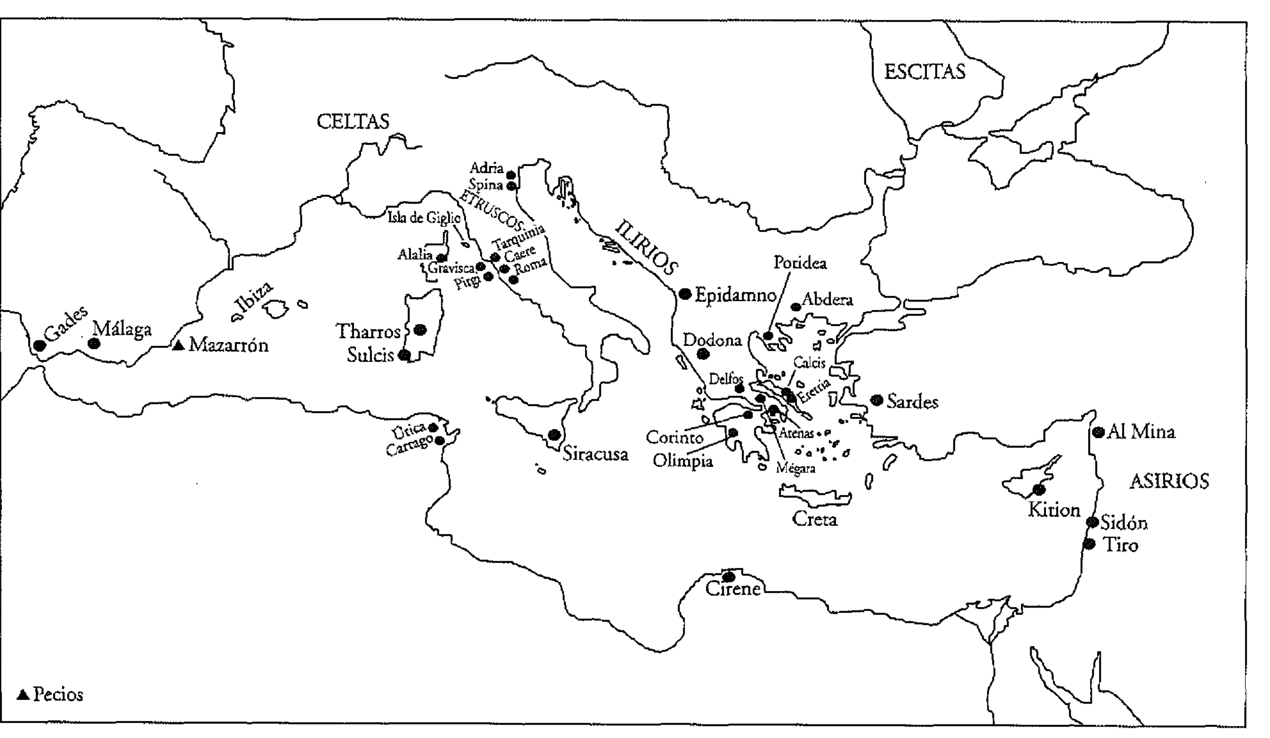
Esos dos aspectos –enfrentamientos y reencuentros– son hechos indisociables y relacionados por una dialéctica permanente. Si quisiéramos terminar estas páginas con una imagen simbólica, deberíamos contar la historia de una estatua recientemente descubierta (1979) en el asentamiento fenicio de Motia, en un islote frente a la costa occidental de Sicilia

La estatua, de mármol blanco, representa a un hombre joven vestido con una larga túnica y adornado con un ancho cinturón que le ajusta el pecho. El estilo de la obra permite datarla en el segundo cuarto del siglo V, aproximadamente (475-450). Se acaba de sugerir (N. Bode en 1993) que habría que ver en ella una representación de Amílcar, el rey de Cartago que fue vencido en la batalla de Himera en el 480.

Releamos a Heródoto una última vez (VII, 165-167). Vemos entonces que el cartaginés era hijo de una siracusana. Tenía relaciones de hospitalidad con el tirano griego de Himera. Otro tirano griego, el de Regio, le había enviado a sus propios hijos como rehenes para forzarlo a intervenir en Sicilia. De modo que Amílcar sólo llevó su ejército a Sicilia para ayudar a unos griegos contra otros.

Fue vencido, pero su cuerpo nunca fue encontrado. Una tradición cartaginesa contaba que se había lanzado a las llamas de la hoguera en donde hacía sacrificios a los dioses. Y Heródoto nos cuenta que tenía monumentos en todas las ciudades cartagineses, empezando por Cartago.

De modo que el monumento de Motia podía haber sido realizado por un escultor griego que habría representado al jefe cartaginés como un griego siguiendo órdenes cartaginesas.



El Mediterráneo. Lugares arcaicos.

CRONOLOGÍA

Finales del siglo IX y primera mitad del siglo VIII

814	Según la tradición, fecha de la fundación de Cartago. Tras la ralentización que supusieron los "siglos oscuros", comienzan de nuevo las navegaciones fenicias y eubeas. Contactos eubeos con el Oriente Próximo (Al Mina) y con Chipre. Primeras ofrendas en los santuarios griegos de Delfos y Delos.
776	Primeros juegos oficiales en el santuario griego de Olimpia. Están destinados a tener lugar cada cuatro años.
Hacia el 775	Los mercaderes eubeos y de Oriente (arameos y fenicios) se instalan de manera permanente en Pitecusa, en la isla de Isquia (Campania).
763	Eclipse de sol mencionado en los documentos asirios que proporciona la lista de reyes.
Hacia el 760	Se le da forma a los poemas homéricos (*Ilíada* y después la *Odisea*).
753	Según la tradición, fecha de la fundación de Roma.

Segunda mitad del siglo VIII

	Fundación de la mayoría de las colonias griegas de la Italia meridional y de Sicilia (Cumas de

	Campania, Naxos, Siracusa, Leontinos, Catania, Mégara Hiblea, Milas, Síbaris, Crotona y Tarento). Confirmación arqueológica del periodo.
756	Fecha proporcionada por la tradición literaria (Eusebio) para la fundación, en el mar Negro, de Trapezonte, colonia de Sinope (que, por lo tanto, es más antigua que ésta) y subcolonia de Mileto. Falta la confirmación arqueológica. Probables navegaciones griegas por el mar Negro.
	Guerra entre las ciudades eubeas de Calcis y Eretria por la posesión de la llanura lelantina.
745-727	Tiglat-pileser III, se convierte en el rey de Asiria. Comienza el imperio Neo-asirio.
707	Chipre se ve sometido temporalmente al rey asirio Sargón II.
Finales del s. VIII	Asentamientos permanentes de los fenicios en el sur de España, Cerdeña y Sicilia (Motia). Siracusa funda Eloro. Actividad del poeta Hesíodo.

Primera mitad del siglo VII

696	Conquista de Gordion, capital de Frigia, por los cimerios.
	Fundación de Gela en Sicilia (por los rodios y los cretenses), de Metaponte, Locros epicefirea, Siris, Caulonia y Posidonia en la Italia meridional. Confirmación arqueológica del periodo.
	Fundación de Tasos por Paros. Confirmación arqueológica del periodo.
	Fundación en el mar de Mármara (Propóntide) de: Calcedonia y, frente a ella, Bizancio; posteriormente lo serán Selimbria (por Mégara) y de Cícico (por Mileto).
676	Destrucción de la ciudad fenicia de Sidón por los asirios. Más de la mitad de la Fenicia del sur se convierte en provincia asiria.

674-653	Dominación asiria de Egipto.
671	Asedio de la ciudad fenicia de Tiro por los asirios.
669-630	Reinado de Asurbanipal, rey de Asiria.
Hacia el 664	Batalla naval entre corcirios y corintios.
Hacia el 660	Poemas de Arquíloco de Paros.
	Comienzo de la dinastía Saíta (faraón Psamético I).
656	Según las fuentes literarias tardías (Eusebio), fundación en el mar Negro de Istros, colonia de Mileto. Los testimonios arqueológicos más antiguos son ligeramente posteriores (alrededor del 630).
654	Focea funda Lámpsaco, cerca de los Dardanelos; según la tradición, los cartagineses fundan Ibiza (Baleares).
Hacia el 650	Comienza a ser realizada la gran escultura de mármol de Naxos (Cícladas).

Segunda mitad del siglo VII

	Fundación en Siclia de Selinonte (por Mégara Hiblea), Himera (por Zancla), Casmenai y Akrai (por Siracusa) y, en Italia meridional, de Metauros, Medma e Hiponion (por Locros). Fundación en Libia de Cirene (por Tera). Confirmación arqueológica del periodo.
646	Según Eusebio, los milesios se instalan en Berezan (mar Negro). Confirmación arqueológica del periodo.
	La dinastía de los Cipsélidas se hace con el poder en Corinto (Cipselos Periandro). Partida del mercader Demarato hacia Tarquinia, en Etruria.
625	Fundación de Epidamno por Corinto y Corcira.
	Primeros contactos de los griegos de Samos, y después de los de Focea, con la España meridional (Tartesos).
612	Conquista de Nínive, capital de Asiria, por los medos y los babilonios. Tales de Mileto, Safo de Lesbos.

610	Según las fuentes tardías (Pseudo Esquimo) se funda Apolonia, colonia de Mileto, en el mar Negro. Confirmación arqueológica.
Final del s. VII	Fecha de las más antiguas cerámicas griegas descubiertas en Olbia, Sinope y, después, en Amisos (mar Negro).

Primera mitad del siglo VI

	Aparición de las primeras monedas.
Hacia el 600	Fundación de Marsella (por Focea) y de Camarina (por Siracusa). Los foceos se instalan en Emporion (Ampurias, España) y en Gravisca (Etruria). Exilio provisional en Siracusa de la poetisa Safo. Naufragio de un navío cerca de la isla de Giglio (Etruria).
	Restos arqueológicos de la ocupación de Panticapea y Tomis (mar Negro).
Hacia el 595-590	Los lidios destruyen Esmirna.
594	Comienza en Atenas el arcontado de Solón y en Egipto el reinado del faraón Psamético II.
591	Expedición de Psamético II a Nubia con mercenarios griegos, inscripciones de Abu Simbel.
Hacia el 590	Construcción del templo de Artemisa en Corcira (Corfú). Primer ejemplo de frontón esculpido, realizado por talleres corintios.
Hacia el 590-580	Discusiones económicas y sociales en Atenas sobre, entre otras cosas, el comercio del aceite.
587	Los babilonios conquistan Jerusalén. Deportación de los judíos a Babilonia.
585 (28 de mayo)	Eclipse de sol previsto por Tales de Mileto.
582	Comienzo de los Juegos Píticos en Delfos.
580	Fundación en Sicilia de Agrigento (por Gela) y de Lípari (por Cnido). Nace el filósofo Jenófanes de Colofón.
580-560	Restos arqueológicos de la ocupación de numerosos yacimientos del estrecho de Kertch (entre

	el mar Negro y el mar de Azov): Ninfeo, Teodosia, Tiritake y Mirmekion en la orilla occidental; Hermonasa, Keroi y Pateo en la orilla oriental.
578-535	Reinado de Servio Tulio en Roma.
573	Conquista de la ciudad fenicia de Tiro por Nabucodonosor II, rey de Babilonia
Hacia el 570	Nacimiento de Pitágoras de Samos.
568	En Egipto llega al poder el faraón Amasis.
566	Se instaura la fiesta de las Grandes Panateneas en Atenas.
565	Los foceos se instalan en Alalia, Córcega.
561	Pisístrato se convierte en tirano de Atenas.
560	Creso se convierte en el rey de Lidia.
Hacia el 560	Restos arqueológicos de la ocupación de Odessos en el mar Negro (Bulgaria).
559	Ciro se convierte en el rey de Persia.
	Polícrates se convierte en tirano de Samos (hasta el 524).
	Comienza la construcción del templo de Artemisa en Éfeso.
554	Fundación de Heraclea (mar Negro) que, según el Pseudo Esquimo, es una colonia de los megarenses y los beocios. Sin confirmación arqueológica.
Hacia el 550	Primer mapa del mundo por Anaximandro de Mileto. Restos arqueológicos de la ocupación de numerosos yacimientos del mar Negro: Tiras y Nikonion en la desembocadura del Dniester; Fasis, Gyenos y Dioscuria, colonias milesias en la Cólquide (Georgia). Destrucción de Siris en la Italia del sur.

Segunda mitad del siglo VI

548	Incendio del templo de Apolo en Delfos. Para su reconstrución el faraón Amasis (568-525) donó 1.000 talentos de alumbre y los griegos de Egipto

	20 minas (Heródoto, II, 20). Su fachada se realizó con mármol de Paros (Heródoto, V, 62).
547	Sardes, capital de la Lidia de Creso, cae frente a los persas de Ciro.
545	Conquista de la ciudad griega de Focea por los persas; salida de los fugitivos foceos hacia Alalia, en Córcega. Construcción de un templo de Artemisa en el Aventino, en Roma. Jenófanes de Colofón emigra a Elea.
	Partida de los fugitivos de Teos: fundación de Abdera, en Tracia (Heródoto), y de Fanagoria, en el mar Negro (en el 542 según Arriano). Confirmación arqueológica.
Hacia el 540	Batalla naval de los foceos en Occidente contra los etruscos y los cartagineses (batalla de Alalia). Fundación de Elea en la Italia meridional (Heródoto + confirmación arqueológica). Naufragio de un navío partido de Pirgi, mar adentro de Antibes.
540	Fecha de la fundación de Callatis (mar Negro, Bulgaria), subcolonia de Mégara, por Calcedonia y Bizancio. Sin confirmación arqueológica.
538	Termina la cautividad de los judíos en Babilonia.
535	Comienza en Roma el reinado de Tarquinio el Soberbio.
Hacia el 530	Actividad de los ceramistas jonios en Etruria. Naufragio de dos navíos al sur de Saint-Tropez (bahía de Bon Porté y punta du Dattier).
Hacia el 530-525	Construcción del tesoro de Sifnos en Delfos.
Hacia el 530-510	Dedicatorias marsellesas en Delfos para celebrar una victoria sobre los cartagineses: Tesoro de los Marselleses.
525	Conquista de Egipto por los persas del rey Cambises. Nace Esquilo en Eleusis.
524	Primera batalla de Cumas. Los griegos de Cumas se enfrentan en tierra a los indígenas itálicos (etruscos, ombrios y daunios).

522	Darío se convierte en rey de los persas.
518	Nace Píndaro.
516	Conquista de Samos por los persas.
Hacia el 515	Naufragio de un navío cerca de las isla de Porquerolles, frente a Himera (punta Lequin).
Hacia el 514	Los persas atraviesan el Bósforo y se dirigen al Danubio; derrota frente a los escitas.
510	Destrucción de Síbaris por su vecina Crotona. Fundación de la colonia megarense de Mesembria (mar Negro, Bulgaria). Fallidos intentos espartiatas de fundar colonias en Libia y después en Sicilia (Dorieus).
Hacia el 510	Redacción de la *Periégesis* de Hecateo de Mileto.
509	Juramento del primer tratado entre Roma y Cartago. Fin de la monarquía en Roma y comienzo de la República.
Hacia el 500	Restos arqueológicos de la ocupación del emplazamiento en donde se fundará, el 422, la colonia de Quersoneso en Crimea (mar Negro). Se exponen inscripciones en etrusco y púnico en el templo de Pirgi, en Etruria. Un navío se hunde mar adentro de Gela (Sicilia).

Primera mitad del siglo V

500	Comienzo de la construcción de un templo de Afaia en Egina.
499-494	Revuelta jonia contra los persas.
498	Primera oda de Píndaro (la *X Pítica*).
496	Nacimiento de Sófocles.
494	Las flotas jonias son derrotadas por los persas en Lades; caída de Mileto. Proyecto de los samios de instalarse en Sicilia (Heródoto, VI, 22-24) y posterior conquista de Zancla por los samaios. El escultor Pitágoras, de origen samio, emigra a Regio.

494-476	Anaxilas se convierte en el tirano de Regio.
490	Destrucción de Eretria por los persas. Batalla de Maratón: victoria de los griegos sobre los persas de Darío. Los atenienses construyen un tesoro en Delfos: primera construcción ateniense completamente de mármol.
488	Gelón, el tirano de Gela, vence en la carrera de carros de Olimpia.
486	Muerte del rey persa Darío y llegada al poder de Jerjes.
485	Gelón se convierte en tirano de Siracusa. Nace Eurípides en Salamina.
484	Nace Heródoto.
483	Destrucción de Mégara Hiblea por Gelón de Siracusa.
482	Temístocles, arconte, comienza la construcción de la flota ateniense.
480	Batalla de Salamina: victoria de los griegos sobre los persas de Jerjes; dedicatoria panhelénica en Delfos de una estatua de bronce de Apolo. Los persas saquean la Acrópolis.
	Batalla de Himera: victoria de Gelón, tirano de Siracusa, y de su aliado, Terón de Agrigento, sobre los cartagineses de Amílcar; construcción de los templos de Atenea en Siracusa e Himera; comienzan los grandes trabajos de Agrigento con los prisioneros cartagineses.
479	Los persas son derrotados por los griegos en Mícale, en la costa jonia.
474	Derrota de los etruscos delante de Cumas frente a la flota de Hieron, tirano de Siracusa.
472	Representación de los *Persas*, tragedia de Esquilo: largo relato de la batalla de Salamina.
	Nace Sócrates.
462	El rey de Cirene, Arcesilas IV, vence en los Juegos Píticos de Delfos.

460	Expedición ateniense a Egipto y conquista de Menfis. Nacen Hipócrates y Tucídides.
Hacia el 460	Primer desnudo femenino en la escultura griega (una cortesana en el altar de Afrodita de Locros, en la Italia del sur: "trono Ludovisi").
458	Primer retrato literario de la Pitia de Delfos (comienzo de las *Euménides* de Esquilo).
447	Comienza la construcción del Partenón.
445	Nacimiento de Aristófanes.
444	Fundación panhelénica de Turio, en el emplazamiento de la antigua Síbaris; presencia del arquitecto Hipodamos de Mileto y del historiador Heródoto.

BIBLIOGRAFÍA

La bibliografía se ha limitado a las monografías, excluyendo los numerosos artículos a los que esta obra debe tanto.

Se recomienda la lectura de las obras de los siguientes autores griegos: Heródoto, Hesíodo, Homero, Píndaro, Tucídides y los Presocráticos (Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade). (Hay ediciones españolas en Edit. Gredos, Madrid.)

Se leerá de nuevo F. Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II*, Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1986. Este clásico, centrado en la Edad Moderna, sigue siendo la mejor introducción a la historia del Mediterráneo.

Sobre Italia y Córcega se dispone de una bibliografía y de un estado de la investigación, yacimiento por yacimiento, en *Bibliografia topografica della colonizzazione greca in Italia e nelle isole tirreniche*, dirigida por G. Nenci y G. Vallet, Pisa-Roma, desde 1975, hasta el momento han aparecido 13 volúmenes (hasta la voz Pisa).

Obras generales

AUBET, M. E.: *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona: Crítica, 2ª ed. rev. 1994.

AUSTIN, M.; VIDAL-NAQUET, P.: *Economies et sociétés en Grèce ancienne*, Paris, 2e éd. 1973 [Hay edición española: *Economía y sociedad en la antigua Grecia*, Barcelona: Paidós (Studio/Básica, 31), 1986].

BAURAIN, CL.; BONNET, C.: *Les Phéniciens marins des trois continents*, Paris, 1982.

BÉRARD, J.: *L'Expansion et la colonisation grecques jusqu'aux guerres médiques*, Paris, 1960.

BIANCHI BANDINELLI, R. (dir.): *Storia et Civiltà dei Greci. L'arcaismo*, Milano, 1978 [Hay edición española: *Historia y civilización de los griegos. El Arcaísmo*, Barcelona: Icaria, 1982].

BONNET, C.: *Melqart. Cultes et mythes de l'Héraclès tyrien en Méditerranée*, Leuven-Namur, 1988.

BRACCESI, L.: *Grecità di frontiera. I percorsi occidentali della leggenda*, Padua, 1994.

BRIANT, P.; LÉVÊQUE, P.: *Le monde grec aux temps classiques. I: le Ve siècle*, Paris, 1994.

BRIQUEL, D.: *Les Etrusques, peuple de la différence*, Paris, 1993.

BUNNENS, G.: *L'Expansion phénicienne en Méditerranée. Essai d'interpretation fondé sur une analyse des traditions littéraires*, Roma, 1977.

CHARBONNEAUX, J.; MARTIN, R.; VILLARD, F.: *Grèce archaïque*, Paris, 1968 [Hay edición española: *Grecia arcaica (620-480 a. de J. C.)*, Madrid: Aguilar (El Universo de las Formas. El mundo griego), 1969].

COLDSTREAM, J. N.: *Geometric Greece*, London, 1977.

DESANGES, J.: *Recherches sur l'activité des Méditerranéens aux confins de l'Afrique*, Roma, 1978.

DICTIONNAIRE de la civilisation phénicienne et punique, 1992.

DIZIONARIO della civiltà etrusca, Firenze, 1985.

GRAS, M.; RUOILLARD, P.; TEIXIDOR, J.: *L'Univers phénicien*, Paris, 1989, éd. rev. 1995 [Hay edición española: *El universo fenicio*, Madrid: Mondadori (Biblioteca Mondadori, 21), 1991].

GRECIA, Italia e Sicilia nell'VIII e VII secolo a.C. Atti del convegno internazionale (Atene, 1979), Roma, 1983-1984 (3 vols. Annuario della Scuola archeologica di Atene).

GUILAINE, J.: *La France d'avant la France*, Paris, 1980.

HEURGON, J.: *Rome et la Méditerranée occidentale jusqu'aux guerres puniques*, Paris, 3e éd. 1993 [Hay edición española: *Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas*, Barcelona: Labor (Nueva Clío. La historia y sus problemas, 7), 1982].

JEFFERY, L. H.: *Archaic Greece: the City State c. 700-500 BC*, London, 1976.

KRINGS, V.: *La civilisation phénicienne et punique. Manuel de recherche*, Leiden, 1996.

LETOUBLON, FR.: *La ruche grecque et l'empire*, Grenoble, 1995.
LÉVÊQUE, P.: *La naissance de Grèce*, Paris, 1960.
LÉVÊQUE, P.: *L'aventure grecque*, Paris, 1964 [Hay edición española: *La aventura griega*, Barcelona: Labor, 1968].
MOSCATI, S.: *L'ancora d'argento. Colonie e commerci fenici tra Oriente e Occidente*, Milano, 1989.
MOSSÉ, CL.: *La colonisation dans l'Antiquité*, Paris, 1970.
MURRAY, O.: *Early Greece*, London, 2nd ed. 1993 [Hay edición española: *Grecia arcaica*, Madrid: Taurus (Historia del Mundo Antiguo, 1986)].
PALLOTINO, M.: *Etruscologia*, Milano, 7a ed. 1984.
PHÖNIZIER im Westen. Die Beiträge des int. Symposium über «die phönizische Expansion im Westlichen Mittelmeeraum» (Köln, 1979), Mainz, 1982.
POLIGNAC, F. DE: *Naisance de la cité grecque*, Paris, 2e éd. 1995.
PORSAT, J. CL.: *La Grèce préclassique*, Paris, 1995.
SNODGRASS, A.: *La Grèce archaïque. Les temps des apprentissages*, Paris, 1986.
THE Greek Renaissance of the 8th Century B.C.: Tradition and Innovation (1981), Lund, 1983.
TORELLI, M.: *La società etrusca. L'età classica*, Roma, 1987.

Capítulo 1: Los paisajes

CORDANO, F.: *Antivhi viaggi per mare. Peripli greci e fenici*, Pordenone, 1992.
Déplacements des lignes de rivage en Méditerranée, Paris, 1987.
JACOB, CHR.: *Géographie et ethnographie en Grèce ancienne*, Paris, 1991.
PERETTI, A.: *Il periplo de Scilace. Studio sul primo portolano del Mediterreneo*, Pisa, 1979.
PRONTERA, F.: *Geografie e geografi nel mondo antico. Guida storica e critica*, Bari, 1983.
SEMPLE, E. C.: *The Geography of the Mediterrenean Region. Its Relation to Ancient History*, New York, 1931, rep. 1971.
VILATIE, S.: *L'insularité dans la pensée grecque*, Paris, 1991.

Capítulo 2: Los recorridos

BENOIT, F.: *Recherches sur l'hellénisation du midi de la Gaule*, Aix, 1965.

BÉRARD, J.: *La colonisation grecque de l'Italie méridionale et de la Sicile dans l'antiquité. L'histoire et la légende*, Paris, 2e éd. 1957.

BOARDMAN, J.: *The Greeks Overseas*, London, 3rd ed. 1964 [Hay edición española: *Los griegos en ultramar. Comercio y expansión colonial antes de la era clásica*, Madrid: Alianza (Alianza Universidad, 140), 2ª ed. 1983].

BRACCESI, L.: *Grecità adriatica*, Bologna, 2ª ed. 1977.

BUCHNER, G.; RIDGWAY, D.: *Pithekoussai I*, Roma, 1993.

CHAMOUX, F.: *Cyrène et la monarchie des Battiades*, Paris, 1953.

CORDANO, F.: *Antiche fondazioni grechi. Sicilia e Italia meridionale*, Palermo, 1986.

DUNBABIN, T. J.: *The Western Greeks*, Oxford, 1948.

GRECO, E.: *Archeologia della Magna grecia, Roma-Bari*, 1992.

Le Pont-Euxin vu par les Grecs. Sources écrites et archéologie, Paris, 1990.

Marseille grecque et la Gaule (Marseille, 1990), Aix-en-Provence, 1992.

NICKELS, A.: *Agde. La nécropole du premier âge du fer*, Paris, 1989.

NIEMEYER, H. G.: *Das frühe Karthago und die phönizische Expansion im Mittelmeeraum*, Göttingen, 1989.

PY, M.: *Culture économie et société protohistoriques dans la région nîmoise*, Roma, 1990.

RIDGWAY, D.: *Les premiers Grecs d'Occident. L'aube de la Grande Grèce*, Paris, 1992 [Hay edición española: *El alba de la Magna Grecia: Pitecusa y las primeras colonias griegas de Occidente*, Barcelona: Crítica (Crítica Arqueología), 1997].

The Archaeology of Greek Colonisation. Essays Dedcated to Sir John Boardman, Oxford, 1994.

VALBELLE, D.: *Les Neuf arcs. L'Égyptien et les étrangers de la préhistoire à la conquête d'Alexandre*, Paris, 1990.

VALLET, G.: *Rhégion et Zancle. Histoire, commerce et civilisation des cités chalcidiennes du détroit de Messine*, Paris, 1958.

VALLET, G.: *Le monde colonial grec de l'Italie méridionale et de la Sicile*, Roma, 1995 (artículos reunidos).

VILLARD, F.: *La céramique grecque de Marseille. Essay d'histoire économique*, Paris, 1960.

WILL, ED.: *Korinthiaka. Recherches sur l'histoire et la civilisation de Corinthe des origines aux guerres médiques*, Paris, 1955.

Capítulo 3: La memoria

FINLEY, M.: *Le monde d'Ulysse*, Paris, 1969 [Hay edición española: *El mundo de Odiseo*, Madrid: Fondo de Cultura Económica (Breviarios, 158), 3ª reimp. en España, 1986].

JOURDAIN-ANNEQUIN, C.: *Héraclès aux portes du soir*, Paris, 1989.

LLOYD, G. E. R.: *Les débuts de la science grecque, de Thales à Aristote*, Paris, 1974.

MAZZARINO, S.: *Il pensiero storico classico*, I, Bari, 4ª ed. 1974.

ROLLEY, CL.: *La sculpture grecque. I. Des Origines au milieu du Ve siècle*, Paris, 1995.

SISSA, G.; DETIENNE, M.: *La vie quotidienne des dieux grecs*, Paris, 1989 [Hay edición española: *La vida cotidiana de los dioses griegos*, Madrid: Temas de Hoy (BolsiTemas, 28), 1994].

VAN COMPERNOLLE, R.: *Étude de chronologie et d'historiographie siciliotes*, Bruxelles-Roma, 1960.

VERNANT, J. P.: *Mythe et pensée chez les Grecs*, Paris, 1965 [Hay edición española: *Mito y pensamiento en la Grecia clásica*, Barcelona: Ariel (Ariel Filosofía), 2ª ed. 1985].

Capítulo 4: Los territorios

AMPOLO, C.: *La città antica. Guida storica e critica*, Bari, 1980.

Anathema. Regime delle offerte e vita dei santuari nel Mediterraneo antico (Roma, 1989), Scienze dell'Antichità, Roma, 1989-1990.

ASHERI, D.: *Distribuzioni di terra nell'antica Grecia*, Torino, 1966.

GRAHAM, A. J.: *Colony and Mother City in ancient Greece*, Chicago, 2nd ed. 1983.

GRECO, E.; TORELLI, M.: *Storia dell'urbanistica. Il mondo greco*, Roma-Bari, 1983.

MALKIN, I.: *Religion and Colonization in Ancient greece*, Leiden, 1987.

MARTIN, R.: *Architecture et urbanisme*, Atenas-Roma, 1987 [Hay edición española: *Arquitectura griega*, Madrid: Aguilar-Asuri (Historia Universal de la Arquitectura), 1989].

WARSOWICZ, A.: *Olbia pontique et son territoire. L'aménagement de l'espace*, Paris, 1975.

Capítulo 5: Los valores

CASEVITZ, M.: *Le vocabulaire de la colonisation en grec ancien*, Paris, 1985.
DETIENNE, M. (dir.): *Les savoirs de l'écriture en Grèce ancienne*, Lille, 1988.
GERNET, L.: *Anthropologie de la Grèce antique*, Paris, 1968 [Hay edición española: Antropología de la Grecia antigua, Madrid: Taurus (Ensayistas, 195), 1981].
HARTOG, F.: *Le miroir d'Herodote*, Paris, 1968.
HAVELOCK, E. A.: *Aux origines de la civilisation écrite en Occident*, Paris, 1981.
Les princes celtes et la Méditerrenée, Paris, 1988.
LISSARRAGUE, F.: *Un flot d'images. Une esthétique du banquet grec*, Paris, 1987.
MAZZARINO, S.: *Fra Oriente e Ocidente*, (Catania, 1947), Milano, 2ª ed. 1989.
Modes de contacts et processus de transformation dans les sociétés ancienne (Cortona 1981), Pisa-Roma, 1983.
MOMIGLIANO, A.: *Problèmes d'historiographie ancienne et moderne*, Paris, 1983.
PARISE, N.: *Nascità della moneta e forme archaiche dello scambio*, Roma, 1992.
POWELL, B. B.: *Homer and the Origin of the Greek Alphabet*, Cambridge, 1991.
SCHIED-TISSINIER, E.: *Les usages du don chez Homère. Vocabulaire et prtiques*, Nancy, 1994.
SCHMITT-PANTEL, P.: *La cité au banquet*, Roma, 1992.
SVENBRO, J.: *Phrasikeia. Anthropologie de la lecture en Grèce ancienne*, Paris, 1988.
VERNANT, J. P.: *Les origines de la pensée grecque*, Paris, 1962.
VIDAL-NAQUET, P.: *Le chasseur noir. Formes de pensée et formes de société dans le monde grec*, Paris, 1981 [Hay edición española: *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego. El cazador negro*, Barcelona: Península (Historia, Ciencia y Sociedad, 178), 1983.

Capítulo 6: Los desplazamientos

ALONSO TRONCOSO, V.: *El comercio griego arcaico. Historiografía de las cuatro últimas décadas, 1954-1993*, La Coruña, 1994.

AMOURETTI, M. CL.: *Le pain et l'huile dans la Grèce antique*, Paris, 1986.
Apoikia. Scritti in onore di Giorgio Buchner, Annali di Archeologia e Storia antica, n. s. 1, Napoli, 1994.
COARELLI, F.: *Il Foro Boario. Dalle origini alla fine della Repubblica*, Roma, 1988.
CRISTOFANI, M.: *Gli Etruschi del mare*, Milano, 1983.
Flotte e comercio greco, cartaginese ed etrusco nel Mar Tirreno (Ravello, 1987), Pact 20, Strasbourg, 1988.
GRAS, M.: *Trafics tyrrhéniens archaïques*, Roma, 1985.
HASEBROEK, J.: *Trade and Politics in ancient Greece* (editado primero en Tubinguen en 1928) reimp. New York, 1965.
L'emporion, Paris, 1993.
L'incidenza dell'antico. Studi in memoria di Ettore Lepore, I, (Anacapri, 1991), Napoli, 1995.
LEPORE, E.: *Colonie greche dell'Occidente antico*, Rome, 1989.
MELE, A.: *Il commercio greco arcaico. Prexis ed Emporie*, Napoli, 1979.
MUSTI, D.: *L'economia in Grecia*, Bari, 1981.
POLANYI, K.: *Primitive, Archaic and Modern Economies*, 1968.
ROEBUCK, C.: *Ionian Trade and Colonization*, New York, 1959.
ROUILLARD, P.: *Les grecs et la péninsule Iberique du VIIIe au Ive siècle avant Jésus-Christ*, Paris, 1991.
Sur les pas des grecs en Occident. Hommages à André Nickels (Études massaliètes, 4), 1995.

ÍNDICE TEMÁTICO

Este índice, muy selectivo, por lo general no incluye las nociones que aparecen en el índice de materias y en el índice de recuadros. Agrupa los conceptos por familias y, sobre todo, envía a las definiciones del texto.

ÍNDICE DE ENCUADRES

ÍNDICE

La intención de este libro es presentar una síntesis renovada de tres siglos de la historia del Mediterráneo: VIII, VII y VI a.C. Se ocupa, por tanto, del periodo comprendido entre la fundación de Cartago, en el 814, y la batalla de Salamina, en el 480, que señala la victoria de los griegos sobre los persas.
Se trata del Mediterráneo que vio nacer a Roma, Siracusa, Bizancio y Marsella, así como a Esquilo, Sófocles y Heródoto; del Mediterráneo en el que vivieron Tales de Mileto, Safo de Lesbos y Pitágoras de Samos, el de los Siete Sabios, el que vio la difusión del alfabeto y la aparición de la moneda, las consultas al oráculo de Delfos y los primeros Juegos Olímpicos. Un Mediterráneo en el que aparecen las primeras aventuras coloniales, los primeros conceptos occidentales de urbanismo y la edificación de grandes santuarios.
El conocimiento sobre este Mediterráneo se ha visto profundamente renovado gracias a la arqueología, que ha estudiado los asentamientos griegos, fenicios y etruscos, situados en territorios habitados por sociedades y príncipes indígenas (bárbaros, según la definición griega); pero también con el descubrimiento de navíos convertidos en pecios en el fondo del mar. Por eso ha sido posible realizar un análisis de las corrientes de cambio, de la búsqueda de metales, del transporte de las ánforas de vino y aceite, y del mercado de los vasos de cerámica.
El autor expone temas nuevos, explica el sentido y el origen de las palabras y cita, traducidos, 120 fragmentos de textos griegos y latinos. Utiliza la historia y la arqueología, pero también recurre a la antropología y la geografía.



